

BIBLIOTECA

Vladimir Acosta

# Salir de la colonia





COLECCIÓN  
BIBLIOTECA VLADIMIR ACOSTA

# Salir de la colonia



Vladimir Acosta

# Salir de la colonia



1.<sup>a</sup> edición en Editorial Galac, 2020

1.<sup>a</sup> edición en Editorial Galac y Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2021

*Salir de la Colonia*

© Vladimir Acosta

Diseño de portada

Javier Véliz

Diseño, diagramación y concepto gráfico

Sonia Velásquez

© Editorial Galac, S.A. 2020

Tel: +58 0416-5220591

editorialgalac@hotmail.com

editorialgalac@gmail.com

www.editorialgalac.com

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2021

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urb. El Silencio  
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485 0444

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: DC2021001260

ISBN: 978-980-01-2234-1

*A Adriana*





# ÍNDICE

PARTE I	
INTRODUCCIÓN	13
PARTE II	
EL TEMA CENTRAL	17
PARTE III	
BAJO LA TENAZA EUROPEA LA COLONIA ESPAÑOLA (SIGLOS XVI, XVII, XVIII E INICIO DEL SIGLO XIX)	23
3.1. La colonización británica de la India	24
3.2. La colonización española de América es otra cosa	26
3.3. ¿Qué nos dejó la colonia española?	29
3.3.1. La mentalidad de colonizados	29
3.3.2. El difícil e indefinido tema de la identidad	30
3.3.3. El ¿quiénes somos? y el ¿qué somos?	31
3.3.4. La religión cristiana, católica y papista	40
3.3.5. El idioma español	48
3.3.6. Una estructura social a un tiempo clasista y racista	52
3.3.7. Un racismo y unos complejos raciales omnipresentes	53
3.3.8. Racismo anti indio	54
3.3.9. Racismo anti negro	57
3.3.10. Un modelo económico hasta ahora insuperable	65
PARTE IV	
LA TENAZA EUROPEA POR DEFINIRSE.	
LA INDEPENDENCIA Y LA HERENCIA COLONIAL	71
4.1. Un balance final de la independencia	80

## PARTE V

### EL SIGLO XIX, BAJO LA TENAZA EUROPEA,

AHORA INGLESA (O ANGLO-FRANCESA)	89
5.1. Los empréstitos y la impagable deuda externa	95
5.2. Las casas comerciales, los bancos y las empresas comerciales británicas	96
5.3. El control y la explotación de las minas americanas	97
5.4. La libre navegación de los ríos y la cláusula de nación más favorecida	97
5.4.1. México	98
5.4.2. Venezuela	99
5.4.3. Nueva Granada (Colombia)	102
5.4.4. Argentina	104
5.5. Liberalismo económico y culto al libre mercado	109
5.6. La ideología del progreso	112
5.6.1. El progreso como imitación servil de Europa	112
5.6.2. Progreso es poblar blanqueando. Es civilizar	116
5.6.3. Poblar blanqueando requiere despoblar	126
5.6.4. Poblar despoblando exige masacrar al indio, al inferior	128
5.7. Reacciones contra el liberalismo y su “progreso”	134
5.7.1. Liberalismo, proteccionismo y proyecto industrializador	135

## PARTE VI

### EL SIGLO XX. EL COLONIALISMO SIGUE,

### SE PROFUNDIZA Y SE RENUEVA BAJO LA TENAZA

IMPERIAL ESTADOUNIDENSE	155
6.1. Imperialismo y primera fase neocolonial sobre América Latina	164
6.2. Hegemonía mundial, dictaduras y dominio pleno de América Latina	170
6.3. Invasiones, abiertas o disfrazadas	178
6.4. Revueltas y revoluciones. Dominio económico y cultural	184
6.5. Un ejemplo: la penetración económica y cultural en Venezuela	187

PARTE VII

LO QUE PERVIVE DE ESTOS CINCO SIGLOS DE COLONIAJE.

ALGUNAS PROPUESTAS RELATIVAS AL TEMA CENTRAL

DE SALIR DE LA COLONIA	211
7.1. La mentalidad de colonizados	211
7.2. Más sobre problemas con nuestra identidad	216
7.3. Problemas político-religiosos actuales	219
7.4. Problemas con nuestro idioma, el español	238
7.5. Más sobre nuestros viejos problemas de racismo	243
7.6. El eterno problema del modelo económico colonial	248
7.7. Tenemos un serio problema cultural	251

BIBLIOGRAFÍA SUCINTA	259
----------------------	-----



## PARTE I

# INTRODUCCIÓN

Los grandes logros obtenidos en esta última década y media gracias a los procesos de cambio vividos en América Latina y el Caribe, y sobre todo en Sudamérica, están hoy todos en crisis, algo que es imposible subestimar o seguir negando. Esos procesos están seriamente amenazados, con lo que lo conseguido mediante un firme liderazgo, una lucha constante y un creciente protagonismo del pueblo a lo largo de la década pasada, va, en ésta que está por terminar, camino de perderse, igual que ocurriera ya otras veces. O en varios casos incluso se ha perdido. Por muchas razones. Porque no se supo, o no se intentó, tomar decisiones estructurales que eran esenciales y para las que había entonces condiciones favorables. Es más, porque no se intentó o no se supo enfrentar como se debía, el desgaste, la indecisión, la arrogancia, la corrupción y el burocratismo que iban corroyendo, sin prisa, pero sin pausa, el tejido revolucionario. Y también porque se falló en seguir estimulando el protagonismo popular indispensable, en tomar decisiones claves compartidas, en corregir errores y en enfrentar ausencias graves de carácter esencial.

De modo que los procesos que sobreviven resistiendo a la intensificada y cada vez más feroz agresión imperialista, también van camino de fracasar si no responden a la amenaza de crisis interna que hoy las desgasta, si no actúan en defensa de esas conquistas, recuperando indispensables apoyos populares perdidos, asumiendo con valor críticas, y superando con humildad errores; todo ello a fin de dar a esas conquistas cada vez más amenazadas un verdadero piso, un piso sólido y firme, el piso revolucionario que no se supo darles antes, aun disponiendo, como se disponía entonces, de la tendencia a la unidad de acción o al menos del acercamiento entre todos y del enorme apoyo popular continental con que esos procesos contaron en la década pasada.

El tiempo lo tenemos ahora en contra, al menos en lo inmediato, aunque espontáneas protestas populares contra gobiernos derechistas y neoliberales reaniman esperanzas. Lo cierto es que en el caso de los gobiernos progresistas derrotados o que sobreviven luchando, el importante apoyo internacional que se tuvo se ha reducido, las inconsistencias y errores cometidos han sido serios, la crítica no se deja ver, la arrogancia y sordera del poder no cesan, el burocratismo y la corrupción tampoco, y la situación resulta cada vez más compleja y más difícil de enfrentar desde una perspectiva que sea realmente revolucionaria.

Creo justamente que, más allá de decisiones concretas y urgentes que no es tarea mía analizar aquí, una grave situación como esta que vivimos saca a relucir otra vez un tema que es central: el de la *persistencia de la colonia*, de la *herencia colonial*, y más precisamente el de la creciente necesidad que tienen nuestros países de salir por fin de ella. O por lo menos de ir asumiendo la lucha por lograr ese objetivo, por solventar esa pesada deuda histórica que seguimos arrastrando, porque, como trataré de mostrar en el curso de este ensayo, uno de nuestros problemas cruciales, quizá el principal de todos, o en todo caso indisociable de ellos, es éste. Y porque el haberlo ignorado o subestimado es uno de los componentes estructurales de la crisis de los procesos de cambio desarrollados en estos últimos años en nuestra América, en especial en América del Sur. Esa subestimación o esa ignorancia ha sido componente asociado en forma directa con la insuficiencia, inestabilidad y escasa profundidad y débil sustento de los logros obtenidos y con la amenaza de regresar, como estamos viendo, a un pasado neoliberal de sujeción y dependencia neocolonial abierta o disfrazada que al menos desde la visión de estos gobiernos progresistas se creía haber finalmente superado. O a caer en un permanente caos, porque es difícil que esos gobiernos neoliberales que deriven de la derrota de algunos de estos procesos puedan sostenerse ante el rechazo popular que les espera y que empieza a manifestarse, y deban responder como esa derecha sólo sabe hacer: con agresiones, dictaduras o matanzas. Pero también porque ocurre que a una resistencia popular desarticulada y carente de objetivos comunes claros y compartidos no parece que vaya a resultarle fácil recuperar el poder perdido.

Y sin embargo, bastaba con echar con ojo crítico una mirada atenta a la estructura socio-económica y cultural de nuestras sociedades para darse cuenta de que pese a todos los grandes logros obtenidos durante la década anterior en esa lucha por la justicia social, por la independencia y la soberanía de nuestros pueblos, no se había llevado a cabo ningún cambio de fondo que los sustentara y que en todos esos campos mencionados continuábamos —y aún continuamos hoy— sujetos a arraigados y casi inmodificables patrones económico-sociales y culturales de conducta que heredamos de la vieja colonia española, que no se quebraron con la Independencia, que más bien se reformularon y profundizaron en el período republicano del siglo XIX e igualmente en el siglo XX, y que en consecuencia siguen formando parte de nuestra política, de nuestra economía, de nuestra estructura social y de nuestra cultura, esto es, de nuestra vida cotidiana en su conjunto<sup>1</sup>.

Y en todos estos campos seguimos reiterando y recreando a diario, así sea sin darnos cuenta, o ignorando su peso y su importancia, esa pesada y desastrosa herencia colonial reforzada en estos dos últimos siglos y sin cuya eliminación mediante una lucha persistente ningún cambio social adquiere suficiente profundidad y ninguna revolución tiene futuro.

En los procesos de cambio vividos en nuestros países en estos últimos tiempos se han hecho frecuentes y casi cotidianos las arengas y discursos políticos en que líderes de esos procesos suelen hablar de antiimperialismo, de socialismo y a veces hasta de anticapitalismo, pero no sólo es que por lo general y salvo excepciones esas ideas siguen siendo confusas e imprecisas hasta en el mismo pensamiento de los propios líderes, sino también porque nunca se intenta definir las e integrarlas realmente a un verdadero proyecto transformador

---

<sup>1</sup> Y antes de que algún lector poco informado u olvidadizo comente que es muy fácil decir estas cosas ahora mientras que no se lo hizo en su momento, conviene hacerle saber o recordarle que críticas constructivas y observaciones a ese respecto sí se hicieron a lo largo de la década pasada y al comienzo de ésta y que me cuento entre quienes, siempre apoyando y defendiendo estos procesos, pudimos hacerlas en los medios y escribir sobre esos temas. Lamentablemente no fueron examinadas y menos aún discutidas, aunque sólo de eso se trataba: de oírlas, de examinarlas y de discutir las.

a construir en forma colectiva y que exige cambiar relaciones de producción, innovar en muchos planos y tener claros algunos caminos a seguir. De modo que esos discursos, por más justos y esperanzadores que sean o intenten ser, resultan siempre débiles y con escasas probabilidades de materializarse, de convertirse en realidades, y aún menos de consolidarse, al no tener en cuenta que para ello es indispensable enfrentar con decisión y claridad el ignorado o subestimado tema de la supervivencia de la colonia entre todos nosotros, incluyendo a muchos de esos líderes. Y el de la urgente necesidad de salir de ella, pues abordar y enfrentar el tema de la *descolonización de nuestros países, de nuestras sociedades y de nuestras mentes* es parte esencial de cualquier cambio de fondo de nuestras sociedades; es parte esencial de esa lucha antiimperialista, anticapitalista y socialista, y porque sin integrarla como objetivo prioritario a esa lucha, las posibilidades de éxitos reales y duraderos de ésta son poco menos que nulas.



## PARTE II

### EL TEMA CENTRAL

En consecuencia, el objetivo central de este ensayo es contribuir a abrir (o a reabrir, porque se lo ha intentado sin mucho éxito otras veces) el espacio necesario para que este tema, el de la necesidad insoslayable de reemprender en serio y de forma sistemática la difícil tarea de batallar por salir de la colonia como parte esencial de nuestras luchas patrióticas, sea tomado en cuenta como lo que es, como algo central y no como una vaga referencia lejana por quienes luchamos en esta América nuestra por hacer realidad nuestra independencia, soberanía y liberación de sujeciones coloniales, imperialistas o neocolonialistas.

Debemos entender que el éxito de esta lucha por la soberanía y por la verdadera independencia de este continente nuestro, sometido desde hace siglos a renovables dominios extranjeros y a renovadas formas de explotación colonial o neocolonial, es también una lucha que exige superar el peso de la colonia y el de nuestra sujeción a la *colonialidad*, algo que nos han venido mostrando reiteradas experiencias y fracasos anteriores, incluidas las serias amenazas de crisis y descomposición que acompañan hoy a los procesos más recientes.

Aclaro que cuando hablo de salir de la colonia no me refiero a hacer una ingenua o ridícula declaración a ese respecto. Me refiero, primero que nada, como se hace con cualquier problema que se quiera enfrentar, a reconocerlo como problema. A continuación, a tratar de definir su presencia, sus contenidos y su incidencia sobre otros problemas que usualmente se han considerado como más importantes o como independientes de él. Y finalmente, a ir definiendo planes y objetivos de lucha que partan del reconocimiento de su importancia e incluso de su papel central en nuestras luchas. Porque sin colocarlo en el centro de ellas, de las venideras, esas luchas, igual que las anteriores, tienen pocas probabilidades de darnos los resultados que deseamos.

De todos modos, dada la subestimación usual de este tema, de su desconocimiento mismo y de su importancia, creo que vale la pena entrar de una vez en materia tratando de precisar las cosas y de examinar, así sea en forma panorámica, el proceso que hizo de nuestras sociedades y países colonias, y de cómo —no obstante la independencia formal lograda en la tercera década del siglo XIX— la colonialidad no sólo se mantuvo sino que se diversificó y fortaleció a lo largo de ese siglo y del siglo siguiente para llegar en forma solapada hasta los tiempos actuales como parte importante y me atrevo a decir que sustancial, de nuestras sociedades y de nuestra cultura.

Preguntémonos entonces por qué tiene tanto peso en nuestras sociedades actuales el colonialismo, cómo se produjo y desarrolló ese proceso, por qué y cómo sigue vivo, y por qué es imprescindible superar ese dominio tan solapado y funesto como antiguo y arraigado. Hay que empezar forzosamente por recordar cosas que son elementales y conocidas, pero es necesario hacerlo para poder situar y comprender los procesos que ahora me interesan: los asociados con el mundo colonial hispanoamericano, con su origen, con su supervivencia entre nosotros, y con la pesada y envolvente herencia que nos dejó y de la que no terminamos de salir. Y creo necesario dejar de entrada en claro dos cuestiones básicas.

**Una.** Parto de señalar que en mi criterio esa panorámica necesaria sobre nuestra historia ulterior a la conquista, es decir, a la que destruyó y sometió a las sociedades y culturas indígenas anteriores, a la que nos hizo colonia, se entiende mejor si se la ubica en el marco de sujeción y dominio estructural que mantuvo a nuestros países sometidos desde entonces, pese a todas las rebeliones, luchas populares y revoluciones que han sido parte de nuestra vida cotidiana a lo largo de esos siglos. Y es en este sentido que me permitiré dividir *grosso modo* nuestra historia post conquista en dos grandes etapas, cada una de ellas atrapada en una sólida tenaza de hierro (a ratos envuelta en terciopelo); tenazas que, por todos los medios disponibles a su alcance y contando siempre con la complaciente complicidad de nuestras clases dominantes, se han encargado de impedir, de limitar o deformar nuestros sucesivos intentos por ser libres, por lograr construir un mundo nuestro, independiente y soberano. Cierto que no lo han logrado del todo, porque a pesar de todas las derrotas, fracasos

y frustraciones sufridos por nuestros pueblos, ese sigue siendo nuestro objetivo central de lucha, de una lucha que no cesa, de nuestro sueño, de nuestra esperanza inagotable. Una esperanza inagotable que las sucesivas derrotas no logran derrotar, pero que es tiempo ya de que no siga siendo tan sólo una esperanza viva resistente a las derrotas.

Esas sólidas tenazas de hierro que han mantenido sujetos a nuestros países han sido sucesivamente dos: la europea y la estadounidense.

La primera es la europea, en lo esencial la española, que fue la que formó a nuestros países como colonias, a nuestras “élites” como colonizadas y a nuestros pueblos como víctimas del colonialismo. Es por supuesto la que dejó más honda huella en nuestras sociedades, la de más larga duración; tenaza que domina desde la conquista europea del siglo XVI (iniciada poco antes, en 1492) hasta fines del siglo XIX o comienzos del siglo XX y que por ser la formativa y más durable es también la más arraigada y la que ha servido de modelo de nuestra condición colonial en todos los terrenos.

Y la segunda es la estadounidense, la que nos domina desde comienzos del siglo XX (aunque en algunas áreas como México, Centroamérica y el Caribe incide desde antes, y en otras, las del centro y sur de Sudamérica lo hace desde algo más tarde, ya en pleno siglo XX). La tenaza estadounidense, tenaza imperialista y neocolonial, ha durado hasta ahora menos tiempo que la anterior, poco menos o poco más de un siglo. Sólo que, por su peso aplastante, por su hipocresía y su falsedad, ese siglo parece ya un milenio. Porque ha sido más fuerte, más terrible, criminal y más feroz, aunque siempre actuando en forma hipócrita en nombre de la “democracia” y de la “libertad” con las que envuelve sus invasiones y sus crímenes y utilizando, para imponer su dominio, nuevos mecanismos y recursos más modernos, hábiles y eficientes, lo que incluye desde su enorme poder económico y militar hasta su aplastante dominio de los medios. Los imperialistas estadounidenses se han aprovechado al máximo del colonialismo europeo y se han apoyado en el fondo en esa vieja y renovada herencia europea de la que no hemos logrado salir, para reforzarla y usarla en beneficio propio.

Aunque, dado que hablo en términos generales, lo que permite siempre hacerlo con cierta inevitable y aceptada imprecisión, vale no obstante la pena señalar que esa condición de tenazas sucesivas

que menciono no es absoluta porque sólo se ha dado en ciertos períodos (Europa sola en los siglos XVI, XVII y la mayor parte del siglo XVIII, Estados Unidos a lo largo del siglo XX desde 1917 y en especial durante su segunda mitad) puesto que ha habido cierto cabalgamiento inevitable entre ambas tenazas, como sucedió cuando Estados Unidos se abrió paso a expensas nuestras para disputarle a Gran Bretaña y a Alemania la hegemonía que ejercían sobre nuestro continente en los años finales del siglo XIX y primeros del XX. Y es lo que sucede igualmente ahora, cuando la tenaza estadounidense, ya decadente, pero siempre poderosa, que sigue ejerciendo su hegemonía sobre esta América latina a la que continúa teniendo por patio trasero, logra subordinar a lo que aún sobrevive de la destartada y marginal tenaza europea, pues esta Europa no es hoy ella misma sino una suerte de colonia voluntaria, indigna y servil de Estados Unidos. Y con relación a ellos, y por obra de los serviles gobernantes que sus pueblos eligen, esos países europeos se han convertido en suerte de países bananeros sin bananas.

**Dos.** Aclaro que lo que intento en este ensayo no es por supuesto resumir toda la larga y accidentada historia de nuestro continente ulterior a la conquista europea del siglo XVI, esto es, de la colonia, la independencia, del siglo XIX y del pasado siglo XX, lo que requeriría una extensa y documentada exposición y una evaluación minuciosa de cada uno de esos períodos mostrando sus estructuras, sus rasgos, su evolución y un balance de sus problemas y de sus posibles logros en caso de que los hubiese. Algo que está excluido y que constituiría de paso un ensayo distinto a éste en extensión y en objetivos.

Lo que me propongo hacer ahora, sin entrar en evaluaciones generales, es sólo resaltar en cada uno de esos sucesivos períodos de nuestra historia más reciente los principales rasgos y componentes propios de la colonia que formaron parte de nuestra forzosa formación como sociedades y países colonizados. Resaltar luego de qué manera lograron sobrevivir a la independencia o se replantearon con ella; esto es, cómo se recrearon, renovaron y ampliaron sobre otras bases más modernas y con otras metrópolis europeas, sobre todo Gran Bretaña y Francia, a todo lo largo del siglo XIX, siglo que fuera clave para el logro de estos objetivos recolonizadores. Y finalmente,

cómo se renovaron, ampliaron y reforzaron de nuevo en el curso del siglo XX, bajo el dominio neocolonial del imperialismo estadounidense en el que cayeron nuestros países y nuestras sociedades a lo largo de ese siglo, dando todo ello por resultado, tal como lo he señalado y como es fácil constatar, que a pesar de nuestras luchas y revoluciones no hemos salido del todo de la colonia; que en muchos planos seguimos en ella; y que sus patrones propios continúan vivos en nuestras sociedades independientes, las cuales parecen no estar muy conscientes de eso. Es lo que trataré de mostrar en lo que sigue.



### PARTE III

## BAJO LA TENAZA EUROPEA LA COLONIA ESPAÑOLA (SIGLOS XVI, XVII, XVIII E INICIO DEL SIGLO XIX)

Debo empezar señalando que, aunque haré unas pocas y bien fundadas referencias de tipo general, es decir, a la colonización hispano-portuguesa en su conjunto, por razones de espacio, en lo que sigue voy a dejar de lado a Brasil, producto exclusivo de la colonización portuguesa, y en lo tocante a la colonización española me centraré sólo en cuatro países que me parecen bastante representativos: Argentina, México, Nueva Granada (hoy Colombia) y Venezuela. Ello no excluye por supuesto que sea indispensable mencionar al Caribe y sobre todo al Perú, importante Virreinato que para entonces era el centro del poder español en Sudamérica. Y que, al hablar de Argentina, que para ese entonces era el centro del Virreinato del Río de la Plata, me refiera igualmente a territorios que formaban parte de éste y que como producto de la lucha independentista se convirtieron en naciones independientes, como fue el caso del Alto Perú, convertido en Bolivia, de Paraguay, aislado para poder conservar su independencia, y de Uruguay, para entonces conocido como Banda Oriental.

La colonia española es un período fundamental de nuestra historia. Esa colonia formó nuestros países como territorios y definió sus límites. Es más, nos formó incluso como sociedades. Nos impuso sus instituciones políticas y administrativas, buena parte de las cuales aún subsiste. Como era de esperar, implantó su religión y su lenguaje en ellas y junto con religión y lenguaje también hizo lo mismo con sus patrones culturales y raciales, aunque adaptándolos al cuadro colonial. Y en el plano tocante a estructura y a modelos económicos nos impuso los suyos, basados entonces (como pasaba en toda Europa) en el mercantilismo, pero orientado siempre en su favor y en contra nuestra. Y en los comienzos del siglo XIX, en la etapa final de la colonia, los ilustrados Borbones hasta aceptaron en forma tardía las peticiones de la oligarquía criolla a favor del libre comercio y el libre cambio.

Antes de examinar estos y otros temas incidentes sobre nuestra herencia colonial quizá convenga hacer una rápida comparación entre el modelo colonial impuesto a nuestros países por la España de los siglos XVI-XVIII con otros modelos contemporáneos o ulteriores a esas fechas y aplicados por otras potencias coloniales o imperiales en otros territorios o incluso continentes. Eso puede ser útil para hacernos evaluar en toda su fuerza colonizadora al colonialismo español y para captar mejor el porqué de su persistencia entre nosotros incluso siglos después de concluido con la independencia ese lejano período colonizador.

Desearía comparar la colonización española de la América de los siglos XVI-XVIII con la colonización inglesa del norte de esta misma América en esos mismos siglos (en realidad a partir del comienzo del siglo XVII) y con la colonización imperial inglesa de la India (desde finales del siglo XVIII) a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Pero de una vez aclaro que por lo pronto dejaré de lado la mención a la Norteamérica colonial (la comparación entre este proceso y el español es muy frecuente) porque prefiero tocar en forma somera ese tema al hablar de cómo los Estados Unidos, producto de esa colonización, ya convertidos desde fines del siglo XIX en potencia imperial, estaban por reemplazar como nueva tenaza impuesta a nuestros países a la propia Gran Bretaña que nos había dominado después de la independencia y a lo largo de ese siglo XIX que terminaba. De manera que lo que por ahora haré será sólo comparar la colonización española de América con la inglesa o británica de la India.

### 3.1. La colonización británica de la India

La colonización de la India por los ingleses (que habían sido los mismos protagonistas de la colonización de América del Norte de la que salieron los Estados Unidos) se caracterizó por la misma visión racista de riguroso y estricto supremacismo blanco, acompañada por supuesto, igual que en la América del Norte, del rechazo radical a todo mestizaje. Los indios<sup>2</sup> fueron considerados por ellos como

---

<sup>2</sup> Los verdaderos, porque, como se sabe, el nombre de “indios” dado por los españoles a los indígenas americanos fue producto de un error, ya que confundieron en un principio a América con la India.



una población inferior y despreciable sólo útil para servirles. Pero, a diferencia de lo que los colonos ingleses hicieron en América del Norte, exterminando a la despreciada población autóctona, en el caso de la ocupación colonial de la India por los imperialistas británicos, éstos no tenían posibilidad ni tampoco necesidad ninguna de exterminar a las poblaciones indias. La India era —y es— un enorme país, todo un continente, con una población inmensa, moderna y bien organizada, es decir, un país de grandes culturas, ricas y milenarias, existentes desde muchos siglos antes de que existiera Inglaterra. Destruir esas sociedades y culturas exterminando a toda la población para ocupar con ingleses ese vaciado territorio era algo imposible e inconcebible. Pero es que ese no era tampoco el objetivo británico. Los imperialistas ingleses no acudían a la India en busca de territorios. No estaban emigrando como pueblo. Lo único que les interesaba era establecer su dominio colonial sobre el enorme país, sobre sus poblaciones, y explotarlas por medio de ese dominio. A la India sólo iban estrictas minorías inglesas, ante todo militares y funcionarios con sus familias y una minoría de empleados y colonos. Y no faltaron tampoco algunos pocos misioneros interesados en convertir al anglicanismo a grupos de población autóctona.

Mediante su poder y su dominio, los ingleses impusieron el inglés como necesario idioma de comunicación entre ellos y los indios; impusieron nuevas formas políticas, militares y administrativas al país, unificándolo así bajo su mando; contribuyeron a integrar regiones de la India reorganizando territorios y modificando diversos aspectos sustanciales para hacer viable la explotación económica del país en su beneficio. Para ello contaron, como sucede siempre, con la complicidad de las clases dominantes indias, ya fuesen éstas hindúes, musulmanas, *sikhs*, bengalíes, tamiles y otras, y reprimieron en forma brutal protestas y rebeliones como la famosa de los cipayos en 1858, cometieron matanzas como la de Amritsar en 1919, y sacaron el trigo de Bengala en medio de la hambruna de 1943, para alimentar a sus soldados mientras decenas de miles de bengalíes perecían víctimas del hambre en medio de su más absoluta indiferencia.

Pero más allá de esto, los ingleses no penetraron ni cambiaron a fondo a la India (pues tampoco era ese su proyecto), y salvo en términos políticos y administrativos (y esto sólo hasta cierto punto)

no es posible decir que los ingleses cambiaran o hicieran a la India. En los casi dos siglos que duró su dominio imperialista y colonial sobre ella, los ingleses fueron siempre una superestructura político-militar extraña que no logró penetrar ni modificar a fondo a la rica, diversa y compleja sociedad que era —y es— la India, producto de milenios de vida social, cultural y religiosa y de sucesivos cruces de culturas.

Y cuando se vieron obligados a abandonar la India en 1947-48, en medio de graves conflictos político-religiosos entre hindúes y musulmanes que ellos habían alimentado en función de su dominio y que llevaron a una guerra espantosa y a una división territorial, la India recobró al fin su independencia y su soberanía. Y el dominio colonial británico, que les dejó una moderna estructura administrativa y el inglés como idioma de comunicación entre sus diversas sociedades, quedó como el adicional recuerdo de una invasión más, sufrida por un país como el suyo, que había sido invadido y ocupado muchas veces a lo largo de milenios de rica existencia. De manera que aparte de esas importantes reformas heredadas de la colonización imperialista inglesa, la India o, mejor dicho, las diversas Indias (hindúes, musulmanas, bengalíes, tamiles, *sikhs*), no perdieron ni cambiaron por ello sus identidades.

### 3.2. La colonización española de América es otra cosa

En este caso se trató de *una colonización total*. Una colonización que, a diferencia de la colonización inglesa de la India no se superpuso como tal a un país ya hecho, superpoblado, con una vieja y larga historia viva que el colonizador inglés tuvo que reconocer, porque sabía que no podía destruir ni le interesaba hacerlo y que el único camino que le quedaba era el de superponerse a ella y dominarla cambiando apenas lo indispensable para que esos cambios favorecieran su funcionamiento y su explotación como colonia. El colonialista inglés impone a la India su idioma como necesario vehículo de comunicación con los pueblos del país dominado, pero no se le ocurre imponerles su religión, no sólo porque eso no le interesa en absoluto, ya que él no ha venido al país como misionero, sino que sabe que eso es imposible, y que intentarlo produciría una sangrienta guerra religiosa que arruinaría todo, incluyendo su propio plan de dominio.

Así que se limita a combatir ciertos excesos, como la existencia de los sanguinarios *thugs*, y persigue y destruye a éstos, pero no por razones religiosas sino únicamente porque sus crímenes perjudicaban los viajes y dificultaban el comercio.

En América, por el contrario, en el caso de la colonización española, se trataba de apropiarse de un continente entero, extenso y en general poco poblado, de un continente todo por conquistar y someter, porque sus poblaciones y sociedades podían ser sometidas y sus culturas destruidas, dada la clara superioridad en armas de los españoles, su política religiosa de destrucción cultural y su inmunidad a los virus y enfermedades que trajeron. Además, para dominarlas mejor, esas poblaciones debían ser cristianizadas (y con los conquistadores españoles venían también muchos monjes cuya tarea era someter como fuese a esos pueblos para imponerles el cristianismo como catolicismo papal). En América los invasores europeos descubrieron no sólo poblaciones nómadas dispersas sino grandes civilizaciones, ricas y milenarias. Pero éstas fueron despreciadas por ellos y en su mayor parte destruidas, mientras sus pueblos eran masacrados o sometidos para imponer por la fuerza en todo ese continente sus patrones organizativos y culturales europeos y con ellos el propio catolicismo.

El plan del colonizador español que sigue al conquistador es crear y organizar esos nuevos territorios en beneficio de la España imperial, de hacer de todos ellos nuevos países coloniales, de dotarlos de nuevas estructuras políticas, administrativas y territoriales, todas derivadas del modelo europeo que ellos encarnan, aunque adaptándolas en algunos casos a las peculiaridades de esos nuevos e inmensos espacios geográficos. Los colonizadores españoles fundan por doquier pueblos y ciudades. Muchas veces lo hacen en sitios nuevos, pero en otras ocasiones lo hacen sobre antiguas aldeas indígenas. O bien ocupando grandes urbes indígenas como en los casos de México y Perú. En esos pueblos o ciudades delinean calles y plazas, edifican iglesias y conventos, se reparten además las tierras urbanas y rurales, y también —y, sobre todo— incorporan como siervos a los indígenas, porque en fin de cuentas no han venido a exterminarlos, salvo a los rebeldes, sino a forzarlos a trabajar desde ahora para los nuevos amos que son ellos. Y muy pronto, para reforzar y ampliar la explotación, empiezan a importar esclavos negros del África para

usarlos en minas y en plantaciones. Dicho en pocas palabras, la idea matriz de esa colonización es fabricar por completo un continente, crear una serie de nuevos territorios y países, organizarlos en términos civiles y religiosos, y someterlos al dominio europeo católico que ellos representan.

Y hay algo más, que es por cierto otro aspecto clave, porque un rasgo fundamental de ese colonialismo español es el del mestizaje, ya que a diferencia del supremacismo blanco y del extremo racismo propios del colonialismo británico, que legalmente lo excluye, el colonialismo español, sin dejar de compartirlos, se muestra abierto o al menos tolerante con el mestizaje, de modo que la presencia y proliferación de éste se convierte en uno de sus rasgos más relevantes. Sólo que ese diverso y continuado proceso de mestizaje que acompaña al colonialismo español, y que tiene las más diversas causas, no excluye en modo alguno el racismo. Ese mestizaje es físico por supuesto, como producto de mezclas raciales entre blancos, indios y negros y luego entre los diversos productos que de esos primeros cruces se derivan, pero no se trata en absoluto de un mestizaje cultural que acepte la plena igualdad social de blancos, negros, mestizos y mulatos, porque tiene como patrones dominantes los de la absoluta superioridad del hombre blanco y la aceptación de la usual violencia que éste le impone a la mujer negra o indígena a partir de esa superioridad. Y a esos patrones raciales quedan sometidos todos los distintos cruces, lo que estimula el racismo y produce la creación de lo que con cierta rigidez se ha calificado de sociedad de castas; y que, en todo caso, combinado estrechamente con la sujeción de los indígenas y con la esclavitud de los negros, se convierte en fuente de conflictos sociales muchas veces explosivos.

Y por lo demás, en lo que me interesa insistir ahora es en que ese sistema colonial, del que son producto todos nuestros países, nuestras sociedades y nuestros sistemas socio-económicos y culturales, explica en gran medida la supervivencia de rasgos concretos de la colonia y de la *colonialidad* en nuestras sociedades republicanas actuales, como intentaré mostrar con más precisión en lo que sigue. Se trata de responder la pregunta: ¿Qué nos dejó la colonia? ¿Qué es lo que de la vieja colonia sobrevive en nuestras sociedades republicanas actuales? ¿Y por qué tiene tanta importancia?

### 3.3. ¿Qué nos dejó la colonia española?

Veamos. La colonia española nos dejó muchas cosas:

#### *3.3.1. La mentalidad de colonizados*

El dominio español impuso a nuestros países desde el principio mismo de la colonia una mentalidad de colonizados, de que todo lo europeo era superior y de que lo nuestro, lo americano, era inferior. Superiores eran los europeos blancos como los conquistadores, que se habían impuesto a los indios, mientras que éstos eran seres inferiores y despreciables: cobardes, sodomitas, sífilíticos, piojosos y comedores de toda clase de porquerías.

Pero también lo eran nuestros animales, nuestra naturaleza y toda nuestra geografía. El modelo y tamaño de referencia de animales, plantas, ríos y montes eran los de los europeos (o los propios del Viejo Mundo, porque la verdad es que los de los europeos no eran muy grandes y por eso aprovechaban para meter de contrabando en la comparación como si fueran suyos los animales asiáticos y africanos, vistos en un principio a partir del fantástico bestiario medieval que les servía de referencia). De modo que las plantas, montes y animales nuestros eran siempre inferiores o, cuando más, versiones deformadas de los del Viejo Mundo, y cuando no eran inferiores en tamaño a los europeos (o del Viejo Mundo) sino que eran muy grandes, entonces eran monstruosos. Así, las llamas y las alpacas eran malas imitaciones de camellos y los pumas pobres leones calvos y miedosos. La iguana era un dragón enano (y hasta comestible) y lo que sí abundaba en América eran serpientes, sapos, gusanos, zancudos, chinches, garrapatas, y niguas.

Y mientras tanto nuestros árboles, demasiado grandes comparados con los de Europa, eran entonces monstruosos. Y lo mismo pasaba con ríos nuestros como el Amazonas, el Paraná, el Magdalena o el Orinoco al compararlos con el Tajo, el Duero o el Guadalquivir. E igual sucedía con los elevados picos nevados de los Andes al compararlos con las modestas montañas europeas. Como he mostrado en otra ocasión, de aquí a declarar la inferioridad absoluta de América,

como se hizo en el siglo XVIII europeo, el Ilustrado, no había sino unos pocos pasos. Y pronto se los dio<sup>3</sup>.

Esa mentalidad se ha mantenido y se ha recreado en muchos casos hasta el presente. En realidad, y sobre todo en lo tocante a nuestras sociedades (de ello daré más adelante algunos ejemplos), en nuestros países esa mentalidad fue asimilada muy pronto por la clase dominante criolla, por nuestras oligarquías colonizadas, serviles y racistas, de modo que sigue teniendo un peso decisivo en nuestros países. Y así, aún en nuestros tiempos, esa mentalidad de colonizado se sigue expresando básicamente como un total desprecio de lo nuestro, de lo que somos y de lo que hacemos, y por una adoración ciega de lo extranjero, en particular de lo europeo y más recientemente de lo norteamericano. Y la clase dominante, por intermedio de la escuela, de la Iglesia y de los medios, se ha encargado de transmitírsela a buena parte de nuestras clases medias y hasta de nuestras clases populares.

### *3.3.2. El difícil e indefinido tema de la identidad*

Aunque no sean exclusividad suya, la verdad es que las discusiones sobre identidad son particularmente importantes en esta América nuestra que fuera colonizada por España. Lo cierto es que en general los países ricos y desarrollados parecen tener más claro cuál es su identidad, cualquiera que ella sea y a partir de qué parámetros la definan, por lo general en torno a su piel blanca, como ocurre en Europa y Estados Unidos, y en el peso e incidencia de sus culturas y de las formas de expansión de éstas; y por ello no es frecuente que se involucren en discusiones al respecto.

Empero, hace unos años me llamó la atención que, en Estados Unidos, el país más prepotente y soberbio del mundo, en el que varios intelectuales de derecha se vienen preocupando, en lo internacional, por la pérdida de peso de su influencia, y en lo interno, por la lenta

---

<sup>3</sup> El asunto ha sido largamente tratado por Antonello Gerbi en su excelente obra *La disputa del Nuevo Mundo*, FCE, México, edición ampliada 1982. También me he ocupado del tema en Vladimir Acosta. *Ensayos Radiales*, tomo II, Monte Ávila, Caracas, 2011, pp.7-78.

disminución en términos proporcionales de la población *WASP* y por el concomitante crecimiento relativo de la población negra y sobre todo el de la de origen latinoamericano y caribeño, población que en forma despectiva ellos califican de latina, hayan empezado a plantearse discusiones académicas sobre el tema de la identidad estadounidense. Es este el caso del autor expansionista y racista Samuel Huntington, cuyo último libro, publicado poco antes de su muerte, en 2008, aborda con preocupación el tema. Pero lo que me interesa aquí no es eso. Lo que quiero es plantear algunas ideas sobre la identidad en el caso de nuestra América Latina, en la que es una clara herencia de la colonia<sup>4</sup>.

Para las ciencias sociales, (como es el caso de la filosofía, la historia, la política, la sociología y la antropología) el de definir la identidad constituye uno de los problemas más complejos y más polémicos que les corresponde abordar. Como este no es un ensayo sobre la identidad sino sobre la herencia colonial superviviente en nuestra América Latina actual, me limito a tratar de precisar sólo dos cosas. Primero que nada, es decir, en lo que sigue, a examinar lo que se presenta como expresión o producto inmediato de esa herencia; y luego, más adelante, al hacer varias reflexiones finales, a retomarlo para examinarlo en un contexto más rico y más moderno, más actual. Ahora bien, en lo tocante a la identidad que heredamos directamente de la colonia, que se manifiesta en tiempos del proceso independentista y a lo largo del primer siglo republicano, me limitaré a detenerme en dos temas, porque creo que es posible resumirlo todo en la respuesta a dos preguntas que se plantearon en esos tiempos: ¿quiénes somos? Y ¿qué somos?

### 3.3.3. *El ¿quiénes somos? Y el ¿qué somos?*

El **¿quiénes somos?** se planteó desde temprano, ya desde fines de la colonia. Y la respuesta que se dio a esa pregunta fue obra de los europeos ilustrados del siglo XVIII ante la constante presencia de

---

<sup>4</sup> El libro de Huntington, *Who are we? The challenges to América's National identity*, publicado en 2004 fue traducido al español en 2008 como *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, y está disponible en Internet.

miembros de las élites coloniales de habla hispana en esa Europa occidental agitada por la incidencia de la reciente Revolución norteamericana y por los preámbulos de la inminente Revolución francesa. Quienes en esos tiempos viajaban a Europa eran solamente los miembros de las oligarquías criollas, todos ellos ricos, cultos y blancos; o al menos de pieles claras capaces de ocultar sus rasgos mestizos, como pasaba en algunos casos. Los indígenas americanos, atados a sus comunidades o sujetos a servidumbre, no viajaban, por supuesto. Y menos aún lo hacían los negros, sujetos a la esclavitud, a menos que lo hicieran como sirvientes de sus amos. A partir de la mal conocida América de la que venían, se los llamó a todos sudamericanos, no importando si procedían de la Nueva España (el actual México, que es parte de la América del Norte), o del Virreinato del Plata, correspondiente al Cono Sur de este continente. También en ese fin del siglo XVIII a los criollos se los llamaba americanos españoles, o españoles americanos sin entrar en más detalles<sup>5</sup>.

Y lo cierto es que los oligarcas criollos se consideraban a sí mismos españoles. Es más, verdaderos españoles, y en un *Memoorial de agravios* que escribe en 1809 para quejarse del maltrato que le daban los funcionarios españoles a la oligarquía neogranadina de la que él era un miembro notable, Camilo Torres, conocido prócer de la independencia colombiana, afirmaba que los criollos americanos como él eran los verdaderos españoles, los únicos herederos de la conquista y de los conquistadores del siglo XVI.

Por cierto, esa misma España que a lo largo de tres siglos nos había colonizado hasta los tuétanos, negaba que nuestros países fueran colonias. Y en 1812, las Cortes españolas decidieron de manera hipócrita que no había ya más colonias, que todas las España eran una, que todos sus integrantes, europeos y americanos, eran españoles y que por tanto sólo había españoles de España y españoles de América y que unos y otros gozaban de los mismos derechos.

---

<sup>5</sup> No deja de llamar la atención que siendo Francisco de Miranda ya entonces o poco después un hombre famoso que había participado en la Independencia de Estados Unidos, que tuvo luego participación protagónica en la Revolución francesa y cuyo nombre figura en el Arco de Triunfo de la Place de l'Étoile en París, Alphonse de Lamartine, en su conocida *Histoire des Girondins*, publicada en 1847, por pura ignorancia, dice de él que era peruano.



Pero esa mentira quedó desnuda de inmediato, pues las Cortes, convocadas por los liberales españoles para frenar el curso de la independencia criolla, establecieron que en ellas la representación de España debía superaren forma aplastante la del enorme continente americano, para entonces aún sometido al dominio colonial español.

Pero ya desde unas dos décadas antes, cuando el nuevo país americano que surgió en el norte del continente luego de aprobada su Constitución en 1787, se definió a sí mismo no como Estados Unidos del norte de América sino como Estados Unidos de América, asumiendo de hecho que América eran ellos y que ellos eran los americanos, robándonos de esta manera el gentilicio, a los otros americanos, los de las colonias españolas, que habían sido americanos mucho antes de que los Estados Unidos existieran, sólo les quedó el camino de añadir un adjetivo a su condición americana para explicar así qué clase de americanos eran. Y en eso todavía seguimos.

El tema de la identidad postcolonial de esta América nuestra se enriquece, o mejor, se complica, en las décadas que siguen a la independencia porque Francia se involucra en el problema aportando dos ideas que van a tener un alcance significativo y una difusión muy amplia. Se trata de la idea de contraponer ahora esta América que se ha liberado poco antes del colonialismo español a la América representada por los Estados Unidos, lo que cada vez se percibía ya entonces con mayor claridad; y la de ampliar la idea que se había usado hasta esas fechas para servir de punto de partida a la posible definición de esa identidad mostrando ahora a esta América no meramente como española sino como parte de la *latinidad*, esto es, la idea de su caracterización como latina. Se empieza entonces en Francia a hablar de una América que es latina y católica, opuesta a, y diferente de, esa otra América que es en cambio anglosajona y protestante. Y eso permite que Francia, que era para entonces el principal país heredero de la antigua latinidad (pues Italia, fraccionada y dominada como estaba, ni siquiera existía aún como país) asumiera protagonismo en el tema que así se definía.

Las primeras menciones de Nuestra América como América latina las hace el político y escritor francés Michel Chevalier, a mediados de la década de los treinta del siglo XIX en su extenso libro *Lettres sur l'Amérique du Nord*. Chevalier, entonces saint-simoniano

y más tarde asesor de Louis Napoleón Bonaparte, futuro emperador francés con el nombre de Napoleón III, sigue hablando en textos ulteriores de una América latina que él contraponen a la anglosajona. En los años 50 de ese siglo autores hispanoamericanos como el colombiano José María Torres Caicedo y el chileno Francisco Bilbao, ambos en 1856, toman por su parte la idea y empiezan a usar también la expresión América latina. Pero el proyecto de Chevalier, que publica luego un texto sobre los intereses materiales de Francia en esta América, y de Napoleón III, ya emperador, que quiere llevarlo a cabo, no es sólo lingüístico o antropológico. Es un proyecto político, colonial, imperialista.

La invasión militar francesa de México en 1861, que se aprovecha de la Guerra de Secesión estadounidense y de la guerra civil que vive México entre liberales y conservadores para convertir al país en un nuevo Imperio colonial francés, esto es, en un Imperio latino sujeto a Francia y capaz así de frenar la expansión territorial de Estados Unidos, es decir, anglosajona, sobre América, es la que difunde y termina popularizando la expresión. Por cierto, Torres Caicedo, como partidario que es de la unidad latinoamericana, la emplea con otra orientación, no la de apoyar la invasión francesa sino la de definir la identidad de Nuestra América a partir de ese carácter latino y católico, que delimita una distinción cultural y no meramente racial.

La expresión América latina no sólo se difunde y acepta en Europa después del fracaso del Imperio francés en México y de la derrota y caída del propio Imperio de Napoleón III en Sedán en 1870 sino también en esta América, que empieza a ser conocida como América latina, aunque los españoles, igual que habían rechazado a lo largo de los siglos coloniales el nombre de América dado al continente, prefieren ahora seguir hablando de América española. El nombre creado por los franceses se sigue difundiendo a lo largo del siglo XX y desde 1945 la ONU y sus órganos lo convierten en designación oficial, ahora como América Latina.

Aunque libre ya del proyecto colonial francés y aceptada por doquier en forma definitiva, la verdad es que la expresión América Latina resulta también insuficiente y problemática. En un sentido amplio y cómodo, latinos pueden ser llamados los españoles, portugueses, franceses e italianos asociados a esta América, y en especial

las oligarquías blancas o mestizas que la dominan, pero es claro que del nombre quedan excluidas las poblaciones indígenas que forman la mayoría de nuestros habitantes, las cuales no son latinas. Y por supuesto las también importantes cifras de población negra, de antepasados africanos, que tampoco lo es. Y que incluso de esa real o supuesta latinidad (porque la verdad es que de antiguos romanos los latinoamericanos de hoy tenemos poco) quedan también excluidas las muchas poblaciones blancas procedentes de Europa o Asia que son ciertamente blancas, pero que tampoco son latinas, como es el caso de irlandeses, griegos, turcos, alemanes, holandeses, polacos, rusos, croatas, serbios, sirios, libaneses, árabes, judíos, armenios y tantos otros pueblos que hoy forman parte de nuestras acogedoras sociedades latinoamericanas. Y esto sería igualmente válido para poblaciones asiáticas como japoneses, chinos, indios y coreanos, aunque para todas esas poblaciones mencionadas eso no representa problema alguno porque siempre son minoritarias o escasas y porque lo mismo sucede con ellas en Estados Unidos.

Sí lo es en cambio para los pueblos indígenas, que hoy representan una poderosa fuerza continental y que como descendientes que son de las poblaciones originarias americanas, o que de algún modo así se siguen considerando, reclamaban antes para el continente el nombre de Indoamérica y más recientemente el de *Abya Yala*. Las poblaciones negras de más cercano origen africano, a las que tampoco satisface el nombre oficial latino, preferirían al menos un nombre neutro y global como sería el geográfico que, sin embargo, para abarcar el conjunto del continente tendría que fragmentarse en Sudamérica, Centroamérica y el Caribe, lo que no ayudaría mucho a la unidad, dado que los Estados Unidos usurparon tempranamente el nombre continental. Y, es por ello que se ha propuesto alguna vez el demasiado complicado de *Euro-Indo-Afro-América*, que no tiene posibilidad alguna de imponerse. Así, lo que ocurre es que lo más sencillo es el nombre de América Latina, y aunque nos parezca con toda razón que es insuficiente y de origen colonialista, resulta el más utilizado, y no parece que por lo pronto podamos cambiarlo por uno que sea más nuestro y que además pueda satisfacernos a todos. Llamarla incluso *Nuestra América*, como hacía Martí, lo que es una forma patriótica, hermosa y nuestra de llamarnos, puede ser válido

para nosotros, pero no podría ser un nombre oficial. Además, y pese al antiimperialismo de Martí, tal denominación podría gustarle mucho a los Estados Unidos, que basados en su *Destino Manifiesto*, desde hace más de un siglo se creen sus dueños y nos han impuesto su dominio.

La otra pregunta, el *¿qué somos?*, también derivada de la colonia, de su racismo y de su mestizaje, se intentó responder desde temprano, desde tiempos de la propia independencia, y no por los europeos del siglo XVIII sino por los propios patriotas latinoamericanos y por algunos de sus continuadores a lo largo del primer siglo republicano que le sigue. En este último caso, en apariencia más simple (y en realidad más complejo), el tema se intenta definir en términos de relaciones raciales e incidencias culturales. El primero que trata de hacerlo es Bolívar en ese audaz y extraordinario texto que es *La Carta de Jamaica*, en septiembre de 1815. Bolívar, que se califica a sí mismo de americano meridional, como era usual entonces, dice de los americanos meridionales: “*nosotros somos un pequeño género humano*”. Y un poco más abajo añade:

*“nosotros... no somos indios ni europeos sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles. En suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores”*<sup>6</sup>.

Se trata de un texto claro, lúcido y audaz, que reconoce que los legítimos dueños de la tierra americana son los indígenas y que los españoles son invasores que usurparon esas tierras y expropiaron a sus dueños. Pero no obstante llama la atención que ciertas cosas importantes están ausentes o son apenas sugeridas. Los criollos americanos no son indios ni europeos sino una especie media entre unos y otros. Ese texto me parece clave sobre todo por dos razones. Porque

---

<sup>6</sup> De la *Carta de Jamaica* hay muchas ediciones. Por comodidad la cito a partir de mi libro *Independencia, soberanía y justicia social en el pensamiento del Libertador Simón Bolívar*, Monte Ávila. Caracas, 2015. El texto citado se lee en las páginas 40-41.

en primer término al reconocer que los criollos no son españoles ni indios y están en medio de los dos, eso debería querer decir que no siempre eran blancos o no eran del todo blancos, y de no serlo se debería a tener componentes indios, es decir, indígenas, lo que significaría que muchos de ellos eran mestizos al menos en algún grado. Esto era algo que por supuesto se sabía y a algunos nobles criollos el mestizaje se les leía en el rostro. Pero era algo que no se decía, salvo en voz baja entre las clases subordinadas. Y en esta ocasión quien lo estaba señalando era un noble criollo.

Sin embargo, Bolívar no menciona aquí a los negros, quizá porque éstos eran para ese entonces sólo esclavos o sirvientes domésticos. Él tenía también los suyos, aunque los liberó a fines de 1814, y sólo los reconoció como ciudadanos después de su experiencia en Haití al año siguiente, proclamando al invadir poco después a Venezuela, su libertad y llamándolos a luchar por la independencia. Pero de cualquier manera el mestizaje colonial no sólo se produjo entre blancos e indias sino —y, sobre todo— entre blancos y negras, de manera que la no mención de los negros no deja de ser una significativa ausencia que llama la atención. Pero Bolívar cubre esa ausencia al retomar el tema en su famoso *Discurso* pronunciado el 15 de febrero de 1819 ante el Congreso de Angostura. En él vuelve al tema de nuestra identidad y lo plantea en términos más amplios, dándole cabida a lo africano. Declara allí Bolívar:

*“Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de África y de América que una emanación de Europa, pues hasta la misma España deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo”*<sup>7</sup>.

En fin, se trata de dos textos revolucionarios y lo son más aún cuando en la antes mencionada *Carta de Jamaica* Bolívar ha definido

---

<sup>7</sup> La cita, correspondiente al *Discurso de Angostura*, se lee en la página 125 del texto antes citado.

a esta América nuestra como “*una pequeña humanidad*”. Le faltó poco para decir que esa pequeña humanidad era también una nueva humanidad, una humanidad con futuro, y aunque no lo dijo taxativamente entonces, lo dejó entender o lo afirmó luego varias veces.

Esos dos textos, que muestran el mestizaje entre blancos, indios y negros y que reconocen los derechos de las poblaciones indígenas, permanecen olvidados por mucho tiempo, en especial a todo lo largo del período republicano que sigue inmediatamente a la independencia porque, salvo en algunos casos y por muy cortos períodos, lo que domina en él es el culto ciego a lo europeo y el absoluto desprecio por el mestizaje y por los indígenas, a los que incluso se intenta exterminar. Hablaré de esto al tratar de las supervivencias de la colonia y del reforzamiento del coloniaje en ese siglo XIX al examinar, entre otros, las ideas de personajes como Sarmiento y el primer Alberdi. Pero desde la etapa final de ese siglo XIX van cobrando peso algunos intelectuales críticos o revolucionarios que se plantean el tema de la identidad nuestra sobre términos como los de los citados textos de Bolívar, pero incluso con más elementos, que las décadas de la segunda mitad del siglo XIX habían permitido poner en evidencia mostrando la creciente complejidad del asunto. Sólo para dar una rápida idea de ello y concluir por ahora con éste, entre muchos pensadores importantes que podrían ser citados, me limitaré a mencionar sólo a cuatro de ellos: José Martí, Manuel González Prada, José Enrique Rodó y José Vasconcelos.

Martí hace mucho énfasis en rescatar lo nuestro frente al predominio creciente del Imperio estadounidense, del monstruo que conoce a fondo porque ha vivido en sus entrañas; insiste en reconocer y en rescatar los valores de las culturas indígenas hasta entonces ignoradas, despreciadas y amenazadas; reconoce el papel de la población negra, tan numerosa e importante en Cuba; y destaca la complejidad y el dinamismo de nuestras sociedades, de *Nuestra América*, como él la llama; y sobre todo la enorme importancia que lo cultural tiene en cualquier intento serio de definir identidades. González Prada, poeta, escritor y político peruano, que es un profundo crítico de la sociedad peruana en la que vive, y de sus lacras, no toca en forma sistemática el tema de nuestra identidad, pero sí escribe importantes textos denunciando el miserable estado en que viven “nuestros indios” y defendiendo sus derechos a diario conculcados.

Rodó, escritor, poeta y político uruguayo, alcanza la fama con la publicación en 1900 de *Ariel*, un libro de carácter casi poético, hoy bastante pasado de moda por su estilo, sus simplificaciones y por algunas de sus ideas, pero que en las primeras décadas del siglo XX llenó un vacío cultural en un confuso momento decisivo y alcanzó pronto una gran difusión, sobre todo entre los jóvenes y estudiantes a los que estaba dirigido. Para Rodó, la identidad latinoamericana se basa sobre todo en su idealismo, cuya fuente es el cristianismo, y dentro de ese marco ideológico llama a la juventud a revivir y asimilar los valores estéticos de la cultura griega clásica. Su principal valor podría ser la crítica firme que hace a lo que llama *nordomanía*, el culto y la admiración por los Estados Unidos. Rodó denuncia en ellos su utilitarismo basado en el culto que rinden a la técnica y a todo lo material y llama la atención acerca de la seria amenaza que, como imperialistas que son, representan éstos para nuestra América latina.

Vasconcelos, escritor y político mexicano que desempeña un papel muy importante en la Revolución mexicana, escribe sobre diversos temas en las primeras décadas del siglo XX, en el marco de esa Revolución. Desde una cuestionable visión universalista desprecia a las culturas indígenas, defiende la conquista y la colonia españolas y muestra el mestizaje como rasgo esencial de la identidad mexicana (y americana). De su obra mencionaré sólo *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, ensayo publicado en 1925. Prácticamente olvidado hoy, ese ensayo tuvo repercusión en su momento y si algo no puede negársele es su audacia y su originalidad<sup>8</sup>.

Vasconcelos parte de un rápido recuento providencialista y simplificador de la Historia en el que no escasean los errores. Hace una lectura racial y hasta racista de esa "Historia" en la que de las cuatro razas jerarquizadas en la clásica división hecha por los pensadores europeos ilustrados del siglo XVIII como razas: blanca, amarilla, negra y roja, él acepta como ellos la superioridad absoluta de la blanca. Y concluye describiendo la rivalidad de largo alcance entre las dos ramas que él estima superiores de ésta última: la inglesa o anglo-estadounidense, opuesta al mestizaje, y la española, en cambio, abierta a él. Y de ésta, en la América latina, como producto

---

<sup>8</sup> El libro está disponible en Internet.

de su colonización y de su mestizaje, deriva que la raza mestiza de nuestra América es la raza definitiva, síntesis de todas ellas, *la raza cósmica*, raza mestiza que las contiene a todas, destinada a crear un futuro en el que la Humanidad supere su pasado, su racismo, sus divisiones, y su fragmentación en países, estados y territorios rivales.

Poca duda cabe de que esto es una confusa fantasía. Pero no obstante ello, no deja de llamar la atención que Vasconcelos haga del imperialismo de Estados Unidos el último imperialismo y de los pueblos de esta otra América, la nuestra, los pueblos que encarnarían el futuro de la Humanidad, de una Humanidad libre y democrática. Las críticas tempranas que se le hicieron, como en el caso de Mariátegui, se centraron sobre todo en la defensa de las culturas indígenas y en la denuncia de la conquista y la colonización españolas que las aplastaron y que con la servil colaboración de nuestras clases dominantes son las principales responsables de nuestra dependencia y nuestro atraso.

### *3.3.4. La religión cristiana, católica y papista*

Los colonialistas españoles y criollos, tanto los de antes como los de ahora, celebraron y siguen celebrando como uno de los grandes méritos de la colonia española el que ésta nos haya dejado como religión el cristianismo. Aquí, desde el principio es necesario precisar dos cosas: que lo que hizo en realidad el colonialismo español fue imponer el cristianismo a sangre y fuego en este Nuevo Mundo, en este continente conquistado y colonizado por ellos; y que el cristianismo que se impuso fue el de ellos: el catolicismo, es decir, su modelo católico y papista, reaccionario, contrarreformista y en guerra declarada contra cualquier pensamiento político y religioso de carácter modernizador como era el protestantismo, ya fuese luterano o calvinista. No obstante, a su pesar, la penetración holandesa e inglesa en el siglo XVII logró imponer el otro modelo del cristianismo, el protestante, en lo esencial de base calvinista, en la América del Norte y en varias islas del Caribe. E incluso por un corto tiempo en la costa del nordeste brasileño. Volveré sobre esto más adelante.



No puede haber ningún mérito en que los españoles, igual que los portugueses, que eran en el siglo XVI, el siglo de la Conquista, los favoritos del papa y de la Iglesia, hayan impuesto su religión a los habitantes de este continente puesto que esa era su religión, e imponérsela a las poblaciones que en él encontraron fue justamente el principal argumento usado por ellos para justificar la conquista y la colonia. Quizá, de haber logrado convertir al catolicismo a las poblaciones indígenas en forma pacífica, con paciencia y catecismo y no con hogueras, armas y persecuciones, el argumento podría haber encontrado cierta cómoda justificación para ese entonces, dada la absoluta intolerancia religiosa dominante en esos siglos en Europa. Hoy eso no tiene la menor justificación. Fue simplemente el producto directo de una imposición brutal basada en su intolerancia ciega, en su prepotencia y su poder. Pero es que la cristianización del mundo indígena americano fue uno de los componentes centrales del genocidio de la conquista y del dominio subsiguiente que impuso la colonia. Empero, esto es ya historia, historia criminal de la que me he ocupado en otros textos, y ahora sólo me interesa detenerme en lo que los resultados de esa cristianización brutal y masiva, luego suavizada por ulteriores misioneros de mentes menos cerradas que sus antecesores, tienen que ver con el tema vivo de la supervivencia de la herencia colonial y de su enorme peso en nuestras sociedades actuales.

Uno de esos elementos es el desprecio por el indígena americano y por sus sociedades y culturas, a lo que me referiré al tratar más adelante el racismo heredado de la colonia. El otro producto de esa pesada herencia es el papel que a pesar de todos los intentos de cambiar las cosas hechos en este terreno en el período republicano, continúa la Iglesia desempeñando en nuestras sociedades, en especial su permanente injerencia en la vida política de nuestros países aprovechando su condición de religión mayoritaria, lo mismo que su profunda y conservadora incidencia sobre la conducta de importantes sectores del pueblo (aunque ahora en competencia con la influencia que sobre todo desde la segunda mitad del pasado siglo XX vienen desempeñando entre éstos las diversas corrientes protestantes, influencia que ha ido creciendo sin parar en décadas recientes, llevando la incidencia de la religión en la política a nuevos y más preocupantes niveles. A eso también me referiré en detalle más adelante).

Imponer su cristianismo católico, papista y contrarreformista en América no resultó cosa fácil para los invasores españoles. El continente era muy grande y los pobladores tenían sus propias religiones. No sólo se trataba de un inmenso continente, sino que tampoco estaba casi vacío como quisieron creer en un principio. Salvo algunas zonas de escasa o moderada población, ese enorme Nuevo Mundo estaba bastante bien poblado en las áreas montañosas y sus valles, en que florecían las grandes civilizaciones indígenas americanas: azteca, inca, aimara, chibcha, y lo que aún sobrevivía de la gran cultura maya<sup>9</sup>.

Pero además está el hecho de que imponer por la fuerza una religión a pueblos que tienen las suyas y creen también en ellas no es nada fácil, no importando cuán grande sea el poder del que el más

---

<sup>9</sup> Los colonialistas, tanto españoles como latinoamericanos, continúan repitiendo las cifras de Ángel Rosenblat, falsas e insuficientes, pero que tanto les convienen; cifras que desde al menos cuatro décadas han sido desmontadas por los demógrafos californianos. En la recién “descubierta” América no había dieciséis millones de habitantes como afirma el ligero cómputo de Rosenblat, notable lingüista, pero improvisado y deficiente demógrafo. Tan sólo en la meseta mexicana había entre veinte y veinticinco millones de habitantes y al añadirseles la población aproximada de la cordillera andina y del resto de América Central y Sudamérica, las cifras de población para todo el continente se calculan entre noventa y cien millones de habitantes. Puede que sean algo exageradas, pero en todo caso están mucho más cerca de la realidad que las cifras ínfimas de Rosenblat. A partir de estas cifras, las de los demógrafos californianos, mucho más serias y bien fundamentadas, el resultado genocida de la conquista se aprecia en toda su verdadera magnitud porque la única cifra válida de Rosenblat es la que se basa en el primer censo de población que hicieron los españoles al dar por terminada la conquista, en 1605, el cual mostraba que en la América conquistada por ellos sobrevivían apenas cinco millones de indígenas para esa fecha. De modo que el costo humano de la conquista no fue de apenas once millones de indígenas muertos, como se derivaría del acomodaticio cálculo de Rosenblat, sino de por lo menos ochenta o noventa millones de víctimas de la conquista, resultado de las matanzas, de las epidemias traídas por los europeos y de la destrucción sistemática y brutal de sus culturas, es decir, de sus sociedades, de su historia y de sus religiones. El libro de Rosenblat es *La población indígena y el mestizaje en América*. Buenos Aires, 1954. El principal de estos lingüistas e historiadores californianos a que me refiero es Woodrow Borah, autor de una serie de estudios sobre el México de la conquista y la colonia, entre ellos *The Aboriginal Population of Central Mexico on the Eve of the Spanish Conquest*. University of California Press. Berkeley, 1963, escrito en colaboración con F. S. Cook.

fuerte disponga para hacerlo ni qué grandes sean las brutalidades y crímenes que esté dispuesto a cometer para lograrlo. Las religiones, cualesquiera que ellas sean, son siempre verdaderas totalidades que intentan explicar el mundo, organizar la vida, la moral y la conducta cotidiana de las sociedades que las han producido (aunque ellas pretenden lo contrario, esto es, hacerle creer a sus fieles que son ellas las que han creado el mundo y producido, organizado y dado vida a esas sociedades). Por eso resulta tan difícil, imposible en realidad, que una religión devore por completo a otra con la que se enfrenta o compite. Lo que no excluye en absoluto que mientras se impone pueda mediante un proceso sincrético absorber y adaptar algunos de sus rasgos. Las sociedades indígenas americanas no sólo tenían sus religiones, sino que las defendían con vigor como síntesis de su identidad, de sus valores y como parte esencial de su vida y su conducta.

Las diferencias de las religiones indígenas americanas con el catolicismo eran bastante grandes, pero como sucede con todas las religiones por diferentes que sean, también había temas y áreas comunes. Esto es algo que puede facilitar en cierto grado el sincretismo siempre que se entienda que es más que difícil que una religión pueda asimilar a otra por completo y que por ello lo más probable es que para sobrevivir y conservar de algún modo vivos sus ritos, la religión del vencido intente involucrarse en cierta medida en la del vencedor tratando de ir haciendo para ello los cambios pertinentes.

Empero, la soberbia racista y la arrogancia ciega de los misioneros cristianos españoles, que los mantenía convencidos de que la suya era la única religión verdadera y los llenaba del más profundo desprecio por los indígenas americanos y por sus religiones, incluidas en especial las de sus más grandes civilizaciones, hizo que, como era de esperar, las definieran como demoníacas, aprovechando que en ellas había sin duda rituales sanguinarios imposibles de aceptar, como ocurría con los sacrificios humanos que solían rendir a sus dioses. Pero su intolerancia religiosa y racial era absoluta. De modo que ese mismo desprecio se manifestó cuando se encontraron en cambio en México con el mito religioso de Topiltzin-Quetzalcoatl, semi-histórico rey de Tula, que tenía grandes similitudes con el embellecido mito cristiano. Al descubrir esas similitudes con el ritual cristiano que veneraban, no lo

tomaron como algo positivo, como una suerte de punto de contacto de su cristianismo con la religión mexicana, sino como todo lo contrario: como una hábil artimaña del demonio dirigida a engañar y hacer condenar al infierno a los indios, imitando en esto lo que ellos llamaban la exclusiva bondad de esa única religión verdadera que era el catolicismo papal del que eran fieles.

La imposición forzosa del cristianismo a los pueblos indígenas por los conquistadores españoles a lo largo del siglo XVI fue por doquier brutal. Los ejemplos de ello sobran y son bien conocidos. Por eso prefiero citar sólo uno, que toca el tema del sincretismo religioso del que hablo, y que al menos en ese aspecto inicial resulta algo menos conocido. El caso que cito tiene que ver con los pueblos mayas de Yucatán. La conquista española de Yucatán con la consiguiente derrota y sometimiento de los mayas, conquista brutalmente sanguiñaria, aunque hubo otras peores, nos brinda un interesante y peculiar ejemplo de esos intentos de sincretismo, tanto por su originalidad como por su carácter temprano. Los mayas yucatecos, rebeldes, reacios a cambiar su religión por el catolicismo vencedor, intentaron inicialmente ensayar el sincretismo con éste. Pero no empezaron por temas menores, colaterales, como es más prudente y más usual, sino que fueron de una vez al mero centro del problema. Intentaron hacer una síntesis de lo esencial de ambas religiones fundiendo en un sólo y único sacrificio los sacrificios mayores de las dos: el sacrificio cristiano de Jesucristo en la cruz y el ritual maya de arrancar el corazón a los que ellos sacrificaban a sus dioses. Empezaron entonces a crucificar niños o chicas jóvenes y a bajar las cruces con ellos o ellas gritando de dolor para arrancarles en vida a cada uno el corazón. Como era de suponer, a los monjes cristianos, cómplices de espantosas matanzas de indios, eso les pareció algo horrible (ya que lo era, y que el sacrificio de Jesucristo con toda su crueldad no se recreaba en vivo crucificando a imitadores suyos). De modo que decidieron perseguir y aplastar de una buena vez la religión maya capturando a sus sacerdotes y con ellos a todo sospechoso de practicarla, destruyendo sus sitios rituales y quemando todos sus símbolos, estatuas, códices y manuscritos<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> Consultar la extensa obra de Victoria Reifler Bricker, *El Cristo indígena, el Rey nativo. El sustrato histórico de la mitología del ritual de los mayas*, FCE,

El que asumió la dirección de este proceso fue el sacerdote franciscano Diego de Landa, que proclamó la inquisición en Yucatán, hizo torturar en la *estrapada* o garrucha y en el potro a numerosos hombres y mujeres mayas, hizo quemar a muchos de ellos y ellas y destruyó y quemó todo manuscrito y códice que logró descubrir mediante su cruel e implacable labor inquisitorial. Los excesos criminales de Landa fueron tales que condujeron a Francisco de Toral, el obispo de Yucatán, a enviarlo a España como acusado de esos excesos para que se lo juzgara. Pero en España lo premiaron, y cuando poco después murió Toral, Landa volvió a Yucatán como su sucesor, siendo nombrado nuevo obispo<sup>11</sup>.

Los mayas aprendieron la lección y decididos a conseguir que su religión sobreviviera, pronto hallaron otro camino sincrético, en apariencia sumiso y nada conflictivo, pero en realidad más sutil y beneficioso; camino que les hizo posible seguir practicando su religión envuelta en un protector manto cristiano y asimilando sinceramente como propias numerosas prácticas y rituales del cristianismo. El resultado de eso fue que los pueblos mayas de México y de Centroamérica se hicieron más cristianos que nadie en su fidelidad cristiana y en sus prácticas y rituales religiosos, pero sin dejar en absoluto por ello de ser mayas y de continuar manteniendo vivas prácticas, creencias y ritos de su religión ancestral y sus costumbres.

En algunos otros casos la Iglesia católica española prefirió de una vez poner en práctica algo que le había dado excelentes resultados en

---

México, tercera edición, 1993, que describe los hechos que menciono y ofrece las referencias en que se basa, op. cit., pp. 45-48.

<sup>11</sup> El feroz inquisidor que fue Landa, que casi logra destruir la cultura maya yucateca, nos dejó un libro, *la Relación de las cosas de Yucatán*, en el que además de criticar cínicamente los excesos de los españoles (pero sin mencionarse él mismo) describe luego a su manera el mundo maya analizando también su calendario y su escritura. Dada la casi desaparición de textos mayas, en buena parte quemados por él, su libro se convirtió por mucho tiempo en una fuente privilegiada, casi exclusiva, indispensable para estudiar ese calendario y para tratar de descifrar esa escritura. Pero desde los mediados del pasado siglo XX el prestigio de Landa en ese terreno se fracturó y las limitaciones de su lectura sesgada y manipuladora quedaron en evidencia. Así, varios acuciosos investigadores como Eric Thompson y otros, avanzaron en el estudio de la riquísima cultura maya, tanto en Yucatán y Chiapas como en Guatemala y Honduras, logrando al fin descifrar su escritura y comprender los alcances de su asombroso calendario.

la Edad Media cuando cristianizaba a toda Europa: apropiarse de un santuario o sitio ritual pagano, prestigioso y concurrido, difícil de eliminar, y mediante un “milagro cristiano” convertirlo en sitio sagrado para el cristianismo, expropiando así de él sin costos al paganismo. Lo hicieron en México en 1531 en el sagrado santuario de la diosa madre Tonantzin con el milagro de la Guadalupe y la construcción sobre el mismo de la basílica consagrada a la aparición de la Virgen. En las décadas siguientes este culto se fue difundiendo por buena parte de la América española, a los indígenas se les habló del culto de la Virgen, y la idea de fomentar nuevas apariciones se convirtió para la Iglesia en todo un programa continental más útil que la brutalidad inquisitorial.

En el siglo XVII (en realidad desde fines del siglo XVI hasta comienzos del XVIII), se produce entonces en esta América una verdadera epidemia de apariciones de la Virgen. En los primeros casos no se requirió aparición porque los españoles habían traído esas vírgenes de España: casos como el de la Virgen de la Merced en Perú, la de Copacabana en Bolivia, o la del Rosario en Guatemala. Después, la Iglesia hizo que María abandonara su santo descanso en el cielo para aparecerse por doquier de país en país, sobre todo a los indígenas y otras veces a los criollos, siempre en cada caso en un sitio distinto y con un nombre diferente. Las vírgenes patronas de nuestros países salieron casi todas de esas apariciones: la de Chiquinquirá en 1586 en Nueva Granada, la de la Caridad del Cobre en Cuba en 1613, la de Luján en Argentina en 1630, la de Coromoto en Venezuela en 1652 y la de Aparecida en 1717 en Brasil. Por lo demás este fue un medio de cristianización más efectivo y seductor que el de la pura violencia. Y en ese siglo las misiones jesuíticas, agustinas y franciscanas, difundidas por casi todo el continente, en especial en Venezuela, Nueva Granada, Paraguay y norte de Argentina, se convirtieron en un instrumento muy eficaz de cristianización paternalista de las masas indígenas que todavía no habían sido integradas a la Iglesia.

En el caso de las poblaciones negras la actitud de la Iglesia fue diferente porque el interés por cristianizarlas no fue el mismo. Se trataba de esclavos y en el mejor caso de libertos. Y por lo general con ellos bastaba con asperjarles un poco de agua bendita encima para cristianizarlos formalmente. Después se los dejaba por su cuenta

o por la de sus amos, a menos que estos exageraran los maltratos, porque el objetivo de la Iglesia era que aceptaran su condición de esclavos sin rebelarse, ya que si se sometían con docilidad a la voluntad de sus amos les esperaba en la otra vida el cielo. Como señala el padre Alonso de Sandoval, crítico de la esclavitud, en su libro dedicado a describir la difícil vida de los esclavos, ese era el cuadro general. Y en realidad a los amos si por un lado les convenía que se diera a sus esclavos un barniz cristiano para hacer que se resignaran a la esclavitud, por el otro les incomodaba porque sabían que una vez cristianizados el valor de sus esclavos disminuía con relación al de los negros *bozales*, esto es, al de los negros recién traídos del África sin ser cristianizados<sup>12</sup>.

Ahora bien, si la Iglesia no mostró demasiado interés en buscar a los negros, fueron éstos los que se interesaron en buscar a la Iglesia para integrarse a ella. Por la vía de los Cabildos de negros y las Cofradías dedicadas a los santos, la Iglesia representaba para ellos un espacio de libertad en el que no sólo se hacían reuniones lejos del duro trabajo cotidiano, se celebraban fiestas y se asociaban al culto de los santos sino que haciéndolo podían encubrir y celebrar como cristianos los ritos propios de sus religiones; dar nombres cristianos a varios de sus dioses; y además, una vez que todos aprendieron a comunicarse en español, también se les hacía posible conspirar; y llegado el caso, organizar protestas y rebeliones urbanas.

El resultado es que, a pesar de toda la represión, los negros esclavos y libertos lograron conservar con más facilidad que los indios sus religiones y sus ritos, casi siempre envueltos en los rasgos y nombres de los santos, santas y vírgenes propios de la religión cristiana. Los casos de Cuba y de Brasil son los más importantes y más conocidos, pero puede decirse que fenómenos del mismo corte tuvieron lugar en diversas partes de esta América entonces española o portuguesa.

De modo que en medio del autoritarismo propio de la Iglesia, que seguía sospechando de todo y condenando cualquier posible

---

<sup>12</sup> El libro del padre jesuita Alonso de Sandoval es el mejor tratado sobre la esclavitud de los negros en las colonias españolas. Está escrito en latín, se titula *Tractatus de instauranda aethio pum salute*, y se publicó en Sevilla en 1627. La excelente traducción española publicada por Alianza Editorial, Madrid, 1987, lleva por título *Un tratado sobre la esclavitud*.

disidencia referente al enorme peso de su dogma religioso, la colonia produjo una sociedad cristiana, católica, papista, intransigente y firme en su dogma, pero en la que de manera inevitable, sobre todo en los países de mayor presencia indígena o negra, se fueron colando religiones, cultos, tradiciones y mitos distintos, ya fuesen indígenas o africanos, que lograron sobrevivir bajo ese manto cristiano, y que luego buscaron nuevos espacios y nuevas ocasiones de enriquecerse y expandirse con menos represiones y disfraces y gozando por supuesto de una más grande libertad.

### *3.3.5. El idioma español*

Al lado de la religión católica, este es el otro tema que los defensores del colonialismo español celebran como logro excepcional del que tendríamos que sentirnos todos orgullosos. Ciertamente, la colonia española nos dejó el idioma español. Muy bien. Pero ¿es que hay acaso algo excepcional o extraordinario en el hecho de que los españoles al colonizar los territorios que luego de la independencia se convirtieron en nuestros países, les hayan impuesto el idioma español, idioma que ellos hablaban, casi siempre con acento castellano o extremeño? ¿Es que acaso podían haberles impuesto algún otro idioma que no fuese el suyo, el castellano? Porque no hay que olvidar que en sus inicios la América española era exclusiva propiedad del reino de Castilla.

Los dos hechos, el religioso y el lingüístico, esto es, el de la imposición del cristianismo católico y el de la imposición de la lengua castellana o española, están hermanados de manera muy estrecha porque ambos, por la vía de esa imposición y usando para ello diversos medios, estaban dirigidos a darle a estas colonias recién creadas una identidad. Identidad por supuesto católica y española. Y esto fue un logro muy importante para España, un logro perdurable y unificador de todo el continente; logro que fue más allá de la colonia y que ha sido desde entonces parte esencial o sumamente importante de nuestra identidad colectiva: el español se convirtió en nuestra lengua materna y el catolicismo en la religión de nuestras grandes mayorías. Nuestros niños y niñas aprenden el idioma español de sus padres; y desde muy temprano, al bautizarlos, la Iglesia



católica los convierte de una vez (esperando y tratando que sea para siempre) en fieles suyos.

Dos cosas aquí son importantes y por eso quiero resaltarlas. La primera es que el español sirvió para crear identidad porque, aunque impuesto a la fuerza a indígenas y negros, en un principio fue necesario idioma de comunicación y unificación, al menos comunicativa, entre los grupos distintos y antagónicos que formaban la población de la colonia. En las diversas regiones de esta América recién conquistada por los españoles, los pueblos indígenas que las habitaban hablaban lenguas de alguna forma emparentadas, de modo que en esos casos no les era demasiado difícil comunicarse por medio de ellas, aunque no siempre era así. Pero los españoles, es decir, los conquistadores y sus herederos coloniales, no habían venido a este continente a aprender lenguas indígenas. (Los misioneros lo hicieron más tarde). Ellos habían venido a conquistar y a imponerles su lengua a los pueblos sometidos para poder comunicarse con éstos y darles órdenes. Así que fueron esos indígenas sometidos quienes tuvieron de alguna forma que aprender el español, lo que les sirvió para comunicarse con los amos españoles, pero también para poder comunicarse con más facilidad con los integrantes de otras tribus o etnias vecinas. Y hasta más lejanas.

Este proceso alimentó una suerte de mestizaje racial de corte lingüístico, porque hizo que los indígenas que de una u otra manera estaban en contacto regular con los colonizadores, aprendieran español y lo fueran incorporando a sus propias lenguas. Y en casos de repetidos mestizajes generación tras generación contribuyó también a que lo fueran enriqueciendo con palabras, ideas y expresiones propias de sus culturas, formas de vida, creencias y tradiciones sociales y religiosas. Aunque de igual manera ocurrió que en casos como esos, sobre todo al tratarse de masas de indígenas urbanos, los más aculturados, los más integrados a la cultura y al dominio cultural español, terminarían por olvidar sus viejas lenguas quedándose con el idioma dominante, enriquecido y mestizado, olvidando poco a poco el suyo y convirtiéndose así en mestizos integrados de habla española.

Lo mismo sucedió con los esclavos negros. Estos por supuesto si eran ladinos hablaban algo de español y algunos hasta eran cristianos de nombre, pero los españoles desconfiaban de ellos porque

les parecían maleados y bastante peligrosos. Preferían a los *bozales*, negros esclavos recién sacados de África, que no eran cristianos y no hablaban otra lengua que no fuera la suya. Después de la primera rebelión masiva de negros, en La Española, en 1522, la de los *wolofs* o *gelofes*, senegaleses altos y fuertes que para colmo eran musulmanes, la Corona prohibió importar negros de esa procedencia a las colonias españolas.

De modo que la mayor parte de los negros esclavos que al principio llegaban a esta América eran *bozales*, los que los españoles preferían. Y en sus haciendas, plantaciones o minas trataban de reunir siempre esclavos *bozales* de etnias rivales o que no se conocieran y que hablaran todos lenguas diferentes, para evitar así que pudieran comunicarse; o peor aún, empezar a tramar rebeliones o alzamientos.

Pero ellos, los españoles, eran los amos, y si no habían venido a América a aprender lenguas indígenas menos lo iban a hacer tratándose de despreciables e incomprensibles lenguas de negros esclavos. De modo que para poder darles órdenes y controlarlos tuvieron que enseñarles español, corriendo así el riesgo inevitable de que empezaran a usar su nueva lengua no sólo para comunicarse con sus amos sino también como medio para comunicarse entre ellos y preparar revueltas. Aunque no el único, creo que este fue un elemento clave para explicar los verdaderos fines de la masiva imposición y difusión del español como idioma comunicacional con indios y negros en la colonia y también su inevitable supervivencia como parte esencial de nuestra identidad después que se diera por terminada formalmente aquélla.

La segunda cosa que quiero resaltar es sobre el idioma, sobre el español que hablamos todos nosotros los latinoamericanos de habla española. Los indígenas americanos y los esclavos africanos no eran mudos y, por supuesto, tampoco se limitaron a aprender español para recibir órdenes o tramar revueltas. Estas últimas, a veces muy importantes, sólo se dieron en contextos especiales. Como ya dije, al idioma español que hablaban y del que además de órdenes también recibieron muchas otras cosas, le fueron incorporando también ideas, conceptos y expresiones suyas relacionados con sus religiones, con sus sociedades y culturas, con sus vidas, sus tradiciones y valores, con sus sueños, sus cantos, sus bailes y su música. Y, claro está, igualmente con su trabajo, ya fuese éste como siervos, esclavos, libertos, arte-

sanos, sembradores, artistas; o en el caso particular de las mujeres, que compartían con ellos los mismos valores, culturas y trabajos, también como nodrizas, *ayas*, costureras o cocineras.

El idioma español se enriqueció enormemente por obra de ese constante mestizaje lingüístico. Así nuestro español americano, por esos componentes indígenas y africanos, variables según los países, es una lengua propia, rica, un español latinoamericano en cierta medida diferente del de España, incluso por la forma que tenemos de pronunciar e incorporar ciertas palabras. Y así ese español múltiple, al tiempo que español, lenguaje común que nos permite comunicarnos con los países y pueblos hermanos, es también por sus peculiaridades y diferencias de uno a otro de esos países nuestros la lengua particular de cada uno de ellos. La importancia de la incidencia indígena o negra, combinada por supuesto con otras influencias lingüísticas ulteriores, sirve de base a esas diferencias lingüísticas de unos países a otros. En lo esencial, al menos buena parte de las lenguas indígenas logró sobrevivir, (incluso pese a ulteriores agresiones y a destructivos planes militares republicanos). Por su parte, la escasa sobrevivencia de las lenguas africanas y la mayor y más brutal aculturación de las poblaciones negras tiene mucho que ver con la esclavitud (que se mantuvo hasta mediados o fines del siglo XIX), la cual exige un control más directo en el caso de las plantaciones y una integración a la vida urbana en el caso de esclavos caseros y de libertos o manumisos y de negros libres.

Y después de todo, si éste, el del lenguaje español, fuera el único componente que hubiese sobrevivido de toda nuestra herencia colonial, me atrevo a decir que a pesar de todo no habría mucho de qué quejarse. Los idiomas suelen imponerse por la conquista, por la fuerza; y la formación del español de España es un excelente ejemplo de ello. Cartagineses, griegos, romanos imperiales, invasores bárbaros, conquistadores árabes, todos ellos fueron imponiendo sus lenguas y dejando sus huellas en la formación del español, de ese español que luego los conquistadores españoles vinieron a imponerle al mundo indígena americano al que colonizaron. Y a fin de cuentas, con su mestizaje enriquecedor y sus peculiaridades, el español es nuestra lengua. El problema principal es otro: es que, sin olvidar los otros problemas que hemos tocado antes, todavía nos falta

examinar lo peor: el racismo y el sistema económico heredados de la colonia, ambos reformulados y profundizados en los siglos siguientes a la independencia del dominio español sin que nuestras sociedades republicanas o actuales hayan ni siquiera intentado realmente salir de sus parámetros.

Sigamos entonces:

### *3.3.6. Una estructura social a un tiempo clasista y racista*

Uno de los peores y más perdurables resultados del régimen colonial al que España mantuvo sometidos a nuestros países por algo más de tres siglos es el de haber formado y habernos dejado como forma de estructura social una estructura piramidal de claro corte racista en la que las relaciones de dominio social de clases que esa estructura expresase nutren y se refuerzan con una estructura racial paralela y de similar forma piramidal la cual se funde con la social para formar con ella un único bloque impenetrable que a lo largo de los dos siglos que han seguido al final de la colonia ha perdurado sin modificarse, salvo por unos cambios formales que en lo esencial en nada lo afectan.

En realidad, lo único original aquí, y que es de paso lo peor, es la fusión de ambas pirámides. En toda sociedad de clases como era la colonia y como lo son todas las sociedades desde hace ya milenios, existe de hecho una pirámide social que expresa la forma, las proporciones y la ubicación en ella de las clases o sectores sociales que constituyen esa sociedad. Las clases o sectores explotados: campesinos, obreros, pueblo, que constituyen la gran mayoría, están por supuesto abajo, en la base o piso de la pirámide, que es también su parte más ancha. Las clases o sectores dominantes, esto es, la minoría rica, exclusiva y explotadora, formada por burguesía, terratenientes y altos funcionarios, están situados arriba, en el vértice, que es la parte más estrecha. Y en el medio se ubican las clases o grupos sociales intermedios no siempre fáciles de clasificar. El modelo social de la colonia era más o menos ese y esa era más o menos la pirámide social que le correspondía.

Pero como sabemos, la colonia española era una sociedad profundamente racista que ubicaba a los grupos humanos en espacios

raciales correspondientes a su color de piel, los que a su vez coincidían con su ubicación en la pirámide social. De modo que esta otra pirámide tenía en su ancha base a la población de piel más oscura, negra o mulata oscura, que eran esclavos. Y apenas por encima de ellos incluía también a las poblaciones indígenas, que en realidad solían ser de piel bronceada y a veces hasta algo oscura pero nunca negra.

En el vértice se ubicaban ellos mismos, los españoles, que por lo general eran gobernantes y altos funcionarios, todos de piel blanca (castellanos y hasta andaluces) o incluso muy blanca (catalanes, vascos y gallegos). Apuntando también al vértice, pero ubicados siempre por debajo de los españoles, estaban los criollos, que podían ser blancos, algo mestizos y hasta de medio pelo, pero que por lo general eran siempre nobles, poderosos y ricos, ya que eran propietarios de tierras y haciendas, dueños de esclavos, y controlaban además los cabildos que gobernaban las ciudades.

En el medio estaban los otros, los llamados pardos. Junto con algunos blancos pobres. Formaban una suerte de esbozo de clase media, que incluía a los grupos sociales que no podían ser ubicados ni abajo ni arriba, y entre los cuales eran numerosos los mulatos que habían logrado convertirse en comerciantes y hacer dinero, es decir, que eran libres, pero que, por su color, a pesar de su riqueza, carecían de derechos sociales y que eran usualmente despreciados por los blancos criollos.

Con las modificaciones y añadidos del caso, producto de los cambios que nuestros países han vivido, esa doble pirámide social y racial de corte racista heredada de la colonia española sigue siendo el modelo que sirve de base a los parámetros sociales del racismo que continúa vivo y hasta a veces reforzado en nuestras sociedades, que no obstante eso, se autodefinen como plenamente democráticas e igualitarias.

### *3.3.7. Un racismo y unos complejos raciales omnipresentes*

Puede decirse que ninguna guerra de conquista se lleva a cabo, y ninguna colonia racista se impone luego, sin intentar devaluar y hasta deshumanizar al pueblo al que se quiere conquistar, sobre todo si

éste se resiste, y al que a continuación se ha logrado someter después de vencerlo. La brutal conquista española del siglo XVI y la colonia racista que fue su resultado no escaparon por supuesto a esta suerte de axioma, e indios y luego negros fueron las víctimas centrales de ese racismo y ese desprecio.

### 3.3.8. *Racismo anti indio*

La construcción del racismo y del desprecio comenzó con los indígenas. En un principio Colón y sus acompañantes quedaron sorprendidos en sus primeros contactos con los indígenas, a los que llamaron indios, porque la arraigada idea medieval que todavía compartían les indicaba que los pueblos de la periferia del mundo como los que habitaban estas islas y esta tierra firme debían ser seres monstruosos. Les sorprendió descubrir que eran hombres como ellos y mujeres como las que conocían, descubrimiento que se veía facilitado por su desnudez, llevada con toda naturalidad. Pero pasado este primer momento y a partir del segundo viaje de Colón en 1493, con el que empieza la conquista, empiezan también los conquistadores españoles a descubrir la monstruosidad de esos indios, monstruosidad que no es física sino moral, y su despreciable inferioridad, nacida de su conducta y sus costumbres. Los ejemplos se van acumulando.

Ese mismo año el doctor Álvarez Chanca, médico que viene en el segundo viaje de Colón, dice de los indios “*que comen cuantas culebras o lagartos e arañas e cuantos gusanos se hallan por el suelo, así que me parece que es mayor su bestialidad que de ninguna bestia del mundo*”. Algo similar señala Michel de Cuneo, otro de esos viajeros, que los llama *comedores de porquerías* y dice de ellos que viven como bestias. Pero el mejor ejemplo de ese racismo temprano nos lo brinda en 1512 el padre Tomás Ortiz, primer obispo de Cartagena de Indias. Su texto lo he reproducido completo en otras obras. No puedo hacerlo ahora aquí y me limito a recopilar algunos de los calificativos que ese sacerdote católico emplea para mostrar la clase de inmundos seres que son esos indígenas: *comedores de carne humana, sodomitas, desvergonzados nudistas, insensatos, ingratos, borrachos, bestiales en sus vicios, haraganes, ladrones, mentirosos, infieles, hechiceros, agoreros,*

*nigrománticos, cobardes como liebres, sucios como puercos, comedores de piojos, arañas y gusanos crudos. En síntesis, concluye, era imposible encontrar en el mundo gente más cocida en vicios y bestialidades que ellos*<sup>13</sup>.

La línea queda trazada: no siendo posible descalificar a los indios en lo físico, su descalificación tuvo que ser moral. Se los acusó de antropófagos y de la asociación de la antropofagia con el pueblo caribe, al que se le atribuyó ésta en primer término, nació la palabra *canibal*, nombre que pronto se impuso para llamar con él a los practicantes de la antropofagia. La Corona española se opuso a que los indios, a los que ella consideraba sus súbditos, fueran esclavizados, salvo si eran rebeldes o caníbales. Ciertamente que varias tribus solían practicar la antropofagia ritual, pero a partir de esa real decisión, resultó que para los conquistadores *todos los indios sin excepción* pasaron a ser calificados de caníbales. La Corona y la Iglesia condenaban de palabra la homosexualidad, a la que llamaban sodomía, y llamaron a castigarla en caso de que fuera descubierta entre los indios, entre los cuales había casos, como sucede en cualquier sociedad humana. De inmediato todos los indios pasaron a ser considerados sodomitas, en especial los más rebeldes. Así se los podía esclavizar o exterminar matando dos pájaros de un tiro. Y se empezó a quemarlos vivos o a hacerlos despedazar por feroces perros de caza. Las principales culturas indígenas solían realizar sacrificios humanos en sus fiestas y, al parecer, algunas tribus como los tupiguaraníes practicaban en ellas el canibalismo. Se acusó entonces a todos los indios de ser caníbales y a los mexicas, mayas e incas de ser monstruosos sacrificadores de hombres y además feroces comedores de sus restos.

Este racismo deshumanizador desorganiza y destruye a las sociedades indígenas a lo largo del siglo XVI, en especial a las rebeldes que luchan contra los españoles, y contribuye mucho a su sometimiento

---

<sup>13</sup> Cf. Juan Gil y Consuelo Varela, editores. *Cartas de particulares a Colón y Relaciones coetáneas*. Alianza Editorial. Madrid, 1984, pp. 164-165 y 174-175. Para el texto del padre Ortiz, cf. Pedro Simón, *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*, edición completa. Banco Popular, Bogotá, en siete tomos, 1981, tomo I, capítulo IV, pp. 135-136. Puede consultarse también Vladimir Acosta, *El Continente prodigioso. Mitos e imaginario medieval en la Conquista americana*, EBUC, segunda edición, Caracas, 1998, capítulo II, p. 82 y capítulo IX, pp. 436-437.

después de su derrota. Pero para el siglo XVII, dado que la mayor parte de las sociedades indígenas han sido sometidas, el uso de estos argumentos pierde fuerza y el racismo de los españoles y más aún de las oligarquías criollas que se han venido conformando, que controlan los Cabildos urbanos y son dueñas de tierras y haciendas, asume formas menos virulentas, pero también más efectivas. El desprecio del indio, sometido (y “domesticado”, como dicen clérigos y misioneros), se arraiga con fuerza en las nuevas ciudades entre los blancos criollos de la oligarquía que ya domina en éstas, no obstante que muchos de ellos han adquirido rasgos mestizos producto de los frecuentes cruces de sus padres con mujeres indias.

Sin embargo, es de notar que después de pasado lo peor de la conquista, los contactos entre los blancos, tanto españoles como criollos, y los indios, tienden a reducirse o atenuarse. Esto obedece a dos razones. En los países en los que quedan tribus o indígenas por someter y pueblos por fundar, son los misioneros de diversas órdenes religiosas los que se ocupan de ello teniendo el contacto prácticamente exclusivo con los indios. Y en países de poblaciones indígenas más numerosas y organizadas, en los que no queda mucho que cambiar, la Corona española, interesada como siempre en que los indígenas le paguen el tributo debido, los ha venido reuniendo en sus comunidades propias para tenerlos controlados, mantener la paz, y evitar conflictivos encuentros entre ellos y los criollos en los que los indios salían siempre perjudicados y de los que no era raro que derivasen rebeliones.

Y, aunque en esos casos la presencia indígena sigue siendo muy importante en las ciudades, puede decirse que, comparado con el del siglo XVI, el racismo contra los indígenas se atenúa algo y que sólo vuelve a cobrar fuerza cuando en la fase final de la colonia los indios empiecen otra vez a rebelarse, en protesta contra los abusos de los corregidores, y esas rebeliones afecten y asusten a los oligarcas criollos.

Mientras tanto, el racismo anti indio se mantiene de parecida forma contra los indios que todavía no han sido cristianizados, es decir “domesticados”, incluso de parte de los misioneros que tienen a su cargo esa tarea. En las misiones jesuíticas, como en el sur de Brasil y norte de la Argentina, se los protege de ataques de españoles y criollos armados que buscan capturarlos para esclavizarlos en sus plantaciones o haciendas. Los *bandeirantes* brasileños son el mejor



ejemplo de esto. En esas misiones a los indios se los mantiene y educa como cristianos bajo un trato en general humanitario, pero siempre autoritario y paternalista que no logra ocultar del todo su racismo. En las selvas de la Amazonia y la Orinoquia, con indios considerados más salvajes, otros misioneros intentan con ellos tener un trato parecido, por supuesto no exento de desprecio. Buen ejemplo de esto es el padre Joseph Gumilla en su trato con los indios del Orinoco, en el sur de Venezuela. En su libro *El Orinoco ilustrado y defendido*, editado en 1745, dice Gumilla:

*“... el indio selvático o el que empieza a domesticarse es ciertamente hombre, pero que su falta de cultivo le ha deformado de tal modo el sentido racional que ese indio bárbaro y silvestre es un monstruo nunca visto, que tiene cabeza de ignorancia, corazón de ingratitude, pecho de inconstancia, espaldas de pereza, pies de miedo y que su vientre para beber y su inclinación a embriagarse son dos abismos sin fin”<sup>14</sup>.*

### 3.3.9. Racismo anti negro

El racismo y el desprecio contra los negros tienen un origen algo ulterior, desde mediados del siglo XVI. Está relacionado de manera estrecha con la esclavitud y a menudo resulta más abierto y más brutal. Para los castellanos y los portugueses, los negros no eran seres extraños, venían tratando con ellos por lo menos desde la segunda mitad del siglo XV, sobre todo los portugueses, que llevaban a cabo la circunnavegación de la costa africana, de cuyo lado occidental habían empezado a sacar esclavos y en la que iban instalando uno tras otro, puestos costeros de control. Desde fines de ese siglo, en Sevilla y sobre todo en Lisboa habitaban numerosos negros, que eran servidores y esclavos domésticos. Eran ladinos: habían sido cristianizados y hablaban español o portugués. Se sabe que, en Sevilla, para 1565, había más de seis mil negros.

La esclavitud se inicia en la América española alrededor de 1518 en la isla de ese nombre. Pero los esclavos al principio eran

---

<sup>14</sup> Padre José Gumilla S. I., *El Orinoco ilustrado y defendido*. Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1993, capítulo V, p. 103.

pocos y los conquistadores españoles solían tener servidores negros, esclavos cristianizados. Muchos de esos negros esclavos participaron en la conquista, pero no como sirvientes sino como conquistadores, secundando en ella a sus amos españoles y enfrentando a los indios. Esa participación fue importante en la conquista del Perú y más aún en la guerra civil a que condujo la rivalidad entre los partidarios de Pizarro y los de Almagro. En otras regiones, como Centroamérica, las Antillas, Venezuela, Nueva Granada o Panamá, negros apoyados y armados por los españoles se hicieron cazadores de indios y de negros rebeldes y atacantes de sus refugios o de sus palenques o cumbes.

Un ejemplo de ello fue Diego del Campo, que empezó como rebelde y líder de un palenque en La Española, pero que luego de destruido éste en 1546 por los españoles se unió a ellos y acabó convertido en un feroz cazador de negros rebeldes. Otro es Diego de la Fuente, ex cimarrón de La Española convertido luego en *capitán de monte*, esto es, en cazador de negros rebeldes y destructor de palenques, el cual participó en 1552 en Venezuela, en Buría, en la destrucción del palenque del negro Miguel, como integrante de una mesnada española encabezada por el conquistador Diego de Losada.

La esclavitud, que se impone desde el siglo XVI y se difunde a lo largo de la colonia, es lo que va a provocar y a alimentar el racismo contra el negro. Y la absoluta identidad entre negro y esclavo se impone, con toda la carga de desprecio racista que la acompaña. Los criollos necesitan mano de obra negra para sus plantaciones y su servicio. Las plantaciones, que cultivan y exportan productos de tierra caliente, como azúcar y tabaco, se instalan en tierras cálidas, por lo general costeras para así facilitar la exportación, lo que hace que, a la población negra esclava, que ha sido arrancada a la fuerza de áreas cálidas del África occidental, se la concentre también en esas tropicales áreas americanas.

Es el caso de las islas del Caribe, de las costas mexicanas, centro-americanas y de Venezuela, Colombia, Ecuador y Brasil. Pero también se encuentran negros esclavos a todo lo largo de costas y de ciudades portuarias del continente, como Guayaquil, Lima y también Buenos Aires y Montevideo. (Y aunque en costas e islas tropicales sobreviven poblaciones indígenas, rebeldes, o sometidas a servidumbre y forzadas a trabajar en haciendas, los pueblos indígenas se concentran sobre todo

en el interior de los países y en especial en las altas planicies y en las sierras y montañas, donde audaces aventureros españoles como Cortés, Pizarro y Alvarado, habían descubierto, asaltado, saqueado y sometido por la fuerza a las grandes culturas indoamericanas).

Es importante señalar que, como ya dije, de preferencia los esclavos que los criollos americanos importan para trabajar en sus plantaciones son negros *bozales*, lo que ayuda a alimentar el racismo contra el esclavo. Ese racismo inicial por parte del propietario criollo se nutre no sólo de que el negro es esclavo sino del rechazo inicial que le inspiran su aspecto y su conducta. El negro *bozal* le parece un ser inferior: feo, torpe, se expresa en una lengua incomprensible que no le parece humana, encuentra sus costumbres raras, difíciles de aceptar. Es la incomprensión total. El negro recién esclavizado no podría actuar de otra manera por los maltratos que ha soportado desde que fue sacado a la fuerza de su tierra para arrojarlo como esclavo en este mundo extraño cuyo idioma no habla, en el que nada entiende, y en el que los poderosos que lo dominan lo encadenan, le revisan los dientes como si fuera una bestia y lo tratan como una mercancía.

Pero esa supuesta inferioridad termina pronto. En medio de todas las dificultades que logran superar, los negros esclavos se adaptan, se organizan, aprenden pronto del mundo en el que los han arrojado, cuya naturaleza no es demasiado diferente de la del suyo, y empiezan a rebelarse. Huyen y organizan palenques en los que además de preparar su defensa también siembran, cosechan e intentan recrear o revivir sus costumbres y culturas, ya contaminadas o marcadas por el cristianismo. Los españoles y criollos atacan esos palenques, y los negros, ahora libres, se defienden. Otros palenques se atreven a atacar por sorpresa los pueblos de los españoles y en algunos casos logran incorporar indios rebeldes a su lucha. Entre los españoles y los criollos el miedo y el odio reemplazan al desprecio, el racismo contra el negro se incrementa, y sus respuestas a la rebeldía, o a la mera sospecha de que pueda estallar, son la represión y la violencia más brutales<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> El mejor estudio que conozco sobre las rebeliones negras en las colonias españolas en el siglo XVI es el de Carlos Federico Guillot, *Negros rebeldes y negros cimarrones. Perfil afroamericano en la historia del Nuevo Mundo durante el siglo XVI*. Fariña editores. Buenos Aires, 1961. Consultar también *África en América Latina*, relator Manuel Moreno Fraginals. Unesco/Siglo XXI. México,

A los esclavos se los maltrata y tortura: azotes, cortes de orejas y narices, o de senos a las mujeres, amputación de manos, *desjarramiento*, *lardeamiento*, aperreamiento, y en los casos extremos hasta la castración. Se teme no sólo que los negros se rebelen, sino que se alíen con los corsarios o piratas ingleses o franceses que merodean por las costas amenazando atacar y saquear las ciudades que son puertos. El miedo y el odio racial se imponen, y el esclavo negro es visto ahora como enemigo. Y lo que impide su exterminio es que los amos esclavistas los necesitan porque son costosos y sobre todo porque son ellos los que permiten la marcha del sistema. Y, aunque el siglo XVI está lleno de racismo, de torturas, fugas, palenques y rebeliones, los amos esclavistas, con ayuda de la Iglesia, empiezan a buscar formas algo menos brutales de mantener sujetos a los esclavos.

En el siglo XVII la situación se suaviza en cierto grado. Siguen el racismo y el desprecio contra los negros, esclavos o libertos, pero el siglo resulta menos conflictivo, al menos de este lado, el español, porque en ese mismo siglo tiene lugar en Brasil la famosa rebelión del *Quilombo de los Palmares*, la más duradera y más grande de todas las rebeliones de esclavos negros que se produjeron en nuestros países en el tiempo de la colonia hispano-portuguesa.

Las rebeliones de esclavos negros disminuyen, y lo que sigue en cambio son los cumbes y la fundación de pueblos negros, algo muy importante en Venezuela y en Colombia. Rasgo importante de ese siglo XVII es que, aunque en distinto grado, el mestizaje sigue, y los criollos se mestizan. En países en los que las poblaciones indígenas son numerosas, sobre todo cuando han sido sede de las culturas indígenas más grandes, predomina el mestizaje con mujeres indias. En países del Caribe como Venezuela y varios países centroamericanos, en los que predomina es grande la población negra, el mestizaje, que también tiene lugar con mujeres indias, se lleva a cabo en gran parte con mujeres negras, que son esclavas, mulatas o libertas. Es también el caso de Brasil.

Y algo que conviene señalar es que a partir del siglo XVII ese mestizaje adquiere perfiles adicionales que son culturales, por la

---

1977, y Vladimir Acosta, "El rey Miguel y el rey Bayano. Rebeliones negras en la América hispánica del siglo XVI", separata de la Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, Caracas, 1999, vol. 5, pp. 137-176.

vía de negras esclavas domésticas, que suelen ser nodrizas, ayas y cocineras de los amos blancos y de su descendencia. Esas mujeres se ganan el cariño de los niños blancos que amamantan. Bolívar adoraba a la negra Hipólita, que lo amamantó y de la que decía que había sido su verdadera madre. Como ayas, esas negras transmiten a los niños por medio de cuentos, mitos y leyendas, importantes rasgos de sus culturas africanas. Agregan al español muchas palabras. Y como cocineras enriquecen y mejoran el gusto y los sabores de la gastronomía española y son las creadoras de las excelentes cocinas criollas de varios de nuestros países.

Pero esos cruces raciales son demasiados porque no sólo se producen una vez en cada caso entre blancos, indias y negras (o por excepción, entre indios o negros con mujeres blancas, algo nada aceptable para esa sociedad racista y machista que era la colonia y para el cerrado conservatismo de la Iglesia). Los cruces se renuevan y van tomando direcciones diversas porque los seres humanos producto de esos cruces se cruzan a su vez y lo que va resultando de ello es un abigarrado mosaico racial cargado de confusiones y problemas para el racismo blanco dominante en la colonia. De allí que la Corona española por medio de sus virreyes y gobernadores coloniales decida poner orden y definir una jerarquía en ese confuso muestrario de matices de razas y color de piel. Resultado de ello son las listas ordenadas de esos cruces cuyos integrantes reciben nombres que no siempre coinciden, ya que varían en ciertos casos según países o regiones, pero que en lo esencial sí coinciden y siguen la misma pauta.

Del entonces Virreinato de Nueva España, es decir, del México colonial, sobrevive una colección completa de pinturas que representan a esos grupos o castas y que se encuentra en el Museo Nacional de Historia de la capital. Pero hay otras, y lo importante es mostrar la lista, porque esos nombres han sobrevivido a la colonia y la mayor parte de ellos sigue viva en nuestros países, aun cuando el racismo colonial heredado de ésta se mantiene más bien oculto y sólo se expresa de forma abierta en aquellos casos en que las agudas luchas sociales, en nuestros países, siempre cargadas de racismo, se atreven a definirse a partir de éste.

El punto de partida son los dos tipos iniciales de cruce racial y su posible evolución: de español e india, mestizo; de español

y mestiza, castizo (o cuarterón de mestizo); de español y cuarterona de mestizo, quinterón de mestizo; de español y quinterona de mestizo, requinterón de mestizo, que es otra vez español. De español y negra, mulato; de español y mulata, cuarterón de mulato; de español y cuarterona de mulato, quinterón de mulato; de español y quinterona de mulato, requinterón de mulato; de español y requinterona de mulato, blanco (español). Los cruces entre negro e india o entre indio y negra eran considerados repugnantes, despreciables, pero se producían en abundancia y daban: de negro e india, zambo de india; de indio y negra, zambo de negra; de negro y mulata, zambo.

Los cuadros más completos y detallados como el que se halla en el Museo de Historia de México ofrecen todos los cruces: de español e india, mestizo; de mestizo y española, castizo; de castiza y español, español; de española y negro, mulata; de español y mulata, morisco; de español y morisca, albina; de español y albina, tornatrás; de indio y tornatrás, lobo; de lobo e india, sambaloo (o sambaigo); de sambaigo e india, cambujo; de cambujo y mulata, albarazado; de albarazado y mulata, barcino; de barcino y mulata, coyote; de coyote e india, chamiso; de chamiso y mestiza, coyote mestizo; de coyote mestizo y mulata, ahí te estás.

En el siglo XVIII se reactiva y profundiza el racismo de los criollos contra los indios y sobre todo contra los negros, ya sean esclavos, libertos o pardos. Al respecto creo que es suficiente con señalar tres cosas que contribuyen a exacerbar ese racismo.

Con el siglo XVIII, sobre todo a partir de sus primeras décadas, puede decirse que el mundo colonial hispanoamericano empieza a despertar de la relativa siesta que había caracterizado al siglo XVII en buena parte de ellas porque, como producto de la creciente decadencia que vivía la España de los Austria, en las colonias se aflojaron en gran medida los lazos y controles coloniales. Los criollos se acostumbraron con facilidad a esa soltura y eso les permitió aprovecharse de ella para comerciar con otros puertos americanos y para saltarse las prohibiciones de comerciar con países europeos distintos a España. Las naves de éstos vendían de contrabando en puertos hispanoamericanos los productos manufacturados que las colonias requerían y que la decadente España, empobrecida por sus guerras y sus derroches del siglo XVI, llena toda de parásitos impro-

ductivos como militares, nobles, curas, monjes y vagos, no les podía proporcionar. Esto hizo del contrabando actividad practicada por todos los grupos sociales de las colonias, convirtiéndolas, sobre todo a las costeras, en verdaderas sociedades de contrabandistas.

La nueva España borbónica, la que comienza con el siglo XVIII, decide poner orden en sus colonias, reorganizándolas y sobre todo reforzando los lazos coloniales. El rey Carlos III es el principal promotor de esas reformas y controles. En lo que John Lynch califica de *segunda conquista de América*, las colonias españolas se llenan de nuevos funcionarios, que vienen a aplicar esas reformas. Proceden de las regiones más desarrolladas, activas y modernas de España como Cataluña y el País Vasco. Son por lo general eficientes y son todos racistas y muy blancos, bastante más blancos que buena parte de los criollos, ya que estos se han mestizado cruzándose con indias y con negras, sobre todo en los países caribeños, en los que la población negra, esclava y liberta, es numerosa. Y es esto lo que, a esos oligarcas criollos, que son ricos propietarios de haciendas y plantaciones, dueños de esclavos, y que controlan los cabildos urbanos, les plantea un doble problema que sirve en mi criterio de punto de partida a su nueva exacerbación del racismo, en especial contra los negros.

Primero que nada, para demostrar su blancura necesitan aumentar su distancia social con relación a las masas de indios y sobre todo de negros libertos, de mulatos y más aún, de esa multitud ruidosa y creciente de pardos, que son parte importante de la población urbana, que han prosperado hasta el punto de que grupos de ellos son comerciantes ricos, que carecen de derechos sociales y que no dejan de reclamarlos. Contra los pardos, los criollos adoptan o reactivan medidas rigurosas para aumentar la distancia que los separa de ellos, blancos criollos. Los humillan, les reducen espacios y horas de presencia en las iglesias y ceremonias religiosas, y tratan al menos de excluirlos del mando de las milicias criollas, en las que esos pardos tienen una presencia muy importante.

Pero además de ello necesitan blanquearse, reforzar esa blancura, debilitar sus rasgos mestizos o de cuarterones. El blanqueo lo empiezan por ellos mismos. Los funcionarios vascos y catalanes son muy blancos y racistas, pero por muy blancos que sean, son meros funcionarios carentes de bienes y propiedades. Por el contrario, ellos son

ricos propietarios, aun los de rasgos mestizos (y por supuesto no son todos, porque muchos de ellos son también blancos). De modo que emparentar a sus hijas con vascos y catalanes mediante matrimonios es una hábil forma de lograr ese mejoramiento racial capaz de permitirles mantenerse como blancos. En la Europa del siglo anterior, aunque no había ningún racismo de por medio porque todos eran blancos, los empresarios ricos, miembros de la ascendente burguesía de entonces habían hecho lo mismo, emparentando y ascendiendo socialmente por medio del matrimonio de sus hijas con los hijos de aristócratas dueños de títulos pomposos, pero económicamente empobrecidos.

Esto no es más que el preámbulo porque una vez definido, lo que viene a provocar ese despliegue de racismo son dos cosas. La principal es que en el curso de ese siglo XVIII se reanudan con fuerza las protestas y rebeliones tanto de indios como de negros esclavos. Ejemplos son la gran rebelión indígena de Tupac Amaru y Micaela Bastidas en el Perú en 1780 y la rebelión negra de José Leonardo Chirino en la Venezuela de 1795. Esas rebeliones, que chocan con los intereses de los criollos y amenazan sus propiedades y sus vidas, sirven para provocar una exacerbación del racismo hasta entonces atenuado de esos criollos blancos contra negros e indios y cuyas consecuencias son las brutales expresiones de odio contra ellos y el protagonismo que desempeñan en la atroz violencia con la que esas rebeliones son enfrentadas y aplastadas.

Además, para colmo, a fines de ese mismo siglo la Corona borbónica aprueba para sus colonias y en beneficio de los pardos las llamadas Cédulas de gracias al sacar. Comprar esas cédulas permitía a los pardos que tenían suficiente dinero para pagarlas convertirse de hecho en blancos adquiriendo al comprarlas los derechos que tenían sólo los blancos, entre ellos el de acceder a las Universidades, hasta entonces exclusivas para éstos. Con la aprobación de esa medida la monarquía española intentaba de una vez resolver dos problemas. El primero era obtener recursos para la Corona, como siempre endeudada y necesitada de ellos. El otro, tratar de suavizar los conflictos y las tensiones que oponían a blancos criollos y pardos. Pero en esto último la Corona española a la larga fracasó, porque el racismo de los criollos blancos se exacerbó y su rechazo a pardos y negros y a la Corona misma por haber aprobado tal medida lo que hizo fue aumentar esas tensiones. Los blancos criollos venezolanos se sintieron particularmente afectados por esa cédula



y sus consecuencias, y en Caracas las protestas racistas del Cabildo y de la Universidad fueron realmente de antología.

También las he citado antes y son demasiado largas para hacerlo ahora, pero al menos puedo dar al respecto una corta idea de lo que dice el Claustro de la Universidad de Caracas en documento emitido en octubre de 1803. En él afirma cosas como estas:

*“los antepasados de esos pardos son negros marcados por la infamia de la esclavitud, descendientes de seres estúpidos, groseros, desnudos, con escasas señales de racionalidad, de hombres inclinados al robo, sanguinarios, suicidas, de costumbres bárbaras. Introducir a pardos marcados por esa vil herencia en un cuerpo como la Universidad sería el fin de esta institución. El claustro, formado por hombres de pura sangre castellana sin mezcla alguna, se horroriza de verse obligado a aceptar esa medida, que lo haría ser testigo impotente de cómo la Universidad se sumergiría en el abismo de la barbarie y de la confusión”<sup>16</sup>.*

Esos blancos criollos son los mismos que cerca de un lustro después encabezarían la lucha por la Independencia. Era difícil pensar que los pardos, los indios y los negros, a los que explotaban y despreciaban de ese modo, pudieran apoyarlos.

### *3.3.10. Un modelo económico hasta ahora insuperable*

Además del racismo, el otro peor resultado de la colonia, resultado que pese a las modificaciones y cambios ulteriores de forma que ha sufrido, se mantiene también vivo, entorpeciendo a fondo toda lucha por lograr nuestra verdadera independencia y soberanía, es el que tiene que ver con el modelo económico que nos fue impuesto por la colonia, que nos sigue dominando, y del que hasta ahora no hemos podido ni sabido salir. Y ese modelo nos fue impuesto desde muy

---

<sup>16</sup> Cf. Ildefonso Leal. *Historia de la UCV*. Ediciones del Rectorado de la UCV. Caracas, 1981, p. 103. Consultar también la excelente investigación de Rocío Castellanos y Boris Caballero, *La lucha por la igualdad. Los pardos en la Independencia de Venezuela, 1808-1812*. Archivo. Centro Nacional de Historia. Caracas, 2010, *passim*.

temprano por el colonialismo europeo, desde el comienzo mismo de la organización de la colonia.

En medio de crisis frecuentes, conflictos militares y agudas rivalidades internas, los siglos XVI, XVII y XVIII, son en Europa occidental los siglos propios del primer gran auge, comercial y manufacturero, de su ascendente capitalismo y de la formación o desarrollo de sus Estados nacionales de corte absolutista.

Y en ese proceso, que es también y al mismo tiempo el de los inicios de la conformación de un sistema económico mundial de carácter capitalista, el colonialismo europeo, español en nuestro caso, asigna un papel dependiente fundamental a sus colonias americanas. Dos cosas clave les impone: la primera es el sistema esclavista, basado en la esclavización y la trata de africanos negros y en el comercio triangular (Europa, África, América), de todo lo cual esa Europa occidental obtiene parte esencial de la acumulación originaria de capital que su capitalismo en ascenso necesita. Y la segunda, relacionada de manera estrecha con la anterior, es la imposición a estas colonias americanas de un sistema productivo, de un modelo económico, que es la otra cara del mercantilismo europeo dominante en esa Europa occidental que está en pleno ascenso capitalista. Esa cara colonial del mercantilismo que se nos impone, se basa en el saqueo del oro y la plata que abundan en América y en la conversión de nuestros países en forzosos exportadores de esos y otros minerales y de productos agrícolas primarios, para recibir por ellos, mediante un intercambio absolutamente desigual, beneficioso sólo para Europa, los productos manufacturados europeos que a países coloniales como los nuestros les está prohibido producir<sup>17</sup>.

De modo que el mercantilismo europeo de esos siglos produce dos resultados opuestos, uno en Europa y otro, contrario a él, en las

---

<sup>17</sup> Marx dejó un claro examen de ese proceso en el capítulo XXIV del tomo I de *El Capital*, el dedicado a analizar la acumulación originaria. Cf. *El Capital*, tomo I, pp. 637-646, traducción de Wenceslao Roces, FCE, México, segunda edición, 1959. Y Eric Williams, en *Capitalismo y esclavitud* hace un magistral análisis del tema, mostrando al detalle como Inglaterra se benefició para su acumulación originaria de capital del saqueo de América, de la esclavitud africana y del comercio triangular. Cf. Eric Williams. *Capitalismo y esclavitud*. Traducción de Martin Gerber. Ediciones Siglo Veinte. Buenos Aires, 1973.

colonias americanas, sobre todo en las colonias españolas. Desde el siglo XIX abundan los estudios sobre el mercantilismo europeo, sobre el importante papel que desempeñó en el proceso ascendente del capitalismo comercial y manufacturero de esos siglos y sobre la relación que guarda con el surgimiento en unos casos, y el incremento en otros, del creciente poderío de los modernos Estados absolutistas.

Como suele suceder, las conclusiones de esos estudios son muy diferentes; y en este caso la valoración que buena parte de ellos hace del mercantilismo como pensamiento económico es siempre negativa. Esto obedece a dos razones. Una es que pierden de vista la perspectiva histórica y con ella el papel que el mercantilismo desempeñó en esa primera etapa de ascenso del capitalismo europeo. La otra es porque todos o casi todos son cultores del pensamiento económico liberal que se impone en Europa desde fines del siglo XVIII a partir de la obra de Adam Smith. Ello los hace enemigos de la injerencia estatal en la economía y del proteccionismo como recurso provisorio capaz de contribuir al desarrollo de países que para crecer saliendo de la dependencia se ven obligados a defenderse del enorme poder económico y político de países altamente desarrollados, los cuales los fuerzan a aceptar una ficticia libertad mercantil que los aplasta y los mantiene obligados a permanecer en la eterna condición de países dependientes.

El mercantilismo no fue, como sí fue el ulterior liberalismo, un sistema coherente y teóricamente bien fundamentado de pensamiento económico defendido y enriquecido por sucesivos autores. No fue ni siquiera un sistema propiamente dicho y fue mucho mayor su interés por la práctica que por la teoría. Sus principales autores fueron comerciantes y funcionarios estatales, no teóricos. Su política fue de corte nacional y los resultados que obtuvieron de su aplicación las naciones que lo siguieron, fueron distintos, dadas las especificidades de cada una de ellas. Su objetivo central era impulsar las fuerzas y las capacidades productivas de sus países por medio del comercio y de la industria, acumulando riquezas y apoyando la intervención y el papel central del Estado en la economía.

Lo esencial, lo que me importa ahora, es mostrar que, en esos siglos, XVI, y sobre todo XVII y XVIII, el mercantilismo estimula el crecimiento económico capitalista en varios países europeos, por supuesto en algunos, como es el caso de Inglaterra, Holanda y Francia,

con resultados más exitosos que en otros, como España, o como los territorios alemanes, carentes aún para entonces de unidad política. El mercantilismo promueve la intervención del Estado en la economía desde una perspectiva nacionalista en cada caso, porque su visión y sus objetivos son nacionales. El mercantilismo defiende la industria nacional y se opone tanto al poder de Estados supranacionales en lo internacional como a sobrevivencias feudales en lo interno, caso de aduanas y peajes locales que dificultan la unidad e integración de sus países. Promueve también el crecimiento de la agricultura, la creación de nuevas industrias, la ejecución de políticas proteccionistas que permitan defender la industria nacional de la competencia de industrias extranjeras más productivas que entorpecen su crecimiento.

El mercantilismo busca sacar provecho de todo intercambio comercial con otros países. Uno de sus objetivos centrales es el de mantener una balanza comercial favorable, haciendo que las exportaciones superen siempre a las importaciones. Quiere que se adquieran del exterior materias primas para consumirlas, y para procesarlas si es el caso, produciendo bienes elaborados a partir de ellas, y exportar esos bienes a los países a los que se compran esas materias primas o bienes primarios. Entre ellos desempeñan papel central los metales preciosos: el oro y la plata, que los mercantilistas quieren acumular tratando de prohibir o limitar su venta al extranjero. Esa política no ha sido siempre bien entendida por los estudiosos porque mucho se ha dicho que los mercantilistas identificaban la riqueza con la posesión de oro y de plata cuando un mejor conocimiento de sus fines ha mostrado que se consideraba a esos metales preciosos como expresión de riqueza, pero no como la riqueza misma, que eran las fuerzas productivas y los bienes que fuesen resultado del trabajo.

Ahora bien, a nuestros países, como colonias españolas que eran, ¿qué les tocó en esos siglos de ese mercantilismo europeo? El mercantilismo europeo era claramente un sistema colonialista que hacía reposar su éxito poniendo todo el enorme peso de la explotación sobre las colonias. De modo que, siendo colonias, a nuestros países se les impuso la otra cara, la cara colonial del régimen mercantilista. Nos tocó la imposibilidad de desarrollar industrias y lo más que en algunos casos se nos permitió fue tener obrajes, que eran ya manufacturas locales indígenas. Si Europa necesitaba ma-

terías primas agrícolas, a nuestros países les tocó exportarlas para ellos. Si ellos necesitaban oro y plata, a los países nuestros les correspondió soportar el saqueo brutal de toda nuestra plata y nuestro oro para cubrir las necesidades que ellos en Europa tenían de esos preciosos metales. Nuestro oro y nuestra plata se mezclaron con sangre indígena y negra. En el Perú el ingenuo Atahualpa, prisionero del ladrón Pizarro, intentó en vano recobrar su libertad haciendo que sus súbditos llenaran de oro una enorme habitación. En México otro asesino, Cortés, quemó sin lograr nada los pies del vencido Cuauhtémoc para que éste le dijera dónde estaba el oro que su pueblo había escondido. Los Welser alemanes saquearon el occidente de Venezuela arrancando a los indios toneladas de oro de las cuales Carlos V recibía la quinta parte para sus guerras en Europa. En la actual Bolivia, esa montaña de plata que era el cerro de Potosí fue saqueada a fondo por los españoles dejando decenas de miles de indios muertos, unos en los socavones, otros acabados a latigazos, y otros más, enfermos o muertos de silicosis.

Esas toneladas de ricos metales iban a España, y el Imperio español se encargaba de derrocharlos con la mayor rapidez en sus guerras y conflictos imperiales. El oro americano produjo una permanente inflación en la Europa del siglo XVI; y de España pasó a las manos de flamencos, ingleses, franceses y de ricos banqueros alemanes acreedores de Carlos V. De España nuestros países a cambio de su oro y de su sangre y de sus materias primas agrícolas estaban limitados a adquirir exclusivamente bienes elaborados por la Metrópoli española y traídos en sus barcos, porque tenían prohibición rigurosa de comerciar con otros países europeos. En fin, que para nuestros países el mercantilismo, que junto con la trata de negros contribuía a impulsar el primer auge del capitalismo europeo, se tradujo en dependencia total, en la absoluta imposibilidad de desarrollar una economía libre y ni siquiera relativamente independiente.

Pero España, país derrochador que dilapida esas riquezas en sus guerras por el predominio europeo, país pronto decadente e improductivo que sigue empeñado en mantener patrones de vida propios de un país rico, que se llena de seres improductivos, de militares inactivos, de monjes, monjas, curas y nobles todos ellos parásitos, y en el que crece la cifra de pobres y mendigos, se ve forzado, porque

su decadente industria no da para alimentar a su población, a tener que importar bienes elaborados de Francia, Holanda e Inglaterra, de modo que su oferta de productos elaborados a sus colonias se redujo y cada vez más tuvo que ser reemplazada en nuestros países, sobre todo en sus regiones costeras, por el contrabando con barcos ingleses, holandeses y franceses que merodeaban en nuestras costas, a veces con claras intenciones coloniales, pero siempre cargados de productos europeos.

Por sus extensas costas y su población concentrada sobre todo en ellas, Venezuela fue uno de los países convertidos en países de contrabandistas, empezando por los criollos y los mismos funcionarios coloniales; tradición que después del fin de la colonia pasó sin solución de continuidad a la república, y que desde entonces no ha desdeñado ninguna ocasión favorable para manifestarse. Ese modelo económico correspondiente a la cara colonial del mercantilismo europeo, ha sido así, con el racismo, lo peor que heredamos de la colonia y se ha mantenido vivo hasta hoy en nuestras sociedades republicanas. Y su primer punto de inflexión se definió con nuestra independencia.

## PARTE IV

### LA TENAZA EUROPEA POR DEFINIRSE. LA INDEPENDENCIA Y LA HERENCIA COLONIAL

Aunque ya a lo largo del siglo XVIII, si no antes, había podido apreciarse con toda claridad cómo en las colonias españolas se manifestaban —y en ciertos períodos crecían— las rivalidades y tensiones existentes por el poder entre los blancos criollos y los gobernantes españoles, el hecho real es que el contexto conflictivo capaz de hacer posible que esas fuertes rivalidades y tensiones se convirtieran en abierta lucha criolla por la autonomía política y casi de inmediato por la independencia, sólo se produjo cuando finalizaba ya la primera década del siglo XIX. Y tuvo su origen directo en la grave crisis española que hizo eclosión en esos años.

Los criollos americanos, al menos su grupo más significativo, los más cercanos a las ideas progresistas ascendentes en Europa, simpatizaban con la muy moderada Revolución de independencia estadounidense y con el pensamiento de la Ilustración, mas no con la reciente Revolución francesa, cuyo radicalismo los asustaba, dada su condición de propietarios de haciendas, explotadores de indios y amos de esclavos negros. Y no eran tampoco insensibles a la influencia inglesa, que empezaba ya a sentirse en el continente, ligada al crecimiento de su capitalismo, todavía manufacturero, y a la imparable decadencia de la metrópoli española.

Pero Inglaterra se apresuró, actuando antes de tiempo. En el Sur, en 1806 y 1807, naves y tropas inglesas invadieron Buenos Aires y Montevideo, siendo derrotadas por los criollos bonaerenses. Y en el Caribe venezolano, aunque no apoyaron en forma directa la expedición libertadora de Miranda que salió de Estados Unidos en ese mismo año de 1806, le brindaron cierta protección desde las islas al desembarcar en Coro. La expedición fracasó por falta de apoyo mientras junto al poder español y a la Iglesia, los criollos caraqueños, que odiaban a Miranda y no querían su liderazgo, le mostraban todo su rechazo.

La crisis española, que en realidad es crisis europea, estalla en 1808 cuando las tropas francesas de Napoleón invaden España y éste destituye al rey español Carlos IV y a su hijo y heredero Fernando VII haciendo nombrar rey de España a su hermano José Bonaparte. El rechazo español es absoluto y se expresa en protestas populares, resistencia militar y en la pronta creación en Aranjuez de una Junta Suprema de carácter nacional que se declara defensora de los derechos de Fernando VII. La represión francesa fuerza a esa Junta a replegarse, primero a Sevilla, luego a Cádiz, y finalmente a disolverse, siendo reemplazada por un Consejo de Regencia al que en América los criollos, que habían reconocido a las Juntas, rechazan de plano porque según ellos carece de legitimidad. Y empiezan a crear sus propias Juntas. En 1809 y sobre todo en 1810 se van creando Juntas en casi toda la América española.

Así, el proceso independentista americano, dirigido por la oligarquía criolla, es en un principio francamente moderado. Las Juntas criollas se declaran defensoras de los derechos de Fernando VII, pero en cambio, después de un forcejeo, los criollos aprovechan para asumir ellos el control, dejando fuera a los gobernantes coloniales españoles, que han sido ratificados como tales por José Bonaparte. El rechazo de los criollos a Napoleón es total. No quieren cambiar su sujeción a España por una nueva sujeción, a Francia. Las Juntas americanas cuentan con escaso apoyo popular. El pueblo, en especial los pardos, los indios y los negros, esclavos o libertos, aunque ansiosos de libertad, desconfían del mensaje libertario de esos oligarcas criollos que además de racistas son sus explotadores directos. Y, además, un importante sector de la propia oligarquía criolla, lo mismo que la mayor parte de la Iglesia, también se les opone porque ambas apoyan a los gobernantes españoles.

La división interna y el conflicto social y racial están así servidos. Y en lo que sigue empiezan a manifestarse. En medio de esas crisis las Juntas son disueltas o reemplazadas. En Argentina, Buenos Aires, dueña del puerto, del poder y del comercio, impone su voluntad a las provincias del litoral y el interior. Paraguay, bajo el dominio paternal del doctor Francia, se aísla y cierra sus fronteras para eludir ese dominio. La Banda Oriental permanece bajo control español hasta que surge el movimiento popular y revolucionario encabezado por José



Artigas, que exige federalismo a Buenos Aires y empieza a realizar una reforma agraria. En el Alto Perú se organizaron las dos primeras Juntas, y una vez aplastada la rebelión desde el Virreinato del Perú, se inicia una heroica lucha guerrillera que se mantiene viva hasta 1816.

Pero en el norte argentino dominan las tropas españolas procedentes del Perú. Este es el centro del dominio español sobre Sudamérica. Su virrey, Abascal, mantiene el poder con firme mano de hierro, en Lima no hay Juntas ni protestas, y de allí salen tropas hispanocriollas a aplastar las Juntas vecinas y a acabar a sangre y fuego con toda resistencia. Tropas procedentes del Perú masacran al pueblo altoperuano, y luego acaban con la Junta chilena y restablecen en el país el dominio español. Hacen lo mismo en Ecuador provocando horribles matanzas en Quito, e intervienen en la Nueva Granada, que es otro virreinato, con similares intenciones.

En éste se crean Juntas que resisten. Y en Caracas, Venezuela, donde se ha creado en abril de 1810 una de las primeras Juntas, en la que los criollos rebeldes han contado con el apoyo clave de milicias de pardos, logrando con promesas de igualdad respaldo parcial de éstos, que constituyen la mayor parte de la población, la lucha se radicaliza muy pronto, empezando el cuadro social a polarizarse. En 1811, en julio, se proclama la Independencia, que es la primera del continente, y a fin de ese mismo año se aprueba la primera Constitución, republicana, imitada en lo esencial de la de Estados Unidos.

Y mientras en Centroamérica aún reina la calma, estalla en México una auténtica y masiva rebelión popular. Dos curas revolucionarios, primero Hidalgo y luego Morelos, lideran a una combativa multitud de campesinos, trabajadores, mestizos, mulatos, indios y negros hartos de la miseria y de la explotación. Los oligarcas criollos, que en ninguna parte de América quieren revoluciones, se oponen de frente a ese peligroso movimiento de masas, y en alianza con los españoles enfrentan a los rebeldes, los derrotan, y con la bendición de la Iglesia mexicana fusilan uno tras otro a ambos curas revolucionarios.

No sólo en México la lucha por la independencia es vencida. Conducida por criollos patriotas, la lucha independentista se ha convertido por doquier en una feroz guerra civil en la que, si bien participan las autoridades españolas, que se oponen a la independencia, los adversarios que se enfrentan y la casi totalidad de los combatientes

de uno y otro lado son criollos americanos. En los violentos años que siguen, las rebeliones van siendo derrotadas o aplastadas. Las luchas más feroces son la que tienen lugar en el Alto Perú, en el que para 1816 han sido eliminados todos los focos guerrilleros, y sobre todo la que se libra en Venezuela. En ella la Primera República, enredada en su federalismo, dispersión de poderes, choques personales y creciente rechazo popular cuya más terrible expresión son rebeliones de esclavos en su contra, se derrumba sin combatir, en 1812. Miranda, su líder, es entregado a los españoles. Bolívar logra huir, pasa a la Nueva Granada, allí combate, e invade a Venezuela en 1813. En una campaña valiente llamada Admirable llega hasta Caracas y declara fundada una Segunda República. Pero la guerra que se libra es a muerte, el apoyo a los patriotas es muy limitado, y la mayoría del pueblo, representada por grandes y combativas masas llaneras encabezadas por un feroz líder popular llamado José Tomás Boves, vence y rechaza con violencia a los patriotas y estos y su frágil república acaban derrotados a fines de 1814.

En 1815, la única masiva invasión militar española que tiene lugar en esa década y media que dura la lucha independentista, viene a esta América a fin de dar por clausurada la fracasada lucha por la independencia. Se trata de la invasión que encabeza el general español Pablo Morillo. Éste, después de “pacificar” a la derrotada Venezuela sin mucho esfuerzo, se dirige a la Nueva Granada, donde sus tropas toman la rebelde Cartagena y a sangre y fuego logran en lo inmediato “pacificar” también Nueva Granada.

La primera fase de la Independencia termina en el fracaso. Sólo sobrevive sin ser vencida ni ocupada la Argentina. Pero quienes gobiernan Buenos Aires para 1815 parecen olvidados de la Independencia, mantienen izada la bandera española, celebran el regreso al poder de Fernando VII, se han convertido en abiertos partidarios de aceptar un protectorado británico y han estado enviando mensajeros a Europa en busca de un príncipe europeo que venga a gobernarlos, porque son monárquicos. Sólo José de San Martín sigue luchando. Abandonado por Buenos Aires, San Martín se mantiene en Mendoza, convencido de que, para garantizar la independencia de Argentina, en la que él sí piensa, y que se firma en Tucumán en julio de 1816, producto en buena parte de su esfuerzo y el de Belgrano,

se requiere liberar primero al Perú, centro del poder español. Y, apoyado por el guerrillero Martín Güemes, que enfrenta con su guerrilla a los españoles del Alto Perú, San Martín está preparando un ejército para acudir pronto a liberar a Chile cruzando los Andes, y luego seguir hacia el Perú.

Pero en el norte de Sudamérica, la lucha independentista, que no ha muerto, revive a partir de 1816. De Haití, Bolívar invade de nuevo a Venezuela y proclama la libertad de los esclavos. Los llaneros, que, tras la muerte de Boves en batalla, tienen por nuevo líder supremo a José Antonio Páez, patriota veterano, se suman al combate por la Independencia aceptando el liderazgo supremo de Bolívar. Los republicanos, que dominan la isla de Margarita y parte del oriente del país, se apoderan de la Guayana venezolana e instalan en ella su vital base de operaciones. Soldados británicos desempleados tras la derrota de Napoleón se incorporan a esa lucha. Con la visión de Patria Grande que lo ha acompañado desde el comienzo, Bolívar convoca un Congreso en Guayana y propone unir a Venezuela, Nueva Granada y Ecuador para formar (la Gran) Colombia. Pero falta aún liberarlas y debe ocuparse de ello. Con su ejército atraviesa Venezuela, cruza los Andes, invade Nueva Granada, sorprende y vence a los españoles y la independiza en 1819. Tras una victoriosa campaña militar logra también la Independencia de Venezuela en Carabobo en 1821. Nace así (la Gran) Colombia. Instalado en Bogotá, Bolívar la preside. Envía a Ecuador a Sucre, su lugarteniente, y éste derrota a los españoles en Pichincha. Ecuador es ahora libre y se une a (la Gran) Colombia.

En México también el cuadro cambia, pero no lo hace en la buena dirección. En 1820 triunfan los liberales en España y fuerzan a Fernando VII a aceptar la Constitución liberal de 1812. Los criollos mexicanos, que aplastaron la rebelión de Hidalgo y de Morelos para evitar la independencia, ahora la prefieren a fin de impedir que, como colonia, les sea impuesta esa Constitución. Destituyen al gobernador español; y el criollo Iturbide, que venció a Morelos, se reúne con los guerrilleros sobrevivientes de esa lucha, los lleva consigo, entra vencedor a la capital y México declara así su independencia. A poco, Iturbide se hace elegir emperador asumiendo el poder supremo. Su Imperio de opereta dura apenas dos años y a su caída se inicia en el país un crítico período de inestabilidad.

Lo que se plantea a continuación como tarea central para la causa independentista en Sudamérica es resolver lo tocante al Perú, centro del poder español y cuartel de las tropas españolas, sin cuya derrota toda independencia hasta entonces lograda se vería en peligro. El primero que intentó enfrentar ese problema fue San Martín. Tras cruzar los Andes con su ejército criollo y contando con la ayuda inglesa del almirante Cochrane y la del líder patriota chileno O'Higgins, San Martín liberó a Chile y luego pasó al Perú y aprovechando un inicial apoyo proclamó la independencia peruana en Lima. Pero ésta no pasó de ser nominal y San Martín allí se estancó porque la corrompida y petulante clase criolla no era confiable y porque la liberación real del Perú exigía combatir a las probadas tropas españolas que controlaban el resto del país y a las que el héroe argentino no quería enfrentar porque ese combate cobraría rasgos de guerra civil, algo que deseaba evitar a toda costa.

San Martín, que simpatiza con la idea de crear una monarquía y que sabe que esos militares españoles son liberales, prefiere tratar de negociar con ellos y la lucha por la independencia se empantana mientras los ambiciosos criollos, civiles y militares, que hasta poco antes habían sido partidarios firmes del dominio español y ahora se visten de patriotas, empiezan a traicionarlo y a buscar la forma de deshacerse de su presencia. Con sus tropas disgustadas por la inercia, tras el fracaso del intento de añadir Guayaquil al Perú, y ante el inicio de una traidora conjura en su contra, San Martín prefiere renunciar al poder, cederle el paso a Bolívar, volver a Buenos Aires a recoger a su hija, y exiliarse con ella en Europa.

A Bolívar y a Sucre va a corresponderles entonces la tarea titánica de rescatar y reconstruir ese proceso independentista prácticamente perdido, de superar las intrigas y traiciones de la oligarquía criolla peruana, de enfrentar en combate a las bien probadas tropas españolas, y de lograr así la independencia del Perú y con ella la liberación final de toda América del Sur. El Congreso peruano ha solicitado ya la presencia de Bolívar y éste decide enviar primero a Sucre a tantear el terreno. Pero ante la insistencia del Congreso, Bolívar, que es presidente de Colombia, consigue autorización del vicepresidente Santander para pasar al Perú.

Lo que allí consigue es un auténtico desastre, un ambiente envenenado, unos criollos dudosos, unas tropas republicanas desmoralizadas y un control absoluto de casi todo el país por las tropas españolas. En Perú todo está por hacer y todo tienen que hacerlo Sucre y Bolívar. Mantienen la necesaria relación con la oligarquía criolla y enfrentan sus sucesivas traiciones, buscan apoyo, y sobre todo se dedican a construir con prontitud y a partir de las combativas tropas gran colombianas que envía Santander y que forman su núcleo central, un verdadero y bien preparado ejército, tratando de incorporar a él a las tropas argentinas y chilenas que permanecen en el país y de hacer que sea un ejército con alta moral y firme confianza en la victoria.

Al frente de él se van a la Sierra a enfrentar en su terreno a las tropas españolas, que cuentan por cierto con importante apoyo indígena. Bolívar los derrota en Junín en agosto de 1824 y pocos meses después Sucre logra en diciembre la extraordinaria victoria de Ayacucho con la que culmina la liberación del Perú y se hace al fin real la de toda la América española. Sólo falta liberar el Alto Perú y Sucre lo logra a comienzos del siguiente año. Pese a que Bolívar quería mantener el Alto Perú unido al Perú, la oligarquía criolla altoperuana no quiere ya ser parte ni de Argentina ni de Perú. Desea ser también república, convence a Sucre y éste convence a Bolívar. Se consulta a Buenos Aires, que está de acuerdo, y se crea entonces la nueva república, que toma el nombre de Bolívar y que pronto empieza a llamarse Bolivia.

Bolívar se encuentra en la plenitud de su gloria y su poder. Es el gran Libertador, es el presidente de Colombia la Grande, el dictador del Perú, y el Alto Perú lleva su nombre. Bolívar cree llegado el tiempo de hacer realidad su idea de la Patria grande, de la gran patria americana formada por una federación de esas nuevas repúblicas, varias de ellas liberadas por obra de su espada. Empieza por elaborar una Constitución para Bolivia. Formalmente es una Constitución republicana, pero tiene rasgos monárquicos. Es conservadora, porque Bolívar, previendo la seria amenaza que representa la anarquía, quiere crear un poder firme que por encima de todo garantice la estabilidad y dificulte los cambios y las crisis. La influencia británica es grande sobre él y sobre esta Constitución; y su régimen

electoral es reducido y censitario. De todas formas, la Constitución se aprueba, pero el rechazo contra ella empieza pronto, y crece cuando Bolívar hace aprobar ese mismo modelo de Constitución para el Perú, con la idea de hacerla aprobar luego por (la Gran) Colombia.

Bolívar se concentra al mismo tiempo en el tema de la unidad americana y continúa preparando el Congreso de Panamá que ha venido adelantando desde antes. El Congreso se reúne en la capital del istmo entre junio y julio de 1826 y resulta un rotundo fracaso. La mayor parte de los países hermanos invitados no asiste. De los países invitados (Perú, el que invitaba, Colombia, México, las provincias del Río de la Plata, Chile, Centroamérica, Brasil, Estados Unidos e Inglaterra) sólo asisten Perú, Colombia, México y Centroamérica. E Inglaterra y Holanda (que se autoinvita) como observadores neutrales. Bolívar da la debida importancia a la presencia de Inglaterra y en cambio no desea invitar a los Estados Unidos, de los que desconfía. Pero Santander los invita. No muestran mucho interés en asistir y de sus dos delegados uno muere en el camino y el otro llega tarde. Brasil, que ni siquiera es república sino Imperio, estaría allí en realidad de más. De todos modos, no muestra el menor interés en asistir. Y los otros países no asisten, sea por indiferencia, o porque en su limitada visión americana desconfían mucho de Colombia, y sobre todo de Bolívar, al que le atribuyen ambiciones hegemónicas y hasta fantasiosos planes monárquicos.

La Patria grande bolivariana no era todavía sino un sueño, una utopía carente de todo apoyo, asfixiada por mezquindades, por duras realidades y temores. El tiempo real era de patrias chicas y de caudillismos y liderazgos locales, favorecidos por la difícil condición real de nuestras nacientes repúblicas, por las diferencias entre unas y otras, por la carencia de base real capaz de sostener más allá de lo meramente político una visión de integración que estuviese bien fundada y que las oligarquías criollas dominantes, dueñas de la independencia, en nada compartían. Lo que dominaba en el cuadro existente era el atraso de nuestros pueblos, el peso de un sistema económico y social imperante sobre ellos que no pasaba de ser local o quizá escasamente regional, basado en vacíos territoriales grandes, en enormes distancias, y escasas vías de comunicación. La unidad parcial lograda al calor de la lucha independentista empezaba a deshacerse. Y antes sólo

se había mantenido porque era indispensable para enfrentar al poder español. Pero una vez derrotado éste, se abría en forma inevitable la caja de Pandora de las pequeñas rivalidades y las grandes ambiciones oligárquicas locales.

Y entonces estalla en Bolivia y en Perú la reacción contra los colombianos, contra Sucre y Bolívar y contra la presencia de sus tropas libertadoras en ambos países. Perú, que no había luchado antes contra el poder español, ahora lo hace contra la presencia de quienes le han ayudado a lograr su Independencia. El pretexto es la Constitución boliviana. Los líderes peruanos republicanos (como Santa Cruz, Gamarra y otros) recientemente reciclados como tales porque hasta poco antes habían apoyado a la monarquía española siendo soldados suyos, rechazan ahora la Constitución de Bolívar no tanto por sus rasgos casi monárquicos y por su carácter elitescos, sino porque la ven como un instrumento dirigido a mantener a Bolívar indefinidamente en el poder cerrándoles el paso a ellos. Se intensifican las protestas y Sucre terminará expulsado de Bolivia. Y ante el creciente rechazo que se manifiesta en el Perú, el propio Bolívar considera necesario retirarse del país y regresar a Bogotá.

A partir de aquí las tendencias a la disgregación empiezan a dominar por doquier y la crisis que invade a nuestros países recién liberados del dominio español se manifiesta en diversas formas, todas relacionadas con una crisis política que se va profundizando. Es lo que pasa en la Argentina, en Bolivia y el Perú y lo que pasa también en México. Bolívar se concentra entonces en defender y salvar a cualquier precio la unidad de Colombia la Grande, que es el sueño de su vida y el mayor logro de su lucha. Pero la tendencia a la disgregación e imposición de caudillismos locales es lo que domina; y en la defensa de la unidad de Colombia y en su lucha contra la desintegración y la anarquía, Bolívar no encuentra otro camino que el de apoyarse en las fuerzas más conservadoras. Esta tragedia política y personal domina los últimos años de su vida. En cierta medida se va volviendo él mismo conservador, se apoya en los líderes militares y políticos que le son afectos, varios de los cuales le sugieren dudosos planes monárquicos, en los terratenientes que defienden el *statu quo* y, por supuesto, en la Iglesia, que es la fuerza más tradicional y más retrógrada.

Esto sólo sirve para acentuar la crisis y para alimentar contra él y contra su gobierno intrigas, odios y conspiraciones. El separatismo cobra forma en Venezuela y se organiza en torno a Páez. El esfuerzo que se hace para hallar una solución conduce a la Convención de Ocaña y el fracaso de ésta como producto de intransigencias recíprocas entre quienes quieren conservar la unidad y quienes quieren disolverla, traen como resultado que Colombia se quede en 1828 sin gobierno legal y que Bolívar con ese apoyo conservador asuma la dictadura imponiendo inevitables medidas autoritarias. Un grupo de los que se hacen llamar liberales promueve un atentado fracasado contra él en el que intentan matarlo, y en inevitable respuesta la dictadura se acentúa.

El triste resultado de todo eso es la disolución de Colombia. Venezuela se separa, y a continuación lo hace Ecuador, bajo el mando de Juan José Flores, otro venezolano, todo ello en 1830. Sucre, tenido como presunto heredero de Bolívar, es asesinado de manera cobarde y miserable en Berruecos. Bolívar renuncia al fin y, en medio de un cuadro confuso, decide seguir el camino del exilio. Pero está muy enfermo y muere en Santa Marta, en la costa caribeña colombiana, en diciembre de ese año, tras expresar su profunda amargura y su triste decepción por el fracaso de su magna obra.

#### 4.1. Un balance final de la independencia

Puede decirse que la profunda amargura del último Bolívar no está desprovista de base. Y que cuando Bolívar dice que la independencia es lo único que se ha logrado a expensas de todo lo demás, no está lejos de la verdad, de que en buena parte y en aspectos fundamentales de lo que debían haber sido sus logros, puede decirse que en ese sentido la independencia fue un fracaso y que ese fracaso contribuyó, ya fuese a que parte sustancial de la herencia colonial española se mantuviera a pesar de ciertos cambios, ya fuese a que el colonialismo se reformulase a partir de la misma independencia de las décadas siguientes en provecho de un nuevo poder colonial menos autoritario que el español pero mucho más penetrante y eficiente.



Con todos sus altibajos, límites y contradicciones, la guerra de independencia de nuestros países fue sin duda una verdadera epopeya militar, un período de gloria continental como no hay otro que en una escala similar hayamos conocido. Tampoco cabe duda de que en lo político y militar (aunque más en esto que en aquello) constituyó una victoria imponente y asombrosa. En esa década y media de luchas, en medio de esfuerzos heroicos, de triunfos y fracasos, y siempre con nulo o escaso apoyo externo, los independentistas de esta Patria grande fueron capaces de enfrentar militarmente al todavía poderoso Imperio español y derrotarlo. De la victoria lograda salieron repúblicas nuevas, basadas en general en modernas Constituciones de corte liberal, imitadas de Estados Unidos, que eliminaron el sistema colonial español de castas y se definieron en lo social a sí mismas como sociedades liberales e igualitarias de ciudadanos libres.

No obstante, fuera de eso, la independencia, dirigida por los oligarcas criollos, lo que hizo fue alborotar los problemas políticos, sociales y económicos que afectaban sobre todo al pueblo y que en cierto grado estaban controlados por el poder español, por la fuerza de la tradición y por los estrechos lazos coloniales. De esos problemas sólo resolvieron los políticos, que los afectaban a ellos porque limitaban o impedían su acceso al poder político que ansiaban controlar. Los otros, en cambio, los que más afectaban al pueblo, les servían también a ellos y les interesaba mantenerlos porque como propietarios y explotadores que eran, necesitaban que el pueblo siguiera sometido y controlado. Y si se vieron forzados a alborotar esos problemas fue sólo porque les había sido indispensable obtener apoyo popular para poder enfrentar con éxito al poder español que estaba apoyado además por una parte de la propia oligarquía. Para lograr ese necesario apoyo debieron hacerle al pueblo promesas emancipadoras, tanto sociales como económicas que no estaban dispuestos a cumplir. Y que, por supuesto, dejaron de lado al obtener el triunfo. Sólo que los pueblos, una vez rotos en forma definitiva esos lazos, no se olvidaron de las promesas que les habían sido hechas. Y siguieron luchando por ellas, por su emancipación, con protestas, revueltas y rebeliones a lo largo del siglo XIX.

Por eso, tanto en lo social como en lo económico, terrenos que son claves para definir cualquier independencia o soberanía, las

cosas no resultaron nada claras, y la huella de la colonia, si bien atenuada en algunos casos, se mantuvo y hasta se reforzó.

En lo colonial social el racismo se conserva vivo, aunque se mantiene oculto tras la igualdad legal de corte liberal que se define en las Constituciones aprobadas. Ciertamente que ya no hay más castas, pero la pirámide social/racial heredada de la colonia se conserva, creando o manteniendo actitudes racistas similares a la de ésta. La movilidad social aumenta, sin duda, y es muchísimo mayor que la escasa existente en la colonia, sujeta como estaba ésta a compartimientos raciales más difíciles de superar. Pero, aunque a menudo con mayor presencia mestiza, ya que muchos de los líderes militares de la independencia son mestizos o mulatos que se han incorporado a la clase dominante, las minorías criollas ricas siguen siendo en general blancas o apenas mestizadas, y son ellas, junto con nuevos europeos distintos a los españoles, pero igualmente blancos, que contribuyen también a nutrirlos, los que se mantienen en la cúspide de la pirámide.

En el centro de ésta se mantienen los pardos, que ahora como ciudadanos son al menos legalmente iguales, acompañados por grupos con diferentes matices de piel, que están como ellos por debajo de esa rica oligarquía de militares, de terratenientes y de comerciantes y que, formando un tímido esbozo de clase media se cuentan ahora como integrantes de nuevas profesiones.

Y, por supuesto, en la ancha base piramidal, repleta igual que antes, de trabajadores, pobres, campesinos y sirvientes, el color que domina es el oscuro, en algunas sociedades el del indio, y en otras el del mulato; y en buena parte el del negro. Y es que en esas nuevas sociedades que se autodefinen como igualitarias y de ciudadanos libres, la esclavitud sobrevive a la independencia. Como he señalado varias veces, *hay independencia, pero no emancipación*. La oligarquía dominante, que expulsa o asesina a los Libertadores, (a Bolívar, San Martín, Sucre, Artigas, O'Higgins, Morelos y Moreno), que ha sido la beneficiaria de la independencia y de sus logros traicionando las promesas emancipadoras que le hiciera antes al pueblo para incorporarlo como combatiente a la lucha independentista, coarta ahora la libertad formal que le ha otorgado a pobres, campesinos, trabajadores, llaneros y gauchos, a los que quiere convertir en peones de hacienda o en sirvientes. Y mantiene la esclavitud de los negros, sólo abolida en algunos

países en que éstos eran escasos, y conservada en los otros, en aquellos en que la abundante cifra de esclavos era y seguía siendo esencial para la producción, como lo era para el régimen esclavista. En esos países, liberales y esclavistas (nada de qué extrañarse porque el liberalismo se lleva de maravillas con la esclavitud, dado que la propiedad priva en él sobre la libertad), lo único que las oligarquías criollas concedieron a los esclavos fue prohibir la trata de negros (aunque disfrazándola a veces) y atenuarla esclavitud mediante la aprobación de la llamada, y mil veces manipulada, libertad de vientres.

El racismo y el desprecio contra los negros, sean esclavos o libertos, se mantienen, en especial en los países en que unos y otros son parte significativa de la población, como sucede en las repúblicas del Caribe y en Brasil. En las primeras, como Venezuela y Nueva Granada, los Libertadores manifestaron más de una vez, desde los terribles tiempos de la Guerra a Muerte, su temor a que la reducción de la población blanca y el concomitante aumento de la negra convirtieran a sus países en nuevas versiones de Haití, lo que llevó a ejecutar a varios líderes republicanos y a que en los juicios que se les hizo como producto de conflictos políticos o personales, el racismo cobrase peso a la hora de juzgarlos y de ejecutarlos. Ejemplo de ello fueron los famosos casos de Piar, de Leonardo Infante y del almirante Padilla.

En otros países, como los del cono sur: Argentina, Uruguay o Chile, la población negra disminuye y tiende poco a poco a desaparecer. En Chile los negros eran escasos. Pero en Buenos Aires había un alto porcentaje de negros a comienzos del siglo XIX. Las familias ricas tenían todas sus esclavos y sirvientes negros. En el ejército de San Martín que libera a Chile y pasa a Perú había una cifra grande de soldados negros. Muchos negros combatieron en la guerra de Independencia y murieron en ella. De todas formas, todavía en los tiempos del gobierno de Rosas, Buenos Aires era ciudad en la que había muchos pobres y los negros constituían la mayoría en esa población pobre. Además, la casi totalidad de ellos seguían a Rosas, que los protegía y a quien admiraban, y muchos eran miembros de la *Mazorca* rosista, perseguidora de los unitarios. En *El Matadero*, el unitario Esteban Echeverría los describe con mucho desprecio, casi con asco, como sucios mazorqueros seguidores de Rosas. Empero, para los años setenta de ese siglo quedan muy pocos, porque muchos

de ellos han sido víctimas de las guerras civiles. Y en *Martín Fierro*, el negro que aparece, que reta al héroe y al que éste mata, es ya ejemplo de una raza que está casi por desaparecer.

Lo que sí se mantiene y se va a acentuar después de lograda la independencia es el desprecio racista de la oligarquía criolla contra la población indígena, sobre todo en aquellos países en los que esa población es mayoritaria o tiene un peso demográfico elevado. La mentalidad ilustrada y el liberalismo económico que dominan el pensamiento progresista de los Libertadores y que la clase oligárquica criolla combina hábilmente con su interés por controlar la tierra, se traducen en explicar el cuadro de atraso de las comunidades indígenas por su atadura tradicional y voluntaria a la propiedad colectiva que es base socioeconómica y cultural de sus comunidades y resguardos y no como resultado de la explotación a que han sido sometidos. San Martín elimina el tributo y prohíbe que se los siga llamando indios en lugar de ciudadanos. Bolívar defiende sus derechos y en los decretos que emite busca garantizarles la propiedad colectiva por la vía del derecho que se otorga a las familias. Y aunque les concede derecho a enajenar o vender sus tierras, difiere su aplicación por los próximos veinticinco años a fin de probar lo resuelto y que el trabajo y el reconocimiento de sus derechos hagan que las condiciones de vida indígena mejoren. Pero con apoyo en las imprecisiones existentes en esos decretos, los oligarcas peruanos y bolivianos promueven la privatización de las tierras indígenas, disuelven los resguardos, y convierten a los indios, de propietarios privados libres en peones de hacienda, o en pobres arruinados que acuden en masa a mendigar en las ciudades.

El resultado de esa mezquina política no podía ser otro que el conflicto o el desastre: como era de esperar, son muchas las comunidades que resisten y algunas de ellas logran sobrevivir. Pero la presión de los criollos es muy grande. Su mensaje no está desprovisto de interés de clase puesto que necesitan mano de obra. Esa presión hace que también sean muchas las comunidades que se someten. Y como era también de esperar, en los casos en que la tierra comunitaria indígena fue privatizada y distribuida, algunos indígenas se enriquecieron terminando por controlar buena parte de las tierras comunes como propias, mientras la mayoría se empobrecía, se arruinaba, vendía sus

lotes de tierra a los acaparadores; y sus miembros, al acabar como mendigos en pueblos y ciudades, aumentaban con su miseria el desprecio de los criollos, o al convertirse en peones de hacienda, quedaban en la servil condición de *pongos* semiesclavos de los hacendados criollos o extranjeros, todos blancos, explotadores y racistas.

Esos resultados se acentúan en las décadas siguientes; y lo que domina a lo largo de todo el siglo en los países de mayor presencia indígena es una larga secuencia de rebeliones indias enfrentadas por una brutal represión criolla que supera con creces la violencia española de la conquista, porque ya no sólo se propone someter por la fuerza a los indios, como hiciera ésta, sino destruirlos y exterminarlos como cultura y como raza.

Examinaré esto luego con más detalle. Pero para terminar de examinar la relación entre la independencia y la continuidad del régimen colonial y del dominio colonialista debo tocar dos cuestiones íntimamente relacionadas. Se trata en primer término de la supervivencia de ese régimen económico colonial ahora convertido de mercantilista dependiente en liberal, en librecambista, atado al mercado capitalista mundial que Inglaterra domina, produciendo y exportando como antes hacia Europa materias primas, agrícolas o mineras, e importando de ella, a cambio, productos industriales. Y en segundo término mostrando cómo Inglaterra se convierte en la potencia capitalista y colonial dominante en toda esta América recién liberada de España y con cuáles recursos y artimañas nos impone ese dominio.

Con la independencia, el régimen económico colonial al que ya estábamos sometidos, no se modifica. Es más, incluso se fortalece, porque en el terreno económico nunca tuvimos independencia. Los cambios se habían realizado antes, bajo el dominio español. Ya a fines de la colonia, España se vio forzada por su debilidad ante la competencia británica a admitir el librecambio permitiendo que las colonias americanas comerciaran unas con otras e incluso lo hicieran con otros países coloniales europeos, en lo esencial con Inglaterra. Y lo admite también porque las oligarquías criollas lo exigían, de modo que pasar del cerrado y decadente mercantilismo español a un sistema de intercambios mercantiles de nuestras colonias con otros países europeos (y con Estados Unidos) no constituyó uno de los temas conflictivos entre España y sus rebeldes colonias en tiempos

de la lucha independentista. Y los criollos, al vencer, amigos y admiradores de Gran Bretaña y partidarios del libre comercio como eran, abrieron sus países y sus puertos al libre intercambio mercantil con Inglaterra apenas lograda la independencia.

Así, en lo tocante al régimen económico colonial no se produjo ningún cambio que no fuera buscar que nuestros países hallaran pronto productos capaces de abrirse espacio seguro en el mercado mundial y diversificar los intercambios mercantiles con varios países europeos (y con Estados Unidos) además de Gran Bretaña, la cual, en cuanto a su relación política y mercantil con nuestros países, conservaba la plena hegemonía porque con firmeza mantenía la sartén bien agarrada por el mango.

¿Cuáles fueron las ventajas y recursos de Inglaterra? Una de ellas, cuya responsabilidad correspondió por completo a los líderes que dividieron a nuestros países fue que de la victoria de la independencia saliéramos fragmentados, divididos y todos cargados de mezquinas rivalidades. Esa fragmentación y esas mezquinas rivalidades facilitaron enormemente la política británica de dominarnos, la injerencia de su nuevo colonialismo, que contaba además con la simpatía y complicidad de nuestras oligarquías.

De todas formas, Inglaterra no sólo supo aprovechar ese contexto favorable sino también actuar con paciencia y lucidez. Una vez abandonados los torpes y apresurados planes iniciales, como los empleados en 1806-1807 en Buenos Aires, de apoderarse de nuestros territorios, es innegable que supo actuar en esos años duros de nuestra lucha independentista con cuidado y con paciencia para aprovechar cada coyuntura favorable que se presentaba, hasta que la combinación de la situación europea que para ella era fundamental con el panorama que surgió al fin empezando la década de 1820 para los rebeldes americanos, le hizo posible culminar sus planes de dominio colonial envueltos, como otras veces, en hábiles, interesadas e hipócritas actitudes solidarias<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> En su libro *La política británica y la Independencia de la América Latina, 1804-1828*, William W. Kaufmann hace un estudio minucioso del desarrollo y los vaivenes de esa política, basado en su cuidadoso manejo de las fuentes oficiales británicas y de textos y declaraciones de los políticos ingleses implicados en ella a lo largo de esas casi tres décadas. Se trata de un texto fun-

Inglaterra contó también sin duda con la grande influencia que ejercía como país sobre los líderes de la independencia. Todos ellos, unos más, otros menos, compartían de algún modo esa influencia. Admiraban su Constitución no escrita y su sistema político estable y moderadamente conservador<sup>19</sup>.

El dominio neocolonial de Inglaterra sobre esta América recién liberada de España se impone en forma sibilina en los años inmediatamente previos o ulteriores a la declaración de independencia porque la dominación inglesa se va estableciendo en forma pacífica, muy hábil, y se trata de un dominio económico que por supuesto apunta a lo político pero que por lo pronto no tiene ni muestra ningún proyecto de control territorial. Es muy temprano para eso. Y convendría a este respecto recordar la usualmente citada frase del ministro británico George Canning, Secretario de Estado para las Relaciones Exteriores, quien expresó en 1824, con gran alegría, que la América española era ahora libre y que, si la Gran Bretaña no

---

damental para conocer esa política. Otro texto esencial es el de Charles K. Webster, *Gran Bretaña y la Independencia de América Latina* (Documentos seleccionados del *Foreign Office*). Guillermo Kraft Ltd. Buenos Aires, 1944, que es una útil recopilación de esas fuentes.

<sup>19</sup> Aunque admirador de Rousseau, Bolívar, temeroso de la desintegración y la anarquía, recibió esa influencia británica y trató de integrarla a sus proyectos constitucionales, sin dejar nunca de mostrar su firme interés por la felicidad y el bienestar del pueblo. Bolívar se opuso siempre al federalismo, en absoluto porque le pareciese mal sistema de gobierno sino sólo por estimarlo inaplicable a nuestros países y pueblos por su inmadurez y porque le parecía absurdo mantener un régimen federal en sociedades que estando en guerra necesitaban por el contrario un poder centralizado y fuerte. Él era partidario de un régimen centralista fuerte, capaz de educar a nuestros pueblos tratando de evitar tanto la dictadura como la anarquía. Lo proclamó en su *Discurso* en Angostura. Pero cuando más adelante vio surgir la amenaza de desintegración y crecer la de anarquía se decidió por una Constitución conservadora y casi monárquica como fue la que propuso a Bolivia y al Perú. Bolívar temía por supuesto la poderosa influencia británica y no ignoraba sus planes de dominio, pero su apoyo le parecía indispensable como protección contra amenazas peores, y por eso trató de mantener con ella las mejores relaciones. Su diferencia con los Estados Unidos, de los que desconfiaba, derivaba no sólo del rechazo a su federalismo sino también a las ambiciones que el país del norte ya mostraba sobre nuestra América latina, aunque él entendía que para ese entonces no estaba todavía en condiciones de imponerlas.

cometía errores en el manejo de sus relaciones con ella, sería inglesa. Y así fue<sup>20</sup>.

En la próxima parte veremos con cierto detalle los principales recursos e instrumentos que sirven de base a la imposición de ese dominio colonial de la Gran Bretaña sobre nuestros países recién independizados del poder de España.

---

<sup>20</sup> Lo dice en una carta a Lord Glanville, embajador de Gran Bretaña en París, fechada el 17 de diciembre de 1824. Cf. Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, tomo I, p. 539. También lo cita Wendy Hinde, *George Canning*, Londres, 1973, p. 368, cf. Alan Knight, *Oxford History of the British Empire*, volume III, The Nineteenth Century, Oxford University Press, Oxford, 1999, capítulo 7: Britain and Latin America, p. 122.



## PARTE V

### EL SIGLO XIX, BAJO LA TENAZA EUROPEA, AHORA INGLESA (O ANGLO-FRANCESES)

Los textos de historia que se ocupan de estudiar el siglo XIX latinoamericano después de lograda la independencia, suelen periodizarlo en tres etapas. En la primera de ellas se describe el cuadro conflictivo que domina entre los años 1830 y 1850 y al que también se define como período que cubre las secuelas de la independencia en esas décadas, o período en el que se busca una inserción de nuestras repúblicas en el mercado mundial. La segunda se define como del logro de esa inserción en el mercado mundial en calidad de exportadores de materias primas, lo que cubre los años que van desde 1850 hasta los alrededores de 1880. Y a la tercera, que abarca desde esa última fecha hasta 1914, esto es, que trasciende los límites del siglo XIX, se la suele calificar como período de mayor estabilidad, de crecimiento económico, y hasta de inicios de cierta industrialización.

De más está decir que no sigo ese esquema. Y es por varias razones. De entrada, es más que evidente su carácter demasiado simplista y generalizador porque si bien hay secuelas de la Independencia, búsqueda de un producto para insertarse en el mercado mundial (como neocolonias que han cambiado de amo), lo cierto es que esas suertes de primera y segunda etapas no coinciden en todos nuestros países porque en unos se dan temprano y en otros muy tarde, de modo que los períodos se cabalgan unos a otros o se rebasan, y en ciertos casos porque prácticamente no existen. Y más grave aún es el caso de la fulana tercera etapa, porque ésta apenas puede decirse que se produce en los tres países más grandes, con importantes diferencias entre ellos.

La clave de esto y de la escasa validez de este esquema es que en realidad se trata de una periodización que se pretende continental pero que está basada exclusivamente en el estudio de la Argentina y en la secuencia de sus etapas, proyectadas al resto del continente.

Esto es, que es válida sólo para ella, y en cierta medida para México y hasta para Brasil, pero que no es aplicable al resto, es decir, a la casi totalidad de países nuestroamericanos. Ciertamente hay crecimiento y relativa prosperidad (inmigración, urbanización, etc.) en Argentina para fines del siglo XIX, pero ese no es en absoluto el cuadro de Centroamérica, hundida en una profunda crisis; ni de Colombia, que vive la peor de sus guerras civiles; ni de Venezuela, cada vez más empobrecida, endeudada y amenazada de inminente invasión europea; y mucho menos de Paraguay, destrozado, arruinado y saqueado por la criminal guerra de la Triple Alianza; o del Perú, recién derrotado e invadido por Chile; o de Bolivia, también arruinada, despojada de territorio y salida al mar por Chile, y luego del territorio del Acre por Brasil.

Pero la razón por la que no analizo en detalle ni sigo ese modelo impuesto es por algo que creo haber dejado claro desde antes: porque lo que vengo haciendo en este ensayo no es un resumen de nuestra historia post conquista: ni la de la colonia ni la de la Independencia ni tampoco la de los siglos XIX y XX. Lo que intento hacer es algo diferente: describir y tratar de explicar en esa historia, sujeta al modelo que sea, la pervivencia de rasgos coloniales y de mostrar cómo esos rasgos siguen dominando nuestra historia cualquiera que sea el punto de vista general o la forma política o socioeconómica en que se la analice. Y lo que esa historia nos muestra (siempre que queramos verlo, lo que, por cierto, no suele ser el caso) es que en ella no sólo perviven rasgos coloniales que son claves para entenderla, sino que esos rasgos se acentúan con nuestra sujeción al colonialismo inglés o anglo-francés que nos domina en diversos planos (económico, político, social y cultural) a lo largo de ese complejo, violento y trágico siglo de sujeción colonial que fue para nuestros países el siglo XIX.

Ese trágico siglo (insisto en calificarlo así) se caracteriza ante todo en lo político por nuestra división territorial, por nuestra fragmentación, por rivalidades, problemas de límites y conflictos internos que a menudo se convierten en guerras civiles o en terribles luchas entre países hermanos (a veces alentadas por las potencias coloniales que nos dominan, o por otras que ansían participar también de ese dominio). Un rápido recuento de los más importantes de esos conflictos podría ser el siguiente:

México es despojado de Texas por colonos norteamericanos en 1835 e invadido en 1846 por los expansionistas Estados Unidos, que lo derrotan luego de una guerra de dos años y lo despojan de la mitad norteña de su territorio. En 1860 México, que se halla en medio de una guerra civil entre liberales y conservadores, es invadido por la Francia imperial de Napoleón III, (con apoyo inicial de España e Inglaterra). Los invasores franceses logran apoderarse del territorio mexicano convirtiéndolo en Imperio católico y latino sometido a Francia, pero que sólo sobrevive cinco años, porque los liberales mexicanos, con apoyo popular, y dirigidos por Benito Juárez, vencen a las tropas francesas y las fuerzan a retirarse del territorio mexicano invadido. Poco más tarde, luego de Juárez, México permanece por más de tres décadas bajo la dictadura férrea y entreguista de Porfirio Díaz.

En el Caribe, Cuba, hasta entonces rica colonia española que los Estados Unidos desean incorporar a su territorio, vive a mediados de siglo intentos anexionistas estadounidenses disfrazados de proyectos independentistas que terminan todos fracasando. En Centroamérica, en ese mismo mediado de siglo, sudistas estadounidenses intentan apoderarse de territorios útiles para sus expansivos proyectos esclavistas. Y en Nicaragua, una de esas repúblicas, un audaz aventurero y expansionista que procede del sur de Estados Unidos logra, con apoyo interno liberal, controlar por corto tiempo el país, repartir tierras a sus soldados, restablecer en él la abolida esclavitud, e incluso convertirse en presidente.

Centroamérica toda es víctima a lo largo de ese siglo de amenazas y de agresiones estadounidenses. Y sobre todo de planes de dominio acompañados de efectivas ocupaciones territoriales por parte de Inglaterra, que le arranca a Guatemala las costas y el hinterland de la actual Belice, se apodera de islas hondureñas, y crea en las costas caribeñas de Honduras y Nicaragua el llamado Reino de la Mosquitia, reconocido por la reina Victoria, y que tiene por súbditos a indígenas miskitos a los que misioneros británicos independizan y convierten al anglicanismo.

Salvo cortos períodos de dominio oligárquico y las casi dos décadas de gobierno de Guzmán Blanco, de logros políticos y administrativos carentes de sostén social, Venezuela vive un siglo de guerras civiles, revueltas y conflictos. Y en las cuestiones de límites, en las que

en general tiene razón, pero las maneja mal, o porque el adversario que la agrede es demasiado poderoso, termina perdiendo territorios, no sólo con Nueva Granada sino con Inglaterra. Ésta, aprovechándose de su debilidad, le roba extensos territorios guayaneses en el Esequibo y amenaza con apoderarse de las bocas del Orinoco y de parte de la Guayana venezolana. Antes, Brasil ha rectificado a su favor límites en el norte del país que hace frontera con Venezuela.

Como Venezuela, Nueva Granada, luego llamada Colombia, vive un siglo de conflictos y guerras civiles entre liberales y conservadores. Por medio del arbitrio de conflictos de límites con Venezuela consigue que territorios en disputa le sean adjudicados. Pero a lo largo de la segunda mitad del siglo, empiezan las amenazas de Inglaterra y Estados Unidos por el control de Panamá, entonces provincia colombiana, donde se quiere construir el canal que comunique ambos océanos, el Atlántico y el Pacífico. Esto lleva a la larga a un conflicto que se resuelve por la fuerza a favor de Estados Unidos, ya a inicios del siglo XX, y éstos despojan al país del territorio panameño, convierten a Panamá en protectorado, y construyen el canal.

Perú y Bolivia, reunidos por Santa Cruz en 1835 para formar la Confederación Perú-boliviana, son agredidos en 1836 por Chile, que se opone a esa unión, apoyado además por Argentina. Y Chile, aprovechando debilidades y crisis internas de la Confederación e intrigas de rivales y emigrados, la derrota y contribuye a que se desintegre.

Ecuador sufre una agresión española a mediados de siglo; y ya bien entrado el siglo XX pierde su reclamo de acceso a la Amazonia, causa de un viejo conflicto limítrofe con Perú. España ocupa República Dominicana en 1860. Perú y esta vez Chile, son agredidos por España, entre 1865 y 1866 en medio de disputas por el control de islas guaneras del Pacífico con ataques y bombardeos contra los puertos de El Callao y Valparaíso.

Perú y Bolivia, esta vez aliados por un Tratado, se enfrentan en 1879 en la Guerra del Pacífico contra la ambición territorial de Chile que, contando con apoyo inglés, lucha por el control del guano y desea apoderarse de tierras peruanas y bolivianas productoras de salitre, o no pagar impuestos a sus propietarios. Se trata de una terrible guerra que sólo termina en 1883. Chile, país más próspero, que tiene apoyo inglés y cuenta con marina y ejército superiores,

derrota con facilidad a ambos adversarios, de nuevo aliado a Argentina. Bolivia pierde con Chile su litoral marítimo que le daba acceso al Pacífico. Perú es invadido por los chilenos, que ocupan Lima, y se apoderan de Tacna y Arica. Tacna le es devuelta al Perú en 1929 pero Chile se queda con Arica. Chile le cede a la Argentina la Patagonia oriental y conserva a cambio el Estrecho de Magallanes, pero el choque entre ambos países por la Patagonia no queda resuelto.

Brasil, que ha recibido tierras bolivianas prácticamente regaladas por el dictador Melgarejo en 1867, le roba años más tarde a Bolivia el Acre, territorio rico en caucho y oro, mediante invasión territorial y plebiscito seguidos de guerra, a la manera de lo que Estados Unidos hiciera con Texas en 1835. La Guerra del Acre es ganada rápidamente por el grande y poderoso Brasil en 1903 frente a una Bolivia empobrecida, que de este modo pierde otra parte de su territorio.

Argentina ha perdido las islas Malvinas con Inglaterra en 1833. Apenas un lustro después, estando Buenos Aires bajo el gobierno autoritario de Rosas, Francia, que exige con amenazas se le dé el mismo trato antes acordado con Inglaterra, algo que Rosas con dignidad rechaza, bloquea con su marina el puerto bonaerense, contando con la abierta complicidad del gobierno de Uruguay, refugio de los adversarios unitarios de Rosas, y trata de asfixiar a la Argentina. La resistencia de Rosas obliga a Francia a reconocer su fracaso y a abandonar el bloqueo en 1840. Pero a continuación es Inglaterra, aliada con Francia, la que se enfrenta a la política proteccionista y patriótica de Rosas, y declara el bloqueo de Buenos Aires. Esta nueva agresión dura cinco años, de 1845 a 1850, y aunque el bloqueo impuesto por los dos países debe ser abandonado por no dar los resultados previstos, Rosas sale debilitado del mismo. Y dos años más tarde Urquiza, quien ha sido su seguidor, aliado por cierto ahora con Brasil, lo traiciona y lo derrota en la batalla de Caseros. Rosas abandona el poder, emigra, y Urquiza lo reemplaza.

Y aún faltaría la más monstruosa, injusta y criminal de todas estas guerras: la Guerra de la Triple Alianza, mejor conocida como de la Triple Infamia, guerra que entre 1864 y 1870 llevaron a cabo Brasil, Argentina y Uruguay, apoyados por la Gran Bretaña, patrón colonial de los tres, y unidas con el sólo objetivo de destrozar, destruir y saquear al Paraguay, el único país realmente soberano que había

entonces en esta América Nuestra. País pequeño, aislado, mediterráneo, fluvial, sin salida al mar, Paraguay no puede ser una amenaza para países grandes y mejor armados como son Brasil o Argentina y ni siquiera para el pequeño Uruguay, cómplice complaciente y servil de los dos grandes. Pero ese mismo Paraguay, aislado desde los tiempos de la independencia para evitar ser sometido, se había convertido en un país igualitario, moderno, próspero y rico, que no dependía de ningún colonialismo extranjero, que disponía de condiciones de vida beneficiosas para toda su población, que contaba con altos hornos, ferrocarriles, telégrafos, una moderna marina fluvial y sobre todo con un liderazgo patriótico y un pueblo homogéneo, solidario, valeroso y unido, y decidido a defender su Patria con la vida, luchando hasta la muerte. Paraguay luchó en efecto hasta la muerte contra sus tres enemigos, perdió casi toda su población masculina, quedó todo destruido y arruinado; y sus vencedores, que luego lo ocuparon por años, sobre todo Brasil, le impusieron un régimen de tipo colonial, le arrancaron extensos territorios y lo forzaron a aceptar condiciones leoninas como pago de su derrota.

¿Cómo caracterizar estas guerras fratricidas, estos odios feroces y esta violencia ciega? ¿Como simple afirmación de nacionalidades? ¿O de patriotismo chovinista contra patrias y pueblos hermanos? ¿O como ambiciones de oligarquías contra países hermanos más débiles o menos integrados? ¿Como choques contra la integración de patrias vecinas que afectaban las ambiciones e intereses de esas oligarquías? ¿Como rivalidades por territorios y recursos que se resuelven mediante guerras fratricidas? ¿Y qué papel desempeñaron en estos procesos divisionistas y bélicos las potencias coloniales que nos dominaban y provocaban o alentaban esos conflictos para mantenernos divididos y hacer más férrea su dominación? ¿Y qué decir del papel del Brasil imperial? ¿Qué decir de ese Imperio terrófono que en cambio se mantenía unido y que habiendo aumentado su territorio a nuestras expensas desde los tiempos coloniales españoles seguía aprovechando o estimulando nuestros conflictos, odios y debilidades o incluso nuestra indiferencia para seguir creciendo a expensas nuestras?

Lo que habría que preguntarse, salvo por algunos llamados, reiterados, aunque de escaso alcance, hechos por patriotas a los que pocos oyen, es ¿qué sobrevive de la unidad latinoamericana y de la

idea de Patria grande en ese cuadro de ambiciones locales, de rivalidades y conflictos? En todo caso lo que no puede decirse es que se trate de una bella historia de fraternidad americana y de disfrute feliz de la independencia y soberanía recién logradas con tanta sangre derramada y tanto esfuerzo.

Hecho este recorrido, no creo que nos resulte difícil entender cómo este cuadro de desintegración continental pos independencia y de rivalidades territoriales y conflictos bélicos entre nuestros países a lo largo del siglo XIX contribuyó en mucho a favorecer los planes hegemónicos del entonces admirado, poderoso y rico colonialismo británico para que, sin encontrar mucha resistencia, pudiera imponernos su dominio, seguido en esto por Francia, Alemania y Estados Unidos. Quisiera por ello, después de haberlos mencionado un poco antes, examinar ahora con más detalle los recursos y mecanismos empleados por Inglaterra a lo largo de ese siglo XIX para imponernos su férrea, pero a menudo enguantada, dominación.

Esos recursos e instrumentos que sirven de base a la imposición del dominio colonial de la Gran Bretaña sobre nuestros países recién independizados del poder de España son en lo esencial los siguientes:

### 5.1. Los empréstitos y la impagable deuda externa

Se trata de empréstitos leoninos que sus banqueros conceden a nuestras repúblicas nacientes y empobrecidas. En esos empréstitos las comisiones, comisiones y descuentos que los prestamistas nos imponen son enormes, ya que se está prestando dinero a repúblicas que, o no han sido todavía reconocidas como tales por el gobierno británico, o que no pueden ofrecer garantías seguras de pago. O peor aún, que combinan ambas limitaciones. Pero es que la situación no cambia cuando nuestras repúblicas, ya reconocidas, solicitan a Bancos como el famoso *Baring Brothers* nuevos préstamos en las décadas que siguen. Y no cambia porque las primeras deudas contraídas resultan impagables, de manera que esos nuevos empréstitos sólo sirven para que nuestras repúblicas reciban una parte pequeña del capital pedido porque lo principal se lo quedan los prestamistas británicos y los comisionados e intermediarios que son enviados por nuestros gobiernos a negociarlos.

Lo que se evidencia de todo esto es que por obra de esos empréstitos todas nuestras nacientes repúblicas iniciaron su vida independiente atadas al poderoso dominio económico, comercial, financiero y en buena medida político de la Inglaterra de entonces. Una Inglaterra que, basada en su Revolución Industrial, se convertía en esas décadas en el país más rico, más próspero y más poderoso del mundo; una Inglaterra que necesitaba dominar nuevos países agrícolas o mineros como los nuestros, a los que se pudiera convertir en vendedores de materias primas necesarias para la ampliación y desarrollo de sus industrias y en nuevos mercados para dar salida a sus productos industriales.

## 5.2. Las casas comerciales, los bancos y las empresas comerciales británicas

Los empréstitos se acompañan de las casas comerciales que empresas británicas instalan en los puertos marítimos y luego fluviales de las nuevas repúblicas. Algunas de ellas aparecieron ya desde la segunda década del siglo XIX, pero es sobre todo a partir de la tercera década de ese siglo que la recién liberada América española y portuguesa se cubre de un manto de casas comerciales. Las hay en México y Veracruz, en Caracas y La Guaira, en Puerto Cabello, Angostura, Maracaibo, Cartagena, Guayaquil, Lima-El Callao, Santiago, Salvador, Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires. Se calcula que para 1825 había 60 en Rio, 40 en Buenos Aires, 10 en Montevideo, 20 en Lima y 14 en México y Veracruz. Para 1826 había cerca de 10 casas comerciales en Caracas, empezando por la Boulton y la Ackers, y para 1835 había otras 4 en La Guaira, dos alemanas en Puerto Cabello, una francesa en Angostura, otra inglesa en Maracaibo y hasta una casa criolla en Caracas. En la costa de Nueva Granada se combinaban las casas británicas con casas bogotanas y antioqueñas. Como se ve, no todas son británicas porque hay algunas francesas, alemanas o estadounidenses, y en ciertos casos hay también casas criollas en algunas de esas capitales y puertos. Pero la mayoría aplastante, las que dominan el comercio son las británicas.

Esas casas comerciales británicas desempeñan un papel central en el control del comercio latinoamericano en beneficio del



capitalismo inglés. Y un papel semejante lo desempeñan los bancos británicos, tanto los grandes, que tienen sus sedes en Londres o en Edimburgo como los que se van instalando en las capitales y en las ciudades importantes de nuestros países con apoyo y la complicidad de miembros de las élites locales, que consiguen así una cuota adicional sacada del insaciable saqueo de nuestros recursos. De esta manera Inglaterra tiene no sólo el control del comercio sino también el de la deuda, el de los nuevos préstamos, el de las aduanas y el de todo el movimiento financiero que se produce en nuestros países.

### 5.3. El control y la explotación de las minas americanas

Otro recurso es la adquisición y control por empresarios y empresas inglesas de numerosas minas americanas. El interés por los metales como el hierro y el cobre se explica porque esas minas abundan en América latina y porque son fundamentales para el proceso de industrialización que Inglaterra está viviendo. Y que también interesa por las mismas razones a otras naciones europeas, como es el caso de Francia. Pero también les interesan las minas de plata y de oro, las principales de las cuales se encuentran en México, en Nueva Granada, Venezuela, Brasil, y también en Argentina.

### 5.4. La libre navegación de los ríos y la cláusula de nación más favorecida

Y por último, aunque no por ello menos importante, el dominio inglés se asienta y fortalece desde temprano en nuestra América por la vía de imponerle a nuestros países tratados recíprocos acerca de la *libre navegación de los ríos*, que les permiten a ellos entrar con sus barcos a colocar mercancías en nuestros puertos fluviales y ejercer dominio en el Amazonas, el Paraná, el Orinoco y el Magdalena a cambio de que nuestros países, que no pueden hacer lo mismo porque carecen de barcos y de marina, tengan también el derecho de navegar e ir a vender cuero, sebo, bananos y plumas de garzas en las riberas del Támesis.

Y no contentos con eso, también consiguen de nuestros países, que, al firmar convenios comerciales entre ellos, les dejen colarse en esos convenios añadiéndoles en su favor la “*cláusula de nación más favorecida*” que los hace partícipes de los mismos beneficios.

Estos tratados, teóricamente recíprocos e igualitarios, los primeros de los cuales se aprueban apenas reconocidas por Inglaterra nuestras independencias, se los van imponiendo los implacables colonialistas británicos a nuestros países a todo lo largo del siglo XIX y su clara tendencia es a hacer de ellos acuerdos a perpetuidad. Y, reclamando la aplicación de la concomitante cláusula de nación más favorecida que les servía de base, haciéndolo ya fuese por raros acuerdos pacíficos o por las usuales presiones y trayendo sus flotas de acorazados a amenazar nuestros puertos, a ellos se fueron adhiriendo, primero los franceses, y más adelante cualquier otro poderoso país europeo que así nos lo exigiera.

Veamos ahora algunos ejemplos del empleo de esos recursos por la Gran Bretaña contra nuestros países en los cuatro casos que he escogido como representativos.

#### *5.4.1. México*

Desde los tiempos de la colonia española, la minería, sobre todo de oro y plata, juega un papel central en la economía mexicana. Decae con las luchas independentistas en las dos primeras décadas del siglo XIX, pero luego de la independencia empieza a reanimarse. Y son empresas extranjeras, británicas, las que toman el control. Pero ese primer intento termina fracasando por las condiciones de inestabilidad política. En los años 30 y 40 se reanima de nuevo gracias al proyecto proteccionista de Alamán y Antuñano, que estimula no sólo la industria textil sino la producción minera, sobre todo de oro y plata, y también de hierro. La crisis permanente del país, las volteretas políticas de sus gobiernos, la desastrosa guerra que le impone Estados Unidos para despojarlo de la mitad de su territorio y las luchas de la Reforma entre liberales y conservadores a mediados de siglo no permiten que esa minería crezca a más del 1% anual, pero

se mantiene. Y es a partir de los años 70, entre 1870 y 1910, con la estabilidad que produce la dictadura de Porfirio Díaz y por obra de su entrega a diversos capitales extranjeros, que esa minería, que pasa de manos británicas a manos estadounidenses, vive su mejor período. La condición colonial de México no cambia, sólo se modifica en cuanto a los capitales extranjeros que de su minería y de toda su economía se benefician, pasando así la hegemonía de Gran Bretaña a Estados Unidos, y México de colonia inglesa a colonia estadounidense.

México llega al fin del siglo XIX sometido a la terrible dictadura de Porfirio Díaz, dictadura envuelta en un manto positivista de progreso que ya no se sostiene. Detrás de ese falso progreso, detrás de todas sus miserias y desigualdades, el país, sus empresas, sus minas, sus bancos, sus industrias, agricultura, ferrocarriles, se halla todo bajo el control de empresas extranjeras, estadounidenses y también inglesas, que mantienen un régimen de expoliación y saqueo de sus riquezas. La industria petrolera que entonces se inicia es el mejor ejemplo de ello; y como está en manos extranjeras, para estimularla, la dictadura de Díaz, con el suelo, privatiza también el subsuelo a la manera estadounidense, haciendo que la entrega sea completa. La producción minera: de hierro, cobre, plata y oro, ha crecido, pero se halla toda en manos de empresarios estadounidenses e ingleses. También ha crecido, y mucho, la red ferroviaria, pero, igual que ocurre en otros países de nuestro continente, crece endeudando al país, aunque en 1907 Yves Limantour, ministro de Díaz, logra comprar y poner en manos del Estado la mayoría de las acciones de esas empresas extranjeras. El capital francés controla ferrerías, empresas textiles y sectores del comercio. En pocas palabras, detrás de ese cuadro positivista-cientificista de progreso, el dictatorial México de Porfirio Díaz, bajo el que el país concluye el siglo XIX y entra en el siglo XX, es ya una auténtica colonia o protectorado anglo-estadounidense. La situación del descontento y empobrecido pueblo se hace cada vez más insostenible y una década más tarde estalla la Revolución.

#### *5.4.2. Venezuela*

La incidencia colonialista británica sobre Venezuela, iniciada desde la primera década del siglo XIX, cobra también forma luego de la

independencia, en tiempos de la Gran Colombia. Las casas comerciales británicas, que se inician en Caracas, dominan ya los puertos (La Guaira, Puerto Cabello, Angostura) y empiezan a mostrar interés por minas y por firmar tratados. El primer empréstito es el de 1822, año en que Gran Bretaña acuerda empréstitos similares, igualmente leoninos, con diversos países latinoamericanos recién liberados o en camino de liberarse del poder español.

En este caso se trata del confuso y embrollado empréstito gran colombiano, cuyos pagos, al disolverse la Gran Colombia, son prorrateados entre Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. En el resto del siglo se producirán nuevos empréstitos que no son otra cosa que acumulación de nuevas deudas sobre deuda impagable, deuda que se hace cada vez más impagable y que aprieta el dominio comercial y financiero de Inglaterra sobre el país. Gobernantes como Guzmán Blanco se enriquecen con la contratación y cobro parcial de esos empréstitos. En las décadas finales del siglo, debido a la costosa construcción ferrocarrilera, a los empréstitos ingleses vienen a sumársele los alemanes. El impago y las ambiciones territoriales de Inglaterra y de Alemania llevan al bloqueo naval y aduanero del país en 1902.

Desde los años 30 Inglaterra se interesa por la propiedad y la explotación de minas, aunque en Venezuela esa propiedad y explotación minera se reduce a la única mina importante del país para ese entonces, la mina de cobre de Aroa, antigua propiedad de la familia del Libertador Bolívar. La explotación de minas de oro, en la región de Guayana, es un fenómeno de la segunda mitad del siglo.

El primer banco, *Banco Colonial Británico*, nombre que lo dice todo, lo funda en 1839 en Caracas Leandro, el hijo de Francisco de Miranda.

La libre navegación de las vías fluviales es importante en Venezuela, que cuenta con el Orinoco y el Apure, ríos extensos y caudalosos que atraviesan longitudinalmente el país. Pero Venezuela se somete desde la misma independencia a esa libre navegación fluvial por potencias europeas como Inglaterra y Francia y también por Estados Unidos.

Así, lo más expresivo del dominio del colonialismo inglés sobre Venezuela en el siglo XIX y lo que provoca resistencia y lucha del país contra ese dominio son dos cosas: el *Tratado comercial* de

1834 y la secuencia de agresiones territoriales y amenazas británicas de despojo contra el país que alcanzan su expresión plena en las décadas finales de ese siglo.

El *Tratado comercial* (*Tratado de amistad, comercio y navegación*) se firma en 1834 y es la repetición del *Tratado* del mismo nombre y contenido firmado en 1825 entre Inglaterra y la Gran Colombia. Y de otros de igual nombre y contenido firmados ese mismo año con varias naciones latinoamericanas. Ese *Tratado* es un indiscutible ejemplo de cómo declarar la plena igualdad jurídica entre dos países desiguales, uno rico y poderoso y el otro pobre y débil es la mejor manera de convertirlo en un brutal instrumento de explotación del pobre por el rico.

Con el pretexto de reconocer la independencia de Venezuela, Inglaterra le impone al país ese *Tratado*, que establece la plena libertad de comercio y de navegación entre ambos países. Inglaterra, país industrializado dueño de una poderosa marina, introduce sus productos en Venezuela y puede usar sus puertos y sus ríos. Venezuela, carente de industrias y de marina, tiene derecho a hacer lo mismo en puertos y ríos británicos. La realidad es que ni siquiera tiene derecho a colocar en forma ventajosa en Inglaterra sus bienes primarios como café y cacao porque Inglaterra posee colonias tropicales en el Caribe y en Asia y África que le proporcionan esos productos y que tienen prioridad por ser miembros del *Commonwealth* británico.

El *Tratado*, tras declarar la igualdad entre ambos desiguales países, el colonialista y el sometido a su dominio, impone que, si por alguna razón las amigables relaciones existentes entre ambos llegasen a interrumpirse, los súbditos y comerciantes británicos residentes en Venezuela seguirían disfrutando de los mismos derechos establecidos en el texto. Claro que establece similares derechos para los súbditos y comerciantes venezolanos establecidos en la Gran Bretaña. Sólo que éstos no existen. El *Tratado* es además a perpetuidad y pese a todas las sucesivas gestiones, reclamos y protestas venezolanas, Inglaterra se niega a modificarlo. Eso sólo se logró en 1940, es decir, después de 115 años de descarada explotación del país.

Mas no conforme con eso, la Gran Bretaña tiene desde muy temprano planes de despojo territorial de Venezuela. En 1841 un geógrafo alemán agente suyo lleva hasta territorio antes reconocido

por Inglaterra como venezolano, los límites de la Guayana entonces británica; y para el último cuarto del siglo XIX el gobierno inglés expresa en forma abierta su ambición de apoderarse de las bocas del Orinoco y de despojar también a Venezuela del área guayanesa venezolana que abarca las entonces florecientes minas de oro de El Callao.

#### 5.4.3. Nueva Granada (Colombia)

Igual que ocurriera en otros países latinoamericanos, el dominio británico sobre la Nueva Granada, luego República de Colombia, se basó en empréstitos, tratados, bancos, control de minas, actividad de casas comerciales, cláusula de nación más favorecida, libre navegación de los ríos y más adelante en construcción de ferrocarriles.

Como parte central de la Gran Colombia bolivariana, Nueva Granada fue víctima y heredera tanto de los empréstitos leoninos que le impusieron los banqueros británicos a la Gran Colombia, como del increíble *Tratado comercial* de 1825, firmado entre Inglaterra y ésta, tratado que acabo de examinar en detalle en el caso de Venezuela, y que estaba llamado en Nueva Granada, después de dividida la Gran Colombia en 1830, a regular a perpetuidad las relaciones supuestamente igualitarias entre ambas desiguales naciones.

Pero la situación fue algo menos grave en Colombia que en Venezuela, porque en medio de todas sus crisis y guerras civiles, Colombia, país minero productor de oro, poseedor de una importante agricultura, una modesta tradición artesanal y de una cierta burguesía comercial y minera propia, encontró formas de atenuar en parte ese dominio. Aunque desde la segunda mitad del siglo y sobre todo en las décadas finales de éste, la agresiva penetración del capital y de los intereses neocoloniales estadounidenses vinieron no sólo a sumarse a ese control británico y alemán sino a irlo desplazando a toda prisa.

Lo más importante de este examen quizá sea lo que tiene que ver con la minería, con las casas comerciales y con las vías de comunicación.

Como México, Nueva Granada era desde la colonia española, un país rico en minas, sobre todo de oro. E igual que en México, la explotación minera había decaído desde fines del siglo XVIII y esa

decadencia se acentuó con la Guerra de independencia. Pero también, como en los casos de México y de Argentina, desde los años 20 las empresas inglesas pasaron a controlar y a tratar de revivir la minería. En este caso, la del oro del Tolima y del Cauca. Ese proyecto fue poco exitoso. Por suerte para Nueva Granada, esos capitales ingleses no intentaron controlar la minería de Antioquia, la zona más rica en oro, minería de la que una ascendente y activa burguesía local tenía el control. Desde mitad de siglo, con la decadencia de la minería del Cauca, la de Antioquia se convierte en la principal; y así se mantiene hasta fines de siglo. Pero desde los años 50 ha vuelto a la carga la minería inglesa, dispuesta a competir con la antioqueña; y sobre todo a forzar a la Nueva Granada a cubrir sus crecientes déficits comerciales con oro bajo cualquiera de sus formas, esto es, saqueando al país; y en las décadas finales del siglo entra a jugar un papel principal en esa competencia el capital estadounidense, más joven, y sobre todo más dinámico y más voraz que el británico.

De todas formas, la minería antioqueña permitió a la burguesía de Medellín, capital de Antioquia, jugar un papel importante en el caso de las casas comerciales. Éstas las instalaron en Nueva Granada los ingleses (y en menor grado los franceses) desde principios de siglo y se diversificaron en las décadas siguientes con el objetivo de controlar toda la producción y comercio colombianos. Pero a diferencia de Venezuela, donde prácticamente lo lograron, en Colombia debieron competir con la burguesía antioqueña y con algunos terratenientes bogotanos. Tanto aquélla como éstos fundaron sus casas comerciales, y algunas de esas casas llegaron a controlar no sólo parte del comercio sino a fundar sucursales en Europa. De todos modos, el control fundamental lo tuvieron los ingleses, y en menor grado los franceses, en competencia final con los alemanes y sobre todo con los norteamericanos. El esfuerzo colombiano sólo podía ser limitado. Muchas casas bogotanas o antioqueñas terminaron en manos del capital inglés o alemán. Y lo único que estaba cambiando en la Colombia de fines del siglo XIX, enfrascada en otra terrible guerra civil, era que estaba pasando del dominio neocolonial anglofrancés y alemán al de los Estados Unidos.

En Colombia se había impuesto desde temprano la libre navegación del Magdalena, su principal río; y en la segunda mitad del siglo,

la costosa construcción ferrocarrilera que supuestamente debía venir a mejorar y enlazar las desastrosas vías de comunicación, quedó en manos de ingleses, franceses, alemanes y estadounidenses, aunque también hubo cierta participación nacional (sobre todo el protagonismo de Francisco Javier Cisneros, un activo empresario cubano naturalizado colombiano). Pero, por supuesto, igual que ocurrió en Venezuela, la idea central de ese tendido de vías férreas no era la de crear una red facilitadora de la creación de un mercado nacional sino la de hacer que productos locales necesitados por Europa o Estados Unidos pudieran salir al exterior por los puertos y que, a partir de estos, los bienes importados desde esos mismos países se distribuyeran en el interior y siguieran desmembrando el país y controlando su fragmentado mercado.

#### *5.4.4. Argentina*

La penetración del capitalismo inglés en Argentina es muy temprana. Después del fracaso de la torpe invasión de 1806-07 y luego de la aprobación en 1809 por la autoridad española de la apertura legal al libre cambio y el libre comercio, en Buenos Aires empiezan a aparecer asociaciones exclusivas de súbditos ingleses y aumenta la cifra de casas comerciales británicas, mientras el puerto se llena de barcos ingleses que invaden la capital de mercancías inglesas que golpean la artesanía y pequeña producción manufacturera argentina y contra la cual se expresan frecuentes protestas y propuestas proteccionistas que no son escuchadas.

Pero la primera gran fase de la penetración económica y financiera del colonialismo inglés en la Argentina (entonces llamada Provincias Unidas del Río de la Plata) se impone en la tercera década del siglo XIX, ya lograda formalmente la independencia. Aunque, dada la división interna del país entre Buenos Aires, el Litoral y el Interior, y la lucha que enfrenta a unitarios y federalistas, esa primera gran fase alcanza sobre todo a Buenos Aires, gobernada entonces por los liberales unitarios, que son partidarios abiertos de la entrega al capitalismo colonialista inglés. Y en esta etapa desempeña papel protagónico el líder unitario Bernardino Rivadavia, que gobierna Buenos Aires, centro de toda la actividad económica y política argentina.



Defendido por la derecha argentina y por los historiadores ingleses, Rivadavia, que actúa como una suerte de agente del colonialismo británico, igual que su ministro Manuel José García, es un personaje realmente cuestionable de la accidentada historia argentina.

Rivadavia contrata los primeros empréstitos argentinos con la voraz banca británica, en este caso con el banco *Baring Brothers*, uno de los que ofrece préstamos leoninos a las recientes naciones iberoamericanas en 1822. En el caso de las Provincias Unidas del Río de la Plata el empréstito logrado ese año, de un millón de libras esterlinas (quedando pendientes otros dos millones y luego otros dos), se contrata al 70% porque el resto son descuentos para el Banco y comisiones para el Consorcio anglo-argentino que lo contrata.

Mas no es sólo eso, sino que, dado el monto del empréstito, el Banco exige que se dejen en garantía diversos bienes porteños y toda la tierra argentina, que queda así hipotecada. De ello deriva que el gobierno de Buenos Aires, esto es, Rivadavia, decida someter la tierra a un régimen de *enfiteusis*, pues ya que no puede venderla, es decir, privatizarla, se la ofrece en alquiler a grandes y medianos propietarios de tierras que quieran arrendarlas a cambio de pagar un *canon*.

El hecho es que esos propietarios no pagan nada, que al cabo se apoderan de las tierras alquiladas en *enfiteusis* y que Rivadavia, para sacar de ellas a los pequeños propietarios, los expulsa, calificándolos de vagos que, si carecen de una carta de circulación dada por algún terrateniente, son encarcelados o enviados por cinco años a la frontera a luchar contra los indios. Ese oneroso empréstito al que se van sumando luego los otros millones de libras pendientes, resulta difícilmente pagable; y la enorme deuda que se va acumulando a lo largo del siglo XIX sólo termina de saldarse en 1904.

Rivadavia funda con comerciantes ingleses y miembros de la oligarquía bonaerense un *Banco de Buenos Aires* y luego un *Banco Nacional*, que fracasan en medio de unas crisis de las que no estuvo ausente la corrupción. Buenos Aires se queda sin plata y debe apelar al papel. Luego siguen bancos británicos, ya en la segunda mitad del siglo, aunque esto ocurre en un contexto más favorable para la entonces unificada Argentina.

Más importante es el *Tratado comercial* que en febrero de 1825, siempre en tiempos de Rivadavia, Argentina firma con Gran

Bretaña. Ese *Tratado* es igual a todos los demás que, como vimos, en ese mismo año Inglaterra firma con casi todos los países latinoamericanos que se han independizado de España. Es decir, que se los impone a todos uno a uno. Se trata de un *Tratado de amistad, comercio y navegación* similar al firmado con la Gran Colombia que, también como vimos, luego de disuelta ésta, Nueva Granada y Venezuela asumen como propios. Son *Tratados* a perpetuidad que se mantienen vigentes a todo lo largo del siglo XIX y de buena parte del siglo XX. Para intercambiar sus productos necesariamente transportados por vía marítima, el acuerdo establece iguales derechos de intercambio entre la Inglaterra que posee una poderosa marina con una enorme cifra de barcos y de tripulaciones propias y la Argentina que apenas dispone escasamente de unos y de otras.

Y como en los casos antes citados, dado que el *Tratado* es el mismo, éste establece que, si las amistosas relaciones existentes entre Argentina y Gran Bretaña se deterioran, los súbditos y comerciantes ingleses establecidos en Argentina seguirán disfrutando de las ventajas fijadas en el texto.

Por último, el amigable tratado es a perpetuidad, de modo que no hay forma de modificarlo e Inglaterra sólo acepta darlo por vencido a comienzos de los años 30 del pasado siglo XX.

Lo principal y lo más escandaloso asociado a la penetración del colonialismo británico en la Argentina de tiempos de Rivadavia es lo tocante a las minas; minas que tenían mucha importancia en el país y que eran de interés fundamental para Inglaterra. Pero en este caso el más tramposo no es el capitalismo inglés sino el propio Rivadavia. Vicente Fidel López, José María Rosa y el viajero inglés J. A. Beaumont nos relatan esa historia. Rivadavia va en 1824 a Londres a organizar tres empresas mineras con la participación de la banca *Hullet Brothers*, hace promocionar mediante afiches la incomparable riqueza aurífera de Argentina y lleva a cabo todo tipo de maniobras políticas para apropiarse en nombre de la nación (y sacando él mismo beneficios) una mina de oro situada en la provincia de La Rioja, la mina de Famatina, que sería una suerte de Jauja en la que gruesas pepitas de oro tapizaban campos y calles.

Pero todo termina en un fracaso y un escándalo que muestra a Rivadavia como un personaje indigno y corrompido. La Rioja se niega

a ceder la mina, uno de cuyos accionistas es nada menos que Facundo Quiroga, y el escándalo que se produce fuerza a Rivadavia a renunciar a la presidencia y a abandonar en forma definitiva la Argentina.

El ministro inglés Benjamín Disraeli que, además de ser político, escribió también varias novelas, lo retrata, tres años más tarde, en una de ellas, a la que tituló *The Voyage of Captain Popanilla*. Empero, no deja de ser algo profundamente hipócrita que un ministro colonialista británico como Disraeli critique y ridiculice por eso y con razón a Rivadavia, pero que en cambio le parezcan correctas la voracidad y las trapacerías de los bancos ingleses, las brutales condiciones impuestas a Argentina por el empréstito de *Baring Brothers* y la perpetuidad del hipócrita *Tratado de amistad, comercio y navegación*<sup>21</sup>.

El asunto de la libre navegación por los ríos Paraná, Uruguay y su desembocadura en el Río de la Plata tiene una larga y conflictiva historia de cierres, luchas y rivalidades. Lo único que interesa ahora es que con el mencionado *Tratado de paz, comercio y navegación* firmado entre las Provincias unidas del Río de la Plata y el reino de Gran Bretaña en febrero de 1825 se establece entre ambos países la libre navegación de los ríos. Empero, el acuerdo sólo implica a Gran Bretaña, y en 1840, Francia, para abandonar el bloqueo a que ha sometido a Buenos Aires desde 1838, logra del gobierno de Rosas la condición que exige de nación más favorecida, de modo que se acuerda a los franceses ese mismo derecho.

En el segundo y más largo bloqueo de Buenos Aires, esta vez de ingleses y franceses aliados contra el gobierno de Rosas, entre 1845 y 1850, una enorme flota de ambos países logra remontar y descender el Paraná por medio de dos batallas navales. Y el resultado es que tanto Inglaterra en 1849 como Francia reconocen en 1850 la soberanía argentina sobre el Paraná sin que afecte la libre navegación de los ríos ya antes acordada.

Derrocado Rosas en 1852, Urquiza y Mitre acuerdan la libre navegación interior de los ríos argentinos, y desde 1853 esto ha sido y es norma constitucional del país.

---

<sup>21</sup> La novela es accesible en Internet.

Una vez descrito ese panorama de rivalidades, de crisis, de divisiones y también de entreguismo a las potencias coloniales que nos dominan con apoyo de nuestras oligarquías criollas, y una vez examinados con cierto detalle los principales mecanismos y recursos empleados por el imperialismo colonial británico para imponernos su dominio a lo largo del siglo XIX, quisiera mostrar ahora los principales rasgos y componentes de la colonia que sobreviven y se potencian en ese siglo, todos ellos promovidos y estimulados por esa servil clase dominante.

La mentalidad de colonizados, que procede de la colonia española, se renueva y se acentúa, porque nuestras oligarquías, después de aceptar por siglos el dominio colonial de España y de declarar, como Camilo Torres, que eran ellos los verdaderos y únicos herederos de los conquistadores españoles, ahora que la colonia española ha pasado a la historia, se atreven a criticarla mientras celebran la nueva condición colonial a que se hallan sometidos con el mayor de los gustos: el dominio británico o anglo-francés, el de los dos países más poderosos de Europa, a los que imitan, admiran y con los que a diario se identifican.

Estrechamente vinculada a esa mentalidad de colonizados, se profundiza por supuesto a lo largo de ese siglo la ausencia de identidad de nuestras clases dominantes colonizadas y su plena identificación, mediante el servilismo europeo que, orgullosos exhiben a diario, con la ciega adoración de Europa,

Se mantiene, se profundiza y se proclama como el único válido el sistema económico colonial ahora liberal que nos mantiene como productores y vendedores de materias primas a Europa y como receptores y compradores de bienes industriales europeos.

Se declara el abierto racismo contra el mestizaje y se proclama el culto al poblamiento europeo que debía no sólo civilizarnos sino también blanquearnos. El racismo contra los negros se mantiene, suavizado algo en el Caribe ex español, en el que a mediados de siglo se declara abolida la esclavitud, pero no en Brasil, en el que la esclavitud se mantiene hasta el fin de siglo, y en el que ese racismo es brutal. Y se acentúa porque la minoría blanca o mestiza quiere mantener en cintura a la mayoría de la población, que es negra o es mulata. El racismo contra las poblaciones indígenas se acentúa en los países en

que los indios forman la mayoría de la población, casos de México, Guatemala, Bolivia y Perú, lo que produce rebeliones y guerras reprimidas brutalmente, y en el caso de la dictadura de Porfirio Díaz en México conduce a traslados forzosos y masivos de población india.

En países como Argentina y Chile, en los que los mapuches y otras tribus marcaron desde la conquista un límite a la expansión española y criolla, los criollos republicanos quieren apropiarse de esas tierras, las de la Patagonia, para lo cual necesitan expulsar a los indios y masacrarlos al mejor estilo de Estados Unidos, otro país al que adoran y quieren imitar. El resultado de la mal llamada *Conquista del Desierto* en ambos países fue la apropiación de esas tierras en medio del exterminio de buena parte del pueblo mapuche que vivía en ellas. Haré más adelante un examen más preciso de ese genocidio.

Ese odio al mestizaje considerado creador de inferioridad racial, extensiva a lo español, se acentúa con el positivismo y el evolucionismo spenceriano del fin de siglo, en especial en países de mayoría indígena, como Perú y Bolivia.

Los instrumentos ideológicos con los que se arman los oligarcas criollos para desarrollar todas sus políticas, liberales en lo económico y “progresistas” o modernizadoras en lo social, son en lo esencial dos: el liberalismo económico y la ideología del progreso.

## 5.5. Liberalismo económico y culto al libre mercado

En principio el liberalismo económico y el culto al libre mercado para el intercambio económico internacional lo practican todos nuestros países y todos sus líderes, sean liberales o conservadores, federalistas o unitarios, sólo limitados por la necesidad de mantener ciertos aranceles que sus empobrecidos Estados requieren para subsistir. Conviene señalar que la Venezuela conservadora que provoca la disolución de la Gran Colombia en 1830, se orienta en forma pragmática hacia una política económica de corte liberal década y media antes de que la adopte como oficial la propia Gran Bretaña. Pero otras repúblicas hermanas lo hacen luego a partir de una clara fundamentación teórica, ausente en el caso venezolano.

De esas ulteriores declaraciones político-ideológicas de corte liberal las mejores las encontramos en Nueva Granada, la actual Colombia. Por ello, A fin de mostrar la importancia y la aceptación de ese culto al libre mercado y al libre comercio entre países sin industrias como los nuestros y países industriales como los europeos, fundamentalmente con Inglaterra, entonces el país más industrializado y poderoso del mundo, me remito a reproducir y comentar dos textos representativos de ese culto. Ambos proceden de Nueva Granada y pertenecen a las décadas de 1830 y 1840, período en que el libre-cambismo se va imponiendo en el país y es defendido por calificados miembros de la elite dominante. Con ellos dos es suficiente. El primero es obra de Guillermo Wills, político, intelectual y comerciante anglo-neogranadino, súbdito inglés y dueño de una Casa comercial en Bogotá, y fue publicado en forma anónima en Bogotá en 1831.

Lo resume: Wills, que basa su argumentación en la división internacional del trabajo, dice que Nueva Granada, dadas sus ventajas naturales, está llamada a fomentar la agricultura de exportación y la minería en vez de seguir conservando costosas y atrasadas manufacturas. Desarrollando la exportación agraria y la producción minera podría mantener un creciente comercio internacional que le proporcionaría suficientes ingresos para poder importar las mercancías y manufacturas que necesita, obteniéndolas así mejores y más baratas que si tratara de producirlas internamente pues el alto nivel técnico logrado por Inglaterra, principal productor y exportador de esas manufacturas (sobre todo textiles) y la enorme productividad de su industria hacen que la sola manera de competir con ella en el mercado nacional sea mediante elevadas tarifas protectoras, perjudiciales para los consumidores y productores del país. Wills proponía desplazar a los artesanos hacia la agricultura de exportación, rebajar los impuestos de aduana, favorecer la salida de metales preciosos y estimular la exportación de productos agrícolas, como el tabaco, a Europa. Nada menos y nada más<sup>22</sup>.

---

<sup>22</sup> El texto de Guillermo Wills se titula *Observaciones sobre el comercio de la Nueva Granada con un apéndice relativo al de Bogotá*. Puede leerse en Edición del Banco de la República, Bogotá, 1952, pp. 43-51 y 57 y ss.

El otro texto es del neogranadino Florentino González, liberal septembrista que participó en el atentado para asesinar a Bolívar en 1828; que fue luego uno de los líderes de la corriente *gólgota*, la moderada, del movimiento liberal; que era ciego admirador de Inglaterra y de Estados Unidos; y que fue nombrado Ministro de Hacienda por el presidente Cipriano Mosquera en su primer gobierno. Es un texto realmente antológico.

En su *Memoria de Hacienda de 1847*, Florentino González dice:

*“En un país rico en minas y en productos agrícolas que pueden alimentar un comercio de exportación considerable y provechoso, no deben las leyes propender a fomentar industrias que distraigan a los habitantes de las ocupaciones de la agricultura y minería, de que pueden sacar más ventajas. Los granadinos no pueden sostener en las manufacturas la concurrencia de los europeos y de los americanos del norte, y las disposiciones que puedan inducirlos a dedicarse a la industria fabril, despreciando los recursos que las producciones agrícolas pueden proporcionarles, no están fundadas en los principios que debe consultar un gobierno que debe hacer el bien de la nación ... la Europa, con una población inteligente, poseedora del vapor y sus aplicaciones, educada en las manufacturas, llena su misión en el mundo industrial, dando diversas formas a las materias primas. Nosotros debemos también llenar la nuestra y no podemos dudar cuál es al ver la profusión con que la Providencia ha dotado esta tierra de ricos productos naturales. Debemos ofrecer a la Europa las primeras materias y abrir la puerta a sus manufacturas para facilitar los cambios y el lucro que traen consigo y para proporcionar al consumidor, a precio cómodo, los productos de la industria fabril”<sup>23</sup>.*

Hay por supuesto textos parecidos del mismo corte y con los mismos objetivos en todos nuestros países, obra de gobernantes o escritores de esos mismos años, que pensaban igual y compartían los mismos argumentos. Pero lo repito, creo que estos dos son inmejorables, me eximen de citar otros que poco añaden y me permiten

---

<sup>23</sup> Reproducido por Luis Ospina Vázquez en su clásica obra *Industria y protección en Colombia, 1810-1930*. Editorial Santa Fe. Medellín, 1955, pp. 208-209.

examinar en lo que sigue el tema de la ideología liberal del progreso que impusieron las nuevas oligarquías en todos nuestros países a lo largo de ese siglo XIX.

## 5.6. La ideología del progreso

La ideología del progreso es la plenitud liberal que, al madurar y enriquecerse con nuevos componentes, alcanza el pensamiento ilustrado en la Europa del siglo XIX en avance hacia la industrialización capitalista y que los oligarcas criollos que gobiernan nuestros países, siguiendo en esto a los intelectuales que los orientan, integrantes destacados como ellos de esa oligarquía criolla, copian, y aplican a estos países nuestros, de la manera más servil y más dogmática. Centro de todo ese pensamiento es la imitación de Europa, de la Europa capitalista industrial, y luego de Estados Unidos. En mi criterio los tres componentes que le dan forma son:

1. “Progreso”, que es sólo imitación servil de la Europa que se industrializa, sin modificar nuestras relaciones de producción coloniales heredadas de la colonia española, reformuladas y fortalecidas además luego de la Independencia como sujeción al dominio de Inglaterra;
2. Poblamiento, que significa “blanqueo” de nuestras sociedades mestizas a partir de flujo de población europea a la que se ofrecen para que venga a blanquearnos las ventajas que ella exija; y
3. Despoblamiento y racismo, esto es, masacre del indígena, considerado como un obstáculo irreversible a ese progreso que sólo puede aportarnos la inmigración blanca europea. Se trata, pues, a un tiempo de poblar, blanquear y despoblar (o masacrar). Tenemos así:

### *5.6.1. El progreso como imitación servil de Europa*

El progreso nuestro, proclamado por nuestra falsa élite a todo lo largo del siglo XIX fue falso progreso, progreso de fachada, progreso



para una minoría a expensas de la ruina de la mayoría y de la sujeción y entrega del país al capital extranjero. Y es así porque progreso, que es la idea de moda del siglo XIX, significa capitalismo, desarrollo capitalista. Pero por eso mismo, progreso significa una cosa en Europa, sobre todo, en Europa occidental y en Estados Unidos; y otra cosa diferente en nuestros países. En Europa ha habido acumulación originaria de capital y se logra el desarrollo creciente del capitalismo, en buena parte a nuestras expensas; allí hay Estados independientes, soberanos, nacionales o multinacionales; hay burguesías industriales en ascenso, mercados nacionales en crecimiento, capitales, técnicas modernas, clase obrera. Es claro que en Europa ese progreso se logra en medio de explotación y miseria obrera (que disminuye en cierto grado a fin de siglo). Y en medio de todas esas desigualdades sociales, propias del capitalismo e inherentes a él, en esa Europa decimonónica progreso equivale a moderna industrialización, a poder y expansión nacional, a dominio del mundo, del mercado mundial, a imposición del colonialismo y a sujeción a él de otros países no europeos y de otros continentes.

Aquí, en cambio, ese progreso, progreso falso, equivalía sólo a sujeción y dependencia nuestra, a sometimiento a una división internacional del trabajo que era para países como los nuestros aceptar la imposición de la nueva forma económica de dominación, del intercambio desigual creador de dependencia, ofrecer agricultura y/o minería para alimentar industrias extranjeras, exportar materias primas y recibir a cambio bienes manufacturados. Y, en fin, lo peor de todo, a celebrar esto como nuestro inexorable destino.

Ese progreso capitalista sólo sirvió para desintegrar más nuestras economías generando incluso dentro de nuestras desintegradas naciones provincias casi autónomas que comerciaban en directo cada una con Europa, exportando materias primas y recibiendo manufacturas sin ningún interés ni sentido nacional. Eso en el caso de los puertos, porque las provincias del interior permanecían en el tradicional atraso colonial de corte agrario o minero. Hasta los ferrocarriles, símbolo de progreso en Europa, fueron un desastre en casi todos los países de América Latina. En algunos de ellos al menos contribuyeron más tarde con cierta integración interna porque en ellos, receptores de población blanca europea, convertidos en suerte

de protectorados ingleses, hubo importante crecimiento interno, basado en producción ganadera o agrícola a gran escala estimulada por capitales británicos y orientada a satisfacer la creciente necesidad inglesa de esos productos. Es el caso de Argentina y del sur de Brasil en la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Y por su parte en México se había logrado una cierta integración ferrocarrilera durante la dictadura de Porfirio Díaz, en las décadas finales del siglo XIX, aunque lo fundamental de ese desarrollo de vías férreas iba dirigido a comunicar la capital con ciudades del interior y a ciudades productoras de productos mineros o agrarios con sus puertos. Inútil añadir que esos ferrocarriles fueron construidos por empresas europeas: británicas, francesas o alemanas.

Pero en el resto de América Latina el ferrocarril no fue nada integrador. Por el contrario, fue desintegrador. Sólo sirvió para sacar productos del interior hacia los puertos, no para comunicar internamente los países creando redes de comunicación y estimulando la creación de un mercado interno. El ferrocarril acentuó la dependencia, sirvió para la corrupción y la quiebra del Estado generando deudas pesadas a menudo impagables con bancos y países europeos, y separó las regiones unas de otras, cada una comunicada por su puerto con el país dominante para que éste recibiera las materias primas que requería. El caso de Venezuela fue modélico: empresas de diversos países que construyeron a voluntad y con grandes ganancias aseguradas, vías de anchos diferentes que imposibilitaban la creación de una red ferroviaria interna, nacional. Y uno de los empréstitos que se contrató en medio de una gran corrupción para pagar parte de la deuda ferrocarrilera y que no sirvió para pagarla, el contratado con el banco alemán *Disconto-Gesellschaft*, fue uno de los argumentos de peso utilizados por varias potencias coloniales encabezadas por Alemania para bombardear el país y apoderarse de sus aduanas. Así que el éxito del ferrocarril en Europa y su fracaso en América Latina es una clara muestra del fracaso de nuestro progreso de fachada.

Progreso fue pues en nuestros países entrega de nuestras “élites” oligárquicas al capital extranjero y sujeción al mismo, sometimiento a un nuevo sistema colonial, destrucción de la forma de vida de las mayorías, aumento de la pobreza, del hambre, del atraso, ausencia de mercados internos, destrucción de la unidad

interna de nuestros países y contribución a la pérdida de nuestras identidades nacionales.

Pero no es la dimensión económica del progreso la que más me interesa examinar en este ensayo. Total, es la que mejor se conoce. La que más me interesa, porque de ella se habla mucho menos y porque tiene unos enormes alcances colonizadores que suelen ser ignorados o subestimados, es *la dimensión cultural*, ideológica, creadora no sólo de colonias materiales sino también de colonias mentales, culturales, de élites colonizadas, serviles, entregadas a Europa y a los Estados Unidos, enemigas y despreciadoras de sus pueblos, destructoras de las culturas de éstos, entregadas al culto e imitación de lo europeo y en tiempos más recientes de lo estadounidense.

Para ese siglo XIX, Inglaterra era con toda razón el mejor modelo económico de modernidad. En países, como los del sur del continente, convertidos de hecho en protectorados británicos, como Argentina, la moda de las “élites” era ser miembros de clubes exclusivos, practicar la equitación y la esgrima, hablar inglés, y tomar té y pastas todos los días a las cinco de la tarde. Francia era el otro modelo cultural, no tanto en lo económico porque su desarrollo capitalista iba a la zaga de su rival británico, pero sí en lo cultural más refinado y exquisito, porque sus principales productos de exportación eran vinos de gran prestigio y ropas de la más alta calidad. Las damas de las clases ricas usaban calzado, vestidos y sombreros de París. La presencia francesa era fundamental en lo directamente cultural, en teatro, ópera, literatura y pintura. También en arquitectura urbana. El centro de Buenos Aires se moderniza y embellece en la segunda mitad del siglo imitando el modelo seguido por el barón Haussman en París. Lo mismo se hace en Río. No está mal, pero otra cosa son los barrios. En Caracas, Guzmán Blanco hace construir una copia poco afortunada de la *Sainte Chapelle* de París. Y por su parte, en Brasil artistas brasileños componen óperas en francés para disfrute de las “élites” exquisitas de Río o de Sao Paulo.

Y aunque menor, tampoco debe ignorarse la influencia de Estados Unidos sobre esas élites colonizadas porque ellos eran el modelo a seguir en cuando a recreación de Europa en América y sobre todo en lo tocante a destrucción de obstáculos internos al progreso, esto es, a cómo “limpiar” el país de indios para imponer una sociedad

moderna, blanca, libre de trabas, capaz de alcanzar el progreso capitalista como ellos habían hecho. Lo que sí no entendieron o no quisieron entender nuestras serviles y colonizadas “élites” fue que si Estados Unidos crecía económicamente y progresaba era porque no imitaba servilmente a esa Europa, que una vez desarrollada le imponía el libremercado y el libre mercado a países débiles como los nuestros para seguirlos dominando como colonias o protectorados. Desde temprano los Estados Unidos escogieron el proteccionismo como única forma para poder desarrollarse, industrializarse, para convertirse en un país poderoso y así lograr alcanzar a Europa y competir con ella.

Pero veamos ahora en acción a esa ideología del progreso, a esa servil imitación de Europa (y de Estados Unidos en sus resultados, pero no en el camino seguido por ellos para lograrlo). Esa servil imitación operó por todas partes, pero donde alcanzó su mejor y su más temprana expresión fue en Argentina. Por eso usaré principalmente ejemplos argentinos, básicamente los de la Generación de 1837, la Generación que criticó a Rosas: la de Sarmiento y Alberdi, de Echeverría, Mármol, Ascasubi y otros. En ellos, en sus obras y en su praxis, se encuentran los elementos esenciales del tema, expuestos con toda claridad; elementos que pronto irradiaron por gran parte de nuestra América latina. *Amalia*, la novela de José Mármol que alcanzó fama entonces, es en realidad un bodrio interminable y fastidioso, rebotante de elitismo y de racismo, en el que los blancos, los criollos europeos, se resisten frente a la fea chusma, mestiza y negra, que respalda la dictadura de Rosas. Pero otra cosa diferente, no en cuanto a ideas, que son las mismas, pero sí en lo tocante a la amplitud de su elitesca visión, son Alberdi y Sarmiento.

### *5.6.2. Progreso es poblar blanqueando. Es civilizar*

Lo que sí es esencial son las *Bases* de Juan Bautista Alberdi, es decir, sus *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, obra editada en mayo de 1852 en Valparaíso. Se trata de un texto esencial para comprender la ideología del progreso en el siglo XIX latinoamericano. Y más particularmente lo que se refiere al poblamiento de nuestros países y al blanqueamiento de nuestras

poblaciones. Citaré varios fragmentos de las *Bases* de Alberdi, y luego haré referencias a *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento.

### **Juan Bautista Alberdi**<sup>24</sup>

Dice Alberdi:

*“Nos hallamos, pues, ante las exigencias de una ley que reclama para la civilización el suelo que mantenemos desierto por el atraso. Esa ley de dilatación del género humano se realiza fatalmente, o bien sin violencia alguna por los medios pacíficos de la civilización, o bien por la conquista de la espada. Pero nunca sucede por largo tiempo que las naciones más antiguas y populosas se ahoguen de exuberancia de población en presencia de un mundo que carece de habitantes y abunda en riquezas”.*

Más adelante:

*“El idioma inglés, como idioma de la libertad de la industria y del orden, debe ser aún más obligatorio que el latín: no debiera darse diploma ni título universitario al joven que no lo hable y escriba. Esa sola innovación obraría un cambio fundamental en la educación de la juventud. ¿Cómo recibir el ejemplo y la acción civilizante de la raza anglo-sajona sin posesión general de su lengua?”.*

---

<sup>24</sup> Debo aclarar de una vez que me refiero aquí a lo que llamo el primer Alberdi, porque Alberdi, sin dejar de ser liberal, matizó o modificó más adelante muchas de estas posiciones radicales expuestas en las *Bases*, su principal y más conocida obra. A partir de la derrota de Rosas y de la aprobación de la Constitución de 1853, de la que fue el inspirador, sus posiciones se separaron de las más radicales e intransigentes de Sarmiento. Alberdi escribe unas *Cartas Quillotanas* y Sarmiento le replica con su usual agresividad en *Las Ciento y una*. Alberdi disiente del radicalismo de Sarmiento en *Facundo*, de su oposición rotunda entre la ciudad civilizada y el gaucho y el campesino bárbaros. Descubre que es necesario matizar esto porque la esperanza de Argentina es inseparable de su pueblo y porque las civilizadas ciudades cometen crímenes incalificables de violencia, que estarían al par de los imputados a *Facundo* y a Rosas y que algunos de esos líderes ciudadanos han entregado al extranjero las riquezas el país. Y aunque luego hacen las paces, mientras Sarmiento, presidente de Argentina entre 1868 y 1874, impulsa la criminal Guerra de la Triple Alianza para destruir al Paraguay, Alberdi, que ha criticado antes a Mitre, la condena en forma rotunda, escribe su obra pacifista *El crimen de la guerra*, opuesta a todas las guerras, y no apoya tampoco la criminal Conquista del Desierto.

Siguen otros párrafos claves:

*“Todo en la civilización de nuestro suelo es europeo... no tenemos una sola ciudad importante que no haya sido fundada por europeos... todas nuestras ciudades importantes recibieron nombres europeos... nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América. Cráneo, sangre, color, todo es de fuera... el indígena nos hace justicia; nos llama españoles hasta el día. No conozco persona distinguida de nuestra sociedad que lleve apellido pehuenche o araucano. El idioma que hablamos es de Europa. Para humillación de los que reniegan de su influencia, tienen que maldecirla en lengua extranjera.”*

Y a continuación:

*“Nuestra religión cristiana ha sido traída a América por los extranjeros. A no ser por la Europa, hoy la América estaría adorando al sol, los árboles, las bestias, quemando hombres en sacrificio y no conocerían el matrimonio. La mano de la Europa plantó la cruz de Jesucristo en la América antes gentil. ¡Bendita sea por esto sólo la mano de Europa!”*  
*“¿Quién conoce caballero entre nosotros que haga alarde de ser indio neto? ¿Quién casaría a su hermana o su hija con un infanzón de la Araucanía y no mil veces con un zapatero inglés? En América lo que no es europeo es bárbaro; no hay más división que ésta: 1º—el indígena, es decir, el salvaje; 2º—el europeo, es decir, nosotros, los que hemos nacido en América y hablamos español, los que creemos en Jesucristo y no en Pillan (dios de los indígenas).”*

Después de descargar esta avalancha de racismo, blanco, europeo y anti indio, Alberdi empieza a hablar de la importancia de la inmigración europea para poblar esta América que está casi despoblada y para civilizarla trayéndole progreso y cultura:

*“Cada europeo que viene a nuestras playas nos trae más civilización en sus hábitos, que luego comunica a nuestros habitantes, que muchos libros de filosofía... ¿queremos plantar y aclimatar la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de Europa y de Estados Unidos? Traigamos pedazos vivos de ellas en las costumbres de sus habitantes y radiquémoslas aquí”.*

Y luego de tratar de mostrar que es inútil creer posible civilizar al *roto*, al *gaucho* o al *cholo*, algo que podría tardar milenios en dar resultados, insiste en que es mejor, más eficaz y más barato traer inmigrantes europeos para que sean ellos, con su ejemplo, quienes los eduquen. Y remata esta fase de su discurso con estos textos cargados del entreguismo más servil:

*“firmad tratados con el extranjero en que deis garantías de que sus derechos naturales de propiedad, de libertad civil, de seguridad, adquisición y tránsito les serán respetados... firmad tratados por término indefinido o por cien años. No temáis encadenaros al orden y a la cultura... no temáis enajenar el porvenir remoto de nuestra industria a la civilización... para tener ferrocarriles... negociad empréstitos en el extranjero, empeñad vuestras rentas y bienes nacionales para empresas que los harán prosperar... protegéd al mismo tiempo empresas extranjeras para la construcción de ferrocarriles. Colmadlas de ventajas, de privilegios, de todo el favor imaginable sin deteneros en medios. Preferid este expediente a cualquier otro”<sup>25</sup>.*

### **Domingo Faustino Sarmiento**

El otro texto esencial en el que se exponen los rasgos claves de la ideología del progreso, es el *Facundo*, de Sarmiento. Escrito en Chile y editado en Santiago en 1845, *Facundo, civilización y barbarie* es una de las obras referenciales de la literatura hispano americana. He analizado y hecho lecturas críticas de *Facundo* en otras ocasiones y no es cosa de hacerlo aquí otra vez. Lo que ahora me interesa es examinar, como parte esencial de la lectura que propone Sarmiento del progreso, lo referente a cómo plantea en su texto la oposición entre barbarie y civilización que constituye el centro de su análisis.

Para Sarmiento la civilización se encarna en la Europa moderna e industrializada y en los Estados Unidos, que junto con Inglaterra y Francia son su mejor expresión; en las ciudades, sobre todo en las

---

<sup>25</sup> Las citas todas de las *Bases* las he tomado de la edición incluida en la obra *Proyecto y construcción de una Nación (Argentina 1846-1880)*. Selección, prólogo y cronología de Tulio Halperin Donghi. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1980, y pueden leerse en pp. 75, 88, 89, 89, 90, 93 y 94. Hay muchas ediciones de las *Bases* y la obra es accesible desde Internet.

portuarias, abiertas a recibir y asimilar esa necesaria y urgente influencia europea y estadounidense; y en los unitarios argentinos, que intentan civilizar a su país. La barbarie, en cambio, la encuentra en la América española, en España, Asia y el Medio Oriente; en el campo de nuestro continente, que vive en el atraso; y en los federales argentinos, como Facundo y sobre todo Rosas, que la encarnan y que mantienen al país hundido en el atraso y la barbarie.

En términos de Locke que, aunque no se citan, están presentes en el pensamiento de Sarmiento, lo que significa y justifica esa oposición entre ciudad y campo, entre civilizado y bárbaro, es que el civilizado es superior al bárbaro y que como tal tiene derecho a dominarlo y hasta a exterminarlo si se resiste al progreso, a la civilización. La rebelión del civilizado es válida y justa, como la que tendrían que hacer los unitarios contra Rosas, contra ese auténtico monstruo bárbaro. La rebelión del bárbaro, que es rebelión contra la civilización, no puede ser sino revuelta criminal.

Empero, todavía Sarmiento no lo dice todo. En *Facundo* describe al gaucho como un ser primitivo, salvaje e ignorante, pero no se percibe odio en su descripción, más bien se nota una cierta admiración ante esa fuerza primitiva, ante ese primitivismo, ante esa forma de vivir, ante esa variedad de formas que encuentra entre el rastreador, el baqueano, el gaucho malo. Pero el pensamiento de Sarmiento madura con el tiempo. El odio y el desprecio contra la inferioridad y brutalidad del gaucho y contra la inferioridad del indio van cobrando fuerza. Y Sarmiento terminará luego, como veremos, por exponer la idea de que los indios son seres inferiores, irreductibles, impermeables al progreso, y que los gauchos, que lo único que tienen de humanos es la sangre, deben ser exterminados en nombre del progreso y esa sangre debe ser derramada.

La idea y el racismo que animan a Sarmiento son mucho peores que los que jugaron papel importante en la Conquista. Porque los españoles nunca llegaron a tanto. Su objetivo nunca fue exterminar al indio, y su desprecio por él era menor. Al indio lo querían como siervo para que trabajara la tierra en su beneficio y sólo exterminaban al rebelde, al que se les oponía luchando por su tierra y su cultura. Con Sarmiento, en cambio, el criollo blanco, el hombre de la ciudad, el civilizado, el unitario, ese nuevo conquistador debe exterminar al



indio, al que desprecia y ni siquiera considera humano. Para civilizarla, necesita repoblar esta América con blancos europeos, imitando y siguiendo en esto los patrones propios de la Europa moderna, y no los de España, símbolo viejo de opresión, de fanatismo y atraso.

Repito que, en mi opinión, la idea de esta nueva Conquista y colonización que expone Sarmiento no es más que la idea de Locke, el filósofo liberal inglés, padre del liberalismo, al que sin embargo el autor argentino nunca menciona. Y es que en el caso del criollo progresista y modernizador de que Sarmiento habla, no se trata ni siquiera de mantener al indio en calidad de siervo, como habían hecho antes los españoles, sino de erradicarlo de sus tierras; y si se resistía, exterminarlo sin el menor escrúpulo. Lo que propone hacer Sarmiento es dar curso en la Argentina a la misma matanza de pueblos indígenas que tenía lugar en Estados Unidos, matanza que Locke había propuesto y que los terrófagos colonos estadounidenses estaban llevando a cabo en el vasto territorio de la América del Norte, modelo y país que contaban con su más profunda admiración.

En el enfoque de Sarmiento se hace ver que, en Europa, en la Europa capitalista, moderna, la civilización está en todas partes. Está además en expansión y se difunde al mundo. En esta América ex española, como en Estados Unidos, existen en cambio dos países, dos sociedades, dos culturas opuestas: la civilizada y la bárbara. En Estados Unidos la civilización blanca está enfrentando a la barbarie india y los civilizados blancos exterminan a los indios. Justo lo que Sarmiento, admirador e imitador de Estados Unidos, piensa que debe hacerse en nuestros países: exterminar al indio, librando así las tierras que ocupan y mantienen ociosas para ponerlas al servicio del progreso encarnado por los blancos europeos. Y atraer sin más demora esa población blanca, esos imprescindibles inmigrantes europeos, como está haciendo igualmente Estados Unidos, para crecer, para poblar, para ser civilizados, para tener ciudades limpias, para tener industrias, para ser al fin ricos, prósperos y blancos.

En nuestra América, afirma, la civilización se encuentra en las ciudades, pero sólo en las ciudades portuarias, las abiertas a Europa, no en las ciudades o pueblos del interior. La barbarie está en el campo, en el interior. Éste es la sede de la barbarie, del atraso. El civilizado (y civilizador) es el criollo: blanco, rico, europeizado, culto, con ropas

y costumbres europeas, expresión de Europa, europeo él mismo, que gobierna en las ciudades, en los puertos. El bárbaro es el campesino, el gaucho, el hombre del campo, el hombre del pueblo, el indio, el mestizo, el aindiado, mezclado a veces con negro. Valiente, pero salvaje, primitivo, elemental, ese hombre, cuyo modelo argentino es el gaucho, es imposible de civilizar. Capaz de guerrear, de destruir, de secuestrar, es incapaz de construir. Facundo Quiroga, el caudillo, es el ejemplo que Sarmiento ha querido mostrarnos en su obra.

Dicho en otras palabras, para Sarmiento en América se oponen así dos identidades: la europea y la autóctona. La primera es la representada por el criollo blanco europeizado; la otra, por el mestizo, el pueblo, el campesino, el indígena. La europea, que es la del progreso, debe imponerse. Si es posible educar y asimilar, pues bien. Pero si no, habrá que exterminar. Así de simple. Lo que propone Sarmiento en *Facundo* es lo mismo que luego propone Alberdi en sus *Bases*: europeizar, poblar, blanquear. Pero Sarmiento es más radical y mucho más violento. Sarmiento habla de limpiar el territorio de obstáculos humanos y culturales, imitando en eso a Estados Unidos, que lo estaba haciendo con sus indios. Sarmiento admira a Estados Unidos, y su mejor deseo es que Argentina sea los Estados Unidos de esta América. Lo repite a todo lo largo de su obra, desde *Facundo* (1845) y *Argirópolis* (1850) hasta *Conflicto y armonía de razas en América* (1883). Y junto a la adoración de Estados Unidos está la ciega admiración por Europa y sobre todo por Inglaterra. Muestra ésta también en textos, cartas y discursos.

En una de esas cartas dice:

*“Pertenezco al corto número de los habitantes de la América del Sur que no abrigan prevención alguna contra la influencia europea en esta parte del mundo. Como publicista he sostenido de diez años a esta parte que estaba en nuestro interés abrir a la Inglaterra y a todas las naciones europeas la navegación de nuestros ríos para que desenvolvesen el comercio, la riqueza y estimulasen la producción. Dan testimonio mis diez años de escritos y de afección a los ingleses”<sup>26</sup>.*

<sup>26</sup> Sarmiento, carta a H. Southern, enero de 1850.

El segundo elemento que compone esta visión colonialista del progreso que proclaman Sarmiento y Alberdi, seguidores de Rivadavia, es la relativa a poblar y blanquear nuestros países, algo que es indispensable para alcanzar el ansiado progreso, esto es, la política de poblamiento. “*Gobernar es poblar*”, consagrada frase de Alberdi que está también en el pensamiento de Sarmiento, conforma la base de esa política de poblamiento que no es otra cosa que política de inmigración, entendida como civilizatoria y válida, porque es traída en masa de inmigrantes blancos, de inmigrantes europeos.

Hablando de la necesidad que Argentina tiene de Inglaterra, Sarmiento escribe, hacia el final de *Facundo*, que

*“la grandeza del Estado está en la pampa pastora, en las producciones tropicales del norte y en el gran sistema de ríos navegables cuya aorta es el Plata. Por otra parte, los españoles no somos ni navegantes ni industriales, y la Europa nos proveerá, por largos siglos, de sus artefactos, en cambio de nuestras materias primas; y ella y nosotros ganaremos en el cambio; la Europa nos pondrá el remo en la mano y nos remolcará río arriba, hasta que hayamos adquirido el gusto de la navegación”*<sup>27</sup>.

El argumento que quería dar sostén a esta política racista y colonialista era, por un lado, que nuestros países eran nuevos, despoblados o de poca población, frente a una Europa que en cambio estaba poblada en exceso y que vivía un intenso proceso de expansión industrial; y por el otro, que, salvo por sus minorías blancas criollas europeizadas, nuestras poblaciones además de ser escasas eran inferiores, formadas por mestizos, mulatos, indios y negros, todos, unos más, otros menos, buenos para el trabajo pero refractarios al progreso o incapaces de asimilarlo. Ambas ideas eran compartidas por Sarmiento y Alberdi, pero este último, como vimos antes, había añadido que era inútil o constituía un proceso de siglos tratar de progresar partiendo de esa población inferior; y que era mejor, más barato y con resultados en cambio reales e inmediatos, estimular la inmigración europea como camino que era a un tiempo de poblamiento, de blanqueo, y capaz de hacer que nuestros países pudieran salir al fin de la barbarie e integrarse a la civilización.

---

<sup>27</sup> Sarmiento, *Facundo*, edición Austral, p. 225. Edición Ayacucho, p. 112.

Un aspecto central del planteamiento de ambos autores es lo tocante a la abundante tierra libre de que se dispone para esa colonización europea, porque la verdad es que la tierra libre no abundaba tanto en todos los países y que tampoco toda era tan libre. Porque Alberdi exageraba lo de la escasa población, algo que podía ser relativamente cierto en el caso de Argentina, país extenso y poco poblado donde abundaba para los blancos la tierra disponible (aunque sujeta desde Rivadavia a enfiteusis) sin necesidad de incluir todavía a la extensa Patagonia: Pero que no era eso lo que ocurría en países de menor extensión territorial, o incluso grandes, pero que contaban además con numerosas poblaciones indígenas, como México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia.

En esos y otros países había ciertamente tierras para ser colonizadas, pero también era cierto que la mayor parte de las tierras mejores estaba ya ocupada, ya fuese por comunidades indias a las que todavía no se había despojado de esas tierras, ya fuese por cultivadores libres, sin títulos de propiedad, que se mantenían en ellas trabajando, y que los terratenientes y hacendados, dueños y acaparadores de la mayor parte de las tierras, estaban ya tratando de sacarlos de éstas para convertirlos en peones en sus haciendas. O simplemente porque las querían tener como propias, ya que la posesión de tierras daba poder y prestigio aunque se mantuviera a buena parte de esas tierras sin darles ningún uso.

Había, pues, bastante tierra para colonizar, pero las mejores de esas tierras tenían ya poderosos dueños, porque el dominio de la plantación, de la hacienda, de la estancia, y el trabajo servil o semi-servil de los campesinos mestizos o indígenas reducidos a peones, era el sistema dominante en el agro de nuestros países. Además de la ocupada por haciendas, había tierra disponible para la colonización y para mejorar la agricultura, pero cuando los liberales asumieron el poder, se dedicaron a repartir baldíos que acapararon ellos mismos o comerciantes con dinero. El latifundio y el parasitismo crecieron; y las mejores tierras baldías cayeron en manos de una minoría parasitaria mientras se destruía la pequeña propiedad agraria libre y se sometía al indio, al mestizo, al campesino, al llanero y al gaucho y se los convertía en peones, o en rebeldes dispuestos a pelear por sus derechos.

Había baldíos, sí, aunque no siempre estaban bien situados. Quedaban lejos de los mercados y a veces de los puertos, y las vías de comunicación eran pocas y muy malas. Y esas tierras iban siendo apropiadas por terratenientes criollos para haciendas, para ganadería, para engorde, o para ganar prestigio social. Nuestras oligarquías repartieron tierras, pero no a los pobres sino a los ricos, y hubo escandalosos regalos de baldíos, como hicieron los liberales en Venezuela, en México y en Colombia. Y buena parte de las tierras comunes de los pueblos indios también terminó privatizada y los indios convertidos en peones. Porque la verdad es que se intentaba poblar en todos nuestros países, pero todos lo intentaron siempre a favor de inmigrantes blancos europeos y de minorías criollas ricas o poderosas, obteniendo similares resultados: desastrosos, y acompañados siempre de protestas y rebeliones campesinas.

En cuanto a lo que resulta de las políticas de población, que son al mismo tiempo de blanqueamiento con inmigración europea, el país que obtiene los mejores resultados es Argentina. Y los obtiene en la segunda mitad de ese siglo XIX. Es el país que estuvo más cerca del sueño del primer Alberdi. Argentina posee un clima bastante similar al de países europeos, algo que ayudó a atraer parte de una inmigración blanca que hasta entonces acudía sobre todo a Estados Unidos. En la segunda mitad del siglo XIX, Argentina recibe una cuota importante de inmigrantes europeos. Y luego de divisiones, de guerras civiles, de violencia cotidiana y rivalidades sucesivas, Argentina que, desde la independencia había estado dividida entre la ciudad de Buenos Aires por un lado y una Confederación argentina que reunía a las provincias del litoral y del interior por el otro, se convierte al fin en la República Argentina, una vez que Buenos Aires y la Confederación se unen. Y es con esa unificación y con la paz y estabilidad que eso produce, que Argentina empieza a atraer capitales europeos, sobre todo británicos, y a recibir inmigración europea blanca en suerte de oleadas migratorias.

A la oligarquía criolla no le satisface del todo esa inmigración porque la proporción de ingleses, alemanes y escandinavos es minoritaria y no totalmente dominante como esperaba, visto que la gran mayoría de los que acuden la forman italianos, portugueses y españoles junto con rusos, polacos, turcos y libaneses. Pero al menos

le satisface que todos sean blancos y casi todos europeos, aunque la aplastante mayoría de ellos eran poco educados o analfabetos, y de una pobreza realmente abismal. De esta manera, Argentina logró blanquearse y europeizarse bastante, mientras seguía matando y masacrando en la Patagonia a su población india. Y la oligarquía porteña comenzó a pensar que el país estaba por salir pronto de ese mundo pobre que luego fue llamado Tercer Mundo. Algo parecido en cuanto a flujo de inmigración, ocurrió con Uruguay, con el sur de Brasil y, en una escala mucho menor, también con Chile.

Otros países, por ser más tropicales o por tener una numerosa población india, mulata o negra, como Ecuador, Perú, Bolivia o Brasil, tuvieron menos éxito en atraer población blanca europea. Fueron muy pocos los inmigrantes que acudieron, y la mayor parte de ellos eran chinos o japoneses. Por supuesto, sus pueblos no consiguieron blanquearse, siguieron siendo mestizos. Fue también el caso de México, Guatemala, Honduras, Panamá, Venezuela, Colombia y Ecuador. Otros, aunque recibiendo inmigración europea, vieron incluso aumentar su población negra, como sucedió en Brasil, país de élite blanca o mestiza y de mayoría mulata o negra, en el que lo que se blanqueó y europeizó bien fue el sureste.

Y si en Argentina Sarmiento que, pese a su xenofobia, su racismo y su desprecio por indios y gauchos, siempre fue defensor de la educación, se convirtió en esos años en firme promotor de una educación primaria, popular y masiva, fue sobre todo porque, con el masivo flujo de inmigrantes, Argentina, como Uruguay, corría el riesgo de desnacionalizarse. En Buenos Aires, en la que se concentraba la mayor parte de esos inmigrantes, había a fines del siglo XIX tantos o más extranjeros que argentinos. Darles educación primaria elemental y educarlos como miembros de su nueva patria, era algo urgente y esencial. Y así se hizo. Él mismo había entendido en sus últimos años que la europeización tenía sus límites.

### *5.6.3. Poblar blanqueando requiere despoblar*

Pero poblar era al mismo tiempo despoblar; o si se prefiere, poblar despoblando. Esta política de poblar fue también política de despoblar.

Se persiguió, se sometió a los indios, se destruyeron sus comunidades. La conquista continuó. Dirigido ahora por los criollos, el nuevo genocidio se hizo política oficial de la racista clase dominante, y se proclamó en forma abierta la necesidad de hacer desaparecer mediante guerras de exterminio a las poblaciones indígenas que ocupaban vastos territorios que había que “blanquear” y repoblar. Y estas guerras racistas promovidas por las oligarquías criollas que hablaban de poblar, estuvieron dirigidas a someter, e incluso a exterminar, a poblaciones indígenas, no sólo en el llamado Cono Sur sino hasta en países mestizos como México, donde a lo largo de todo el siglo XIX hubo guerras indígenas en la frontera del norte y en Chiapas, donde tuvo lugar la terrible Guerra de Castas de Yucatán, la más grande de las rebeliones mayas, que se prolongó por más de medio siglo, entre 1847 y 1901. Y hubo asimismo desplazamientos forzosos de tribus y pueblos indígenas como los que hizo, también en México, el gobierno dictatorial de Porfirio Díaz.

Empero, los genocidios más terribles fueron el argentino y el chileno. No es de extrañar que así fuera. Era la continuación lógica de la política de Sarmiento y del primer Alberdi: *poblar, europeizar, blanquear, eliminar el obstáculo al progreso que es el indio. Imitar en esto a los admirados Estados Unidos*. En Chile esto fue la guerra contra el pueblo mapuche. En Argentina se trató de la llamada Guerra del Desierto. No había ese tal desierto en Argentina ni en Chile, que sí tiene en cambio un vasto desierto en el norte. En ambos casos se trataba de la Patagonia, tierra habitada por tribus indígenas: por mapuches o araucanos, tehuelches, patagones, onas, fueguinos. Y los “civilizadores”, los que los masacraron, fueron criollos como Bartolomé Mitre, Sarmiento, Nicolás Avellaneda y Julio Argentino Roca en Argentina, Presidentes sucesivos del país; y como Cornelio Saavedra, militar, y Benjamín Vicuña Mackenna, político, escritor e intelectual en Chile, todos ellos fieles adoradores de la blancura europea, todos despreciadores de gauchos, rotos, indios y mestizos, todos genocidas de pueblos indios, asesinos de sus propios pueblos a los que no consideraban como tales. No voy a recordar por supuesto en detalle estas guerras genocidas. Lo haré en forma sucinta porque sólo quiero examinar la ideología, el discurso racista y “civilizador” que las movió, el servilismo ante los valores europeos, el desprecio profundo

contra lo propio americano, contra el pueblo, contra el pobre, contra el campesino; y el odio y desprecio contra el indio (y contra el negro).

#### *5.6.4. Poblar despoblando exige masacrar al indio, al inferior*

Esto de “limpiar” territorios de indios para que los ocupen los inmigrantes blancos o incluso los propios criollos, es algo que se realiza en diversos países de esta América nuestra teniendo como argumentos justificadores la idea de la inferioridad del indio y la bandera del progreso, de modo que muchos de esos casos podrían servir de ejemplos. La temprana Guatemala del liberal Mariano Gálvez, de la que hablaré luego, podría ser uno de ellos. Al inicio de la década de los treinta del siglo XIX, Gálvez despojó a los indios guatemaltecos de sus tierras para regalárselas prácticamente a ricos empresarios europeos y a colonos blancos que debían venir a blanquear y a civilizar el país. Otro caso, también temprano, podría ser el de Uruguay, en el que la oligarquía criolla que encabezó la tardía independencia, se ocupó directamente de llevar a cabo el exterminio de los indígenas charrúas, considerados por ella como irreductibles obstáculos al progreso del país. Y fue el propio Fructuoso Rivera, general y primer presidente del país, el que en 1831 encabezó en persona esa matanza en la emboscada de Sal-sipuedes, teniendo como mano derecha en ella a su sobrino Bernabé Rivera, feroz masacrador de indios. Ambos ejemplos tienen significación por lo tempranos. Pero me parece indiscutible que la mejor manera de examinar el tema es hacer, así sea una corta síntesis, del atroz genocidio indio cometido por la oligarquía criolla en Argentina y Chile, ya que es el que está más directamente basado en la ideología del progreso proclamada a voces por Alberdi y por Sarmiento. Y ese genocidio, que no se oculta tras ninguna hipocresía, tiene como objetivo conquistar la Patagonia, para lo cual el exterminio de los mapuches resulta inevitable; y se asume como tal, aunque sí se encubre la matanza bajo el absurdo y torpe nombre de “conquista del desierto”.

En Argentina el proceso de conquista de este curioso desierto que es una extensa pradera poblada por numerosas tribus indígenas, se inicia desde temprano, en las décadas siguientes a la independencia. Los estancieros criollos convertidos en saladeristas necesitan



nuevas tierras y para ocuparlas deben enfrentar a las poblaciones de indios que en ellas viven, los cuales están en capacidad de defenderlas y de oponerse a esa ocupación. Los que inician el ataque a los mapuches son los gobernantes de Buenos Aires, como Martín Rodríguez, y luego el propio Rosas que, sin embargo, logra mantener buenas relaciones con varios caciques de esos indios tras llegar a acuerdos que resultaban satisfactorios para unos y otros: caciques y criollos.

Pero a medida que, con el aumento de la exportación argentina de tasajo, cueros y sebo de ganado, aumentan los saladeros y crece la necesidad de nuevas tierras, aumenta también la urgencia de desalojar a los indios de ellas. Y es así que se emprende en la década de los sesenta del siglo XIX la mal llamada Conquista del Desierto, una vez lograda la unidad del país, al unirse el puerto de Buenos Aires y la Confederación formada por las provincias del litoral y del interior para constituir al fin la República argentina. El territorio de la Patagonia está habitado por tribus indias como los araucanos o mapuches, que habían enfrentado con éxito a los españoles de la conquista y logrado establecer con ellos una frontera respetada, quedando desde entonces casi toda la Patagonia chilena y argentina como libre territorio mapuche. La extensa frontera de la Patagonia entre Argentina y Chile era flexible, y los mapuches la cruzaban con facilidad. Así Calfucurá, el gran líder mapuche, que enfrenta a los criollos argentinos, había venido del lado chileno, igual que muchos otros pobladores y caciques mapuches. La población mapuche había crecido y sus costumbres habían cambiado. Ya no eran nómadas que vivían de la caza y de una pobre agricultura. No se les podía seguir llamando salvajes. Tenían núcleos poblados grandes, aunque móviles, eran comerciantes de alimentos, de telas y sobre todo criadores de caballos y extraordinarios jinetes. La frontera mapuche con la Argentina era también flexible y se cruzaba con facilidad de ambos lados, pero la expansión de colonos y aventureros criollos había empezado a incrementar la necesidad creciente de tierras por los criollos y de defensa de las mismas por los mapuches.

Había, pues, dos problemas grandes que anunciaban un clima de guerra. Los indios rechazaban la ocupación de sus tierras y atacaban los nuevos pueblos fundados por los criollos mediante sorpresivas operaciones militares llamadas *malones*, en las que destruían

esos pueblos y raptaban mujeres blancas. Como señala José Bengoa, al que sigo en todo esto, los mapuches no querían en su territorio ni pueblos criollos, porque eran una forma de ocupación, ni tampoco que, con el bautismo cristiano, que algunos aceptaban, también les impusieran la monogamia, porque eso atacaba su cultura. Ellos necesitaban mujeres y por eso las raptaban en los *malones*. Era esa frontera la que querían quebrar los criollos argentinos y chilenos<sup>28</sup>.

Roca fue el principal asesino y masacrador de los mapuches, pero Sarmiento no sólo hizo lo mismo, sino que como intelectual que era, dejó sus numerosas opiniones por escrito. Aprovecho para citar algunas frases suyas.

Su opinión y sus proyectos de exterminio sobre el indio americano:

*“¿Lograremos exterminar a los indios? Por los salvajes de América siento una invencible repugnancia sin poderlo remediar. Esa canalla no son más que unos indios asquerosos a quienes mandaría colgar ahora si reapareciesen. Lautaro y Caupolicán son unos indios piojosos, porque así son todos. Incapaces de progreso, su exterminio es providencial y útil, sublime y grande. Se los debe exterminar sin ni siquiera perdonar al pequeño, que tiene ya el odio instintivo al hombre civilizado”*<sup>29</sup>.

Su opinión sobre el gaucho, en carta a Mitre:

*“Se nos habla de gauchos... La lucha ha dado cuenta de ellos, de toda esa chusma de haraganes. No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre de esta chusma criolla incivil, bárbara y ruda, es lo único que tienen de seres humanos”*<sup>30</sup>.

<sup>28</sup> José Bengoa. *Historia del pueblo mapuche*. Ediciones Sur. Santiago de Chile, quinta edición, 1996. Es un valioso y notable trabajo. En una obra más reciente, *Mapuche, colonos y el Estado nacional*. Catalonia. Santiago, Chile, 2017, más de acuerdo con estos nuevos tiempos, Bengoa matiza y suaviza en gran medida esa lectura anterior. Pero lo que no puede ocultarse ni matizarse es que la matanza de mapuches continúa, aunque no masiva y siempre solapada. En Chile no cesa, y lo mismo ha ocurrido en Argentina bajo el reciente gobierno de Macri.

<sup>29</sup> Sarmiento, *El Nacional*, Buenos Aires, 25/11/1876.

<sup>30</sup> Sarmiento, en carta a Mitre del 20 de septiembre de 1861.

Su idea de pueblo:

*“Cuando decimos pueblo, entendemos los notables, activos, inteligentes: clase gobernante. Somos gentes decentes. Patricios a cuya clase pertenecemos nosotros, pues, no ha de verse en nuestro congreso ni gauchos, ni negros, ni pobres. Somos la gente decente, es decir, patriota”*<sup>31</sup>.

En Chile el militar que tuvo a su cargo llevar a cabo esta masacre de indios fue Cornelio Saavedra (no confundirlo con el prócer argentino de la Independencia), pero los peores genocidas fueron algunos de sus subordinados directos como los coroneles Pedro Godoy y José Manuel Pinto, asesinos que ordenaron y comandaron en persona las peores matanzas, dirigidas abiertamente al exterminio de toda la población mapuche. Y autora intelectual de ese genocidio fue toda la clase dominante criolla, aunque con excepciones, porque hubo franca oposición y denuncia de cierta prensa, escandalizada por los crímenes, y rechazo y condena de los misioneros franciscanos que siempre se opusieron a ese desborde de violencia.

Y es de señalar que en Chile la manipulación del araucano o mapuche se expresó en forma hipócrita mediante la idealización del araucano del pasado, el cantado por Ercilla, es decir, el araucano muerto, como Lautaro, Caupolicán o Galvarino, mientras se proclamaba y promovía por todos los medios odio y desprecio por el araucano del presente, el araucano vivo, el mapuche, al cual había que descalificar y demonizar para poder atacarlo a fin de robarle la tierra y de matarlo sin cargos de conciencia, todo ello en nombre de la ideología del progreso que esa élite racista defendía y compartía.

Me limito a citar algunos discursos oligarcas que sirvieron para justificar la masacre del pueblo mapuche que la oligarquía chilena llevó a cabo en la década de 1860.

*El Mercurio*, el 25 de junio de 1859 decía en un editorial que en Chile había dos países, uno de hombres pacíficos e industrioses,

---

<sup>31</sup> Sarmiento, cuyos rasgos negroides se acentuaban con la vejez, en un discurso pronunciado en 1866. La verdad es que no deja de asombrar el ingenuo servilismo con el que adoran a Inglaterra y el brutal odio y desprecio con el que tratan al pueblo: al gaucho, al pobre, al indio, al negro.

el otro de fieras que habitaban un bosque en el que sólo cabían la ferocidad y el salvajismo. Decía así que era:

*“la lucha entre civilización y barbarie. La sociedad urbana chilena es la civilización, los mapuches encarnan la barbarie. Se trata de una lucha entre el Bien y el Mal, entre la Virtud y el Vicio, entre el Saber y la Ignorancia. Si Chile quiere insertarse en la historia universal asumiendo el camino hacia el progreso tiene que destruir al mapuche.”*

El mismo inefable *Mercurio*, en otro editorial, el 5 de julio de 1859 había dicho:

*“Los mapuches deben ser exterminados y esas tierras que ocupan y desperdician tienen que ser pobladas con inmigrantes europeos. A los indios hay que darles una lección bien merecida y hacerles sentir la superioridad de la raza blanca.”*

Como puede apreciarse, la influencia de John Locke en el pensamiento racista y masacrador de indios dominante entre las oligarquías “progresistas” y “civilizadoras” de la América Latina del siglo XIX es mucho mayor de lo que se sabe o de lo que se reconoce. Por su parte, en el importante debate parlamentario sostenido en el Congreso chileno en 1868, el conocido político y escritor chileno Benjamín Vicuña Mackenna dijo en una secuencia de cuatro discursos:

*“La historia ha demostrado que el indio no es sino un bruto indomable, enemigo de la civilización, porque sólo adora los vicios en que vive sumergido: la ociosidad, la embriaguez, la mentira, la traición y todo ese conjunto de abominaciones que constituyen la vida salvaje. . . Es pues asunto de honra y dignidad dar pronta solución a ese problema, colocando a todo nuestro territorio, incluida la Araucanía, en la ruta del progreso. Mientras Chile crece, la Araucanía empequeñece en territorio y población, como expresión del asombroso decaimiento de la raza araucana.”*

Y concluyó su intervención en el tercero de estos discursos diciendo:

*“Basta ya de timideces, aquí hay que llamar las cosas por su nombre, y la única palabra que cabe es conquista. Con esa raza pérfida, mentirosa y traidora no caben pactos. El rostro aplastado, signo de la barbarie y ferocidad del auca, denuncia la verdadera capacidad de una raza que no forma parte del pueblo chileno”<sup>32</sup>.*

El año siguiente, 1869, se inició la guerra de exterminio del pueblo mapuche en el sur de Chile, masacre espantosa que ya estaba en marcha desde antes en Argentina con igual o peor brutalidad. Ambas masacres, fundidas en una sola, tuvieron como escenario la Patagonia que ambos países querían ocupar, y como víctima al pueblo mapuche que la habitaba, y constituyeron un verdadero genocidio, declarado y proclamado apoyándose en la hipócrita y acomodaticia bandera del progreso.

Así triunfó el progreso, la civilización, una vez más sobre los cadáveres ensangrentados de miles de hombres, de mujeres, de ancianos y niños, para robarles sus tierras, para mostrarles la superioridad de la raza blanca, de una raza blanca chilena que ni siquiera era del todo blanca sino en muchos casos mestiza. Todo para mostrarle a los mapuches la superioridad de unos europeos que no eran europeos sino criollos americanos europeizados. Así se cumplía el programa racista y colonial de la llamada ideología del progreso: poblar blanqueando, poblar despoblando, poblar masacrando, es decir, blanqueando y “*desindianizando*”.

Esta fue en resumen la política poblacional del Programa del Progreso expuesto por los voceros de esta élite criolla racista y genocida, tanto en Argentina como en Chile. La misma que antes se creía europea y ahora se siente estadounidense; y que lo sigue haciendo. Sin olvidar, aunque no puedo detenerme en ello, que esa ideología del progreso, para empeorar y hacerse todavía más colonial y más racista, en las décadas finales del siglo, se nutre además de pensamiento positivista combinado

---

<sup>32</sup> Los textos los tomo del notable ensayo de Jorge Pinto Rodríguez titulado “Del antiindigenismo al proindigenismo en Chile en el siglo XIX”, incluido en el libro coordinado por Leticia Reina, *La reindianización de América, siglo XIX*. Siglo XXI, México, 1997, pp. 137-157. Los fragmentos de los cuatro discursos de Vicuña Mackenna, pronunciados en agosto de 1868, se leen en pp. 147-149.

con un evolucionismo spenceriano que proclama entre los humanos la supervivencia del más apto, que no es otro sino el blanco. Aunque también es necesario precisar que eso sólo ocurre en algunos casos porque el positivismo varía mucho de un país a otro de América Latina y que si bien en algunos casos se muestra lo que aquí digo, en otros muchos el positivismo no se nutre de ese evolucionismo spenceriano que profundiza el racismo sino que se mantiene centrado en su “cientificismo”, en sus posiciones políticas de derecha moderada (“Orden y Progreso”) y también, como sucede en los casos de México y Venezuela, apoyando dictaduras científicas o “cesarismos democráticos”.

Es sobre todo en casos tardíos, también del siglo XX, que el positivismo muestra esa visión racista cargada de pesimismo, en la que un pueblo como el boliviano es descrito como pueblo enfermo carente de esperanza de acceder a la modernidad por ser producto del cruce racial de indios inferiores con españoles que, comparados con otros pueblos europeos no lo eran menos. *Pueblo enfermo*, del boliviano Alcides Arguedas, es el mejor ejemplo de ello, aunque habría que distinguir en cierta medida este racista y pesimista estudio sociológico de su novela *Raza de bronce*, que describe la explotación y humillaciones a que la clase dominante criolla mantiene sometido al pueblo indígena y la causa de la forma brutal en que éste se rebela.

## 5.7. Reacciones contra el liberalismo y su “progreso”

Las ideologías librecambistas y las políticas que engendran se mantienen en nuestros países a todo lo largo de esa centuria recolonizadora que es el siglo XIX, promovidas y aceptadas por nuestras recolonizadas oligarquías criollas. Pero hubo también oposición a ellas. De modo que es necesario señalar y destacar también eso: que su aplicación servil y dogmática y el serio daño que le producían a grupos sociales interesados en la producción interna generaron resistencias; que éstas cobraron cierto peso, sobre todo en algunos países; y que en ellos esa oposición fue compartida por sectores que podríamos llamar patrióticos de las propias clases dominantes, los cuales, identificados con ellas, llegaron incluso a controlar por ciertos períodos el poder político y a aplicar políticas proteccionistas en defensa de

ese crecimiento interno y en contra del dominio imperial del liberalismo y el libre mercado. Esto, que es importante y menos conocido, merece ser examinado con mayor detalle.

### *5.7.1. Liberalismo, proteccionismo y proyecto industrializador*

Primero quiero destacar la abierta oposición al liberalismo económico dominante mediante la puesta en práctica de políticas proteccionistas con rasgos industrializadores. Aunque esa oposición al dominio del librecambio la mayor parte de las veces no pasa del reclamo que hacen grupos económicos afectados por esa política o del mero debate que no se concreta, en algunos contados casos y países logra empero expresarse desde el poder, aunque siempre desde posiciones conservadoras, pues los liberales suelen ser en este terreno irreductibles.

Los principales intentos industrializadores que enfrentaron desde el poder el dominio del liberalismo y de su libre mercado tuvieron lugar en México y en Argentina, siendo este último el más exitoso. Y en ambos casos, por situaciones o contextos propios de cada país, alcanzaron el poder y pudieron ponerse en marcha en las décadas de los 30 y 40 del siglo XIX. En Nueva Granada se produjo también en esos años un intento similar, bastante comparable con el mexicano, pero de menor alcance. En Venezuela, en cambio, dado que el peso del liberalismo económico, compartido por conservadores y liberales, era total, lo único que llegó a producirse, también en esas décadas, fue la expresión de ocasionales opiniones y propuestas, ligeras y superficiales, de líderes y ministros de una u otra militancia política, que no pasaron de ese plano. En lo que sigue, intentaré mostrar lo que aportó y logró cada uno de esos procesos.

## MÉXICO

El primero de esos intentos de aplicación de una política gubernamental proteccionista es el de México. Y antes de entrar a comentarlo me permitiré hacer una corta digresión para situarlo en su contexto y para sacar de ello algunas reflexiones. Porque es de notar que los proteccionistas mexicanos de esas décadas, a los que también se

llamaba mercantilistas, eran los mejor informados del continente. Lo eran porque en sus discusiones hacían frecuentes referencias al llamado “sistema americano” que era la política proteccionista aplicada por Estados Unidos para impulsar su crecimiento económico (y en este caso, en ese país dividido cada vez más de hecho entre Norte y Sur, era claro que se trataba del Norte, justamente la región manufacturera y comercial del país, la interesada en industrializarse, porque el Sur, plantador y exportador de algodón, prefería por supuesto el libre cambio).

Además de ello, no es descartable que esos proteccionistas mexicanos, que solían citar a Hamilton, y a los economistas estadounidenses Matthew y Henry Charles Carey, padre e hijo, hayan conocido también los primeros estudios e informes del alemán Friedrich List, el gran teórico del proteccionismo, quien, por cierto, vivía entonces exiliado en Estados Unidos y que a partir de su experiencia en ese país y de esos primeros estudios, preparaba su gran obra, que décadas más tarde, ya muerto él, incidió poderosamente en el logro de la unidad económica alemana y en su consiguiente acelerada industrialización.

Se trata del libro *Sistema Nacional de Economía Política*, publicado en 1841, obra importante y valiosa, que las historias de la economía, todas dominadas por el pensamiento clásico y por la defensa del librecambio y del libre mercado, suelen ignorar, o apenas mencionar de paso.

Esa obra resultó algo tardía para que la conocieran otros políticos y economistas de nuestros países, que en esos mismos años treinta buscaban defender políticas proteccionistas. Pero al menos las informaciones sobre la política económica interna que Estados Unidos ponía en marcha y los informes preliminares de List, que sí estaban a su alcance, habrían podido ayudarles a dar fuerza a sus argumentos teóricos, mostrándoles que una política proteccionista realmente sostenible debía trascender la mera adopción de tarifas aduaneras acomodaticias y circunstanciales, porque era necesario darle carácter permanente al arancel acompañándolo de un serio programa industrializador que implicase importantes cambios estructurales: políticos, económicos y sociales en apoyo de la industria, pues sin lograrlos, cualquier proyecto proteccionista, enfrentado al absoluto predominio de las políticas liberales que entonces imperaban, estaba condenado al más rotundo de los fracasos.



Y habría que añadir a esto, aunque sea como mera especulación, que, en un continente como el nuestro, que ha imitado servilmente a los Estados Unidos en todo lo que nos perjudica y nos somete a su dominio neocolonial, se omitiera en cambio imitarlos en la política económica interna que ponían en marcha en esas décadas tempranas del siglo XIX. Porque mientras nuestros países, entonces imitadores serviles de Europa, se sometían a unas políticas liberales y de libre mercado que de viejas colonias mercantilistas nos convertían en nuevas colonias liberales, los Estados Unidos, decididos a mantener su soberanía económica y a desarrollarse como potencia industrial, rechazaban el liberalismo económico que se imponía y promocionaba desde Europa y escogían el proteccionismo económico, basado en un arancel permanente y una política industrializadora para poder escapar del mundo colonial del que procedían y transformarse ellos también, igual que Europa, en una potencia industrial capaz de competir con ésta, con sus potencias industriales, de mantener su libertad económica y su soberanía y de prepararse para, aprovechando nuestra debilidad, imponernos desde el fin de ese siglo, su dominio<sup>33</sup>.

La polémica sobre librecambio y proteccionismo arranca en México a partir de 1830 al asumir los conservadores el poder y ser nombrado Ministro de Hacienda el historiador y político Lucas Alamán. La situación política del país es inestable y conflictiva, la economía está en crisis, el liberalismo impera, el flujo de productos ingleses sigue arruinando las débiles y artesanales industrias textiles,

---

<sup>33</sup> De lo que aquí apunto no se infiere en absoluto la idea simplista de que bastaba con copiar a Estados Unidos en esto para que pudiéramos romper con el colonialismo y convertirnos en países industrializados saliendo del dominio colonial europeo y también del que Estados Unidos ya nos estaba preparando. Es claro que nuestra herencia colonial era mucho más poderosa que la estadounidense, que estaba más arraigada en nuestra atrasada clase dominante, rural y comercial, y que enfrentarla suponía llevar a cabo profundos cambios políticos y socioeconómicos de corte revolucionario que esas clases dominantes colonizadas no estaban en capacidad de hacer, sin olvidar que tampoco les interesaba hacerlos o intentarlos. Pero lo que resulta lamentable es que en medio de las tantas y variadas revoluciones que intentamos en ese dramático siglo XIX, revoluciones que fracasaron una tras otra, ni siquiera haya habido al menos una en la que se viera con claridad esta perspectiva y se intentara luchar por alcanzarla.

que no pueden competir con ellos. Alamán presenta un proyecto proteccionista pero que no se limita a proteger a los artesanos por medio de altos aranceles mientras México sigue atado a su agricultura tradicional y a su dependencia de la minería, que viene de la colonia.

Lo que Alamán se propone es impulsar el crecimiento y la modernización tecnológica de la artesanal industria mexicana para sacar así al país de su estancamiento. Conociendo la escasez de capitales que ahoga también a la economía del país, propone y hace aprobar por el Estado la creación de un *Banco estatal de Avío*, es decir, de financiamiento de proyectos industriales. El Estado le garantiza al Banco la quinta parte de lo que obtiene de derechos de importación de productos de algodón. El Banco podría así prestar dinero al 5% de interés a industriales que presentasen proyectos de producción que la Junta directiva, presidida por Alamán, estimase satisfactorios.

Los líderes del liberalismo, como José María Luis Mora se oponen de inmediato a ese proyecto. Ellos quieren mantener a México como productor de materias primas agrícolas y mineras y sujeto al poder británico con el que Mora mantiene las mejores relaciones. Mora descalifica el plan de Alamán diciendo que procede de la colonia española, dada la visión positiva de ella bajo el progresismo borbónico que Alamán defiende, y que forzar a México a convertirse en país industrial es un total disparate. Otro que condena el *Banco de Avío* es el líder liberal Lorenzo de Zavala. Pero los empresarios, hasta entonces nada interesados en arriesgarse en planes industriales pues prefieren el comercio o la especulación, se sienten atraídos por el plan de Alamán; y los proyectos empresariales empiezan a cobrar forma apoyados por el Banco. Pero éste tiene limitaciones que comienzan a reducir los alcances de su acción. Y varias de esas limitaciones son imputables al conservatismo de Alamán.

El Banco, que al principio ha sido pensado sólo para desarrollar la industria textil, se diversifica empezando a recibir proyectos industriales sobre otras ramas industriales. Pero el aporte de capital por el Estado es lento. Alamán sabe que la Iglesia acumula casi dos tercios del capital existente en México y que lo usa para especular, pero para un conservador como él la Iglesia es intocable. La crisis, inestabilidad y conflictos políticos en que vive México añaden nuevas dificultades.

El fondo de todo es que la sociedad mexicana es una sociedad tradicional, escasa en capital, en vías de comunicación y carente de un mercado nacional. Es una sociedad atrasada que requiere de una serie de cambios sociales, de una reforma agraria, una acumulación de capitales y una liberación de mano de obra. Y ese proyecto industrializador conservador se estanca y termina fracasando. De todos modos, el *Banco de Avío*, que es clausurado en 1842, juega un papel de primer orden en ese notable ensayo de enfrentamiento a la dependencia colonial liberal.

Y habría al menos que añadir dos cosas importantes.

El proyecto de Alamán no se limita a la industria ligera, sino que se involucra en pasar de la tradicional minería productora y exportadora de hierro como materia prima a la instalación de herrerías y altos hornos para procesar el hierro. En eso Alamán, descendiente y miembro de una familia dueña de minas de hierro en Guanajuato, se esmera en promover ese proyecto. Pero este tropieza con inevitables escollos y al cabo termina detenido.

El otro asunto importante es el papel fundamental que en todo este proceso desempeña el industrial Esteban de Antuñano. Porque más que Alamán, el personaje central de esta lucha de México por la industrialización es Antuñano.

Ambos coinciden en esa lucha y la diferencia entre ellos es que Alamán actúa desde el poder, tomando decisiones, mientras Antuñano, que no tiene ese poder pero es un empresario defensor de la industrialización de México sólo puede proponer políticas industrializadoras defendiéndolas por medio de folletos que difunde; con propuestas al gobierno; y con su lucha para que la creación de industrias se imponga contra el liberalismo y contra la dependencia que éste crea manteniendo a México sujeto a la condición de país agrario y minero inundado de mercancías extranjeras y viviendo en una perpetua crisis.

Como ministro de varios gobiernos, Alamán es quien toma las decisiones. Él crea el *Banco de Avío*, una medida que Antuñano celebra como la decisión más importante que México ha tomado desde la Independencia. Dentro de su conservatismo, que parte de su defensa y simpatía por la colonia, sobre todo de la política económica de la Ilustración borbónica, Alamán se opone también al liberalismo y a esa nueva dependencia que quiere superar con la creación de industrias.

Antuñano, promotor de la industria textil, es el principal defensor temprano de la industrialización de México. Con la ayuda del *Banco de Avío* logra crear al fin en Puebla la primera empresa textil mexicana, empresa moderna y eficiente a la que bautiza como *Constancia Mexicana*. Y aunque no asume posiciones de militancia política, porque su lucha se centra en proponer medidas que sostengan y estimulen esa industrialización, no sólo textil sino en otras ramas productivas importantes, lo cierto es que Antuñano, que muere en 1847, en plena invasión estadounidense, puede ser considerado, como él mismo se hizo llamar, el primer *insurgente industrial* de México.

Así, el debate y la polémica sostenidos a lo largo de casi tres décadas en México entre los partidarios del libre intercambio comercial como destino económico de nuestros países y los que defendían el proteccionismo como único camino para escapar de la dependencia mediante un proceso de industrialización que nos sacara del atraso que arrastrábamos desde la colonia fue, pese a sus dudas y contradicciones, el más importante cuestionamiento que se hizo en esta América Latina del siglo XIX contra esa hegemonía colonizadora que ejercían el pensamiento liberal europeo y la ideología del progreso sobre nuestras serviles oligarquías criollas, atadas al dominio económico, político y cultural de Europa y más concretamente de Inglaterra.

## NUEVA GRANADA

También tiene importancia e interés el intento proteccionista que tuvo lugar en esos mismos años con fines similares en Nueva Granada, futura República de Colombia, apenas producida la disolución de la Gran Colombia bolivariana. Pese al tibio liberalismo de Santander, que asume en 1831 el poder, de vuelta del destierro, es el conservatismo el que se impone en el país; y es justamente en ese contexto conservador, dominado por la Iglesia, por los terratenientes y por la tradición cercana a la colonia, que el proteccionismo empieza a cobrar forma. La razón era que, en Colombia, desde la época colonial, existía una artesanía tradicional y una modesta manufactura que con sus alcances regionales cubrían gran parte de lo que sería entonces el mercado interno, y que se veían ahora amenazadas por el libre cambio y por la consiguiente invasión de productos ingleses contra los que a ambas les era imposibles competir.

Los líderes que siguen al tibio gobierno liberal de Santander se declaran defensores de ese proteccionismo. José Ignacio de Márquez, Ministro de Hacienda y más tarde presidente, en su *Memoria de Hacienda de 1831*, así lo muestra. Dice Márquez que, si bien el período colonial tiene incidencia en ese atraso, el responsable principal es la extensión ilimitada del comercio extranjero, que está destruyendo la producción textil nacional. Y el déficit sólo puede equilibrarse exportando el oro, lo que conduce a la ruina del país. Márquez admite que el librecambio es válido, pero sólo entre países productores que se benefician por igual de él, porque si se realiza entre países desiguales, uno rico y el otro pobre, éste termina arruinado.

Y Márquez concluye diciendo:

*“Si se quiere vivificar ese intercambio es indispensable poner trabas al comercio extranjero prohibiendo la introducción de géneros, frutos y efectos que se producen en el país y recargar con fuertes impuestos aquellos productos que sólo son de lujo y que crean necesidades ficticias”<sup>34</sup>.*

Márquez añade que no se trata sólo de tarifas, sino que hay que utilizarlas haciendo una política que fomente las artes y la agricultura aumentando así la demanda y la producción, mejorando fábricas y cultivo de materias primas y reduciendo la salida de oro. Aclara además que esa política y esas medidas son temporales y que desaparecerían al desarrollarse la industria nacional. De esa *Memoria* derivaron dos tarifas proteccionistas, una en 1834 y la otra en 1844.

Y eso no es todo, porque entre esas dos fechas se pone en marcha un proyecto de industrialización conservadora menor que el mexicano, pero que guarda cierta semejanza con él. El proyecto se basó en acordar privilegios oficiales a personas o grupos capitalistas para monopolizar ramas productivas usando tecnologías particulares, lo que dejaba espacio abierto a cierta competencia. Los beneficiarios fueron sobre todo hacendados cercanos al Estado, y se crearon modernas fábricas de loza, de porcelana, cristales, vidrio, papel, tejidos de algodón y paños de fieltro. Pero lo principal fue que el proyecto sirvió para crear herrerías y fundiciones modernas. De ellas la más

---

<sup>34</sup> Cf. Ospina Vázquez, op. cit., pp. 153-157.

importante fue la *Ferrería de Pacho*, situada en Cundinamarca, que llegó a tener un moderno alto horno de treinta pies de altura, capaz de producir 3.339 quintales de hierro de alta calidad. La *Ferrería de Pacho* sobrevivió forjando hierro a lo largo de todo el siglo en medio de numerosos problemas y sólo quebró en 1896. La otra Ferrería fue la de *Amagá*, en Antioquia, que fue menos importante.

Como en el caso de México, este proyecto industrializador colombiano, de corte conservador, fracasa porque tenía pocas posibilidades de prosperar. Y deja el paso a la puesta en práctica del librecomercio que imponen los liberales. Las escasas o nulas posibilidades de éxito de ese proyecto derivaban no sólo de que los promotores que lo asumían no eran empresarios sino hacendados que de paso eran políticos ligados al Estado, el cual por cierto no participaba en el proyecto y se limitaba sólo a autorizarlo. A ello se suma la clase de sociedad que lo promovía.

Se trataba de una sociedad rural de poco desarrollo urbano, de pobres vías de comunicación, tradicional, conservadora, esclavista, de hacendados, carente de recursos y de capitales, salvo los abundantes pero intocables de la Iglesia. En fin, de una sociedad urgida de reformas económicas y sociales capaces de generar un mercado interno, una acumulación de capital y una liberación de mano de obra, algo que no entraba como requisito en las mentes de esos terratenientes esclavistas. De todos modos, en la Colombia otra vez conservadora de 1880 habló de nuevo de proteccionismo el presidente Rafael Núñez, antiguo liberal reciclado como conservador, líder de la llamada *Regeneración*. Pero esto no pasó de ser una simple política arancelaria sin el menor intento de industrialización, porque lo que buscaba era mantener el apoyo de los artesanos que, arruinados por el liberalismo, eran ahora parte de su caudal electoral<sup>35</sup>.

## VENEZUELA

También en Venezuela, entre los años 1830 y 1856, líderes, y ministros de Interior o Hacienda, hablan a veces en discursos o *Memorias*

---

<sup>35</sup> Resumo aquí lo que escribí en mi libro *Reformas liberales y acumulación originaria en América Latina. Colombia y Venezuela en el siglo XIX*, pp. 259-260.

de proteccionismo y de tarifas protectoras, pero muy poco de industrialización. En el país el dominio del liberalismo económico es total sobre los conservadores, que gobiernan hasta 1846; y los liberales que los suceden, apenas tocan el tema proteccionista con pinzas. Antonio Leocadio Guzmán habla en varias ocasiones de proteccionismo y en alguna de ellas esboza un cierto proyecto de estímulo a la creación de industrias ligeras llegando hasta a señalar que el proteccionismo puede ser un recurso necesario para que países económicamente débiles puedan crear ciertas industrias. Pero estas son especulaciones de corte oportunista que a nada conducen. Lo mismo pasa con la *Memoria de Hacienda* del ministro liberal Jacinto Gutiérrez en 1856, en la que hace un rápido esbozo de ambos sistemas, el librecambista y el proteccionista. Pero de nuevo se trata de un examen teórico muy deficiente en que se reduce el proteccionismo al tema del arancel y se defiende el librecambio. En fin, que de lo que se habla es sólo de tarifas, algo que hacen también los conservadores porque siendo las aduanas la principal fuente de ingresos del Estado, lo único que se atreven a hacer unos y otros es aumentar un poco los aranceles de los productos que se importan para mejorar en algo esos ingresos.

#### ARGENTINA

El otro país latinoamericano que aplica en las décadas de los 30 y 40 del siglo XIX una política proteccionista para estimular el crecimiento de su producción interna, frenar la invasión librecambista de mercancías europeas que impide ese crecimiento, mejorar la difícil situación de las clases populares, defender su soberanía, y detener con firmeza el saqueo de sus riquezas, es Argentina. Esa experiencia, que se desarrolla durante el acosado gobierno de Juan Manuel de Rosas es, como dije, la más exitosa de todas. La derrota militar del régimen de Rosas en 1852 significó el fin de esa política patriótica y la vuelta del país al liberalismo económico y a la dependencia europea que a partir de esa fecha recuperan su dominio.

Pero esa lucha contra el liberalismo tenía antecedentes. En la Argentina del siglo XIX, dominada por la sujeción a la Gran Bretaña y por la apertura comercial y el libre cambio, hay al menos tres momentos en que el proteccionismo es propuesto y defendido, llegando

en uno de ellos, bajo el gobierno de Rosas, a convertirse por casi dos décadas en política oficial.

El libre cambio se impone en Argentina desde 1809, una vez que con respecto al comercio británico lo han aprobado en Europa España e Inglaterra, aliadas en su lucha contra Napoleón y que en Argentina lo acepta el todavía virrey español Cisneros. A que Cisneros lo acepte contribuye mucho el apoyo que tiene la famosa *Representación de los hacendados*, escrita por Mariano Moreno en respaldo a los intereses de éstos. El texto de Moreno es una defensa rigurosa, en buena medida incluso dogmática, del libre cambio; y en ella Moreno expresa una auténtica veneración por Inglaterra.

Representantes del comercio, la minería, pequeña industria, artesanía y la agricultura manifestaron sus temores ante la imposición del libre cambio y del dominio comercial inglés, que iba a aplastarlos o a hacerlos desaparecer, pero no se les hizo ningún caso. De entrada, Moreno los aplastó con argumentos que entonces parecían infalibles y cuando en la década siguiente era evidente que el dominio comercial inglés empezaba a aplastarlos con todo su peso real, tampoco se les hizo el menor caso. Eso, pese a que apenas unos años más tarde el Consulado en Buenos Aires demostró con poderosos argumentos y pruebas irrefutables que la plata escaseaba porque se la exportaba sin retorno, que la agricultura disminuía, y que la artesanía y la pequeña empresa iban desapareciendo mientras los comerciantes británicos, ya dueños del puerto de Buenos Aires, se enriquecían imponiendo sus mercaderías y en las provincias del litoral y sobre todo del interior aumentaban sin pausa la desocupación y la pobreza. Y en medio de la crisis interna del país y de divisiones y enfrentamientos violentos entre unitarios y federales, el liberalismo de los unitarios alcanza su plenitud en la tercera década del siglo con las desastrosas políticas de Rivadavia, sujetas por completo al interés de Gran Bretaña.

Pero poco después de Rivadavia llega Rosas al poder y el viraje político y económico que se produce en el país es total. Atacado y descalificado en vida por los unitarios como Alberdi y Sarmiento, Rosas ha sido desde entonces la *bête noire* de la derecha argentina, que adora a Europa (y a Estados Unidos), defiende el liberalismo y celebra a Rivadavia, mientras que a Rosas lo odia, lo califica de criminal



y dictador, y no le reconoce ningún mérito. Son los historiadores defensores de la causa popular, los críticos del colonialismo y del servilismo de la oligarquía argentina, los que han rescatado su figura. Y los historiadores más recientes, aun criticando su autoritarismo, (como si fuese algo excepcional, sobre todo en Argentina) hoy reconocen a Rosas como una figura patriótica y como un digno defensor de la soberanía de su patria.

No hay duda de que en el proteccionismo de Rosas tuvieron influencia los dos bloqueos de Buenos Aires que ocuparon los años claves de su gobierno. Pero también es claro que su política proteccionista comienza a aplicarse antes, desde su ascenso al poder porque ese era su proyecto. Como gobernante de Buenos Aires, Rosas defiende los intereses del puerto y su comercio y los de los hacendados y estancieros, pero como caudillo federal no olvida en ningún momento defender los de los pobladores y productores del litoral y del interior, los más golpeados por la política liberal que se ha aplicado hasta ese entonces.

El cuadro económico que encuentra es desastroso. El monopolio inglés producido por el liberalismo ha golpeado hasta a los hacendados que lo exigieron en 1809. La importación de bienes británicos casi duplica a la producción nacional y la diferencia se salda en metálico, en oro y plata, lo que arruina al país. La harina del interior ha sido desplazada por la que se importa de Estados Unidos y hasta los vinos de Cuyo y de Mendoza están amenazados. Rosas aprueba en 1835 una Ley de aduanas dirigida a proteger la industria y la producción nacional limitando y regulando las importaciones en función de ese objetivo. La Ley se mantiene hasta el fin de su gobierno. Al año siguiente expropia el *Banco Nacional*, que era manejado por los ingleses y dominaba las finanzas del país. Desconoce la *enfiteusis* y privatiza las tierras hipotecadas ofreciendo algunas ventajas a los pequeños propietarios. Y aprueba además medidas para estimular el comercio exterior promoviendo el desarrollo de la marina mercante para que ésta exporte, eludiendo el monopolio inglés, el sebo y los cueros que producen los estancieros. El objetivo claro de estas medidas es rescatar la producción nacional y limitar el poder de los intereses extranjeros para que el país pueda irse sacudiendo el dominio del poderoso capitalismo británico.

Pero entonces se producen los dos bloqueos europeos del puerto de Buenos Aires. El primero es el francés (1838-1840), y Francia exige por la fuerza de su marina militar que se le acuerden los derechos antes acordados a Inglaterra. Al final Rosas se los acuerda a cambio del cese del bloqueo y de que sea producto de la discusión y firma de un Tratado. El segundo, aún más agresivo (1845-1850), es el de la alianza entre Gran Bretaña y Francia, que quiere simplemente someter a la Argentina, porque ninguno de los dos poderosos países europeos soporta una Argentina soberana. Siendo Argentina el país débil acosado por dos poderosas potencias, Rosas mueve sus embajadores en el Viejo Mundo y logra ganar la batalla en los medios europeos y americanos. Pero el costo para Argentina en escasez y sacrificios es otra vez enorme. Y después de una demostración de fuerza militar que hacen en el Paraná, ambos países agresores se retiran, reconociendo el derecho de Argentina a navegar sus ríos.

La oligarquía liberal argentina ha estado siempre contra Rosas y apoya la invasión europea que intenta derrocarlo. No lo logra, pero una vez terminada, en el ambiente se perfila una guerra contra Brasil. Los brasileños compran a Urquiza, el segundo hombre del régimen rosista, y al frente de un ejército brasileño sumado a sus tropas argentinas traidoras a su patria, Urquiza gana la batalla de Caseros en febrero de 1852. Derrotado, Rosas se retira, y se exilia, y los liberales unitarios vuelven al poder a deshacer todos los logros de su gobierno, a restaurar el dominio del liberalismo y del libre comercio, celebrado por Sarmiento y por Mitre, y a reconstruir sobre bases más amplias y más sólidas la sujeción de Argentina al capital colonialista inglés.

Y, sin embargo, ya en pleno dominio del liberalismo, en medio de la profunda crisis económica de los años 70, vuelve a plantearse, esta vez en el parlamento argentino, una larga discusión acerca de la posible validez del proteccionismo como política nacional. En ese caso no se llega a nada durable, pero al menos se produce en el Congreso una discusión teórica al respecto.

Pero estos son sólo momentos de rebeldía que no tienen mucho apoyo porque parecen estar a contracorriente de los tiempos y del pensamiento dominante, el liberal, que se supone progresista, porque son obra de conservadores que no están en capacidad de promover las reformas sociales que darían sustento real a sus proyectos económicos

de enfrentar el liberalismo y que, salvo en el caso de Rosas, que sí lo intenta, no tienen el menor interés en hacer esas reformas. Los raros liberales que las apoyan e impulsan, al lado de conservadores que toman las decisiones, como es el caso de Antuñano en México, coincidiendo con Alamán, que sí tiene el poder de decidir, no pueden hacer gran cosa. Los liberales aún más escasos que, como pasa en Venezuela, llegan a percibir la validez de una política proteccionista para nuestros países, entienden también que no es nada fácil arriesgarse con proyectos de esa clase a los que todo el pensamiento liberal se opone, lo mismo que se opone a ellos la poderosa Inglaterra liberal que nos domina.

Por eso prefieren dejar las cosas como están y no van más allá de proponer tarifas defensivas, idea que por cierto los conservadores comparten y aplican, porque unos y otros saben que, aunque no son muy ortodoxas en un mercado abierto y libre como el que está en boga, esas tarifas son necesarias para satisfacer la permanente necesidad de recursos del Estado. Así pues, el libre mercado es la política que se aplica por todas partes y en verdad el liberalismo y la idea de progreso que lo sustenta no encuentran adversarios serios. Rosas fue la única excepción porque conservó férreamente el poder por algo más de dos décadas y tuvo éxito en su aplicación de políticas proteccionistas, pero nunca se planteó iniciar un proceso industrializador ni tampoco habría tenido muchas posibilidades de impulsarlo porque el cuadro sociopolítico y económico de la Argentina de entonces era similar o peor que los de México y Nueva Granada.

De todos modos, es importante no olvidar que en algunos casos y países se producen también, ahora en el plano político, reacciones conservadoras con apoyo de la Iglesia contra las privatizaciones liberales de tierras indígenas y los atropellos contra los pueblos de indios. El mejor ejemplo de esto se da en Guatemala. Ésta, una vez lograda al fin su independencia como integrante de la Centroamérica unida por la que ha luchado Morazán, es gobernada por los liberales. Y estos, que adoran a Europa, desprecian a indios y negros y buscan blanquear como sea el país atrayendo inmigrantes europeos, para ofrecerle tierras a éstos, expropián de sus tierras a las comunidades indígenas y se las regalan a esos europeos, que ni siquiera son inmigrantes corrientes, futuros agricultores, sino ricos empresarios

ingleses interesados en apropiarse de tierras extensas y bien situadas, igual que también de minas.

Con estas políticas elitescas y antipopulares, los liberales consiguen el total rechazo de las masas indígenas, que se niegan a aceptar ese atropello y buscan apoyo para luchar por sus derechos. Son cristianas, acuden a la Iglesia, que casi siempre las protege y sabe utilizarlas. La Iglesia, conservadora y opuesta al liberalismo, que es laico, las respalda en su lucha contra el presidente Mariano Gálvez, el liberal que ejecuta esa política<sup>36</sup>. Al rebelde pueblo indígena guatemalteco le hace falta un líder propio y la Iglesia se lo ofrece. Ese líder es Rafael Carrera, indio, educado por la Iglesia, hombre valiente, audaz y religioso. Conoce toda Guatemala, disfruta de apoyo entre las desposeídas masas indígenas y entre las gentes pobres, como los artesanos, que han sido arruinados por las políticas liberales de Gálvez. Carrera, sin dudar, se pone al frente de la rebelión, que estalla en 1838, derrota a los liberales venciendo además a Morazán (sus tropas victoriosas entran en la capital al grito de ¡*Viva la Virgen María!* ¡*Mueran los herejes extranjeros!*), separa de inmediato a Guatemala de la Federación Unida de Centroamérica y se convierte primero en jefe absoluto y luego en presidente del país<sup>37</sup>.

---

<sup>36</sup> Las políticas aplicadas por Mariano Gálvez en su gobierno muestran el mundo irreal en que vivía ese liberalismo imitador y servidor de Europa y de Estados Unidos: separó por ley la Iglesia del Estado, expulsó al arzobispo por conservador, suprimió los tributos que se pagaban a la Iglesia empezando por el diezmo, eliminó las fiestas religiosas, aprobó el matrimonio civil y legalizó el divorcio, ordenó crear escuelas laicas bajo el sistema lancasteriano, copió de Estados Unidos el juicio por jurados tratando de aplicar en el sistema de justicia los Códigos de Livingston sobre juicios, penas y formas de reclusión. Y además de todo ello despojó a las comunidades indias de sus tierras comunales para dárselas a empresarios ingleses que “venían a traer el progreso”. Todo esto mediante leyes sin consulta ni apoyo y en un país pobre y atrasado como era la Guatemala de comienzos de la década de 1830. Con el agravante además de una terrible epidemia de cólera que se difundió por el país matando a miles de pobres y de la que los conservadores y la Iglesia responsabilizaron al gobierno diciendo que los liberales habían envenenado los pozos ¿Qué podía resultar de esto sino un estallido popular y una rebelión conservadora apoyada por los conservadores y la Iglesia?

<sup>37</sup> Los liberales difundieron una imagen falsa de Carrera mostrándolo como un indio analfabeto, suerte de bestia ignorante y feroz, descalzo y semidesnudo

Carrera permanece tres décadas en el poder, y su largo gobierno, criticado por los liberales, escandalizados de que un indio ignorante los haya echado del poder, estabilizan el país porque sus políticas benefician a las mayorías indias: les devuelve sus tierras comunales, les brinda ayuda, favorece la producción agrícola y hasta construye escuelas y hospitales. Por supuesto Carrera cuenta con el apoyo conservador de la Iglesia, con ésta firma un concordato y le entrega el control de la educación. Carrera, que va dejando de ser un hombre inculto, afirma que la libertad de comercio sólo es válida entre países productores y que él aplica cierto proteccionismo económico en Guatemala para estimular la agricultura y las industrias del país a fin de que este pueda competir más adelante. Carrera muere envenenado en 1865.

Después de haber sido criticado por los liberales, su gobierno ha sido revisado en tiempos más recientes y visto a partir, no de la ciega defensa del progreso liberal, sino de un examen serio de sus políticas, que ha dado resultados más favorables. De todas formas, su gobierno no tuvo continuidad porque a poco los liberales volvieron al poder con Justo Rufino Barrios, quien restablece desde 1871 el liberalismo y lo aplica con más fuerza.

También están las críticas de intelectuales contra ese progreso que sólo beneficia a pocos, hay varios ejemplos en todos los países, incluida Venezuela, y trataré de dar una idea de ello.

Como ya dije, Alberdi revisa sus posiciones en los años cincuenta, descubre que la civilización no está en las ciudades y el atraso en el campo, sino que éste, y con ellos, gauchos y campesinos son los que constituyen el pueblo argentino y que no se puede construir un

---

sobre su cabalgadura, siempre con una lanza en ristre. Carrera no era analfabeto, pues había sido educado por la Iglesia, sabía leer y escribir, y su letra era impecable, como se aprecia al examinar sus cartas. No era por supuesto ningún intelectual, pero fue adquiriendo cierta cultura en sus años de poder, tenía don de mando, supo imponerse a los conservadores, que se vieron forzados a apoyarlo y a aceptar sus medidas en defensa de las masas indígenas. Y es que Carrera, que no era ningún tonto, se cuidó de responderle siempre a esas masas que lo habían llevado al poder. La oligarquía conservadora debió soportarlo por tres décadas, hasta que en 1865 murió envenenado de manera extraña.

país sin contar con ellos. Alberdi llega a decir que en las ciudades nuestras existe una barbarie educada que es mil veces más peligrosa para la civilización que la imputable a las tribus más salvajes de nuestro continente. Y denuncia las deudas y compromisos ruinosos para su país adquiridos por un personaje tan exquisito y civilizado como Rivadavia, producto de su ciega complacencia con empresarios ingleses. Eso lo va a enfrentar a Sarmiento, que sigue cada vez más aferrado a sus posiciones, a la defensa de su visión de la civilización centrada en las ciudades contra el agro atrasado y bárbaro y a su odio profundo contra gauchos e indios. (Por cierto, no contra los negros. Sarmiento es más tolerante con ellos. Y sólo les critica que hayan servido a Rosas. Y es probable que no los criticara mucho porque él mismo estaba consciente de que tenía rasgos negroides que, como es usual, se le acentuaban con la edad).

Otros intelectuales, tanto en la propia Argentina como en otros países, fueron más sensibles a la difícil realidad de sus patrias y a sus diversas causas. Por eso se muestran como críticos del dogmatismo propio de las tesis que la clase dominante, a la que por lo general ellos también pertenecen, defiende sobre el progreso y la civilización, y critican igualmente su admiración por el colonialismo que nos domina.

Los ejemplos podrían ser muchos. Cito sólo unos pocos. En Argentina José Hernández, poeta, intelectual y político, escribe en 1872 su extraordinario poema *Martín Fierro*, compuesto en un lenguaje popular de enorme calidad poética, en el que exalta al gaucho, describiendo su difícil vida y sus problemas, y que pronto se convierte en una de las grandes obras maestras de nuestra literatura latinoamericana. En el Perú, a fines de siglo, Clorinda Matto de Turner publica en 1888 *Aves sin nido*, modesta novela que describe la miseria en que vivían los indios peruanos, pero que tuvo mucha difusión y que es aceptada hoy como iniciadora de la literatura indigenista en nuestro continente latinoamericano. En México, Ignacio Manuel Altamirano, escritor y político liberal mexicano, escribe poemas y novelas en los que exalta la vida tradicional de los pueblos del país, e incluso escribe una dirigida a comprender y dar vida a la leyenda de *El Zarco*, uno de los tantos rebeldes bandoleros que tanto abundaban en ese siglo en México y de los que el más famoso es Heraclio Bernal,

cantado en numerosos corridos populares. En Venezuela, Daniel Mendoza crea, en *Un llanero en la capital*, al llanero *Palmarote*, ingenioso crítico popular de los supuestos logros de la ideología del progreso en el país. Y el merideño Tulio Febres Cordero publica en 1905 su novela *Don Quijote en América*, una ingeniosa crítica de los logros del liberalismo y del progreso en nuestro continente.

Y junto a esas críticas están las luchas de las verdaderas mayorías, de los pueblos, de los pobres, indios y negros que luchan por la libertad. Por esa libertad que la independencia les ofreció y no les dio. Que quieren tierras, trabajo digno, justicia, emancipación de verdad y verdadera igualdad. Examinar esas luchas y esas rebeliones sería demasiado largo y este ensayo tiene sus límites. De modo que, para completar el cuadro, sólo haré cortas referencias a las principales o más conocidas de esas rebeliones, que en este lado del continente son rebeliones de los pueblos indios y mestizos, porque desde mediados de ese siglo XIX la esclavitud fue abolida viendo que ya se moría. Y los negros, a partir de entonces libres, no luchan más como esclavos sino como hombres y mujeres negros del pueblo explotado, que siguen sometidos al dominio de la clase dominante y expuestos a seguir enfrentando un racismo que se hace algo menos agresivo pero que no muere. Algunas grandes rebeliones de esclavos negros tienen lugar en el Brasil, donde la esclavitud se mantiene hasta fines de siglo y el racismo sigue siendo brutal, pero salvo excepciones y cortas referencias, he dejado a Brasil fuera de este estudio.

Las principales y mayores rebeliones indígenas tienen lugar en México y llenan todo el siglo XIX. Hay una importante rebelión indígena en el istmo de Tehuantepec en 1827, hay varias rebeliones en los estados de Guerrero en 1842 y de Morelos entre 1848 y 1849, todas en defensa de las tierras comunales que los indígenas de ambos estados ven amenazadas por la ideología liberal y por las ambiciones territoriales de los gobiernos estatales. También hay rebeliones indígenas en Sierra Gorda en esos mismos años por motivos similares. En 1868 estalla en el estado de México la rebelión india encabezada por el líder Julio López y entre los chamulas de Chiapas surge un movimiento mesiánico rebelde poco más tarde, en 1869. Pero el más grande, importante y duradero de todos estos movimientos es el que ha pasado a la historia con el nombre de *Guerra de castas de Yucatán*,

que se inicia en 1847 y que en medio de diversos altibajos termina siendo aplastado por la dictadura de Porfirio Díaz en los primeros años del siglo XX. El examen de esta extraordinaria rebelión merecería un largo comentario que por razones de espacio no es posible hacer aquí. De todas formas, remito a varios textos que son parte de la bibliografía existente al respecto y hago mención de algunos de ellos en la Bibliografía de este ensayo.

Las otras rebeliones son menores. En Ecuador y Bolivia hubo algunas muestras. En Venezuela la gran rebelión popular y anti-esclavista de 1846, a la que se sumó Ezequiel Zamora, que contó con participación indígena y negra y que tuvo por líder a Francisco José Rangel, que era mestizo indio. En Perú, país de grandes masas indias, no se produjo ningún movimiento indígena realmente importante después de la gran rebelión de Tupac Amaru II y su esposa Micaela Bastidas en 1780, movimiento revolucionario que estremeció al país y que fue aplastado por las autoridades coloniales con el protagonismo abierto de la oligarquía criolla peruana. Y luego sólo tuvo lugar la ulterior rebelión del Cuzco en 1814, organizada por tres criollos, los hermanos Angulo, que en su inicio luchó sólo por el respeto a la Constitución liberal española de 1812 que el virrey Abascal se negaba a aplicar. Y lo curioso e interesante es que esa protesta criolla se convirtió en una gran rebelión indígena cuando los Angulo lograron que se incorporara a ella, asumiendo el mando de la misma, el viejo líder indio Pumacahua. Éste, poderoso cacique, pero hombre colonizado, había contribuido en 1780 a la derrota de la gran rebelión de Tupac Amaru, pero pese a ello conservaba un gran prestigio entre las tribus indígenas peruanas. Por su conducta, Pumacahua había sido honrado y premiado con cargos y poder por los españoles. Pero para 1814 se sentía humillado por éstos y por ello se sumó a la rebelión criolla de los Angulo, lo que convirtió a ésta en otra masiva rebelión indígena, aunque sin objetivos claros porque no se planteó la independencia, que era la tarea de entonces y mucho menos la lucha contra un liberalismo económico y una ideología del progreso que aún no existían como problema en nuestra América. La rebelión de los Angulo y Pumacahua fue sólo expresión del profundo rechazo de los indígenas a la explotación que sufrían. La rebelión se expandió, aterrorizó a criollos y españoles y como la de Tupac Amaru y Micaela Bastidas terminó aplastada brutal-



mente por la estrecha alianza del poder colonial español con la cobarde y domesticada aristocracia criolla peruana.

Como vemos, de esos reclamos y de ese descontento se generó una interminable sucesión de rebeliones populares, grandes o pequeñas, y de montoneras que se hacían llamar revoluciones. Las más cercanas a ser revoluciones o intentos revolucionarios fueron las rebeliones indígenas, entre otras razones porque se trataba de movimientos caracterizados por su homogeneidad, ya que eran protestas de pueblos o tribus explotadas entre las cuales las diferencias sociales no eran grandes, pero también porque el odio y el desprecio (y a menudo el miedo) que los oligarcas criollos que los enfrentaban les dispensaban a todos, los unía, y porque sus líderes eran siempre o casi siempre líderes indios reconocidos y aceptados de sus propias tribus y a los que el pueblo rebelde respetaba y conocía. En cambio, en las protestas y rebeliones populares que se producen en los países mestizos como Venezuela o Nueva Granada, el panorama es diferente. Los pueblos o grupos que protestan son por lo general bastante heterogéneos y hasta de colores diversos y en la casi totalidad de los casos sus líderes son de otra clase o de otra procedencia: militares rebeldes no siempre seguros, o bien terratenientes descontentos todavía menos confiables. Unos y otros podían traicionar, y muchos fueron los que traicionaron, aunque los hubo que eran verdaderos revolucionarios, que se mantuvieron firmes y que incluso fueron en esos casos los otros, los traidores los que los descartaron o mataron a ellos.

Lo que suele ocurrir con las protestas populares de esa segunda mitad del siglo XIX es que sean promovidas o controladas en beneficio propio por caudillos locales o por terratenientes descontentos, que sólo piensan en sus intereses mientras arman y arrastran a sus peones a las luchas disfrazándolas de revoluciones que por lo general si triunfan generan nuevas traiciones al pueblo. Y en los casos, también numerosos, en que se trata de verdaderas rebeliones populares y en que sus propuestas arrastran a las masas descontentas de pobres, indios y negros rebeldes, lo más frecuente es que fracasen, porque la represión contra ellas es terrible, o porque luego del triunfo logrado con grandes sacrificios, sus líderes, confusos, indecisos o venales, traicionan a las masas del pueblo que han luchado por obtener la victoria, mientras ellos se incorporan a los grupos dominantes

vendiendo y matando a los verdaderos líderes populares, a aquéllos que no traicionan ni quieren traicionar. En la Revolución federal que sacude a Venezuela en la primera mitad de los años sesenta del siglo XIX, Ezequiel Zamora, luchador de siempre, general del pueblo, revolucionario insobornable, es un ejemplo glorioso de estos últimos líderes. Y su extraña muerte fue un hecho más que sospechoso.

Sin embargo, a pesar de tantos fracasos y traiciones, los pueblos no se cansan: siguen luchando y dejando huella, y es de destacar que, en esas luchas, igual que ocurriera en las luchas anteriores por la independencia, *participan, tienen papel destacado, y también claro protagonismo las mujeres*. Mujeres del pueblo, siempre rebeldes, combativas y valientes, que luchan por sus derechos al lado de los hombres y a las que a menudo les dificulta actuar o incluso les cierra el paso el machismo que impera no sólo entre las clases dominantes sino entre los propios pueblos explotados. No obstante, siguen también luchando y continúan abriendo paso con su constante esfuerzo y su diario sacrificio, a nuevos tiempos, a tiempos más esperanzadores.

Pero todavía tardarían esos tiempos, porque estaba por venir el dominio de la nueva tenaza que se había estado anunciando a lo largo de todo ese siglo XIX que estaba ya por concluir: la tenaza imperial estadounidense.

## PARTE VI

### EL SIGLO XX. EL COLONIALISMO SIGUE, SE PROFUNDIZA Y SE RENUEVA BAJO LA TENAZA IMPERIAL ESTADOUNIDENSE

La tenaza estadounidense es la que nos domina a lo largo de todo el siglo XX y nos sigue dominando hoy. Estados Unidos es desde entonces la nueva potencia colonial, la peor de todas, la más poderosa, criminal, explotadora, violenta e invasora, pero también la más hábil, hipócrita y mentirosa. El Imperio estadounidense es el principal enemigo de esta América nuestra, a la que en sus ocasionales momentos de sinceridad califica de patio trasero y a la que permanentemente engaña o intenta engañar con un lenguaje hipócrita, tan meloso como falso de país amigo, casi de hermano (mayor, por supuesto) que lucha sólo por la democracia y la libertad y al que para nada le interesan nuestras riquezas petroleras o mineras y mucho menos explotarnos. Y en cuanto a la forma en que ha logrado imponer su dominio imperial y neocolonizador sobre nuestros países es necesario exponer varias cosas que nos ayuden a entender ese dominio y las poderosas fuerzas económicas, políticas, militares, mediáticas y culturales (en gran medida religiosas) en que se fundamenta ese dominio. Por ello una corta síntesis del proceso que lleva a Estados Unidos a pasar de antigua colonia a nueva y poderosa potencia imperialista, algo que diferimos de la primera parte, creo que ahora resulta necesaria para ayudarnos a entender ese proceso.

Los estadounidenses que, movidos por su prepotencia y su soberbia exclusivista, se hacen llamar americanos como si los otros no lo fuéramos, o tuviéramos que explicar siempre qué clase de americanos de segunda clase somos, son parte física, geográfica e histórica de este continente nuestro al que ellos tratan como patio trasero y como dominio colonial. Eso confirma el viejo y sabio dicho español de que *no hay peor cuña que la del mismo palo*. Eso viene justamente al caso porque ellos, los Estados Unidos, cuando desde fines del siglo XIX se muestran como ambiciosa potencia colonial que empieza

también a intentar dominarnos, no eran unos invasores o conquistadores recién llegados de otro continente, como lo habían sido los españoles que llegaron perdidos y por casualidad a las Antillas en 1492. No, desde el siglo XVII ellos estaban también aquí como colonos en el norte de éste nuestro continente.

A lo largo de ese siglo se habían ido instalando en una estrecha franja costera del norte de América como un trasplante de colonos de la Europa nórdica. Eran racistas, supremacistas blancos, casi todos protestantes. Habían llegado a este continente desplegando sus prejuicios calvinistas, dispuestos a mantener a cualquier precio su blancura, convencidos de que ella les daba superioridad racial. Decididos estaban a no mezclarse con nadie. Y menos aún a hacerlo con indios o con negros, aquellos considerados como nativos inferiores y éstos como viles y despreciables esclavos importados por ellos para servirles. Dispuestos estaban a expulsar de sus tierras a esos pueblos indígenas que las ocupaban, exterminándolos si se resistían; y a expandirse sin descanso por los territorios vecinos, no importando para nada si éstos tenían dueños, hasta alcanzar el borroso y lejano límite marcado por el horizonte, el límite que para entonces decían que les había fijado la Providencia por ser ellos su nuevo pueblo elegido.

De modo que en esos mismos siglos los futuros estadounidenses eran colonia europea como nosotros. Fueron también una colonia, en su caso inglesa y no española, pero una colonia diferente y más tardía. Tener una idea de esa colonia, esos colonos y sus diferencias con la España que nos dominó a nosotros es necesario para poder entender el punto de partida de su independencia y ulterior evolución, la que les permitió al cabo de poco más de un siglo desplazar a Europa de esta América e imponernos a nosotros, los que no supimos qué hacer con nuestra independencia, su dominio, definido ya como imperial.

Las trece colonias que al independizarse de Gran Bretaña formaron los Estados Unidos, fueron colonias peculiares y también fue peculiar su proceso independentista, sobre todo si comparamos ese proceso con el que nuestros futuros países vivieron bajo el dominio español. En los siglos XVII y XVIII, Inglaterra es una potencia aún pequeña pero que, con el inicio de un sostenido proceso de acumulación originaria de capital basado en la esclavitud, la trata, la explotación colonial

y el comercio con América, va ya cobrando rasgos capitalistas que se acentúan en lo que sigue. Aunque explotadora y limitante, la relación comercial que mantiene Inglaterra con sus trece colonias americanas es más flexible que la que España mantiene con las suyas. Y capitales, barcos y empresas privadas, tanto inglesas como de las colonias tienen una activa participación en ese comercio.

Configurando gobiernos propios y gozando de cierta autonomía, esas trece colonias aprovechan estos resquicios para crecer y toman rumbos diferentes. En las del Norte crecen agricultura, minería, manufactura y comercio externo. Entran en la trata de negros y generan una clase dominante manufacturera rica. Las del Centro se centran en el comercio y también conforman una clase dominante de hacendados y prósperos comerciantes. Las del Sur, en cambio, que por lo pronto son las colonias más grandes y parecen ser también más prósperas y ricas, conforman un universo diferente cuya economía se basa, como entre nosotros, en la plantación, en la esclavitud negra, y en la exportación de productos agrícolas a Europa.

*Grosso modo* son dos países diferentes, de un lado el del Norte y el Centro y del otro el del Sur; y logran su independencia mediante una corta guerra en la que cuentan con apoyo militar de potencias europeas enemigas de Inglaterra como Francia y España y que permite a la clase dominante, sin tener que cambiar un sistema económico comercial y esclavista que la beneficia, sacudirse el dominio inglés que les había apretado las tuercas en décadas recientes. El miedo a amenazas de ulterior desintegración y a rebeliones internas de granjeros, de soldados descontentos y de esclavos los lleva a unirse pronto mediante la Constitución de 1787 bajo un sistema político republicano, censitario y nominalmente federal al que ellos califican de democrático sin serlo, y en el que domina claramente el Sur plantador y esclavista, para formar los Estados Unidos “de América” y reanudar con más fuerza la carrera expansionista que han iniciado desde la misma época colonial.

La expansión territorial es indispensable para ese nuevo país, y la fundamenta en dos ideas centrales: una religiosa y la otra política. La primera, que su clase dominante, política y religiosa, comparte con su pueblo, acostumbrado a la docilidad y dominado por la religión, es que los estadounidenses, pueblo blanco, puro y racista,

son el nuevo Israel, nuevo pueblo elegido por la Providencia para dominar el mundo. No hablan todavía de *Destino Manifiesto*, pero sí de que ellos son *la ciudad sobre la colina*, que es la primera versión de esa doctrina expansiva. La segunda idea es la de que su seguridad, cuyos límites ellos deciden, priva sobre los derechos a la existencia de los pueblos vecinos, lo que les permite decirse amenazados por éstos cada vez que les conviene y poder despojarlos de sus territorios. Así comienza esta segunda fase de su imparable expansión territorial, de la que los pueblos indios han sido la primera víctima, y de la que toca ahora el turno a los vecinos territorios españoles como las dos Floridas y poco después a Texas, provincia mexicana en la que de la manera más ingenua posible el gobierno del México independiente les ha permitido instalarse como colonos.

El expansionismo territorial y la proclamada vocación de dominio, que apuntan al sometimiento y despojo de territorios de los países hispanoamericanos, sólo se ven frenados porque su fuerza es aún insuficiente y por la presencia y creciente dominio que la poderosa Inglaterra ejerce sobre las oligarquías liberales que gobiernan nuestros países independizados recientemente. No obstante, proclaman la *Doctrina* de Monroe, aunque ésta por lo pronto es más discurso que amenaza. Inglaterra la ignora por completo, y la “*doctrina*” se duerme, en espera de mejores tiempos. El nuevo dominio colonial que se nos impone para el siglo XIX es el de Inglaterra; y el papel de Estados Unidos, además de intentar en forma defensiva de marcar terreno con ella, es el de dejar correr el dominio inglés mientras ellos se fortalecen. Y sólo intervenir con prudencia en los casos que los afectan en forma más directa y más cercana. En tales casos hasta se atreven a competir con Inglaterra, pero en todo lo demás terminan aceptando o subordinándose a lo que ésta hace.

Donde sí muestran su brutal expansionismo, ya exhibido en los casos de territorios fronterizos como Florida y Texas, es al tener necesidad de completar su expansión territorial hacia el sur y hacia California. Esto los lleva a poner en marcha una guerra criminal contra su vecino México, al que ya han despojado de Texas y al que ahora, proclamando a plena voz la doctrina del *Destino Manifiesto*, despojan, después de una brutal invasión, de la mitad de su territorio. En Centroamérica permiten que esclavistas sudistas intenten sin mucho éxito

apoderarse de nuevos territorios. Y en cuanto a Cuba, la isla que desean desde los tiempos mismos de Adams y de Jefferson, la mantienen vigilada esperando con calma que llegue el momento de apropiársela. De resto, muestran que saben esperar y siguen creciendo poco a poco. En el resto del continente, incluyendo a Centroamérica, no pueden evitar tener que dejarle el protagonismo y la iniciativa a los ingleses, y éstos hacen allí lo que quieren. Lo más que logran es asociarse con ellos en un tratado sobre el futuro canal de Panamá. Además, con la fiebre del oro en California tienen presencia en el istmo, construyen un ferrocarril, y siguen manteniendo su ambición y sus pretensiones de futuro dominio sobre Cuba.

Pero tienen un serio problema que resolver; y es que no son en verdad un país sino dos. El esclavismo, pero no el racismo, ha desaparecido prácticamente en el Norte, pero en el Sur sigue vigente el régimen esclavista del que su sociedad vive y depende. El Norte se ha ido desarrollando como país manufacturero y sus industrias han crecido. Para ello necesita el proteccionismo y las tarifas que protejan sus industrias mientras crece, justamente lo que Inglaterra le niega a nuestros países con la complicidad de nuestras oligarquías. El Sur, tierra de plantaciones esclavistas, produce algodón y exporta esa materia prima hacia Europa, por lo que se opone a las tarifas y quiere el libre comercio. La esclavitud está en medio de todo, porque las leyes esclavistas se prolongan hacia el Norte y porque los acuerdos para lograr un equilibrio entre los estados sudistas y los norteamericanos, evitando que uno de los dos grupos de estados se imponga sobre el otro, fracasan todos. El rechazo de la población norteamericana a la esclavitud se ha incrementado y la amenaza de guerra civil se hace inminente. Pero no es la idea de liberar a los esclavos la que la provoca porque no es esa la idea del presidente Lincoln. Es que el Sur, al ver amenazado su sistema económico, opta por la secesión, y el Norte quiere a cualquier precio mantener la unión, así deba lograrlo por la fuerza.

El Norte vence en la sangrienta guerra, aplasta, ocupa y somete al Sur, unificando así al país. La esclavitud es abolida, para convertirse ahora en segregación de los negros apoyada en las llamadas *leyes Jim Crow*, en la creación del *Ku Klux Klan* y en brutales matanzas de los negros que reclaman sus derechos. Resuelto el problema de la unión y en medio de ese tenso panorama, los nuevos

Estados Unidos pueden, en las tres décadas siguientes, impulsar con fuerza su desarrollo económico iniciado desde antes en el Norte; y, gracias a su rápido e imparable crecimiento, convertirse en una potencia industrial de primer orden, que está por superar en tecnología industrial y producción a la propia Inglaterra, y que compite de cerca también con Alemania. Es ya fin de siglo, se acaba el siglo XIX, y ahora sí, esos Estados Unidos son una potencia económica y política con poder suficiente para asumir condición imperial, para empezar a desplazar a toda Europa como rival en el continente americano, y para imponer su dominio económico, político y policial sobre éste, empezando por el Caribe, América Central y el norte de América del Sur. Para ello, siempre teniendo como fondo su proclamado *Destino Manifiesto*, empiezan a impulsar, aunque por lo pronto sin mucho éxito el Panamericanismo, reviven la muerta *Doctrina Monroe* y le añaden un corolario que les sirve para emprender y justificar en varios de nuestros países agresiones, invasiones y ocupaciones “provisionales” (la de Guantánamo en Cuba dura todavía).

El declarado imperialismo estadounidense empieza a mostrar su verdadero rostro, pese a que se sigue encubriendo con un cínico manto pseudo democrático y libertario teñido de arriba abajo del más hipócrita puritanismo calvinista. Y es a partir de entonces que la tenaza imperial estadounidense se nos impone con fuerza. Esa tenaza imperial ha logrado desde entonces ejercer contra nuestros países el peor de los colonialismos, el más agresivo, violento y criminal de todos, el que más ha saqueado nuestras riquezas y el que más ha corrompido a nuestras indignas clases dominantes basado en el poder económico, militar y mediático que exhibe y en la infinita y cínica capacidad que tiene de disimular y de mentir.

Explico de una vez que el examen que haré del dominio de Estados Unidos sobre nuestra América a lo largo del siglo XX será corto. Además de que no deseo que se extienda demasiado este ensayo, voy a reducir ese examen a lo esencial porque me impulsan a hacerlo otras dos razones. Una de ellas es que se trata de un período más reciente, del cual se tiene mucha más información, en especial acerca de las invasiones y golpes de Estado que el Imperio *yankee* ha promovido para ejercer o mantener su dominio sobre este continente convertido en patio trasero suyo. La otra es que existe mucha



y muy buena bibliografía al respecto, sobre todo reciente y accesible, en la que se tratan esos temas que nos afectan en forma más directa: las agresiones, invasiones y golpes de Estado provocados por el poder estadounidense. En Internet hay también mucha información, no siempre confiable, pero que si se la examina con cuidado puede sernos igualmente útil. Y en cuanto al examen crítico y documentado de la sociedad estadounidense por dentro, de las raíces estructurales en que se fundamentan su carácter expansivo y su ansia de superioridad y dominio, tema que no suele ser estudiado y en muchos casos ni siquiera es conocido por nosotros los latinoamericanos, yo mismo he publicado hace poco un libro extenso dedicado a examinar con atención esos temas, libro que creo que viene a llenar en buena parte ese vacío y a cubrir la necesidad que tenemos de conocer mejor a ese Imperio que vive de la mentira y que además es el peor y más poderoso enemigo de la soberanía y la libertad de nuestros pueblos. Remito a ese libro para no tener que repetir o resumir aquí los temas que en él expongo y desarrollo<sup>38</sup>.

De modo que lo que voy a exponer en lo que sigue se va a centrar en dos planos que se superponen y que separaré sólo por razones metodológicas a objeto de que se facilite entender mejor los dos aspectos centrales e inseparables de ese proceso. El primer plano se refiere a la forma en que Estados Unidos nos ha impuesto su dominio neocolonial. Y abarca dos etapas. En lo tocante a la primera, intentaré exponer aunque de modo sintético y en cierta inevitable medida un tanto simplificador, la forma en que desde fines del siglo XIX los ascendentes Estados Unidos, autoproclamados como nueva potencia imperial desde 1898, empiezan a imponer ese avasallante dominio colonialista sobre nuestros pueblos y los métodos y recursos de que se

---

<sup>38</sup> Se trata de Vladimir Acosta. *El Monstruo y sus entrañas. Un estudio crítico de la sociedad estadounidense*. Editorial Galac. Caracas, 2017. Es un trabajo extenso y minucioso, al que considero un libro necesario que intenta desnudar los poderosos mecanismos internos de dominación imperial de Estados Unidos, un libro que viene a llenar un vacío y a cubrir la necesidad que tenemos los latinoamericanos de conocer no sólo la historia de sus invasiones contra nuestro continente, algo que conocemos, sino las lacras ocultas de ese Imperio, que nos urge conocer bien, porque es el principal enemigo de nuestra independencia y nuestra libertad.

valen para ello hasta lograr desde las primeras décadas del siglo XX ir desplazando el dominio colonial europeo, al menos del área clave que es el Caribe y norte de Sudamérica. Y a continuación trataré de hacer luego lo mismo con la forma en que culminan su imposición colonialista sobre el resto de nuestro continente y los métodos de que se sirven para lograrlo en la segunda mitad de ese mismo siglo XX, fundamentalmente desde el fin de la Segunda Guerra Mundial de la que Estados Unidos sale convertido en la primera potencia de este lado occidental del mundo.

Y una vez examinado lo relativo a la imposición del neocolonialismo estadounidense sobre nuestro continente, intentaré mostrar que la neocolonización que los Estados Unidos han impuesto sobre esta nuestra América a todo lo largo del siglo XX y lo que va del siglo actual se ha ido convirtiendo en suerte de *neocolonización total*. La penetración y la influencia de ese proceso neocolonizador no es en eso muy distinta de la colonización que ejercieron sobre nuestros territorios España y Portugal en los más de tres siglos en que nos formaron como países, como sociedades, en que nos explotaron y dominaron; siglos que van desde el llamado “descubrimiento” hasta que mediante una lucha de carácter continental librada contra ellos y contra su colonialismo logramos nuestras independencias formales en la tercera década del siglo XIX. Independencias en gran medida formales porque sólo sirvieron para hacernos cambiar un colonialismo tradicional y ya decadente por otro más moderno, hábil y poderoso, y caer así sin transición y a lo largo del resto de ese siglo bajo la hegemonía imperial de Gran Bretaña y en menor grado de Francia. Desde fines de ese siglo y a todo lo largo del pasado siglo XX pasamos del dominio británico (más fuerte en algunos países como los del cono sur) al creciente dominio neocolonizador e imperial de los Estados Unidos.

Y califico a ese dominio de total, como lo fue el hispanoportugués, en el sentido de que ese colonialismo estadounidense que nos mantiene sujetos en la actualidad, cubre, como cubriera el hispanoportugués, todos los planos posibles propios de una relación de dominio colonial, a la que en este caso sólo le falta culminar (y sigue avanzando para lograrlo) su dominio en esos dos planos claves que son el lingüístico y, más aún, el religioso. Porque por sobre lo tocante a lo

económico, lo sociopolítico y lo militar, y sin desdeñar en absoluto la enorme importancia de estos planos interrelacionados para mantenernos sujetos a su aplastante hegemonía, es una colonización que por sobre todo se nos impone en el *plano cultural* y que por obra de sus poderosos medios de comunicación y por la forma incesante y absorbente en que éstos nos desinforman, nos mienten, nos manipulan, nos controlan y nos embrutecen, ha terminado por convertir a nuestros países casi sin que nos demos cuenta en auténticas *colonias culturales*. Destruyen nuestras culturas, se adueñan de nuestras vidas cotidianas, y nos convierten en asimiladores pasivos de todos sus contravalores.

Es por eso, por tratarse de una moderna relación neocolonial y no de una relación colonialista tradicional, que ese neocolonialismo estadounidense, que nos mantiene sujetos aún a su dominio, no ocupa política y militarmente los territorios de nuestros Estados nacionales haciendo de ellos colonias (sólo lo hace salvo excepción, o por cortos periodos), porque no necesita ni le conviene ocuparlos, y menos aún hacerlo en forma permanente. Así mismo tampoco asume en forma directa el gobierno de nuestros países, asumiendo con ello todos los elevados y problemáticos costos políticos, militares y humanos que impone ese directo dominio, como pasaba en el colonialismo tradicional europeo de los siglos XVII, XVIII y XIX y primeras décadas del siglo XX.

Y no lo asume porque sabe muy bien que a la larga la experiencia de esos países colonialistas europeos había ya venido demostrando que sus costos económicos, políticos y militares resultaban demasiado elevados y que esa forma de colonialismo directo generaba frecuentes protestas y rebeliones populares debilitadoras de ese poder colonial. Y que, al cabo, tras ser derrotados en guerras anticoloniales en las que, para tratar de conservar su dominio, apelaban en vano a la más brutal violencia genocida, esas potencias colonialistas europeas de viejo cuño se veían todas forzadas una tras otra a declarar, o a tener que aceptar, la independencia de esos pueblos rebeldes a los que hasta entonces habían saqueado y mantenido sometidos por la fuerza. (Eso sí, para tratar a continuación de irles imponiendo sin prisa, pero sin pausa, ahora que eran países formalmente soberanos, regímenes de dominio neocolonial).

De manera que, como más le conviene a la potencia neocolonialista, se nos permite definirnos como países libres y soberanos que se gobiernan; o, mejor dicho, que creen que se gobiernan y que se lo hacen creer a sus manipulados pueblos. Pero que, en lo económico, en lo sociopolítico y en lo militar se hallan subordinados a la potencia dominante, que es Estados Unidos, potencia que en cada ocasión les impone su voluntad y los mantiene sujetos a sus intereses hegemónicos y geopolíticos. Para eso cuenta no sólo con la inmensa capacidad manipuladora y mentirosa de sus medios, con la enorme fuerza disuasiva de su poder armado, y con los organismos internacionales serviles y arrastrados que se encargan de darle tramposa validez jurídica a sus brutales e indefendibles imposiciones. *Y es de esa sujeción neocolonial que, si queremos ser al fin pueblos libres y soberanos, tendremos que luchar hasta salir.*

## 6.1 Imperialismo y primera fase neocolonial sobre América Latina

Haré entonces una breve síntesis de lo que ha sido el dominio neocolonial que Estados Unidos ha ejercido contra nuestros pueblos y de la forma en que ha logrado ese dominio.

Veamos.

En una primera fase, entre 1898 y 1917-1919, hay varios hechos y procesos que es necesario señalar, porque tienen que ver tanto con el creciente poder imperial de Estados Unidos como con el reforzamiento de ese poder sobre América Latina, en realidad sobre el área correspondiente a México, Centroamérica, el Caribe y el norte de Sudamérica, ya que en la parte sur del continente la influencia inglesa todavía seguía siendo dominante. En 1898, Estados Unidos, que está al fin dispuesto a ir sacando a las potencias europeas del Mar Caribe y sus costas para convertir ese mar en un lago estadounidense, declara la guerra a la decadente España y la derrota con facilidad tanto en el Mar Caribe como en el Océano Pacífico, en el que también tiene intereses. En el Pacífico, como producto de su triunfo sobre España, se apodera de Filipinas y las islas Guam, aprovecha para asumir el control definitivo de Hawaii, que mantiene ocupado desde el golpe de Estado de

1893, y empieza a involucrarse también en la debilitada China. Y en el Caribe, ocupa Puerto Rico, se impone sobre los valientes patriotas cubanos que estaban a punto de derrotar a España para conquistar al fin su independencia y establece *manu militari* un protectorado sobre la ansiada isla. Y es en ese contexto que el arrogante país del Norte se declara imperialista.

A partir de entonces el dominio de Estados Unidos sobre nuestros países se ejerce en forma militar, para que no quede duda de que se trata de un poder imperial al cual hay que respetar. En Venezuela, atrasada en el pago de su deuda externa e invadida por varios países europeos que quieren cobrarle esa deuda ocupando militarmente sus aduanas, el gobierno de Estados Unidos hace de mediador porque a partir de ahora, habiendo resucitado la *Doctrina Monroe*, está decidido a no soportar otras intervenciones militares que no sean las suyas. El presidente Theodore Roosevelt le agrega un corolario a la *Doctrina*, que le permite a Estados Unidos garantizar que se hagan esos pagos y que lo autoriza para ser él quien se encargue de ocupar militarmente a cualquiera de nuestros países que se atrase en honrar sus deudas. Estados Unidos asume así la condición de policía encargado de garantizar e imponer el orden en toda América, no sólo para hacer honrar los contratos leoninos que países poderosos, empezando por él mismo, nos imponen, sino también y sobre todo para derrocar a aquéllos de nuestros gobiernos que no le gustan, por lo general porque quieren ser soberanos y no aceptan someterse a sus dictados. De esta forma, en los años que siguen, usando cualquier pretexto, o fabricándolo si le es necesario, el Imperio norteamericano interviene en Cuba, República Dominicana, Nicaragua, México, y otra vez en República Dominicana y en Haití.

Las dos sucesivas políticas que Estados Unidos aplica en estas latitudes reciben los nombres de *Política del Garrote* y *Diplomacia del Dólar*, porque una de ellas resuelve todo a garrotazos o fingiendo hablar con suavidad, pero mostrando un gran garrote, mientras la otra, que también mantiene a la vista el mismo gran garrote y no duda en emplearlo, prefiere imponernos sus intereses mediante acuerdos comerciales forzosos y directa penetración de sus empresas. Así, aunque sin la menor suavidad, gritando garrote en mano, Roosevelt intenta forzar a Colombia a aceptar las condiciones leoninas que le impone

para la construcción del Canal en Panamá, que es territorio colombiano; y como Colombia no las acepta, monta un golpe de Estado para separar a Panamá de Colombia. El golpe es exitoso porque Panamá acumulaba desde antes muy fuertes resentimientos contra Bogotá; y el resultado es que por obra de Estados Unidos se convierte en un protectorado estadounidense disfrazado de nueva República que sí acepta las condiciones de Roosevelt. Y éste, tras despojar de una franja central de su territorio al nuevo país, se encarga de que Estados Unidos construya en esa franja el Canal conservando por supuesto soberanía sobre ella<sup>39</sup>.

Así también, en tiempos del presidente William Taft, sucesor de Roosevelt, la *United Fruit Company (UFCO)*, gigantesca empresa productora y vendedora de frutas tropicales, sobre todo de bananas, de mayoritario capital estadounidense, y conocida en Centroamérica y América del Sur como *La Bananera* o *La Frutera*, comienza, con apoyo de Estados Unidos, a ampliar cada vez más sus actividades y a ejercer su dominio económico y político sobre países centroamericanos a los que se califica despectivamente de *repúblicas bananeras*. En ellas la insaciable *UFCO* se adueña de las mejores tierras, no todas empleadas en producción o comercio, obtiene ganancias escandalosas, controla por doquier barcos, puertos y líneas férreas, compra políticos y hasta gobiernos enteros, haciendo que Estados Unidos derroque a los gobiernos que se oponen a sus planes y sórdidos negocios o que se atreven a interferir en ellos. Destruye comunidades indígenas, esclaviza a masas campesinas y aplasta huelgas obreras por medio de masacres realizadas por los ejércitos y policías de esos países, que sus indignos gobiernos no dudan en poner a su servicio. El escritor revolucionario Carlos Luis Fallas, costarricense, describe en 1941 esa brutal explotación en su novela *Mamita Yunai* (así llamaban en Costa Rica a *la Frutera*); y García Márquez recrea en 1967, en *Cien años de soledad*, la masacre de las bananeras que se produce en Colombia en 1928.

---

<sup>39</sup> Cuando en los años setenta del pasado siglo fue presidente de Panamá, Omar Torrijos graficó la situación peculiar de su país diciendo que, aunque todos los otros países limitaban por cuatro lados, Panamá limitaba por cinco: por el oeste con Costa Rica, por el este con Colombia, por el norte con el Mar Caribe, por el sur con el Océano Pacífico, y por el centro (la zona del Canal) con los Estados Unidos.

En 1910 se produce otro hecho dirigido a seguir fortaleciendo el dominio de Estados Unidos sobre América Latina. Se nos impone al fin el Panamericanismo, aceptado ahora por todos nuestros países. Como señalé antes, la idea imperial estadounidense de imponernos el Panamericanismo se forma en los años ochenta del siglo XIX. Y en 1890 el gobierno de Estados Unidos logra reunir a todos nuestros países en Washington para crear una Unión Panamericana en la que ellos, dueños de industrias en auge que necesitan nuevos mercados para sus productos, colocarían esos productos industriales en nuestros mercados a cambio de adquirir nuestras materias primas. En lo político la idea es crear un organismo panamericano, por supuesto con sede en Washington, en nombre de una peculiar unidad que sería la hermandad continental entre un rico y poderoso país anglosajón y una colección de países de herencia ibérica, más bien pobres y de escaso desarrollo, pero que ellos pretenden además vendernos como la realización del sueño bolivariano de la Patria grande americana. Y en lo militar se trataría de evitar los conflictos y guerras que dividían y ensangrentaban a nuestros países convirtiéndolos a ellos en árbitro calificado para resolver en forma pacífica esas diferencias. Nada más, solamente eso.

Este descarado proyecto hegemónico fue en esa fecha rechazado por nuestros países gracias a la firme posición que mantuvo en contra la República Argentina. Pero los Estados Unidos también saben esperar y maniobrar cuando en lugar de pequeño y débil, como a ellos les gusta para exhibir su arrogancia, el adversario se presenta unido y resulta poderoso. Se difirió la creación de la Unión Panamericana. Sólo se creó un organismo provisorio y se programaron reuniones periódicas para los años siguientes, las cuales se realizaron en varias capitales latinoamericanas y caribeñas. El proyecto lo perfeccionaron, lo disfrazaron mejor y con calma lo fueron imponiendo. De esta manera, en 1910, otra vez en Washington, con unos Estados Unidos aún más ricos y poderosos que en 1890, nuestros países acabaron aceptando la creación de esa *Unión Panamericana*, que en los años y décadas siguientes continuó apretándonos las tuercas en medio de algunas ocasionales concesiones y que terminó en 1948 en Bogotá, convirtiéndose en ese auténtico Ministerio de Colonias de Estados Unidos que es la *Organización de Estados Americanos*,

la indigna y servil OEA, cómplice de todos los crímenes, golpes de Estado e invasiones que los Estados Unidos a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI han llevado a cabo contra nuestros países.

En los Estados Unidos, en esos mismos años, también ocurre algo muy importante. El presidente Woodrow Wilson toma una decisión de largo alcance. Wilson, calvinista hipócrita que pasa por idealista respetuoso de la ley, por defensor de la paz poco interesado en obtener para su país beneficios materiales; que ha sucedido a Taft; que defiende en Estados Unidos el racismo antinegro y el crecimiento del *Ku Klux Klan*; y que ha invadido con sus *marines* varios países caribeños y centroamericanos como Haití, República Dominicana y Nicaragua, a los que está tratando de dejar gobernados por dictadores cipayos, toma en 1917 una decisión que va a introducir un cambio fundamental en el poder y en la política de Estados Unidos.

Respondiendo al pensamiento expansivo de la clase dominante estadounidense, Wilson ha decidido romper con una norma que viene de los tiempos de Washington y Jefferson y que se ha mantenido desde entonces: la de evitar involucrarse en los problemas, conflictos y guerras europeas a cambio de que Europa no se involucrase en asuntos políticos y militares del continente americano. Lo cierto es que Europa, representada por países poderosos como Inglaterra y Francia y más recientemente Alemania, no hizo otra cosa que no fuera intervenir en nuestra América a todo lo largo del siglo XIX, hasta el punto de apoderarse de territorios y de provocar guerras e invasiones en varios de nuestros países. Hasta entonces, Estados Unidos había respetado esa norma de Washington y Jefferson, aunque sólo se había atenido a ella por carecer de fuerza suficiente para entrometerse en asuntos europeos y para enfrentar posibles respuestas de esos poderosos países a una intervención suya en Europa. Pero desde fines del siglo XIX, Estados Unidos se había convertido en potencia política y económica de primer orden, controlaba toda Centroamérica, el Caribe y el norte de Sudamérica, y la doctrina del *Destino Manifiesto* lo estaba llamando a buscar nuevos y ambiciosos rumbos, a empezar a involucrarse en la política europea y a tratar de ir ejerciendo dominio sobre ese añorado Viejo Continente.

Y la oportunidad favorable que no podía desdeñarse era la Gran Guerra europea o Primera Guerra Mundial que acababa de



iniciarse en 1914 y de la que Estados Unidos no podía permanecer ausente. Wilson, que se estaba preparando desde entonces para intervenir mientras seguía asegurando que no pensaba hacerlo, toma la decisión de entrar en la guerra y logra arrastrar a la población norteamericana a terminar apoyando la intervención del país en esa guerra. Y a partir de entonces y a lo largo de las décadas siguientes, aunque en medio de altibajos, Estados Unidos estará involucrado al mismo tiempo en los asuntos de su *patio trasero* americano y en los complicados asuntos de una Europa cuyas complejidades es ahora cuando empieza a conocer de cerca.

De esta manera queda marcado el camino que a lo largo de lo que sigue del conflictivo siglo XX, va llevando, por un lado, a convertir a Estados Unidos en potencia mundial y, más aún, después de otra gran guerra, aún más grande y destructiva, la Segunda Guerra Mundial, a hacer de ellos la potencia imperial más poderosa y rica del planeta y a abrirles paso a que lleven su expansión y su dominio a todos los otros continentes. Y por el otro lado, aunque en el fondo se trata casi de otra cara de la misma cosa, lleva también a los soberbios imperialistas estadounidenses a servirse de todos los recursos posibles a su alcance, y son muchos, para mantener su dominio sobre nuestro inestable y rebelde continente, al que —como proclaman a diario con desprecio— han convertido en el depósito de sus trastes, en basurero de todos sus robos y de todos sus crímenes.

Es claro que lo concerniente al dominio mundial de Estados Unidos es lo fundamental del panorama que intento resumir; y no sólo por su importancia intrínseca y sus alcances mundiales, sino porque, en lo que nos corresponde a nosotros, a partir de entonces, es esa potencia, convertida en absoluto poder mundial, la que nos impone su dominio y es también por ello la potencia contra la que tenemos que luchar.

Pero a pesar de su primordial importancia, lo que se refiere al dominio mundial de Estados Unidos no es lo que voy a examinar en detalle aquí (lo he hecho en otros textos). Y no es lo que corresponde examinar ahora porque el tema central de este ensayo, el que sí hay que seguir examinando, es asunto a un tiempo más limitado y también más importante para nosotros. El tema cuyo examen estamos por terminar es el que se refiere a la lucha por superar al fin la herencia

colonial en que vivimos, superación para la cual el Imperio estadounidense, como nueva potencia colonial decidida con todas sus armas a mantener su oprobioso dominio sobre nuestro continente, constituye ahora el principal y más poderoso obstáculo.

## 6.2. Hegemonía mundial, dictaduras y dominio pleno de América Latina

Entonces, una vez centrado de nuevo nuestro enfoque en lo tocante a la hegemonía de Estados Unidos sobre nuestra América, se trata ahora, para concluir con esta parte y poder intentar luego sacar algunas cortas conclusiones, de examinar lo que, a lo largo del resto del siglo XX (y de lo ya transcurrido del siglo XXI), hace ese Imperio para ejercer y fortalecer su hegemonía sobre nuestros países. Algo que, aunque en general puede resultar conocido, en especial si se trata de lo más reciente, nos es de todas formas indispensable rememorar y conocer bien, para que podamos entender mejor cómo denunciar y enfrentar ese dominio.

Creo, y por eso voy a intentar hacerlo, que es posible resumir en los hechos siguientes lo que sirve de base al plan de dominación política y militar de Estados Unidos sobre nuestra América. Se trató en un principio de completar su dominio sobre todo el continente. Porque, aunque tenían ya el control de Centroamérica, el Caribe y el norte de Sudamérica, en la parte central y sobre todo en el Cono Sur del continente era todavía fuerte el dominio de Inglaterra, arraigado desde el siglo XIX, y hasta el más reciente de Alemania, que había adquirido también en las últimas décadas de ese siglo XIX y primera del siglo XX un apreciable peso, basado en su acelerada y modernísima industrialización. Alemania tenía una importante presencia en el Caribe y en Venezuela y Colombia. Estados Unidos tenía ante sí el reto de lograr convertirse en todo el continente en la potencia hegemónica; y de ser posible, en la única. Resultó ser un proceso lento, pero lo fueron logrando con paciencia en las décadas siguientes; y para mediados del siglo XX ya estaban alcanzando su objetivo. En Argentina fue desplazado el peronismo al mediar el siglo y en los años sesenta su penetración marchaba viento en popa. En Brasil se fueron infiltrando en la derecha, y en la derrota del extraordinario movimiento popular

que se produjo en los primeros años de la conflictiva década de los sesenta de ese siglo, llegaron a colocar barcos de su marina frente a Río, y a jugar un papel tan solapado como clave en la derrota de ese movimiento y en la victoria del golpe derechista de abril de 1964 con el que militares de extrema derecha dieron inicio a una terrible dictadura de corte fascista que se mantuvo en el poder hasta 1985. Su presencia y su poder fueron aumentando también en los otros países del Cono Sur, como Uruguay y Chile y lo mismo ocurrió en Paraguay y Bolivia, en los que apoyaron dictaduras y corrompieron movimientos populares, como es su usual norma de conducta.

Y una vez logrado esto, o al mismo tiempo que se lo lograba, igualmente se trataba de apretar ese dominio. Y lo han hecho mediante políticas dirigidas a ello, siempre cínicas, hipócritas y engañosas, mediante la creación de organismos “americanos” o panamericanos manejados por ellos, y por medio de firma de tratados que sirven todos para mantener su dominio y para fortalecerlo.

Entre esas políticas criminales y engañosas me conformaré con mencionar la “del Buen Vecino” del segundo Roosevelt, en la década de 1930, dirigida a hacer que América Latina se olvidara de las invasiones norteamericanas de las anteriores décadas del siglo. Política edulcorante que le permitió a Estados Unidos evitar involucrarse en nuevas invasiones, ya que éstas no eran necesarias, pues los países invadidos que los *marines* empezaban ahora a desocupar contaban con férreas dictaduras de derecha producto de esas invasiones, debiendo sus pueblos quedarse por décadas soportando a dictadores como Somoza y Trujillo apoyados por los ahora encantadores Estados Unidos. Todo sin olvidar que también fue aprovechada esa hipócrita política “de buena vecindad” para clavarle a nuestros países acuerdos y tratados abusivos. Todos ellos en nombre de esa “buena vecindad”, de la que se habla por cierto en el deplorable *Himno Panamericano* que se cantaba a diario en esas mismas décadas en las escuelas primarias de nuestro ingenuo continente, muchas de las cuales llevaban para colmo el nombre de Sarmiento, ese famoso educador que, como ya vimos, fue celoso protector y frenético amante de indios y de gauchos.

Destaco entre las otras políticas de dominación algunas y algunos entre una larga lista de Doctrinas y Tratados, todos firmados

dócilmente por nuestros serviles gobiernos, siervos de Estados Unidos. Ejemplos: la doctrina de “Defensa de Occidente contra el Comunismo” impuesta en la segunda mitad de la década de los 40 del siglo pasado por Estados Unidos a nuestros países al declarar la Guerra Fría; la de la fracasada *Alianza para el Progreso*, impuesta en los años 60 por el presidente Kennedy a nuestros países como antídoto contra la influencia de la Revolución cubana; y la *Doctrina Johnson*, establecida en 1965 para el continente por su sucesor, después de la criminal invasión de República Dominicana por Estados Unidos y en la que se declara que cualquier rebelión que para ellos tenga olor a comunismo (es decir, todas), obliga a ese protector nuestro a invadir el país en que se haya producido, actuando como siempre en nombre de la libertad que ellos encarnan y defienden. También aparecen la *Doctrina Nixon* para “*hacer ladrar*” en los años 70 a la economía chilena porque su pueblo habría osado elegir como presidente al socialista Salvador Allende; y a continuación alentar y promover el brutal golpe del asesino Pinochet para ahogar en sangre esa revolución democrática que había llegado al poder por vía electoral y que al gobierno de Estados Unidos le parecía por eso más peligrosa que la Revolución cubana, que había triunfado mediante una difícil lucha guerrillera. Podría seguir aumentando la lista con la política del presidente James Carter, dirigida a impedir el triunfo de la Revolución sandinista en Nicaragua en 1978, y la del genocida Ronald Reagan en los 80, dirigida a masacrar al pueblo nicaragüense por su apoyo a esa Revolución, e igualmente al guatemalteco y al salvadoreño por apoyar también a sus guerrillas. Y para cerrar, porque es ya suficiente, debería mencionar los sucesivos *Documentos de Santa Fe*, y el llamado *Consenso de Washington* de los pasados años 90 para imponernos por las buenas o las malas el neoliberalismo.

Para acompañar estas simpáticas políticas, doctrinas y fraternales decisiones, Estados Unidos había venido creando —y siguió haciéndolo luego en años sucesivos—, una serie de organismos y tratados de alcance continental para fortalecer y blindar su dominio total sobre nuestros países. En Chapultepec, México, en 1945, se cuadró a todos nuestros gobiernos para que fueran como dóciles borregos a respaldar a Estados Unidos en el inicio de las Naciones Unidas que estaría y debía seguir bajo su dominio. Poco después esos mismos

Estados Unidos iniciaban la Guerra Fría y la histeria anticomunista se impuso por doquier. La creación de la CIA en 1947 fue una advertencia para quienes intentaran promover cambios democráticos en sus países; y las embajadas de Estados Unidos se llenaron de diplomáticos que eran espías y de agregados militares expertos en amenazar a gobiernos rebeldes y en preparar golpes de Estado por lo general sangrientos. El mismo año de la creación de la CIA, el TIAR, *Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca*, firmado en Río de Janeiro, ató a todos nuestros países al dominio militar estadounidense con el absurdo pretexto de protegernos de amenazas de invasión soviética, apenas menos posibles que desembarcos espaciales de marcianos. Las *Conferencias Panamericanas* terminaron dando origen a la OEA en la novena, reunida en Bogotá en 1948, y se cerraron en 1954 con la décima, en Caracas, cuya tarea fue condenar a la entonces Guatemala revolucionaria de Jacobo Árbenz para dar libre curso a la invasión que el gobierno de Estados Unidos tenía ya preparada para liquidarla.

Los mal llamados *Cuerpos de Paz*, creados para oponerse a la Revolución cubana, fueron sólo encubiertos organismos de espionaje. La monstruosa y criminal *Escuela de las Américas* se creó para llenarle la cabeza a nuestros militares de odio a todo cambio liberador señalado por el Departamento de Estado gringo como comunista; para hacer de ellos traidores a sus Patrias y servidores o mercenarios del Imperio; y para convertirlos en asesinos de sus pueblos. Ideado también por Estados Unidos, el ulterior *Plan Cóndor* se creó en secreto en los pasados años 70 con el objeto de internacionalizar, con participación de las dictaduras del Cono Sur y de gobiernos cómplices, la tortura, muerte y desaparición de todo revolucionario latinoamericano, o que fuese sospechoso de serlo. Las mal llamadas ONGs han sido y siguen siendo también organismos financiados y controlados por el Congreso estadounidense por medio de la NED o de la USAID. Ejemplo cumbre de esta política de sujeción fue el ALCA o *Área de Libre Comercio de las Américas*, que Estados Unidos nos impuso en 1994 en nombre del neoliberalismo que estaba entonces en la plenitud de su poder, para formar junto con ellos y dirigido por ellos un mercado común continental, lo que, como en efecto ocurrió, no podía tener otro resultado que no fuera fortalecer su dominio neocolonial sobre nuestros países e incrementar la sujeción servil de nuestras oligarquías y la desesperante miseria de nuestros empobrecidos pueblos.

Y en cuanto a nuestros gobiernos, los Estados Unidos han hecho todo tratando sin cesar de imponernos gobiernos que estén a su servicio. En algunos casos, mientras fuese posible, gobiernos pseudo democráticos, dóciles y cipayos, dispuestos a dejarse dirigir por ellos y a seguir órdenes de sus embajadas y de sus agregados militares. La lista es demasiado grande para examinarla y no vale la pena dar algunos ejemplos con los nombres de esos presidentes porque son seres tan inocuos, indignos e insignificantes que sus nombres se olvidan apenas dejan el poder y sólo sobreviven en los medios por un tiempo aquéllos que cometieron grandes crímenes o grandes robos. La lista de los primeros, es decir, los asesinos, es grande. Los represores de guerrillas han sido todos asesinos, caso de presidentes centroamericanos y colombianos que pasando por demócratas no vacilaron en hacer asesinar a todo hombre o mujer sospechoso o sospechosa de rebelde. En Colombia los presidentes Uribe y Santos no sólo cometieron matanzas, sino que para incrementarlas inventaron los hoy difundidos *falsos positivos*. Y habría que incluir antes a otros, aun si tenían caras de bobos, como el presidente venezolano Raúl Leoni, que dio a los militares libertad plena para exterminar guerrillas, guerrilleros y sospechosos de apoyarlas; y bajo cuyo régimen supuestamente democrático se creó el sistema de desaparecer matándolos a revolucionarios capturados que el ejército y las policías negaban haberlos apresado. Los segundos, es decir, los ladrones, en estos últimos tiempos están, por cierto, cobrando más presencia. Bastaría con nombrar entre esos ladrones, todos amigos de Estados Unidos, a los cinco o seis últimos presidentes del Perú, a los serviles presidentes Saca de El Salvador y Martinelli de Panamá. Pero por supuesto no son ellos los únicos, porque la lista aumenta sin parar y actualmente hay otros en acción robando.

En otros casos, en la mayoría de ellos, cuando no le fue ya posible a Estados Unidos mantener su farsa de “firme apoyo a la democracia en América Latina” porque nuestros pueblos no se dejaban dominar y mantener reprimidos y silenciados por esos gobiernos serviles al imperialismo, o porque empezaban incluso a rebelarse contra ellos, la línea de Estados Unidos pasaba a ser la de imponer gobiernos dictatoriales apoyados en cualquier pretexto, en general fabricado por ellos mismos, como “la lucha contra el comunismo”. Son muchos, son todos conocidos y no creo que valga la pena detenerse en recordar ahora sus nombres, su entreguismo, sus crímenes y sus fechorías.

La lista de dictadores latinoamericanos impuestos o apoyados por Estados Unidos llenaría unas cuantas páginas. Está al alcance de cualquiera. De modo que me bastará sólo con mencionar a los peores o más conocidos. En la primera mitad del siglo la casi totalidad la forman dictadores caribeños o centroamericanos y algunos del norte de Sudamérica. Son nombres como los del venezolano Juan Vicente Gómez, del cubano Gerardo Machado, del dominicano Rafael Leónidas Trujillo, mejor conocido como “Chapita”, del haitiano François Duvalier, del nicaragüense Anastasio Somoza y una ristra de viejos y criminales dictadores centroamericanos como el salvadoreño Maximiliano Hernández Martínez, el guatemalteco Jorge Ubico, y el hondureño Tiburcio Carías.

Los sucede una nueva generación de tiempos de la Guerra Fría, como el venezolano Marcos Pérez Jiménez, el colombiano Gustavo Rojas Pinilla, el peruano Manuel Odría, el cubano Fulgencio Batista, y los tres sucesivos militares brasileños (Castelo Branco, Costa e Silva y Garrastazu Medici) que empiezan a tecnificar sus crímenes y torturas y a presentarlas, como quiere Estados Unidos, como parte de la defensa de nuestro hemisferio occidental y cristiano contra la amenaza terrible, además de atea y extra continental, representada por el comunismo.

Y la camada que les sigue de inmediato, a partir de los años setenta del pasado siglo, y que se centra en los países del Cono Sur, la constituye una nauseabunda lista de militares genocidas del sur del continente, de países considerados, además de Brasil, como los más desarrollados y civilizados de América Latina: Argentina y Uruguay. Dirigidos por Estados Unidos, formados en la siniestra *Escuela de las Américas*, esos militares están asociados a la guerra a muerte contra todo lo que huele a revolución, democracia, socialismo o comunismo, y apelando a las peores torturas y a los métodos más criminales, ordenan la desaparición y el exterminio de todo disidente, de su familia y de sus hijos.

Estas son auténticas dictaduras genocidas, de corte nazi, las peores que haya conocido y sufrido nuestro continente. Constituyen la obra maestra dictatorial de Estados Unidos que, con la CIA, la *Escuela de las Américas*, los manuales de torturas ensayados en Vietnam y el Plan *Cóndor*, es su promotor y patrocinador. Son la

cumbre de su alianza con lo más podrido y reaccionario de nuestras serviles oligarquías, la cima de su odio feroz contra la democracia, contra la lucha de nuestros pueblos por sus derechos soberanos y contra la libertad de nuestros países. Esos cobardes asesinos tienen nombres: Pinochet, Videla, Massera, Viola, Galtieri, Banzer, Castelo Branco, Costa e Silva, Garrastazu Medici, Bordaberry y otros. Habría que añadirles los nombres de la nueva generación de dictadores guatemaltecos serviles al dominio de Estados Unidos: los genocidas Arana Osorio, Romeo Lucas y Efraín Ríos Montt, todos apoyados en sus crímenes por los presidentes de Estados Unidos Carter y Reagan. Lo común a esta generación de dictadores, protegidos por Estados Unidos, es que tienen el mismo corte brutal, genocida, masacrador de sus propios pueblos y que declaran que lo hacen en nombre de una hipócrita “defensa de la civilización occidental cristiana contra el comunismo”. Quizá lo que valdría la pena decir es que, si se comparan los horrendos crímenes de estas dictaduras genocidas recientes con los de los viejos dictadores bananeros de Centroamérica y el Caribe, éstos quedan reducidos a simples matones artesanales, curiosos, pintorescos, que no le llegan ni por los tobillos a esos verdaderos monstruos que los suceden.

No obstante, más allá de sus diferencias, asociadas a las épocas y contextos en los que alcanzan el poder, comparten algo central que es común a todos ellos y que deriva de quien les brindara apoyo para cometer sus crímenes: el imperio estadounidense. Pues se ha tratado siempre de gobiernos dictatoriales, asesinos de sus propios pueblos, de dictaduras que podían durar años o décadas en el poder, siempre reconocidos y cargados de medallas por el gobierno de Estados Unidos, cualquiera fuese su signo, demócrata o republicano, y que de una vez les guardaba sitio a esos dictadores asesinos para el momento en que, cargados de dinero robado, les tocara tener que huir de sus países para refugiarse en su verdadera “Madre Patria”. Ese fue el caso de Batista. Pero su destino final variaba, porque, aunque varios murieron en sus camas, ya fuese en su país o en un país aliado, otros cayeron en revueltas populares, fueron muertos en golpes de Estado que los derribaron, o al final debieron asesinarlos los mismos imperialistas estadounidenses porque se negaban a dejar el poder cuando la revolución que el Imperio veía venir en sus países



y quería evitar a toda costa, estaba a punto de estallar y se acortaba sin cesar el tiempo de evitarla. Ese fue el caso de Trujillo.

El recurso que debieron aplicar en otros casos, porque estaba a punto de estallar una revolución popular y democrática (que de entrada y sin ninguna excepción, ellos, los Estados Unidos, calificaban sin falta de “comunista”); o peor aún, porque esa temida revolución ya había estallado o logrado llegar al poder, fue dar golpes de Estado derechistas, utilizando para ello a militares cipayos, a los que brindaba todo el apoyo necesario. En los casos de triunfo de esos golpistas de derecha, los resultados fueron variables, porque algunos fueron incruentos, sea por haberse producido de forma inesperada, o porque las fuerzas democráticas que debían enfrentarlos no lo hicieron. Así, en Venezuela, en 1948, el golpe perezjimenista que derrocó al presidente socialdemócrata Rómulo Gallegos fue incruento, porque el partido *Acción Democrática*, dueño del poder, que había contado con enorme votación y tenía apoyo de una amplia militancia, popular, obrera y campesina, no respondió, y sus líderes prefirieron correr a refugiarse en embajadas. Y hubo otros casos parecidos.

Empero, por lo general, sí hubo resistencia. Y en los terribles golpes anticomunistas que se produjeron en la segunda mitad del siglo, el resultado fue un espantoso baño de sangre con una enorme cantidad de muertos del pueblo (también acusados de ser comunistas), mientras a esos militares asesinos y traidores a los intereses de sus pueblos, el Imperio, su promotor, los presentaba como demócratas. No obstante, si por la magnitud de sus crímenes, no resultaban ser muy presentables, el Imperio se limitaba en esos casos, de la manera más hipócrita, a dejarlos hacer su trabajo de carniceros sin alabarlos en público, pero siempre felicitándolos en secreto. Es lo que hicieron Nixon y Kissinger con Pinochet y luego hizo Reagan con los gorilas argentinos. Y es que los mejores ejemplos de esto fueron el golpe que derrocó al gobierno democrático/socialista de Allende, en Chile, en 1973, y el que derrocó en 1976 al peronismo en Argentina. Pero tampoco han sido los únicos, y el golpe derechista que derrocó al presidente venezolano Hugo Chávez en abril de 2002 tenía objetivos similares. Y si no pudo cumplirlos fue porque el pueblo venezolano se lo impidió echándose en masa a las calles, haciendo huir a los golpistas y rescatando a Chávez del secuestro al que había sido sometido.

### 6.3. Invasiones, abiertas o disfrazadas

Y finalmente están las invasiones, siempre por supuesto como recurso extremo una vez agotados los recursos anteriores. Pero es bueno acotar que esto es más válido en tiempos recientes que en épocas anteriores, porque en las primeras décadas del pasado siglo XX, cuando los Estados Unidos acababan de declarar su condición de imperialistas y querían mostrar toda su fuerza tanto a los Imperios europeos rivales a los que intentaban expulsar de Centroamérica y del Caribe como a los países de estas regiones a los que querían someter, el expediente de las invasiones, a la manera de los colonialismos europeos, no necesitaba mucho de agotar pasos y avisos previos. A sus órdenes, los colonialistas europeos del siglo XIX no toleraban nunca una negativa. Al instante venían sus armadas a bloquear los puertos del país americano que había osado oponerse a esas órdenes, a bombardearlo y a exigirle que pagara reparaciones y rindiera humillantes pleitesías a sus banderas. Casi todos nuestros países latinoamericanos vivieron esas duras experiencias.

De modo que los Estados Unidos no iban a ser menos, y armados de su flota, de sus *marines*, de su *Doctrina Monroe* y del *Corolario Roosevelt*, le mostraron al mundo que eran más fuertes, más poderosos y más decididos que los otros a imponer su dominio sobre estos países inferiores que no pagaban sus deudas y no se dejaban dominar. Las invasiones de Estados Unidos contra Cuba, México, República Dominicana, Haití y Nicaragua en las dos primeras décadas del siglo XX dejaron esto absolutamente claro. Y, por cierto, conviene saber que en las invasiones contra República Dominicana y Haití en 1915 no sólo cometieron todo tipo de atropellos contra la población de ambos países, sino que en Santo Domingo asaltaron las aduanas y se robaron los ocho millones de dólares que había en ellas y en Puerto Príncipe asaltaron el Banco Nacional haitiano, rompieron la bóveda con dinamita y se llevaron a Estados Unidos todos los lingotes de oro que encontraron. El poder de los Estados Unidos y la debilidad de nuestros países caribeños eran tales que ambos atracos pasaron como actos naturales y pronto se olvidaron.

Y han sido sólo las invasiones más espaciadas, pero más brutales, de la segunda mitad del siglo XX, las que debiendo enfrentar a

una América Latina más rebelde y más madura, han tenido que cubrir etapas previas y tratar de encontrar justificaciones, siempre tramposas y favorables a sus intereses, pero al menos más elaboradas o más capaces de obtener respaldo de los gobiernos más cobardes o serviles de otros países latinoamericanos. La invasión que acabó con la Revolución guatemalteca en 1954 actuó disfrazada de rebeldía interna porque Estados Unidos, su protagonista, no quería asumir abiertamente ese protagonismo. Lo mismo sucedió en 1961 con la invasión de la gusanera cubana de Miami contra la Revolución socialista cubana encabezada por Fidel Castro, en la que la hipocresía del presidente Kennedy hizo que la invasión, preparada desde Miami, Guatemala y Honduras, se disfrazara de patriótica rebelión cubana y en la que los aviones norteamericanos que participaron con los invasores en el ataque a *Bahía de Cochinos* se hicieron pasar por cubanos y se les pintaron las siglas de la fuerza aérea de la isla. En la brutal invasión de República Dominicana en 1965, que tuvieron que hacer con sus *marines*, trataron de encontrar el apoyo mayoritario de la complaciente OEA para poder justificarla en nombre de lo que luego se llamó *Doctrina Johnson*. En la invasión en 1983 de la pequeña isla de Grenada, que el presidente Reagan había calificado de amenaza contra el poder estadounidense, los *marines* que la invadieron y los aviones norteamericanos que la bombardearon, se justificaron en nombre de la lucha contra la presencia del comunismo cubano, que estaba ayudando a la isla y construyendo un aeropuerto que los grenadinos necesitaban para su comercio. En la monstruosa invasión de Panamá en 1989, en la que destruyeron barrios enteros de la capital panameña con miles de panameños muertos, la justificación de la invasión a la que dieron el nombre de *Causa Justa*, se basó en el sórdido pasado de Noriega, el “hombre fuerte” panameño; y también debieron conseguir, por supuesto después de llevarla a cabo, el necesario apoyo de la OEA, que para disimular hizo cierta resistencia pero que al final cedió porque no en balde es el Ministerio de Colonias de Estados Unidos.

Pero, atención, las que acabo de mencionar no son las únicas invasiones imperiales recientes que Estados Unidos ha llevado y sigue llevando a cabo contra nuestros países. Y no lo son porque además de ellas ha efectuado, y efectúa, invasiones de otro tipo. Las que acabo de mencionar son de claro corte político-militar,

cuyo objetivo, abierto o disfrazado, ha sido aplastar brutalmente mediante intervención armada de sus tropas, de sus *marines*, revoluciones populares que habían triunfado o estaban a punto de producirse en alguno de nuestros países. O, simplemente, porque querían derrocar gobiernos que de algún modo se resistían a su dominio. En tal caso, para justificar esas invasiones, les bastaba con calificarlos de dictaduras y asegurar que estaban bajo dominio comunista. Estas otras, en cambio, que en general son más recientes, no se dirigen a derrocar gobiernos, sino que se producen con la aceptación pasiva o forzada de estos últimos, o sin que esos gobiernos puedan hacer otra cosa que defenderse de acusaciones que Estados Unidos les hace sin tener base para ello.

Estas intervenciones son de dos tipos y se basan en políticas aprobadas por los Estados Unidos con incidencia sobre todo el planeta, del que ellos se consideran los amos, y cuyo objetivo supuestamente es defenderse de posibles amenazas que los afectarían y que se estarían originando en cualquier país del mundo. En este caso, el que ahora me interesa, se trata de países latinoamericanos. Me refiero a lo que el gobierno imperial de Estados Unidos llama “*la lucha contra las drogas*” y “*la lucha contra el terrorismo*”. De manera que en este simpático planeta en que vivimos, Estados Unidos, con la arraigada hipocresía puritana que lo caracteriza, que es a un tiempo el principal terrorista, el creador, financista y protector de las organizaciones terroristas más brutales y asesinas del planeta, el primer consumidor de drogas y el país más asociado al tráfico de éstas, pretende venderle al mundo a expensas nuestras, y de otros países y pueblos amenazados por él, su imagen falsa de enemigo del terrorismo que él mismo crea y protege y de enemigo del tráfico de drogas que su población consume y con el que se enriquecen sus traficantes, sus bancos y su propia oligarquía gobernante.

Para su acomodaticia y ambigua lucha contra las drogas, Estados Unidos, que es su principal consumidor, cuenta como siempre con la inefable CIA, el organismo criminal más perdurable y asesino de la historia (después de la Inquisición cristiana, que duró siete siglos), y en especial para este caso, con la *DEA*, (*Drug Enforcement Administration*), que, pese a ser más joven y tener menos poder que la CIA, compite con ella en lo tocante a corrupción, secuestros y mentiras. Resultaría muy largo y estaría fuera de los objetivos de este

ensayo tratar de resumir la tan larga y rica como hipócrita relación de Estados Unidos con el alcohol y con la droga. Lo que importa señalar ahora es cómo, después de más de medio siglo de moverse entre el consumo y abuso de las drogas y la hipócrita prohibición del alcohol y de éstas, el país imperial decide tomar algunas medidas radicales en cuanto a la droga. Lo hace al constatar dos cosas que estaban estrechamente asociadas. La primera de ellas, que el consumo de drogas rebasaba los límites de la clase dominante, del mundo de Hollywood, de la música, y de la clase media más rica, pues se había expandido en forma acelerada a las grandes masas de la población, y sobre todo a los jóvenes, lo que generaba inquietud en el país. Y la segunda, que las drogas más difundidas y populares eran la marihuana y sobre todo la cocaína, una y otra procedentes de América Latina, porque su mercado casi exclusivo y cómplice era (y es) Estados Unidos.

Así, enfrentándolas juntas se podía matar dos pájaros de un tiro. Por un lado, tratar de reducir en cierto grado la drogadicción masiva, en especial juvenil, en el país, para calmar esa inquietud. Y, sobre todo, por el otro, aumentar su injerencia directa en América Latina aprovechando las ventajas que para el Imperio significaba imponer a nuestros países una intervención económica, política y militar que los gobiernos latinoamericanos tendrían que aceptar porque se la presentaba como “humanitaria” y porque esas invasiones no serían invasiones militares sino invasiones amistosas, producto de acuerdos establecidos por ellos con esos gobiernos para “ayudarlos en el combate contra la droga”.

Estos acuerdos los impuso Estados Unidos desde la década de los setenta del siglo pasado. Y para su mayor suerte, los países latinoamericanos más implicados en la producción y venta clandestina de marihuana y sobre todo de cocaína eran Colombia, Perú, Bolivia y Ecuador, y también México, de los cuales los sudamericanos tenían severas crisis políticas y fuertes movimientos guerrilleros, a los que el gobierno estadounidense acusó a un tiempo de ser comunistas y narcotraficantes. De modo que no eran sólo dos sino varios pájaros los que Estados Unidos contaba con matar de un sólo tiro.

Y si el proyecto les falló en gran parte fue porque el consumo de droga en su país era imparable, dadas las complicidades internas y el peso de los poderosos intereses asociados a ella, y porque en lo

exterior hubo también culpa de la *DEA*. Ésta había sido creada en 1973 a partir de la *BNDD*, la *Oficina de narcóticos y drogas peligrosas*, que el gobierno estadounidense debió disolver por corrupta. La *DEA* recibió un poder enorme e intervino en casi toda América Latina con el acuerdo de los correspondientes gobiernos latinoamericanos. La tentación resultó demasiado grande, porque las cifras del narcotráfico eran enormes y el poder de la *DEA* facilitó su rápida corrupción. Se apropió de enormes volúmenes de droga decomisada y la introdujo de contrabando en los Estados Unidos aprovechando sus nexos con las mafias locales y las estadounidenses. Llegó a acuerdos con traficantes. Capturó, secuestró e hizo tratos secretos con gobiernos implicados en la droga, chantajeó a individuos poderosos para sacarles dinero; y los *Documentos de Santa Fe*, que el gobierno de Estados Unidos no logró mantener secretos, revelaron que Estados Unidos se proponía “*usar la lucha contra el narcotráfico para fortalecer su presencia militar en países de América Latina y para financiar grupos paramilitares*”. El resultado fue que las denuncias contra la actividad delictiva de la *DEA* empezaron a hacerse públicas y frecuentes. Varios gobiernos latinoamericanos reaccionaron. Unos se limitaron a hacer inútiles llamados de atención, pero al menos otros la enfrentaron. Así, en 2005 el gobierno venezolano encabezado por Hugo Chávez echó a la *DEA* de Venezuela acusándola con toda razón de ser ella misma un *trust* de la droga. Y en 2008 hizo lo mismo el gobierno de Evo Morales en Bolivia. De todas formas, aunque desprestigiada, la *DEA* continúa actuando de manera arrogante y corrompida en buena parte de nuestros dóciles países.

La falsa lucha de Estados Unidos contra el terrorismo ha resultado aún más cínica y más criminal. Se requeriría un grueso libro para resumir, sin entrar en demasiados detalles escabrosos, la estrecha relación de ese país a lo largo del último siglo con el terrorismo, con los grupos terroristas más brutales y con un alto porcentaje de los crímenes más monstruosos cometidos contra la humanidad.

Me conformo con referirme en este terreno sólo al último medio siglo. Y en cuanto a esto me limito apenas a mencionar tres temas claves:

El primero, algunos de sus bombardeos terroristas: las dos bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945, la

guerra bacteriológica contra Corea del norte y contra China entre 1950 y 1952, el *napalm* y el agente naranja lanzado por miles de toneladas contra Vietnam, Laos y Camboya entre 1964 y 1975, la guerra bacteriológica contra Cuba en décadas pasadas, el bombardeo de los barrios de Panamá en 1989 y el genocidio del pueblo iraquí, bombardeado con uranio empobrecido y fósforo blanco a lo largo de dos décadas; el segundo, la creación y financiamiento de organizaciones terroristas. Menciono algunas de ellas: la CIA, madre de todas; los talibanes; *Al Qaeda* y sus derivados como *Al Nusra* y otros, y sobre todo el *Daesh* o *Isis*. Todo esto sin olvidar el colmo de su hipocresía y de su doble discurso al respecto. Porque, dado que estos grupos se les han ido de las manos, Estados Unidos, que a veces se ve forzado a combatirlos o a denunciarlos, se aprovecha de ello para presentarse como potencia enemiga del terrorismo; y el tercero, cómo, a partir de lo anterior, ese país criminal no sólo osa presentarse como enemigo del terrorismo, contra el cual estaría en guerra, sino que organiza reuniones “antiterroristas” con gobiernos serviles e indignos sometidos a su dominio y practicantes también de un terrorismo similar, caso de Colombia, para acusar de terroristas a países como Venezuela, que no se someten a ese dominio y a los que se amenaza con bombardeos e invasiones.

Esto que acabo de resumir no es más que un recuento breve, incompleto y apresurado de lo que Estados Unidos (apoyado por nuestras oligarquías cómplices, cobardes y serviles) ha hecho en este último siglo y medio en nuestra América Latina. Esta es la obra política y militar de ese país agresor, racista y criminal, dispuesto a dominar el mundo por la fuerza, decidido a mantener sujeto como dé lugar a este continente nuestro. Esta es la obra militar y política de ese ladrón de riquezas ajenas y destructor de pueblos y países, de ese asesino serial que ya nada tiene que envidiarle a los crímenes de los nazis, que ha ido dejando detrás de sus agresiones, invasiones, bombardeos, golpes de Estado, guerras y destrucción de países un reguero de millones de muertos y que disfraza todos sus crímenes y agresiones de “lucha por imponer la libertad y la democracia”. Una pseudo democracia empañada de racismo y xenofobia como es la suya, convertida además hoy en la dictadura interna del 1% más rico sobre el resto de su población. Esa es la obra política y militar de Estados Unidos en nuestra América Latina, la criminal

obra de la que no hablan sus medios, obra asesina y ladrona que se oculta y disfraza tras un incesante bombardeo mediático y propagandístico (prensa, radio, TV, iglesias, redes, cine). Bombardeo dirigido a engañar nos y a mantenernos distraídos, embrutecidos e ignorantes, por obra de sus indetenibles mentiras, sus silencios interesados, sus falsas noticias, y por los tantos otros recursos distractivos en los que sus medios de manipulación informativa son auténticos maestros.

#### 6.4. Revueltas y revoluciones. Dominio económico y cultural

Ahora bien, es claro que no todo ha sido resignación y sujeción pasiva, aunque también las ha habido por períodos. Es obvio que ha habido respuesta de nuestros pueblos, pueblos valientes que no se cansan nunca de luchar y, con ellos, de algunos gobiernos dignos que también hemos tenido en este largo y violento siglo XX. Porque esos pueblos rebeldes, hartos de la explotación, y esos gobiernos patriotas dispuestos a cambiar las cosas, decididos a ser libres, han sabido responder a la imposición permanente, a la larga secuencia de atropellos, de crímenes, de golpes de Estado de dictaduras e invasiones armadas que el imperialismo estadounidense ha impuesto a nuestros pueblos y países para convertirlos en dóciles satélites y saquear nuestras riquezas.

De modo que además de protestas, revueltas y estallidos populares, ha habido también revoluciones, y varias de ellas han marcado con su huella el siglo XX, desde el comienzo hasta el final. Al menos cinco de ellas merecen ser mencionadas, ya sea por su importancia, o por su duración, sus alcances y el apoyo que lograron de sus pueblos. Apoyo que, en los casos en que aún siguen vivas, se mantiene. Se trata de las revoluciones mexicana, cubana, chilena, sandinista y bolivariana. La mexicana, que estalla en 1911, es la primera, la del multitudinario proceso popular que sacudió por varias décadas a México y a buena parte de nuestro continente, y que, aunque agotada y traicionada después de esas décadas de cambios, sigue siendo una importante referencia. La revolución cubana, que triunfa en 1959, que se mantiene viva y en plena lucha, y que es la más profunda de todas,



la que transformó estructuralmente a la sociedad cubana, enfrentó y venció al imperialismo estadounidense, y que desde entonces ha incidido sobre toda América Latina y sobre sus luchas y esperanzas. La chilena, un breve, arriesgado y esperanzador intento de hacer triunfar en Chile el socialismo por vía pacífica, y que fue muy pronto ahogado en sangre por la previsible alianza criminal del Imperio estadounidense y la sanguinaria derecha chilena, civil y militar. La sandinista, que en 1978 libera a Nicaragua de la dictadura entreguista y asesina de Somoza, que fue esperanza renovadora en los setenta y ochenta del pasado siglo y que, aunque bastante maltrecha y lejos de la frescura creativa originaria, sobrevive con esperanzas de poder recuperarla. Y, por último, la revolución bolivariana, que triunfa electoralmente en Venezuela en 1998, que, suscitando un enorme apoyo popular de alcances latinoamericanos, genera grandes cambios a favor del pueblo y que en medio de la crisis que hoy soporta, lucha por sobrevivir en medio del acoso causado por la permanente y criminal agresión estadounidense.

Y si me limito aquí sólo a mencionarlas es únicamente porque examinarlas en detalle exigiría un estudio muy extenso que escapa por completo al concreto objetivo de este modesto y ya largo ensayo<sup>40</sup>.

En cambio, sí debo examinar con cierto detalle los recursos, distintos a la represión, a la violencia directa y al control de nuestras principales riquezas, de que el imperialismo neocolonialista de Estados Unidos se ha valido para mantener y reforzar su profundo y cotidiano dominio neocolonial sobre nuestros pueblos. Pues también es sabido que sólo con represión no se sostiene ningún sistema de dominio. Y eso los imperialistas estadounidenses lo saben muy bien. Ellos siempre hablan de ganarse "*las mentes y los corazones*" de los pueblos a los que explotan. De modo que además de lo que ya

---

<sup>40</sup> A lo largo de todo este ensayo insisto en que nuestros países siguen sometidos al colonialismo que en el siglo XX es el dominio neocolonial del imperialismo estadounidense. Y esa es la realidad de nuestros países. Pero debe tenerse en cuenta que, de todas las revoluciones latinoamericanas de ese siglo, la Revolución cubana, al precio de verse acosada por agresiones, amenazas y bloqueos de todo tipo, ha sido la única en lograr expulsar al capitalismo estadounidense de su territorio, en derrotarlo, y en liberar a Cuba de su dominio colonial.

hemos examinado en términos de poder militar, violencia armada y saqueo de nuestras principales riquezas, ese poder norteamericano se ha basado también en dominio económico cotidiano (ese que parece ya normal) y en creciente dominio cultural, igualmente asimilado como natural dado su carácter cotidiano. Ambos aspectos han sido y son claves, se muestran a menudo como rasgos de progreso, tal como se hacía en el siglo XIX, y se lo hace ahora con más fuerza. Todo esto sin olvidar que en las críticas y denuncias usuales que las izquierdas revolucionarias hacen de ese dominio imperial, estos temas, esenciales como son, suelen ser subestimados y hasta ignorados por completo.

Es que el dominio imperial no se ha reducido sólo a violencia. Si así fuera, ese dominio habría resultado insostenible y nuestros pueblos se habrían rebelado todos contra él. Las violentas y militares han sido las formas extremas, que impone el Imperio con brutalidad por medio de invasiones y golpes de Estado, pero también con la complicidad abierta o solapada de las oligarquías serviles que nos gobiernan y con la pasividad de una parte no desdeñable de nuestros pueblos, en general impreparados, desorganizados, manipulados y embrutecidos. Y eso sin olvidar tampoco el tema de nuestra dispersión, de nuestra ausencia de unidad, porque cuando uno de nuestros países hermanos se rebela, los otros callan, miran hacia otro lado, o actúan como cómplices del Imperio. Y cuando a alguno de ellos, de los indiferentes o cómplices de antes, le llega luego el momento de rebelarse, entonces al anterior rebelde, ahora derrotado y sometido, le toca junto con los otros, con los gobiernos serviles de siempre, hacer ahora el papel de indiferente o de indigno cómplice del imperialismo.

Así pues, la otra dimensión fundamental del dominio del imperialismo estadounidense sobre nuestros países, que en el fondo es la principal, la que conforma el denso y solapado tejido que la alimenta y la mantiene, es la que se centra en lo económico ordinario, y más aún, en lo cultural. Es esa doble dominación, económica y cultural, la que llega al fondo de nuestras sociedades. La una, imponiéndonos tanto modelos como productos económicos que acabamos aceptando, que se vuelven cotidianos y que nos atan a ese dominio hasta en los menores detalles. La otra, la más directamente cultural es la que, en beneficio propio, esto es, del Imperio y de sus planes de dominio, penetra, recrea y pudre lo mejor de nuestras culturas, la que quiebra

nuestra soberanía, la que nos va imponiendo, sobre todo por medio de sus poderosos medios, los patrones y los valores económicos, sociales y más directamente culturales de su cultura dominante, patrones de egoísmo, individualismo ciego y moderna violencia cotidiana. De esta manera, teniendo como sólida base de apoyo nuestra situación de dependencia y el peso de su poder y de sus intereses sobre nuestras sociedades, su cultura neocolonizadora y sus formas de vida se han ido convirtiendo progresiva y aceleradamente en componentes aceptados, cotidianos y usuales de las vidas nuestras, haciendo en buena parte de ellas imitaciones serviles o pobres caricaturas de las suyas.

Dicho de otro modo, ese tejido múltiple y omnipresente en que el Imperio nos envuelve, hace que su dominación, sin que nos demos cuenta, como sucede en muchos casos, o porque se prefiere aceptarla, como sucede en otros (y eso es usual en la clase media y en la más rica), se vaya volviendo parte estructural de nuestras sociedades, de nuestras culturas y de nuestras vidas cotidianas. Es eso lo que nos hace tan difícil entender que, sin subestimar en absoluto la importancia de cotidianos discursos antiimperialistas sobre liberación, independencia y socialismo, resulta imposible que logremos esos objetivos que nos son propuestos, si al mismo tiempo, y como parte de esa misma lucha, no vamos rompiendo ese tejido que es el verdadero sostén de nuestra dependencia y de nuestra sujeción neocolonial a ese Imperio. Porque, desnudando ahora el fondo de lo que proclaman a menudo sus teóricos, Estados Unidos no se contenta con imponernos su dominio militar, político y económico, sino que, para mantenerlo y para convertirlo en dominio cultural, necesita hacer lo que está haciendo: descomponer y disolver socialmente nuestras sociedades, “ablandando para ello nuestras mentes y pudriendo nuestros corazones”.

## 6.5. Un ejemplo: la penetración económica y cultural en Venezuela

Para dar más fuerza a los argumentos que he venido exponiendo, desearía mostrar un ejemplo claro y concreto de esa imposición económica y cultural estadounidense sobre nuestros países, que ha sido sin duda más fuerte y penetrante en algunos de ellos que en otros.

De modo que, para simplificar las cosas deseo escoger uno de esos ejemplos extremos. Examinaré entonces la penetración económica y cultural de Estados Unidos en la Venezuela del recién terminado siglo XX; penetración que ha sido descomunal y omniabarcante y que, a fin de cuentas, como venezolano que soy, es la que mejor conozco.

Más allá de posibles antecedentes remotos que nunca faltan, la penetración económica y cultural de Estados Unidos en Venezuela se inicia justo poco antes de comenzar el siglo XX. De modo que es importante tener así sea una rápida idea de lo que, en esos planos, económico y cultural, era para ese entonces Venezuela.

No creo exagerado afirmar que, pese a ciertos cambios y modificaciones no sustanciales experimentados a lo largo del siglo XIX, la herencia colonial española propia de la sociedad venezolana se mantenía viva a fines de ese siglo. Para ese entonces, Venezuela seguía siendo una sociedad tradicional, preindustrial, pobre y atrasada. Su población, mestiza, marcada por profundas desigualdades sociales y por no superados componentes racistas, era sobre todo campesina y analfabeta. Había unas pocas ciudades más o menos grandes, pero los núcleos urbanos eran casi todos pueblos pequeños y tradicionales. Las carreteras eran escasas y deficientes. Había varios ferrocarriles, lujosos y de trayectos limitados, pero cuya costosa y casi inútil construcción había dejado arruinado al país. A ello habían contribuido también la cultura de puertos y las políticas económicas liberales impuestas por la oligarquía dominante, que sólo beneficiaban a la poderosa e industrializada Gran Bretaña y a otros países europeos. Las élites urbanas, tan minoritarias como ricas, eran cultas y admiraban a Europa, mientras entre el pueblo el analfabetismo imperaba por doquier lo mismo que el dominio de la atrasada y conservadora Iglesia católica. Ni la Independencia ni la clase dominante que la aprovechó y ejerció luego el poder a lo largo de todo el siglo intentaron resolver los graves problemas sociales, de injusticia, desigualdad y de miseria y enfermedades que oprimían al pueblo. Éste, rebelde como era, sobre todo los llaneros, luchó por sus derechos en sucesivas rebeliones que no tuvieron éxito y que, como era inevitable, contribuyeron también a la ruina del país.

Y es importante recordar también algo anotado al comienzo: el colonialismo español, colonialismo total o totalizante, hizo a su manera a nuestros pueblos y a nuestros países involucrándose en todos

los aspectos de la vida: política, economía, lenguaje, religión, estructuras sociales, modelos de convivencia. El neocolonialismo británico, en cambio, se limitó en general a lo económico y en cierta medida a lo político, sin injerir demasiado en lo demás porque no trató de imponer sus modelos culturales y religiosos limitándose, con sus bancos y sus casas comerciales, a controlar comercio y aduanas. Y a sacar ventaja de tratados comerciales y cláusulas de libre navegación y de nación más favorecida para hacer llegar sus mercancías a todo el territorio. Y si la élite del país recibió influencia inglesa fue porque le era necesaria, pero esa influencia no pasó de puertos y ciudades costeras, y apenas provocó grandes cambios en la vida y conducta de los pueblos del interior. Sin olvidar tampoco que, a diferencia de otros países como Argentina y Uruguay, no fue Inglaterra la que ejerció mayor influencia cultural sobre las élites ricas de la Venezuela del siglo XIX sino Francia, porque esas élites intentaron por todas las formas de copiar e imitar esa cultura, consumiendo y celebrando desde sus vinos y perfumes hasta su ópera y su teatro. Esa es la sociedad con la que se encuentra a fin de siglo el capital imperialista estadounidense.

Venezuela tiene poco interés para Estados Unidos en el siglo XIX. Es un país caribeño algo lejano, demasiado pobre, que vive en constante revolución, al cual prácticamente exportan sólo harinas y algunos muebles y al que después de su Guerra de Secesión ofrecen ex esclavos negros que al gobierno venezolano no interesan. Empero, los puertos y ríos de Venezuela están abiertos a su comercio, y se producen algunas reclamaciones suyas por súbditos estadounidenses que se involucran en esos conflictos internos y salen perjudicados. El único problema territorial importante es que Estados Unidos quiere apoderarse de las Islas de Aves, algo que, con mucha paciencia y haciendo varias concesiones, Venezuela logra al fin evitar. A fines de siglo, en 1895, cuando Estados Unidos resucita la *Doctrina Monroe*, Venezuela, acosada por los avances de Gran Bretaña sobre el territorio venezolano de la Guayana esequiba y por la ambición inglesa de apoderarse de las minas de oro de El Callao y de las bocas del Orinoco, apela al país norteamericano para que, en nombre de esa doctrina, la ayude a frenar la agresiva política imperial británica<sup>41</sup>.

---

<sup>41</sup> Sobre el tema de las relaciones diplomáticas entre Venezuela y Estados Unidos en el siglo XIX hay dos textos excelentes, bien escritos, rigurosos en su examen

Estados Unidos lo logra en parte y, apoyado en la simpatía que su mediación suscita entre los venezolanos, inicia su proceso de instalar empresas norteamericanas en el territorio del país. La primera es la llamada *Empresa del Asfalto*, la *New York and Bermudez Company*, que se instala en el actual estado Sucre, y a la cual acompaña una empresa minera, la *Orinoco Company*, interesada en explotar un hierro del que se supone existen importantes reservas en el territorio oriental venezolano. La *Empresa del Asfalto* causa el primer enfrentamiento entre el agresivo, explotador y arrogante capital estadounidense, que inicia su expansión imperialista sobre nuestro país, y el gobierno nacionalista venezolano de Cipriano Castro, que ha llegado al poder en 1898. Este conflicto dura una década, en la que Castro se enfrenta a diversas amenazas imperiales extranjeras: el bloqueo de Venezuela por barcos ingleses, alemanes e italianos; la mal llamada *Revolución Libertadora*, financiada y armada por los países imperialistas agresores de Venezuela; la política de Francia, dueña del *Cable Francés*, que trata de impedir al gobierno de Castro enviar mensajes telegráficos para enfrentar a la “*Libertadora*”. Castro los derrota y termina rompiendo relaciones con todos los gobiernos europeos implicados y con el de Estados Unidos, que se ha puesto a la cabeza de la agresión imperialista contra el país. Para derrocar a Castro, Estados Unidos se gana al vicepresidente Juan Vicente Gómez y lo apoya para encabezar el golpe de estado incruento con el que en diciembre de 1908 Gómez se hace con el poder.

El gobierno de Gómez, pronto convertido en férrea dictadura complaciente con Estados Unidos, durará hasta su muerte en diciembre de 1935. Así, desde su llegada al poder las cosas empiezan a cambiar a favor de Estados Unidos. Pero por lo pronto el poder

---

del tema y apoyados en las fuentes correspondientes: el de Benjamin Frankel, *Venezuela y los Estados Unidos, 1810-1888*, editado por la Fundación Boulton, Caracas, 1977, y el de Armando Rojas, *Historia de las relaciones diplomáticas entre Venezuela y los Estados Unidos, 1810-1899*, editado por la Presidencia de la República de Venezuela, Caracas, 1979. De los dos, el de Frankel tiende a embellecer un poco las relaciones y examina para ello las opiniones de las clases dominantes de ambos países. El de Rojas es más objetivo, más circunscrito al tema (y también más completo porque llega hasta 1899). De cualquier manera, ambos son extremadamente útiles.

e influencia económica más grandes sobre Venezuela los ejerce Inglaterra, seguida por Alemania y luego por Francia. Estados Unidos es el recién llegado. Su influencia y poder político y económico sólo se irán imponiendo en forma lenta a lo largo de las décadas siguientes, en las que irá desplazando a los alemanes y luego a los británicos. De todos modos, las inversiones norteamericanas se dirigen por lo pronto al petróleo, porque se ha descubierto petróleo en Venezuela y ha empezado la generosa repartición de concesiones petroleras. Las principales y mejores las obtiene la *Royal Dutch Shell*, la gran petrolera anglo-holandesa. Inglaterra controla además casas comerciales, comercio, ferrocarriles, bancos y diversos negocios. Alemania está metida en ferrocarriles y en el productivo negocio del café. Francia sigue teniendo hegemonía en temas culturales, en modas femeninas, perfumería, joyas, ropas de lujo, vinos, y también en ferrocarriles.

El papel de Estados Unidos en la Primera guerra mundial contribuye a que aumente su influencia, pero ésta ha debido y sigue debiendo competir con otros bancos, casas comerciales y empresas extranjeras ya arraigadas en el país, como el *Royal Bank of Canadá*, *H.L. Boulton*, *Blohm*, y *Hellmund*, que se cuentan entre las más antiguas; *Breuer Moller*, que controla el café; *Boccardo y Cía*; y varias otras, menores, en las que incluso hay capital venezolano, como son *Santana Hermanos*, y *Calixto León y Compañía*.

Es claro que desde la década de los veinte del siglo pasado lo principal para la economía venezolana es el auge del petróleo, que a fines de esa década desplaza al café como principal producto y principal fuente de ingresos del país. Éste, convertido desde 1928 en segundo productor mundial de petróleo, empieza así a salir de su tradicional pobreza, aunque por supuesto los principales beneficiarios de esa nueva riqueza son las empresas petroleras extranjeras y la minoría representada por la clase dominante comercial y burocrática asociada a la dictadura gomecista. La gran empresa petrolera de Rockefeller en el país, la *Standard Oil de Venezuela*, subsidiaria de la *Standard Oil de New Jersey*, compra varias petroleras inglesas, redacta a petición de Gómez los contratos de las petroleras gringas con el gobierno del país, compra el sindicato *Creole*, y en 1928, junto con otra empresa del grupo, la *Lago Petroleum Corporation*, se funde con la *Creole*. De la fusión de las tres empresas, *Standard*, *Lago* y *Creole*, surge

la *Creole Petroleum Corporation*, y para mediados de los años treinta esa enorme corporación se ha convertido en la principal empresa petrolera de Venezuela y en la primera productora de petróleo a nivel mundial<sup>42</sup>.

Ese enorme poder petrolero sigue creciendo en las décadas siguientes, incluso después del fin de la dictadura de Gómez. Buena parte de nuestro territorio se va llenando de campos petroleros en los que los obreros criollos son discriminados y despreciados por los racistas norteamericanos que se han hecho sus dueños. Las cifras de la producción y exportación de petróleo crecen; y es el petróleo, en manos extranjeras, el que va a marcar el crecimiento y rumbo de la economía venezolana y de sus principales transformaciones socioeconómicas y culturales. Y es también la base y punto de partida de la penetración del capital de Estados Unidos en toda la economía y sociedad

---

<sup>42</sup> Para la redacción de este corto resumen relativo a la penetración del capitalismo estadounidense en la economía y en la cultura venezolanas a lo largo del siglo XX, me he apoyado en varios textos. En primer lugar, en el notable ensayo de José Malavé, *Una ilusión de modernidad. Los negocios de Estados Unidos en Venezuela durante la primera mitad del siglo veinte*, IESA, Caracas, 2013, que es uno de los pocos estudios que conozco que hace un examen realmente minucioso de ese proceso, no sólo citando empresas y grupos comerciales, sino prestando debida atención a la incidencia cultural de esa penetración estadounidense. Por cierto, a menudo el texto de Malavé se apoya, con provecho, en fuentes estadounidenses que son extremadamente útiles y que también he tenido oportunidad de consultar. Se trata de las obras de P. L. Bell, James H. Collins, Judith Ewell, y Stephen Rabe, citadas en la Bibliografía. En tal sentido he seguido la secuencia de su acertada exposición y utilizado muchos de sus valiosos datos. Pero también me he servido de otros textos de parecida utilidad, como la *Antropología del petróleo*, de Rodolfo Quintero, notable estudio reeditado por el BCV; como el segundo y tercer tomo (*El rey petróleo y La oligarquía del dinero*) de la exhaustiva y valiosa obra *Capital y Desarrollo*, de Domingo Alberto Rangel; y como los importantes libros de: Armando Córdoba, *Inversiones extranjeras y subdesarrollo. El modelo primario exportador imperialista*, UCV, Caracas, 1973; Orlando Araujo, *La industrialización en Venezuela*, dos estudios reeditados por el BCV, Caracas, 2010; Miguel Ignacio Purroy, *Estado e industrialización en Venezuela*, Vadell Hermanos, Valencia, 1982; y el más reciente de Miguel Tinker Salas, *Una herencia que perdura. Petróleo, cultura y sociedad en Venezuela*. Editorial Galac, Caracas, 2014. Todo ello sin olvidar por supuesto las extraordinarias obras teatrales de César Rengifo, en las que se recrean en forma brillante aspectos claves de eso que Rodolfo Quintero llamó en otra de sus obras *La cultura del petróleo*.



venezolanas. Empero, lo que me interesa aquí no es la economía petrolera, ya ampliamente estudiada, sino la creciente penetración colonizadora de ese capital estadounidense en nuestra sociedad, en sus formas de vida y sus expresiones culturales. Dejo por eso de lado las referencias al petróleo y a su papel y me centro a partir de ahora en el examen de esa penetración, consecuencia suya, tema que pese a su enorme importancia ha sido menos analizado en los estudios de nuestra economía y nuestra sociedad durante el pasado siglo XX.

Ya desde la década de los veinte, años de la gran prosperidad estadounidense, viendo que la producción petrolera venezolana entraba en franco crecimiento, la idea que domina al agresivo capital imperial norteamericano es aumentar y diversificar su presencia en distintas ramas de esa prometedora economía. Así, son numerosas las empresas de Estados Unidos que empiezan a diversificar su actividad participando directamente en el comercio con Venezuela. Exportan diversos productos para consumo interno del país, dirigidos primero a ciudadanos suyos involucrados en la industria petrolera, pero pronto los dirigen también a grupos venezolanos de nuevos ricos y nueva clase media, que empiezan a consumir esos productos, y se les hacen pronto indispensables.

Se crea así la base para que esas empresas, y otras que siguen, se instalen en el país contando con un mercado que debe crecer al ritmo del auge del petróleo y de su capacidad para ganar ese mercado atrayendo nuevos consumidores venezolanos. Ese proceso se ve afectado por la crisis de 1929, pero ésta no afecta demasiado a Venezuela, que exporta petróleo (Gómez paga la deuda externa en 1930) y desde mediados de los treinta, años que coinciden con su muerte, el proceso se reanuda y se recupera en el resto de la década y en la década siguiente. Aunque también la Segunda guerra mundial obliga a Estados Unidos a realizar diversos ajustes, de que se aprovechan algunos empresarios, tanto estadounidenses ya instalados en Venezuela, como venezolanos asociados a intereses norteamericanos.

Sin entrar en demasiados detalles, me limitaré a citar en forma breve ciertos hechos importantes que marcaron de algún modo ese proceso. Aumenta la producción petrolera, crecen la burocracia estatal y la cifra de empresas, las ciudades empiezan a crecer también y a modernizarse en ciertos planos. También comienzan a aparecer

en ellas rasgos importados e importantes de modernidad. En ese proceso destacan varios empresarios estadounidenses, pues como era de suponer, algunos empresarios norteamericanos con visión comercial y sentido de la oportunidad se aprovecharon de las condiciones existentes para hacerse ricos y en otros casos para emparentar con familias estadounidenses ya ricas instaladas en Venezuela. Los casos son conocidos, pero vale la pena recordarlos.

Uno de ellos, el más antiguo, es William Phelps. Por su profesión de ornitólogo, como coleccionista de aves tropicales, Phelps se instala desde temprano en Venezuela, en Caracas, se hace luego asesor de empresas estadounidenses y crea el famoso *Almacén americano*. Para los años veinte, éste es ya una referencia comercial caraqueña que vende en el país los primeros electrodomésticos de Estados Unidos recién llegados a Venezuela. En 1930, en el primer piso del *Almacén americano*, instala la *Broadcasting Caracas*, primera radio “venezolana”, que se convierte en 1935 en *Radio Caracas radio* y luego, décadas más tarde, en *Radio Caracas TV*. Esa radio, temprana iniciadora de la penetración mediática estadounidense, difunde noticias y promociona lo que vende Phelps: las máquinas de coser *Singer*, los productos y radios de la *RCA*, las máquinas de escribir *Underwood*, las neveras *Frigidaire* y sobre todo los automóviles *Ford*. Nada menos. Total, como bien dice Judith Ewell, citada por Malavé: “Con el favor de los gobiernos de Estados Unidos y Venezuela, Phelps hizo de estos modestos comienzos un imperio industrial y comercial que convirtió a la familia Phelps en una de las más acaudaladas de Venezuela hacia los años cincuenta”<sup>43</sup>.

Como se ve, en las décadas de los veinte y los treinta, mientras crecen las cifras de la producción petrolera, van llegando a Venezuela, siempre de la mano de los Estados Unidos, convertidos en símbolo del progreso (aún no se habla de modernidad), la prensa moderna, la radio y la aviación. Y mientras en el deteriorado y abandonado campo aumentan la pobreza, la miseria y la migración hacia las ciudades, en éstas, las minorías ricas o acomodadas se acostumbran pronto a los automóviles, los radios, los almacenes comerciales, las neveras, los tocadiscos y las máquinas de escribir, todos de factura

---

<sup>43</sup> Malavé, op. cit., p. 59.

y marcas estadounidenses. Los Estados Unidos empiezan así a apoderarse de las mentes y los corazones de la oligarquía venezolana. Y eso va a ser el comienzo de un amor eterno.

En los treinta y cuarenta, años de crisis y de guerra para Estados Unidos, la importancia del petróleo sigue en ascenso y las cifras así lo muestran. El gobierno de López Contreras, que sucede a Gómez, firma en diciembre de 1939 un deplorable *Tratado de reciprocidad comercial* entre Venezuela y Estados Unidos que recrea en términos más sutiles el modelo del viejo *Tratado comercial* con Gran Bretaña, aún vigente para ese entonces. El *Tratado* establece una aparente reciprocidad comercial entre ambos países reduciendo al mínimo los aranceles que debe pagar Venezuela por exportar “su” petróleo a Estados Unidos mientras Estados Unidos queda casi exento de pagar aranceles por exportar a Venezuela una lista de diversos productos manufacturados. Dos detalles ocultos revelan quién se beneficia y quién se perjudica de esta falsa igualdad. Venezuela sólo exporta petróleo, orquídeas y sarrapia a Estados Unidos mientras éstos exportan a Venezuela cerca de un centenar de productos. Además, el petróleo que exporta Venezuela **no es venezolano**. Pertenece a la *Creole* y a otras empresas estadounidenses, que son las que se benefician del acuerdo, en tanto que la lista de productos manufacturados gringos de libre ingreso a Venezuela le impide a ésta desarrollar una industria manufacturera propia. El igualitario *Tratado* sólo fue denunciado y suprimido en 1972.

Aunque limitado por remanentes gomecistas, el gobierno siguiente, el de Medina, es de corte nacionalista y busca ampliar la participación del Estado venezolano en la industria petrolera. No obstante, otorga nuevas concesiones. Por su parte, para eludir los submarinos alemanes que infestan el Caribe, Estados Unidos instala más empresas ligeras en el país. Aumenta así su peso comercial e industrial en Venezuela incrementando el consumo y aumentando sus ganancias. También empresarios venezolanos con iniciativa empresarial y sentido de la oportunidad pueden aprovechar ese contexto de dificultades de importación, y con apoyo estatal hacer crecer sus empresas. Es el caso de Eugenio Mendoza.

Mendoza comienza su carrera empresarial al inicio de los treinta vendiendo artículos de ferretería. Se da cuenta al morir

Gómez de que con la prosperidad petrolera la industria más urgente en esa Venezuela es la de la construcción, pues cada vez se requieren más casas, calles, puertos, puentes y carreteras. Pasa a la venta de materiales de construcción y establece pronto vínculos con el Estado, cuyo Departamento de Obras Públicas se ha convertido en el principal constructor del país. Al llegar la Guerra y dificultarse importar esos materiales desde Estados Unidos, Mendoza, que ya es rico, aprovecha su conexión con el gobierno y logra hacerse nombrar Ministro de Fomento, lo que le garantiza que parte de la importación del Ministerio de Obras Públicas llegue a su empresa. Para 1944, ésta es la principal empresa del ramo. Y algo más tarde, en 1947, Mendoza se garantiza nuevas y mayores ganancias al crear la empresa *Vencemos*, productora de cemento. Como dice Domingo Alberto Rangel, Mendoza, imitador venezolano exitoso y creativo del modelo productivo estadounidense, es un claro producto de la Venezuela del petróleo<sup>44</sup>.

Terminada la Guerra en 1945, con Estados Unidos convertido en la primera potencia política, económica y militar del mundo, su interés no sólo petrolero en Venezuela se incrementa. En lo petrolero busca aumentar la producción, controlarla y obtener nuevas concesiones. En lo político y militar atar a América Latina a su política anticomunista de Guerra Fría, mediante bases militares, tratados, diplomáticos espías y misiones militares asesoras. En lo económico, busca aumentar su control del creciente mercado venezolano instalando nuevas industrias, fomentando el consumo de nuevos productos, modernizando la producción y la ventada los mismos e invadiendo nuevos terrenos hasta entonces no cubiertos, como los de la pesca, la agricultura y la ganadería. Y por supuesto, en lo cultural, diversificar los medios de comunicación e incrementar su difusión y su poder. La prensa, el cine, la radio y pronto la televisión serán los instrumentos principales para difundir los usos y valores estadounidenses. En esta forma, el control de mentes y corazones se va extendiendo también a las capas medias y populares. Y en parte hasta a los campesinos.

Los Rockefeller, dueños de la principal empresa petrolera, la *Creole*, que es la más grande del país, son los promotores de estos

---

<sup>44</sup> Cf. Domingo Alberto Rangel, *La oligarquía del dinero*, capítulo III, Mendoza, un imperio personal, *passim*.

nuevos proyectos. Uno de ellos, algo anterior, de 1939, es la construcción de un hotel de calidad en Caracas. Será el hermoso *Hotel Ávila*; y Nelson Rockefeller, que preside la *Creole*, trae dos técnicos, empleados suyos, que pronto se convierten en ricos y poderosos empresarios. Son Peter Bottome y William Coles. Bottome llega a Venezuela en 1939 para supervisar la construcción del hotel. En 1942 se casa con Margot Boulton, rica heredera de la familia Boulton, lo que le facilita emprender luego proyectos empresariales, como crear una empresa de inversión, y fundar en 1947 la *Bolsa de Caracas*. Coles se encarga de la construcción del hotel *Ávila*, se convierte en su presidente, y luego se involucra en otros planes de Rockefeller.

Éste viene a Caracas en 1947, cuando el poder en Venezuela lo ejerce la Junta de Gobierno que ha derrocado a Medina. La Junta la encabeza su amigo Rómulo Betancourt. Los medios venezolanos acogen con gran simpatía a Rockefeller, el cual trae un proyecto de inversiones en el país. Betancourt declara de inmediato que apoya ese proyecto porque desde su llegada al poder ha sido uno de sus promotores. Y Rockefeller ha venido a Caracas como invitado del gobierno.

El plan de Rockefeller es de gran envergadura. Lo explica con lujo de detalles a la prensa y en reuniones con la recién creada Corporación Venezolana de Fomento. El objetivo central y más publicitado de su plan es diversificar y modernizar la economía venezolana invirtiendo capitales y tecnología estadounidenses en la agricultura, la pesca y la ganadería. Ese objetivo se acompaña de otro igualmente importante, aunque algo menos publicitado: involucrarse en la explotación del hierro de Guayana que ya ha iniciado el poderoso grupo Morgan. Para poner en marcha el plan agropecuario, Rockefeller ha creado una Corporación: la *Venezuelan Basic Economic Corporation (VBEC)*, que sería filial de su empresa matriz norteamericana: la *International Basic Economic Corporation (IBEC)*. Y para la explotación del hierro guayanés cuenta con una empresa minera: la *Bethlehem Steel Corporation*. Y algo importante en cuanto al plan agropecuario es que la IBEC, como explica Rockefeller, pondrá la mitad de los recursos y la CVF el otro 50%, pero será la IBEC la que tenga el control de todas las empresas que se creen hasta que éstas logren sus objetivos, lo que tendría por límite diez años pues sólo para entonces pondría en venta sus acciones a objeto de que empresarios

venezolanos interesados en ellas pudiesen adquirirlas. La explotación del hierro, en cambio, es asunto exclusivo de la *Bethlehem Steel* y en ello no tiene ninguna cabida la participación venezolana<sup>45</sup>.

El plan se puso en marcha de inmediato, en 1947. Se creó la empresa *Productora Agropecuaria C.A. (PACA)* que estableció fincas agrícolas y ganaderas en varios estados de Venezuela, fincas de miles de hectáreas para cuya creación hubo que desalojar a campesinos y a pequeños productores agrarios. Las principales fincas fueron la hacienda *Monte Sacro* en Carabobo, dedicada a producción agrícola y a crianza de ganado de raza, la finca *Palo Gordo* en Portuguesa, para cultivo de arroz y crianza de ganado, la finca *Mata de Bárbara* en Barinas, para crianza de ganado. Varias de ellas debieron enfrentar problemas climáticos y terminaron cerrando, como una empresa avícola y fincas dedicadas sólo a la agricultura, siendo las más exitosas las dedicadas a la ganadería.

En Puerto La Cruz se creó *Pesquerías Caribe C.A. (PESCA)*, empresa mayorista de pescado, pero diversos problemas la hicieron fracasar. En cambio, tuvieron éxito inmediato las empresas dedicadas a la industria láctea, tanto de leche en polvo como pasteurizada conservada en cajas de cartón parafinado. Ejemplo de ello fueron *INLACA (Industria Láctea de Carabobo)* instalada en Valencia, e *ILAPECA, (Industrias Lácteas de Perijá)*, instalada en el Zulia. Y se logró establecer también una industria enlatadora de pescado y otra de harina de pescado.

El negocio más exitoso y perdurable fue el de los supermercados. En los años siguientes a 1948 se instalaron más de dos decenas en el país. La Corporación que se encargó de esto fue *CADA (Compañía Anónima Distribuidora de Alimentos)* y se empezó por Maracaibo, centro de la industria petrolera, trayendo de Estados Unidos alimentos, en pulpa, refrigerados o enlatados, para la numerosa colonia

---

<sup>45</sup> Para el Plan de Rockefeller me baso en José Rivas Rivas, *Historia gráfica de Venezuela*, tomo 3, pp. 152-154; Oscar Battaglini, *El Betancourismo*, pp. 79-86, que hace un excelente análisis y se apoya en muchas importantes referencias de prensa; en José Malavé, *Una ilusión de modernidad*, pp. 85-90, que hace una buena exposición, completa, bien fundada y minuciosa; y en el *Diccionario de Historia de Venezuela* editado por la Fundación Polar, tomo 3, pp. 965-966, que contiene una corta y clara síntesis del Plan y de sus resultados.

estadounidense. Y poco después *CADA* hizo extensivo el sistema a toda la población venezolana, creando esa red de más de veinte supermercados provistos con productos cada vez más diversos. Tras un corto período de indecisión ante la novedad que eso significaba, los supermercados *CADA* se impusieron y cambiaron los usos de compra y consumo de víveres, productos frescos y enlatados, de los venezolanos.

Queda claro que este no era un Plan neutro y generoso sino un Plan de dominación o, si se prefiere, de modernización colonizadora controlada por el capital norteamericano y por sus intereses. La cara gentil del proyecto, que intentaba modernizar el campo, por supuesto, desalojando campesinos y sin promover una reforma agraria, servía para ocultar la otra cara, la aún menos gentil, la de controlar, junto con la producción de petróleo, la del hierro. Y esa creación de gustos y modernización del consumo para darle un aspecto estadounidense al país tenía un objetivo claramente colonizador desde el punto de vista tanto económico como cultural.

En ese proyecto imperial, Coles juega un papel importante. Fue vicepresidente de la *VBEC*, fundó un escritorio jurídico, participó en fincas ganaderas, en la creación de *Mavesa*, la *Lavandería Lav-O-Mat*, la fábrica de jabón *Las llaves* y creó el *Caracas Journal* en 1945, rebautizado como *Daily Journal* en 1955. Su tarea era colonizar, esto es, difundir la cultura de Estados Unidos y promover sus negocios<sup>46</sup>.

En esos años, de fines de los cuarenta e inicios de los cincuenta, se instala *Sears*, otra empresa norteamericana clave, en Caracas, en 1950, y aparecen nuevos medios. Antes, en educación y enseñanza

---

<sup>46</sup> Judith Ewell, citada por Malavé, pp. 89-90, muestra el destacado papel desempeñado en este sentido por el *Caracas Journal*, luego *Daily Journal*. Su comité ejecutivo lo formaban empresarios estadounidenses radicados en Venezuela y el periódico solía involucrarse en la política venezolana. En 1955 le aconsejó al ministro del Trabajo que no aprobara la semana laboral de cinco días porque encarecía los costos y porque “los venezolanos no estaban preparados para tanta comodidad”. Y cuando pequeños comerciantes venezolanos se quejaron de no poder competir con *Sears*, opinó que en ese caso se trataba sólo de la “supervivencia del más apto”. Pero más adelante defendió a *Sudamtex*, industria textil norteamericana, que pedía protección ante la llegada masiva de productos textiles japoneses que eran mucho más baratos.

del inglés estadounidense, se ha creado en Caracas, en 1941, el *Centro Venezolano Americano*. En la radio, desde 1943, la *Creole* ha creado *El Reporter Esso* y una década después, con la temprana llegada de la televisión, en 1952, lo convierte en *El Observador Creole*, mientras en la radio sigue manteniendo *El Reporter Esso*. Como fuentes primordiales de noticias e información, uno y otro van a ser cuidadosos y eficientes modelos de sesgada información *yankee*, de Guerra Fría, y de creciente incidencia cultural.

La plenitud del dominio político, militar, económico y cultural sobre Venezuela lo alcanza Estados Unidos en la década de los cincuenta, década de la dictadura militar de Pérez Jiménez. La relación entre las petroleras, empezando por la principal, la *Creole*, y el gobierno perezjimenista se hace inmejorable. Para Estados Unidos, Venezuela se convierte en uno de sus mercados preferidos. Sus empresas y organismos se mueven por doquier y gozan de todas las ventajas. La subordinación militar y política del país a Estados Unidos es absoluta y su penetración económica y cultural se hace cada vez mayor, aunque Pérez Jiménez, en medio de su servil entreguismo a Estados Unidos, desarrolla ciertas políticas de corte nacionalista, como crear una Petroquímica y una Siderúrgica.

Se produce una suerte de pseudo desarrollo industrial que amplía lo trazado en el *Plan Rockefeller*. Aparecen muchas nuevas empresas, norteamericanas en su aplastante mayoría, y muchas otras que pasan por venezolanas, pero que son sólo ensambladoras o filiales de empresas de Estados Unidos y que de ellos importan las materias primas porque, debido al *Tratado de reciprocidad comercial* vigente, éstas les resultan más baratas que las que podrían obtener del país. Florecen, pues, las empresas *yankees* y sus filiales nacionales, se diversifican los productos, crece en importancia el papel de la prensa, las radios, las revistas (*Mecánica Popular*, *Selecciones del Reader's Digest*, y otras), del cine y se inicia el protagonismo de la televisión. A las empresas venezolanas, por su escasa preparación y su débil tecnología, les resulta imposible competir con las empresas gringas y su superioridad técnica. El mejor ejemplo de esto es el caso de *Sears*. Los pequeños y medianos empresarios criollos no podían competir con ese monstruo comercial y tecnológico, ni con su diversidad de productos, su forma de captar clientes y sus técnicas de venta.



Otro ejemplo es el de la inmensa cantidad y diversidad de productos norteamericanos de consumo que se fueron imponiendo desde entonces hasta copar todo el mercado: jabones, pastas dentales, alimentos (*queso Kraft*, lechuga americana, hongos, manzanas, peras, uvas, jugos de frutas *Libby*), cosméticos, ropas, zapatos y vestidos de hombre y de mujer<sup>47</sup>.

Pero además de los alimentos también tienen papel central las bebidas. En Venezuela hasta entonces las bebidas tradicionales eran café negro, guarapo, chicha, *kolas* y en raras ocasiones jugos. Y las alcohólicas eran vino francés y *cognac* para las clases ricas; y para las otras, clases medias y populares, la cerveza, el miche, el ron y el cocuy. Pero la invasión modernizadora de productos estadounidenses transforma todo eso. En forma rápida vino y *cognac* son desplazados en las clases ricas y medias por el whisky, importado de Gran Bretaña o Estados Unidos; y en cuanto a las bebidas no alcohólicas, llegan desde los años cuarenta las gaseosas *yankees* embotelladas. De ellas la principal es *Coca Cola*. Empero, en Venezuela la que se impone es *Pepsicola*, después de una violenta batalla mafiosa en la que el empresario Diego Cisneros expulsa a *Coca Cola* e impone su bebida, igualmente estadounidense, de la que ha logrado antes la franquicia. Todo eso tiene incidencia cultural, porque modifica usos cotidianos, vestido, modas, y patrones alimenticios y alcohólicos de consumo de la mayor parte de los venezolanos.

En otra dimensión, más exactamente cultural, tienen incidencia diversos organismos creados en esos mismos años en Venezuela como el *Centro Venezolano Americano* con sus cursos de inglés y su preparación de los cursantes venezolanos, por lo general jóvenes, para que asimilen la cultura y los valores estadounidenses. Lo mismo ocurre con la *YMCA*, con los *Boy scouts* y *Girls scouts*, y con diversos cursos, clubes y programas familiares. Y sin olvidar por supuesto a *Venamcham*, *Cámara Venezolano-Americana de Comercio*, dirigida a controlar éste y a promover la formación de cuadros empresariales dentro de los patrones comerciales y administrativos gringos<sup>48</sup>.

<sup>47</sup> Cf. Malavé, op. cit., passim, en especial p. 95.

<sup>48</sup> *Ibíd.*

La década siguiente, la de los sesenta, luego de la caída de la dictadura perezjimenista, es bastante conflictiva. Es la década de la Revolución cubana, y en Venezuela hay luchas populares contra sus gobiernos de derecha, cómplices del poder imperial de Estados Unidos. Pero eso no impide el aumento de la injerencia político-económica de éstos. La lista de empresas crece y la penetración sigue en aumento, amparada en esa ficticia y peculiar industrialización sustitutiva de importaciones que en lugar de reducir la influencia de los Estados Unidos la incrementa. Como de modo inmejorable dice Orlando Araujo en el minucioso y denso estudio crítico que hace en 1964 de esa industrialización:

*“Los jugos no van a ser de frutas criollas sino de frutas importadas en forma de papilla; se importa el tabaco rubio para los pocos cigarrillos que se fabrican en el país; se importa la madera para los muebles, el cuero para el calzado, las fibras para los textiles y la melaza y el mosto para los licores. En este sentido, la industria se acomoda no sólo a un desajuste estructural, sino al marco institucional comercialista, puesto que aprovecha las ventajas que, para tales importaciones, le ofrece la lista N° 1 del Convenio comercial con los Estados Unidos. Se trata así de una industria artificial importadora, desligada de todo nexo con los recursos naturales disponibles, verdadera flor de invernadero, propia de una economía rentista”<sup>49</sup>.*

Para finales de los sesenta la lista de la *Secretaría de Comercio de Estados Unidos* que cita y reproduce parcialmente Rodolfo Quintero en su *Antropología del petróleo*, revela su dominio total de nuestra economía y del proceso sustitutivo de importaciones que se ha venido produciendo con el apoyo de los gobiernos venezolanos de entonces. La economía venezolana tiene de todo: alimentos, bebidas, bienes de consumo, bienes intermedios, metalmecánica, comercio, repuestos, automóviles, cauchos, seguros. Pero todas las empresas están asociadas con capital estadounidense o son filiales o franquicias suyas.

---

<sup>49</sup> Orlando Araujo, *La industrialización de Venezuela. Caracterización histórica de la industrialización de Venezuela*. Reedición en la Biblioteca del Pensamiento Económico, del BCV. Caracas, 2010, pp. 42-43.

Hay algunos capitalistas venezolanos muy ricos, y familias que crean suertes de imperios comerciales o industriales, pero todos están subordinados también al capital imperialista estadounidense o son sus representantes en el país. Y no intentan salir de esa subordinación. La lista que reproduce Rodolfo Quintero incluye 391 empresas. Cito sólo algunas, todas representativas.

Varias empresas vienen del *Plan Rockefeller* y tienen como empresa matriz a *IBEC*. Son estas: *Cada*, *Monte Sacro*, *Reproductora Avícola*, *Narfams*, *Distribuidora de productos lácteos*, *Automercado Centro comercial San Bernardino*, *Industrias Integradas*, *Inlaca*, *La India*, *Procafé de Venezuela* y *Todos C.A.*, de Maracaibo.

Figuran *Coca Cola*, *Diablitos Underwood*, *Chiclet's Adams*, *Productos Quaker*, *Alimentos Kellogs*, *Alimentos Kraft*, *Savoy*, *Avon cosmetics*, *Colgate Palmolive*; los hoteles *Humboldt*, *Sheraton*, *Macuto Sheraton*; la *General Motors*, la *General Electric de Venezuela*, la *General Telephone and Electronics de Venezuela*.

También *Johnson & Johnson de Venezuela*, *IBM de Venezuela*, *Hewlett Packard de Venezuela*, *Monsanto de Venezuela*, *The Reader's Digest of Venezuela*, *Kodak de Venezuela*, *Chrysler de Venezuela*, *Goodyear de Venezuela*, *Burroughs de Venezuela*, *Reynolds aluminium de Venezuela*, *Valvoline Oil Company de Venezuela*.

Igualmente están *Sears Roebuck de Venezuela*, *Procter and Gamble de Venezuela*, *Union Carbide de Venezuela*, *Pinco Pittsburgh de Venezuela*, *Sherwin Williams de Venezuela*, *Plásticos Venoco*, *Westinghouse Electric Company*, *Dupont de Venezuela*, *Cartón de Venezuela*, *Celanese venezolana*, *Sudamtex de Venezuela*, y diversas empresas aseguradoras como *Seguros Venezuela, C.A.*, y *Corretaje de Seguros*. También *Gas Ávila*, *Mavesa*, *Finalven*, y hasta la *Pastelería Vienesa*. Y por supuesto, la guinda de la torta, pues no podían faltar en esta lista las televisoras *Radio Caracas TV*, *de los Phelps* y *Venezolana de Televisión S.A. (Venevisión)*, de Diego Cisneros<sup>50</sup>.

En esos años 60, para enfrentar a la Revolución cubana, Estados Unidos lanza su *Alianza para el Progreso* que, dados los parámetros en que se basaba, tenía que fracasar. En Venezuela el Grupo Cisneros sigue creciendo. En 1960 Diego Cisneros ha comprado

<sup>50</sup> Cf. Quintero, Rodolfo. *Antropología del petróleo*, ed. cit., pp. 145-160.

*Televisa*, la televisora estatal, quebrada y en huelga, la convierte en *Venevisión*, televisora transnacional, de claro corte estadounidense, con participación de cubanos anticastristas y asociada a la *American Broadcasting Company de Nueva York*. Poco más tarde, *Venevisión* se inaugura con un acto masivo de alcance internacional<sup>51</sup>.

Los norteamericanos continúan imponiendo sus prácticas de mercadeo y finanzas. El *IESA* se crea en 1965. El prestigio de la gerencia estadounidense es enorme. Por su parte, *Sears* impone sus patrones de venta y promoción, seduciendo a los clientes con créditos y ofertas engañosas en precios de sus artículos en venta y *shows* como “*Jefe por nueve días*”.

Desde fines de los 60 hay situación conflictiva para el poder burgués en América Latina: los *hippies*, el *rock*, la rebelión juvenil, el mayo francés. Crece el pensamiento crítico en las universidades, y hasta en la conservadora Iglesia católica prende y cobra fuerza la *teología de la liberación*<sup>52</sup>.

Lo principal de los años setenta en Venezuela, visto desde el tema que analizo, el de la injerencia del capital estadounidense en el país, es lo que se refiere a la nacionalización venezolana de las industrias petrolera y del hierro, ambas en poder de Estados Unidos. Se trata de un reclamo que venía cobrando forma en el país desde décadas anteriores. El presidente Pérez, que ha lanzado un tramposo y falso programa nacionalista (*La Gran Venezuela*), el cual le sirve para ocultar los derroches y robos escandalosos que él y la camarilla que lo rodea vienen llevando a cabo contra los intereses y el patrimonio nacionales, asume la tarea de “nacionalizar” las dos industrias: la petrolera y la del hierro.

Todo termina en una farsa que estaba ya acordada. Pérez lo arregla todo a favor de las empresas gringas y en contra de Venezuela. Paga 750 millones a las empresas por la chatarra de infraestructura petrolera que le dejan al país, se les paga una indemnización de 4.300 millones por haberlo saqueado, pues han recuperado con creces, con

---

<sup>51</sup> Cf. Sant Roz, José. *Gustavo Cisneros, una falacia global*. Kariña Editores. Mérida, Venezuela, pp. 150-153.

<sup>52</sup> En ese contexto se produce el viaje de Nelson Rockefeller por América Latina en 1969. A su regreso, Rockefeller da cuenta de estos peligros al presidente estadounidense Nixon y sugiere algunas medidas que analizo luego y que tienen que ver con la expansión del protestantismo en nuestro continente.

sus enormes ganancias, sus envejecidas inversiones. Pérez autoriza la creación de empresas mixtas en las que las corporaciones *yankees* tendrán el control y prácticamente las deja al frente de la industria. El Departamento de Estado, las empresas petroleras y la gran prensa estadounidense celebran jubilosamente “la madurez y generosidad del gobierno venezolano”<sup>53</sup>.

En el caso del hierro, Pérez hace lo mismo. Con igual aprobación gringa, negocia en forma casi solapada con las dos empresas *yankees* que lo explotan: la *Orinoco Mining Co.* (de la *U.S. Steel Corporation*, de la banca Morgan) y la *Iron Mines Co.* (de la *Bethlehem Steel Corporation*, de Rockefeller). Así, a unas empresas que han recuperado con creces sus inversiones, acuerda pagarles más de 500 millones de dólares. Las dos empresas seguirán operando en el país manteniendo porcentajes de ganancias brutas y asesorando, es decir, dirigiendo, a la Corporación Venezolana de Guayana.

En esos años setenta, el Grupo Cisneros, heredado por Gustavo, hijo del fundador, criado y formado en Estados Unidos, asociado al imperialismo estadounidense, casado con la hija de William Phelps, e íntimo amigo de Pérez, socio de sus negocios, sigue creciendo. Ya es un grupo transnacional. Acuerda con Rockefeller comprarle todas sus empresas venezolanas, es decir, CADA y las otras de la IBEC-VBEC. Compra Sears, que tiene problemas, y la convierte en Maxys. Compra empresas en España, en Chile y en Miami, se expande a Estados Unidos, se apodera de terrenos nacionales, controla bancos que utiliza para eludir impuestos, lavar dinero de dudoso origen y ampliar sus empresas. Se lo sospecha metido en negocios de droga, produce telenovelas, promociona concursos de belleza, vende cursilería y escándalo, y se va apropiando de todo el mundo venezolano de la información y el entretenimiento<sup>54</sup>.

En los ochenta la hegemonía estadounidense se mantiene y se refuerza en sus otras inversiones y lo único que empieza a afectarlas es que luego del criminal derroche que caracteriza al gobierno corrupto de Pérez, se inicia la crisis de la economía venezolana. Y el gobierno siguiente “enfía la economía” y comienza el proceso, que

<sup>53</sup> Cf. Battaglini, *Ascenso y caída del puntofijismo*, ed. cit., pp. 145-150.

<sup>54</sup> Sant Roz, op. cit., passim y pp. 191-192.

pronto se va haciendo indetenible, de incremento de la inflación y la pobreza y de devaluación de la moneda.

Empero, en medio de su ambigua nacionalización, *PDVSA*, la empresa petrolera venezolana, se caracteriza por el peso de las empresas mixtas, el pago de bajos impuestos al país, y el entreguismo al capital transnacional. Dirigida por una supuesta elite criolla, la empresa sigue generando grandes ganancias que eluden al Estado venezolano, el cual es legalmente su dueño. El ambiente se prepara para una privatización. Las inversiones en otros campos empiezan a sentir la crisis y a tomar medidas para eludirla. Algunas empresas cierran o se van del país.

En los ochenta y noventa el Estado aplica políticas neoliberales, lo que acentúa la crisis, la protesta, la desigualdad y la pobreza. Se reestructuran empresas, hay fusiones, se imponen las multinacionales *yankees* y europeas, sobre todo españolas. Para beneficiar a esas empresas el Estado privatiza empresas estatales claves y ellas las adquieren, casos del agua, la luz, el gas, la banca, la aviación y las telecomunicaciones.

La inversión de Estados Unidos, que ha crecido en medio de la crisis, se concentra en productos electrónicos, químicos, automóviles, maquinaria, drogas, y servicios, sobre todo banca y telecomunicaciones, y hasta en comercio al detal, caso de los *MacDonald's*, entonces de moda por doquier, del *Kentucky Fried Chicken*, de las *pizzas* de Cisneros, y de otras.

Algunos grupos venezolanos se expanden al exterior, se internacionalizan, como Cisneros, que está a la cabeza de una enorme empresa multinacional metida en todo tipo de negocios, que tiene ramificaciones por toda América Latina, Estados Unidos y Europa. También intentaron hacerlo otras empresas como *Corimón* y *Mavesa*, que terminaron fracasando o conformándose con éxitos modestos<sup>55</sup>.

Una nueva forma de penetración de compañías de Estados Unidos se hizo mediante las franquicias. En Venezuela, que las conocía desde tiempos de Rockefeller, Estados Unidos hizo uso intensivo de las franquicias. Aparecen y se desarrollan en la telefonía celular y en los negocios de Internet. Y se inicia además la televisión por cable<sup>56</sup>.

---

<sup>55</sup> Malavé, op. cit., p. 117.

<sup>56</sup> Ibid, p. 118.

Por supuesto, todo esto controlado por Estados Unidos, incrementa su poder mediático, comunicacional y su influencia sobre todas las manifestaciones culturales asociadas a estos cambios. Para el fin de los noventa hay crisis política y problemas económicos. Pero en lo esencial el cuadro económico es el mismo, dominado por las empresas norteamericanas, con la presencia en ciertas áreas de empresas españolas. En el campo mediático, de información, entretenimiento, TV, cable y telecomunicaciones el dominio de Estados Unidos es absoluto y su influencia sobre lo cultural sigue siendo enorme. Es más, ese inmenso poder mediático, lo hace más poderoso porque llega a todo el conjunto de la población.

Aunque mi objetivo fue sólo ofrecer una rápida panorámica del proceso de injerencia y dominio neocolonial de los Estados Unidos sobre Venezuela a lo largo del siglo XX, para detenerme allí, los cambios políticos ocurridos en el país a partir de 1999, cuando con el triunfo de Hugo Chávez llega al poder el Movimiento bolivariano, me obligan a referirme brevemente al menos a la primera década del siglo actual y a dar aunque sea una corta idea de cómo y en qué medida ha incidido ese poder bolivariano sobre el dominio socio-económico y cultural que ejerce Estados Unidos en nuestro país. Eso sí, debo aclarar de una vez que será un examen breve e incompleto, porque no es tarea de este ensayo; y que me limitaré a señalar apenas unos aspectos importantes. Y tiene que ser así porque lo que sigue, es decir, la última parte del ensayo, está justamente dirigido a mostrar, esta vez sí en detalle, cómo esa herencia colonial, reforzada y enriquecida por el dominio imperial estadounidense, continúa viva; cómo ha penetrado nuestra cotidianidad; cómo resulta cada vez más peligrosa para nuestra soberanía; y cómo y por qué convertir su denuncia diaria en parte integral de nuestra lucha cotidiana por la independencia, la liberación y la soberanía, es hoy requisito indispensable para que esa lucha se profundice, avance y cobre fuerza.

Con Chávez se produce un importante cambio político, llega al poder un gobierno popular, al servicio del pueblo, que rescata PDVSA y la industria petrolera, que usa el petróleo para impulsar el crecimiento del país y sobre todo para el mejoramiento de las duras condiciones de vida del pueblo.

En lo político, muestra su independencia con respecto a Estados Unidos, rechaza su injerencia y se atreve a denunciar sus crímenes. Pero el petróleo se vende sobre todo a Estados Unidos, donde se mantienen empresas venezolanas, lo cual conforma una cierta dependencia y significa una delicada relación que debe atenderse y tiene límites. También en lo político y en lo militar se inicia una estrecha relación con Rusia y una firme amistad con China cuyos préstamos y exportaciones a Venezuela crecen, lo mismo que sus compras de petróleo. Todo esto es muy positivo para Venezuela porque rescata soberanía política y limita la injerencia gringa. Empero, desde el punto de vista de esa injerencia se manifiestan fallas, tanto en lo económico como en lo cultural, dos campos esenciales en los que esa injerencia tiene un peso enorme.

La tensión económica empieza temprano. Muchas empresas estadounidenses y criollas que son sus filiales empiezan a irse del país y emigran a países vecinos. Pero hay crecimiento y planes internos de desarrollo. Empero, no se transforman las relaciones de producción y el Estado sigue entregando dólares a empresarios parásitos que los acumulan en el exterior y no producen. Y hasta puede decirse que, como ocurriera ya otras veces, los logros petroleros, que han hecho subir mucho el precio del petróleo, comienzan a perjudicar los planes de crecimiento interno, sobre todo de desarrollo tecnológico, agrícola y pecuario, porque se los descuida y las importaciones empiezan a aumentar.

El país crece, la balanza comercial es favorable, el ingreso nacional aumenta; y eso, dado que hay insuficiencia de controles y demasiada confianza en la honestidad de todos, civiles y militares, facilita la corrupción. Y lo más grave es que los planes de crecimiento interno se descuidan aprovechando la bonanza petrolera. Esto constituía una peligrosa realidad que no podía durar mucho, sobre todo la inestable y contradictoria relación con Estados Unidos. Esa Venezuela chavista, que gracias a Chávez tiene un enorme prestigio en América Latina y el mundo, que ayuda a otros países, critica y denuncia a Estados Unidos, se traza como objetivo el socialismo, promociona y empieza a dar forma orgánica a la idea de Patria Grande de Bolívar, es solidaria con el mundo entero y hasta con la población pobre estadounidense, no puede ser para Estados Unidos sino un pésimo ejemplo y un enemigo peligroso. Y cuando se decide a enfrentar el peligro que para su dominio imperial representa esa



Venezuela como modelo, y así lo declara, entonces se ve que el país no estaba preparado para ese enfrentamiento.

En medio de este cuadro muere Chávez, y aunque hasta ahora no ha sido posible probarlo, no es descartable que haya sido asesinado por la *CIA*. Se cae brutalmente el ingreso petrolero. Estalla la crisis económica y en medio de ella el presidente estadounidense declara en 2015 que Venezuela “*es una amenaza inusual y extraordinaria para la seguridad de los Estados Unidos*”. La oposición venezolana, financiada por Estados Unidos y servidora de sus intereses, alimenta la crisis mediante constantes provocaciones, sabotajes y planes terroristas. El nuevo gobierno de Venezuela encuentra dificultades serias para enfrentar ese complejo cuadro. Por lo pronto no acaba de definir políticas claras en esa difícil situación, con lo que la crisis aumenta; y para agravarla, el Imperio pone en marcha una guerra económica contra el país. En eso está Venezuela, cada vez más amenazada, aunque parece que por fin se han empezado a diseñar y a poner en práctica proyectos y planes estatales y comunitarios para producir y crear industrias, lo que inevitablemente toma tiempo.

Pero en cuanto a lo cultural, terreno fundamental de la penetración estadounidense, la situación, sin que se lo note porque está asimilada, no hace sino agravarse. Ciertamente se ha creado *Telesur*, que representa una revolución mediática y cultural para América Latina, pero en los canales y medios venezolanos no hay de hecho ningún cambio. La penetración mediática y cultural estadounidense se agrava no sólo porque la clase media venezolana es cada vez más un instrumento servil de penetración de la cultura *yankee* sino porque mientras las empresas de Estados Unidos se han reducido en cierta parte, su penetración mediática y propiamente cultural, por el contrario, no ha hecho sino crecer penetrando cada vez más los valores, usos y vida cotidiana de la mayor parte del pueblo. Pueblo, y hasta líderes en muchos casos, que mientras denuncian con toda honestidad al imperialismo al que quieren enfrentar, no se dan cuenta de que por obra de los medios y de tantos criterios y costumbres corrientes impuestos por la dominación estadounidense (y en parte también por el descuido del proceso bolivariano en enfrentarlos), ocurre que, en su vida cotidiana, en sus ideas más corrientes y en buena parte de sus costumbres, se encuentran sujetos sin darse cuenta a ese dominio.



## PARTE VII

# LO QUE PERVIVE DE ESTOS CINCO SIGLOS DE COLONIAJE. ALGUNAS PROPUESTAS RELATIVAS AL TEMA CENTRAL DE SALIR DE LA COLONIA

Voy pues en lo que sigue, para dar fin a este ensayo, a señalar lo que en mi opinión sobrevive de nuestra herencia colonial y a examinar la forma en que ésta se ha reforzado como producto de la injerencia política, socioeconómica y sobre todo cultural que ha ejercido Estados Unidos sobre nuestro continente.

Veamos entonces:

### 7.1. La mentalidad de colonizados

Seguimos teniendo mentalidad de colonizados.

Esa mentalidad, impuesta por la colonia española, no superada por la independencia y reforzada desde el siglo XIX por nuestras sucesivas dependencias de Inglaterra, Francia y Estados Unidos sigue, como era de esperarse, viva y coleando en nuestros sometidos países. Es la mentalidad que impera en nuestras clases dominantes, siempre servidoras de poderosos países coloniales que nos explotan, fundamentalmente de Estados Unidos; clases dominantes que, a la manera del Esaú bíblico, venden siempre sus derechos de primogenitura y ni siquiera los venden por un plato de lentejas sino por las escasas sobras que quedan en el plato. Porque la insaciable voracidad de los neocolonialistas que nos dominan quiere siempre quedarse con todo, plato, derechos y lentejas juntos, y nuestras serviles clases dominantes lo aceptan así sin siquiera rechistar.

Y no sólo lo aceptan, sino que tratan por todos los medios a su alcance de difundir esa mentalidad y de imponérsela al resto de las clases sociales de nuestros países, no sólo a la inefable clase media, colonizada hasta la médula y orgullosa de serlo, que es la primera en compartirla

y en hacerla suya, sino también a grandes sectores empobrecidos de nuestros pueblos, también manipulados por esa perversa ideología, y por esa suerte de arraigado y lamentable complejo de inferioridad que le es inculcado a diario por la obra combinada de rutina cotidiana, familia, escuela, religión y medios.

Se mantiene en nuestros países el viejo culto colonialista de que todo lo extranjero, todo lo que nos llega procedente de los países ricos y desarrollados es mejor que lo nuestro, y la idea de que nuestros países deben aceptar que sea siempre así porque tal como afirmaban los ideólogos y políticos liberales de nuestras clases dominantes durante el siglo XIX, nuestro destino era y sería siempre el de producir materias primas, a las que ahora se prefiere llamar *commodities*, para venderlas en el mercado internacional y a cambio comprarle a ellos, a los países ricos y desarrollados, los bienes industriales que no somos capaces de producir o que nos costaría demasiado esfuerzo tratar de hacerlo. Esa perversa mentalidad colonizada aún perdura en nuestras clases dominantes, dedicadas a practicar, disfrazadas de empresariales, el sistema ideal que les permite enriquecerse sin trabajar mucho y sin correr riesgos: comprar barato afuera, empaquetar, y vender bien caro adentro.

Pero en ese sentido, el mundo ha cambiado bastante en este último medio siglo y ya no se trata de que son sólo los Estados Unidos y los principales países europeos los únicos capaces de producir esos productos porque ahora nos encontramos también con países asiáticos que pese a haber pasado por situaciones de dependencia comparables a las nuestras, y hasta peores que ellas, han logrado con su trabajo y esfuerzo constantes y metiéndose por cualquier resquicio posible, salir de esa dependencia colonial que los condenaba, igual que a nosotros, a producir y a vender materias primas. Y ahora producen y colocan en el mercado mundial capitalista bienes elaborados que se cuentan entre los más modernos, costosos y sofisticados. Ese crecimiento sostenido les ha permitido enriquecerse y mejorar en forma sustancial su nivel de vida. Y es así como varios de esos países, como Taiwan, Corea del Sur, Singapur y otros, producen y venden automóviles, computadoras, equipos de video y celulares de la más alta calidad, mientras tristemente nosotros seguimos vendiendo café, bananos, salmones, y hasta petróleo, hierro, oro y cobre, para poder comprárselos a ellos.

Y conste que no digo que ese sea el modelo que debemos seguir si queremos ser países soberanos e independientes. Me refiero sólo a que siempre será mejor y más beneficioso producir y vender productos que requieren creatividad y esfuerzo sostenido para poder disponer de tecnologías costosas y más sofisticadas que seguir vendiendo sólo materias primas agrícolas o mineras cuyos precios en el mercado ni siquiera controlamos, porque son las Bolsas de los países dominantes las que los fijan y nos los imponen.

Entre las muchas expresiones de su amor a la Patria grande bolivariana, Simón Rodríguez, maestro del Libertador Bolívar, nos dejó una frase que puede resumirlo todo: *o inventamos o erramos*. Nuestras clases dominantes eligieron sin vacilar entre ambas y nos impusieron errar mientras que ellas a cambio recibían migajas de la riqueza que nuestras impuestas políticas de errar en forma sostenida y sistemática les proporcionaba a las ricas potencias colonialistas que ayer nos dominaban y a las que hoy nos siguen dominando. A veces incluso ocurre que inventamos, pero siempre sin consecuencias, pues si son inventos materiales, tecnologías, casi siempre se trata de hallazgos individuales que no forman parte de instituciones estatales consagradas a ello y que por supuesto no encuentran respaldo ni logran continuidad. Y si se trata de ideas o programas sociales o políticos, peor aún, porque también se prefiere siempre depender de ideas o programas europeos o ahora sobre todo estadounidenses y de copiarlos sin pensar que si esas ideas o programas funcionaron en esos países fue porque tenían como base el estudio de condiciones que en ellos existían y que se intentaba modificar por medio de esas ideas o esos programas. Por eso mismo, nuestras copias no podían servir de nada, ya que no era ni es igual comprar y consumir bienes manufacturados extranjeros que no se quiere producir, que copiar y tratar de adaptar a la fuerza a nuestras realidades ideas y visiones de otra procedencia que a menudo es poco lo que tienen que ver con ellas.

Nuestras Universidades y espacios académicos son un ejemplo lamentable de eso, de que se prefiere errar, en este caso copiando, en vez de correr el riesgo de inventar, es decir, partir de nuestras realidades enfrentando los retos que su estudio nos plantea. La concepción, los programas, los *pensa* y los modelos de enseñanza de nuestras Universidades parecen ser todos modelos extranjeros y no nuestros. Y es

que de hecho lo son. Copiamos la filosofía y la sociología que están de moda en Europa o Estados Unidos, copiamos y seguimos al pie de la letra sus teorías económicas de moda no importando para nada sus contenidos ni el signo ideológico o político que tengan. Y salvo excepciones, nuestros arquitectos prefieren copiar sus edificios y centros comerciales (en algunos países se llama a éstos, *malls*), haciendo de las zonas acomodadas de nuestras ciudades meras imitaciones de urbes estadounidenses, con el inevitable toque criollo y vernáculo de que todas están rodeadas de ranchos, conventillos y villas miseria.

Nuestras clases dominantes son en la actualidad, y lo venían siendo desde antes, burguesías parasitarias. En realidad, no son productivas ni empresariales, son sólo vulgares comerciantes importadores que, en vez de producir, así fuera explotando a los obreros, pero al menos manejando fábricas y creando empleo, prefieren comprar productos a países desarrollados cuya agricultura e industrias poseen altas tecnologías y producen a gran escala. Como apuntaba antes, comprar esos productos les sale más barato y es menos riesgoso que montar verdaderas fábricas e intentar producirlos a partir de las materias primas de sus propios países. Los compran y luego de empaquetarlos (porque en realidad, además de parásitos del Estado, suelen ser mercaderes empaquetadores y no capitalistas industriales), los venden en sus países a precios elevados, lo que les permite obtener altos beneficios a expensas del pueblo que debe consumirlos. Con la complacencia del Estado al que controlan, y la corrupción tiene un papel central en esto, eso los hace pasar por industriales, y hasta les sirve para recibir de éste, del Estado, al que de todos modos siempre critican, inmerecidos subsidios millonarios en dólares, que despojan de necesarios recursos a sus países y que sólo sirven para hacerlos más ricos a ellos incrementando su parasitismo en tanto se incrementa la miseria de los pobres.

Nosotros heredamos de la colonia española, y esta sí fue una herencia positiva, la idea convertida en normativa legal de que el subsuelo no podía ser privatizado, y gracias al empeño de Bolívar esa normativa legal se ha mantenido, haciendo al menos que nuestras riquezas minerales pertenezcan al Estado como representante de la sociedad. Pero nuestros burgueses quieren privatizar no sólo el suelo sino el subsuelo, como sucede en Estados Unidos, para vender a empresas extranjeras nuestros pozos petroleros, nuestras minas de

hierro, de cobre o de aluminio, y de minerales preciosos o estratégicos. Porque su idea no es trabajar y producir sino vivir del cobre de rentas y cupones, como los eternos parásitos que han sido y siguen siendo.

Sucede incluso que nuestros gobiernos progresistas, por carecer de perseverancia en impulsar los cambios y mantener para ello el esfuerzo permanente, indoblegable, que se requiere para triunfar en cualquier tarea que se emprenda, caen también en esa trampa, o no son capaces de salir de ella. Inician proyectos válidos basados en el estímulo permanente al trabajo y a la producción, que es lo único que en lo económico puede sacarnos de la dependencia, y los ponen en marcha por corto tiempo. Pero pronto los olvidan o descuidan, casi siempre porque, como producto de circunstancias diversas, suben los precios de nuestras materias primas, precios que no controlamos nosotros sino los países ricos que, a fin de cuentas, son los que los fijan. Y entonces, esa subida de precios, ya se trate de petróleo, de café, cobre o bananos, los lleva de nuevo a incrementar la dependencia de las importaciones, éstas aumentan, todo se abarata, producir carece más que nunca de sentido, entramos en un período de bonanza, se olvida que no será eterno; y de pronto, por las mismas circunstancias que seguimos sin controlar, los precios de nuestras materias primas se derrumban, no estamos preparados para la crisis que se nos viene encima porque no hemos ahorrado ni mantenido la política de esfuerzo y de trabajo que iniciamos y que pronto abandonamos. Y así volvemos a la miseria, a tratar de sobrevivir, y a esperar el nuevo auge de los precios de nuestras materias primas, que deberíamos esta vez saber aprovechar y que lo más probable es que nos vuelva a pasar otra vez lo mismo, que se lo derroche, que se lo robe la burguesía, y que tampoco lo aprovechemos.

Y, por último, algo que nos ha pasado muchas veces, que está ligado a una suerte de pensamiento mágico al que suele apelarse. Buscamos y hallamos panaceas en medio de las crisis, de crisis que fueron previsibles pero que preferimos no ver venir, y creemos que sólo con ellas vamos a resolver nuestros problemas. Pero más allá de que algunas de esas cosas vistas como panaceas puedan contribuir al menos a resolver problemas de momento, lo que no hay que olvidar nunca, y que sin embargo se olvida, es que la única forma de superar las crisis, de salir de la pobreza y de la dependencia colonial que todavía tiene

una insospechada y a menudo subestimada fuerza entre nosotros, es mediante la imposición y aplicación de una serie de medidas que vayan de verdad al fondo de las cosas, a trabajar y a superarnos con sostenido esfuerzo propio y colectivo, a producir cambios estructurales con el mayor respaldo y protagonismo popular, que transformen de verdad y no sólo de palabra nuestras arraigadas realidades coloniales. Y sobre todo que entiendan que la parte sustancial de ellas está en reconocer que la clave de todo está en el trabajo y el esfuerzo de todos nosotros, sostenido por planes estatales permanentes, que no sean sólo coyunturales y fáciles de abandonar. ¿Alguna vez entenderemos y aplicaremos eso a tiempo?

## 7.2. Más sobre problemas con nuestra identidad

Como es de suponer, los problemas relacionados con nuestra identidad son más complejos en el presente que lo que lo eran en el pasado. Seguimos siendo, sí, “una nueva humanidad”, sólo que menos nueva, porque los últimos siglos han producido cambios y nuevas complicaciones o enriquecimientos. Pero, en cualquier caso, no somos ni tampoco pretendemos seguir siendo una “raza cósmica” ni nada parecido. Por lo demás, ya no se trata sólo de reducir nuestra real o posible identidad, como se hacía en la colonia o en los primeros tiempos de vida republicana, al mestizaje entre tres razas primarias: blanca, india y negra, entre las cuales había por supuesto relaciones jerárquicas irreductibles que hacían a la blanca superior y modélica y a las otras dos, razas inferiores, por lo que las tres alternativas posibles de sus cruces quedaban sometidas a esa férrea jerarquía. Así, cruces de blanco e indio, que producían mestizos, podían hasta aceptarse como tolerables, mientras que cruces de blanco y negro productores de mulatos, merecían disgusto o rechazo, y cruces entre indios y negros, que producían zambos, quedaban condenados al rechazo absoluto y al total desprecio.

En especial en el pasado siglo y en lo que va del actual, nuestras poblaciones se han ido diversificando y enriqueciendo con la incorporación de numerosos y variados grupos humanos de diferentes orígenes y procedencias y nuestras sociedades actuales son hoy todas, unas más y otras algo menos, sociedades multiculturales



y multiétnicas con una identidad por definir, pero de la que al menos tenemos claro que se trata en cualquier caso de una identidad viva y en constante movimiento. Hoy nuestras sociedades son, sí, multiculturales y multiétnicas, bastante ricas y complejas, pero siguen aún dominadas por esos viejos y arraigados prejuicios raciales heredados de la colonia, los cuales alimentan el racismo y la xenofobia, y mantienen, ya sea por lo general en secreto o en ciertos momentos en público, la idea de que la raza blanca es superior y las otras inferiores, por lo que el modelo que nuestras clases dominantes comparten entre ellas y que le han inculcado a nuestros pueblos, y las familias a sus niños, y la escuela a sus alumnos, y los medios a quienes viven pegados de ellos, sigue siendo el de la blancura o el blanqueamiento y el del rechazo y desprecio, sea oculto o abierto, por el mestizaje, sobre todo en aquéllos casos en que el resultado del mismo no es el blanqueo sino producir generaciones de piel más oscura que la de sus progenitores. Y esto es un problema tan arraigado como grave y por tanto de difícil solución.

Al menos en el plano teórico tratar de resolver esta situación no parecería ser muy difícil. Si somos una sociedad multiétnica y multicultural no podríamos tener una identidad basada en una de las culturas y de las mal llamadas razas, es decir, sobre la prioridad de la población blanca que impusiera su supremacía a los otros grupos sociales, lo que no sería otra cosa que regresar en forma abierta a la colonia. Pero tampoco a la supremacía de la población indígena sobre los otros componentes de estas sociedades ni a la de la población negra y mulata sobre los otros, de lo que sólo podrían salir nuevos conflictos o terribles guerras civiles de corte racista y la definitiva ruptura o división de nuestros países a partir justamente de los racismos que tanto condenamos y queremos superar. Todos esos caminos racistas conducen a un absurdo callejón sin salida lleno de cadáveres de hermanos y hermanas. La identidad debería plantearse en otro plano, en un plano que tendría que ser superador y omniabarcante. Pero en el plano real todo esto resulta muy difícil.

La pregunta que surge de todo esto es cómo podrían nuestras diversas sociedades llegar a ser sociedades multiétnicas y multiculturales en las que todos los grupos humanos que las integran gocen de todas las posibilidades, libertades y derechos para desarrollar

en plena libertad y sin afectar los derechos de los otros, sus formas de vida, sus valores; dicho en pocas palabras, sus culturas, tratando que de esa relación libre entre culturas se generen nuevas formas de integración y de solidaridad, y lograr con ello que nuestra identidad, planteada en un plano superior, que sea producto de su convivencia, sea también la identidad múltiple, fraterna, viva y en perpetua recreación y movimiento enriquecedor como identidad de una nación igualmente múltiple, libre y democrática que en forma participativa y sin sacrificar esa identidad múltiple a la identidad de uno de los pueblos que la componen, quiere alcanzar la libertad, la soberanía y la plena independencia por la que sus pueblos han luchado. Y no sería una lucha exclusivamente nuestra, sería una lucha compartida porque no sólo a nosotros nos afectan el racismo y la xenofobia, esas dos plagas mundiales que por doquier hay que combatir y derrotar. No tengo ninguna duda de que se trata de una utopía, pero si de verdad queremos salir de la colonia, me parece que es una utopía esperanzadora por la que valdría la pena empezar a luchar y a definir tareas.

Ahora bien, esa utopía tiene al menos dos potentes enemigos nada utópicos a los que hay que enfrentar, o seguir enfrentando sin pausa. Esos dos enemigos, que guardan estrechos lazos entre ellos, son el racismo y la penetración cultural del imperialismo estadounidense, principal enemigo de los pueblos de este planeta. Del racismo nos hemos ocupado ya y en esta misma parte haré más adelante acerca de él unas pocas y cortas reflexiones finales. Del imperialismo estadounidense también he hablado bastante pero también hay otras cosas que decir. Una sociedad multiétnica y multicultural que además de tener que tratar de solventar sus inevitables contradicciones clasistas se encuentre envenenada de racismo y xenofobia, no podrá nunca existir como tal, porque se lo impediría el tener que sobrevivir arrastrando el peso muerto y la violencia viva que en su camino atraviesan a diario esas dos cargas irracionales. Pero tan grave y entorpecedora como el racismo es la penetración cultural del imperialismo estadounidense, que cada día es más grande y más perturbadora. Y no se trata ahora de la forma en que ese país nos domina ni de cómo se apropia de nuestras riquezas. Se trata de la forma en que, por obra de su descomunal poder mediático, nos va desorganizando y colonizando culturalmente día tras día y noche tras noche en la medida en que nos impone su perversa y violenta cultura.

El instrumento son los medios: noticieros, radio, prensa, TV, cine, cable, Internet, tabletas, redes, celulares. Medios todos que se promocionan como medios de información y entretenimiento, que controlan la información para manipularla y falsificarla, y a los que el llamado entretenimiento les sirve para embellecerse a sí mismos, difundir sus falsos valores y silenciar también sus crímenes.

Por esa vía los Estados Unidos nos muestran a diario su incomparable excepcionalidad, que los hace superiores, únicos, elegidos de Dios, y dignos de ser imitados. Por un lado, nos ocultan su miseria y sus crímenes, y por el otro, nos imponen su lenguaje, su música, sus modas, sus histerias, su embellecido macartismo político y religioso, su insaciable violencia, y su acendrado e irreductible racismo. Se trata, y lo repito, de la nueva colonización, de la más poderosa de todas, la que va dirigida, como ellos suelen decir, a apoderarse de las mentes y los corazones de quienes usan esos medios. Colonización en la que sus iglesias y sus sectas religiosas, todas evangélicas y esencialmente calvinistas, cada vez más difundidas y poderosas en nuestros países, vienen desempeñando un papel fundamental. Sin enfrentarse a este proceso colonizador que está en todas partes y no descansa un segundo, sin enfrentarlo y sin vencerlo o reducirlo, no habrá forma de salir de la colonia, de esta nueva colonia que se alimenta de la vieja, de la que nos ha mantenido sometidos por siglos, y que la potencia sin cesar utilizando para ello todo su descomunal poder mediático.

### 7.3. Problemas político-religiosos actuales

Tenemos problemas con el manejo político conservador de la religiosidad de nuestros pueblos por la Iglesia. En nuestro caso, el tema religioso se refiere en principio a la Iglesia católica, a la Iglesia que por obra de los españoles impuso en la colonia el catolicismo papista y contrarreformista, religión que heredamos de esa colonia y que mayoritariamente sigue imperando en nuestros países. Ese problema, desde el punto de vista del mantenimiento por parte de la Iglesia del enorme peso de su poder sobre la vida cotidiana de la sociedad y sobre la orientación que le impone a la política, tiene varios aspectos

claves, que no sólo tienden a mantenernos dentro de patrones coloniales, sino que incluso, como ahora está ocurriendo, amenazan con empeorar las cosas.

Pero antes de mencionarlos debo aclarar otra vez que no me refiero en absoluto a las creencias, es decir, a la religión misma como tal que, aunque sigue siendo siempre impuesta, ya no por el poder español sino por las familias, terminaría siendo después de todo un asunto personal. O familiar. Y, a fin de cuentas, cada quien es dueño de sus creencias y sus dudas y por supuesto, libre de elegir la religión que prefiere, de creer lo que quiere y no creer lo que no quiere; e incluso, si así lo desea, de no aceptar ninguna Iglesia y ninguna religión.

No se trata pues de la religiosidad, esto es, de las creencias, cualesquiera que ellas sean. Se trata de la Iglesia, de una institución religiosa que, aunque lo niega, es siempre más política que religiosa y que impone valores y rígidas formas de pensamiento, sobre todo político, a sus fieles, condicionando de esa forma su conducta, apoyada siempre en el poder y la autoridad que le brindan su pretendido carácter divino, del cual derivan la interpretación y orientación política que dócilmente impone a sus fieles. Y que éstos suelen aceptar como ovejas que siguen a pastores, ya que tal es el lenguaje propio de la Iglesia. Y que, a los fieles que cuestionan esa imposición o se niegan a aceptarla, la institución religiosa, rígida como es, los rechaza de plano y los expulsa.

En la Iglesia católica ha habido sacerdotes progresistas y hasta revolucionarios, algunos libres de ataduras religiosas como el famoso fray Servando, otros demasiado atados a la Iglesia como Hidalgo y sobre todo Morelos, al que lo que más le dolió cuando lo fusilaban fue que era la Iglesia, *su* Iglesia, la que lo condenaba, la que además promovía ese fusilamiento. Los hubo no sólo en México, porque en la lucha independentista fueron muchos los que participaron apoyándola, pero lo que cuenta es que la alta jerarquía eclesiástica, reaccionaria como siempre, estuvo al lado del poder español y, también como hace siempre, sólo lo abandonó para apoyar la independencia cuando vio que cambiaba a favor de ésta la dirección del viento.

En el siglo XIX, ya convertida de Iglesia española única en Iglesias católicas de cada nuevo país, esa Iglesia mantiene en todos esos países las posiciones más conservadoras y retrógradas, sobre todo

cuando los liberales eliminan los diezmos, desamortizan los bienes eclesiásticos e implantan las necesarias reformas liberales que son el centro de sus programas de modernización. En esos casos la Iglesia mueve a los campesinos que controla, y provoca guerras religiosas en varios países. Pero también, como sucede siempre, negocia, se adapta y de esta forma mantiene su poder, porque a fin de cuentas los líderes liberales son también católicos y han sido formados por ella. Y así sucede también en el siglo XX. La Iglesia mantiene su visión colonialista y colonizada, continúa controlando a la mayoría aplastante de la población, apoya las dictaduras cuando son de derecha y rechaza de plano todas las revoluciones. Pero si éstas triunfan y perduran, termina sabia y cínicamente negociando con ellas, arrancándoles concesiones y conservando y hasta aumentando su poder.

Eso ocurre en la mayor parte de nuestros países, sobre todo en aquéllos que cuentan con poblaciones indígenas muy grandes o mayoritarias, que han terminado siendo sus fieles más dóciles y manejables. En esos países el catolicismo se mantiene de hecho como religión de Estado y hasta persigue a las otras, a las minoritarias. En unos pocos países, en cambio, los gobiernos consiguen imponer cierta separación formal entre la Iglesia y el Estado logrando a veces limitar hasta cierto punto el peso de su injerencia política, la cual no puede en ningún caso ser excluida del todo porque esa injerencia es inherente a su carácter político, por muy solapado que este sea, no importando cómo se la disfrace. Y porque la Iglesia no acepta por nada del mundo renunciar a ella, a esa injerencia, ya que es en el fondo su razón de ser. Es además lo que le queda de viejos tiempos; tiempos mejores, en los que controlaba todo, y en que nombraba y podía deponer, incluso excomulgándolos, a reyes y hasta a emperadores.

Y ese es el cuadro que tenemos actualmente porque a fin de cuentas si nuestros países hermanos tienen rasgos diferentes, la Iglesia católica es siempre una y la misma. Por eso se mantiene la herencia colonial que es parte integral suya, por eso apoyó la esclavitud y tuvo esclavos, por eso se opuso a la independencia, por eso impulsó sangrientas guerras religiosas, por eso sigue domesticando a nuestros pueblos y preparándolos para que con resignación acepten todo, salvo los cambios que los favorezcan. Por eso el papado del reaccionario Juan Pablo II condenó y aplastó la *teología de la liberación*. Por eso,

aunque sigue habiendo sacerdotes progresistas que no violan niños y que defienden la causa de los pobres, apoyando procesos políticos que intentan enfrentar o al menos atenuar las causas de la injusticia y la desigualdad que impera en nuestras sociedades, la alta jerarquía eclesíástica se opone en forma militante a esos procesos y conspira sin pausa contra ellos.

Pero el problema del conservatismo y el colonialismo de la Iglesia se complica cada vez más en estos últimos tiempos porque ahora no se trata sólo de la Iglesia católica, que dominaba por completo el campo religioso en nuestros países americanos, ya que las Iglesias y religiones de la competencia eran minoritarias y muy pequeñas, como venía ocurriendo desde los tiempos finales de la independencia y del siglo XIX, cuando eran sólo las Iglesias y religiones de los europeos protestantes presentes en casas comerciales, legaciones, y en fundos y empresas mineras. Con la penetración estadounidense a lo largo del siglo XX, esa presencia eclesial y religiosa empezó a crecer silenciosamente y desde las últimas décadas de ese siglo hasta hoy no han hecho otra cosa que incrementar con rapidez esa presencia, y con ella su poder y la cifra de sus fieles.

Antes de continuar creo indispensable precisar algunas cosas que nos permitan hacer una evaluación correcta del tema de la imposición de la Iglesia católica mediante la conquista y de la temprana penetración del protestantismo en el mundo americano. Y para ello hay que empezar por explicar la clase de cristianismo que españoles y portugueses implantan en América en el siglo XVI y el origen y rasgos claves del protestantismo que nace ese mismo siglo en Europa y que empieza a infiltrarse desde temprano en varias regiones del extenso continente del que, con la autorización del papado, se han adueñado España y Portugal.

El siglo XVI europeo es fundamentalmente el siglo de la crisis del cristianismo, de su escisión definitiva, del surgimiento del protestantismo, y de las brutales Guerras de Religión en que se enfrentan católicos y protestantes.

Aunque un cisma en el siglo XI-XII había materializado la separación de los cristianos ortodoxos en el este de Europa, el catolicismo papal conservaba prácticamente para el inicio del siglo XVI el dominio y control de casi todo el continente. Pero pese a su

enorme poder, ese catolicismo romano, rico, intolerante, autoritario y corrupto, estaba corroído por dentro. Y sus contradicciones hasta entonces contenidas mediante rutina, represión y miedo, estaban a punto de explotar. La explosión se produce finalizando la segunda década del siglo. Y esa explosión, iniciada por la tímida, pero firme, rebeldía personal de Lutero, se convierte pronto en un enorme movimiento rebelde, revolucionario, de masas, pueblos, reinos y países que sacude toda Europa. Es la Reforma, encabezada por religiosos como Lutero y luego Calvino, Knox y otros líderes. Su resultado: Europa se divide en dos mitades, una de las cuales, la papista (España, Portugal, Italia, Francia, Irlanda y Austria), conserva el nombre de católica mientras que la otra (Inglaterra, Escocia, Holanda, Alemania y los países escandinavos), recibe de sus adversarios el calificativo de protestante, que sus fieles, aun prefiriendo el de reformados, al cabo terminan aceptando.

No intento hablar de la Reforma, lo que no tiene cabida aquí. Lo único que debo señalar son ciertas diferencias centrales que oponen al catolicismo papista y a los protestantes.

Como proclamada única religión verdadera, la Iglesia católica es la Iglesia de Dios, cuyo representante y vocero en la Tierra es el papa, hombre sagrado cuyas decisiones se aceptan y aplican sin ninguna discusión. La Iglesia católica es un poder sacralizado, vertical, autoritario e impenetrable. Sometido a él, el católico es una suerte de borrego ignorante que en religión no puede tener opinión propia. Su opinión se la impone la Iglesia por medio del sacerdote, que es su única mediación con lo sagrado. El católico no existe como individuo porque carece de toda libertad. Tiene prohibido leer (y ni se diga interpretar) su *Biblia*, su libro sagrado, porque la Iglesia se lo prohíbe, además de que la *Biblia* está escrita en latín, lengua que nadie entiende salvo los propios sacerdotes (y no siempre muy bien). Es ese poder cerrado, omnímodo y arbitrario el que cuestiona el protestantismo.

El protestantismo exige la libertad del creyente, que en ese contexto es la libertad del individuo. Establece así la relación directa de éste con Dios. Desconoce y elimina al papa, disuelve la jerarquía vertical de la Iglesia, traduce la *Biblia* a la lengua que habla cada pueblo y gracias a la imprenta la imprime y la difunde. Así los creyentes pueden leerla y además opinar. De esas lecturas e interpretaciones

van saliendo nuevas Iglesias cristianas, todas protestantes. Por eso el protestantismo no es uno sino múltiple, pero su base y punto de partida, lo que le da unidad es que, como afirma Lutero, la fe es lo único que puede salvar al creyente gracias a la misericordia divina. (En el calvinismo eso es menos seguro porque Calvino impone su doctrina de la predestinación). En todo caso, en el protestantismo el hombre se hace responsable de sus actos, pero no es por éstos que se salva, sino por la fe y por la misericordia de Dios. O por Su elección. Aun sin ser determinante, ese individualismo tiene que ver con el capitalismo que está entonces iniciando su ascenso en Europa, pues el protestantismo promueve la actividad comercial, y en el caso del calvinismo considera el enriquecimiento económico como prueba de que se tiene la elección divina. Es decir, que en buena parte el protestantismo se asocia a esa modernidad naciente que la Iglesia católica en cambio rechaza y a la que pone trabas.

En efecto, para enfrentar la Reforma en cualquiera de sus formas y expresiones, la Iglesia católica se repliega, se encierra en sí misma y se hace más autoritaria y reaccionaria. Fortalece su fidelidad en el papa y el papado y defiende la *Biblia* en latín. Reúne a mediados de siglo el Concilio ecuménico de Trento, el Concilio de la Contrarreforma para reforzar su dogmatismo cerrado y reaccionario. Defiende los siete sacramentos, la presencia del cuerpo de Jesús en la hostia, el celibato eclesiástico, la existencia del purgatorio y el valor de las indulgencias que ayudan a hacer que las almas salgan de él. Condena el humanismo y todo pensamiento libre, publica el *Index librorum prohibitorum* para perseguirlo y ordenar la quema de todo libro que choque, así sea en algo, con el rígido dogma católico. Y mantiene y refuerza la Inquisición para perseguir toda opinión libre, toda disidencia y en especial al protestantismo.

Es una Iglesia cerrada, autoritaria, reaccionaria, enemiga de todo pensamiento libre, perseguidora de todo creyente que ose opinar. Reafirma que ningún católico puede leer la *Biblia* y se aferra a la criticada versión latina de Jerónimo; hace quemar las *Biblias* traducidas por los protestantes; aumenta a diario la lista de libros prohibidos; define toda opinión propia sobre el dogma como herejía; y reactiva la Inquisición para juzgar, perseguir y, si es el caso, quemar no sólo a judíos conversos sospechosos sino a todo probado protestante.



España y Portugal son las naciones favoritas del papado, y ese es el catolicismo que españoles y portugueses implantan en América. Con esa intolerancia, monjes y misioneros españoles y portugueses condenan las religiones indígenas como demoníacas y destruyen sus culturas. Queman *Biblias* traducidas y persiguen libros incluidos en el *Index*. Se instala la Inquisición en México, Cartagena de Indias y Perú y Chile. Su tarea, juzgar, condenar y quemar judíos y protestantes. Ese es el sistema religioso que se apodera de América Latina y que, aunque en parte se suaviza, diversifica y flexibiliza en la etapa final de la colonia, se mantiene a todo lo largo de los tres siglos que ésta dura. Ese fue el catolicismo que se nos impuso y que heredamos de España.

Los protestantes, que son ingleses de diversas sectas, holandeses calvinistas, franceses hugonotes, alemanes y suecos luteranos, y que tienen prohibido ingresar a América ya que arriesgan la vida en ello, empiezan de todas formas a buscar la manera de infiltrarse e implantarse. Ahí se combinan los intereses comerciales propios de los corsarios y piratas y los de sus países, con los planes de asentamiento colonial de esas naciones, que también reclaman su parte de América. Ya el rey de Inglaterra Enrique VIII había exigido al papa que le mostrara la cláusula del testamento de Adán en el que éste repartía el mundo entre españoles y portugueses.

Desde el propio siglo XVI empiezan los intentos de protestantes y de sus países por conseguir espacios en América. La tentativa más temprana es la de los hugonotes franceses en el este de Brasil hacia mediados del siglo XVI<sup>57</sup>. También en Brasil, a mediados del siglo XVII, se produce una ocupación territorial protestante, esta vez holandesa, en el nordeste (en Recife y Olinda). Ambas fracasan, pero desde comienzos de ese mismo siglo XVII Inglaterra inicia la colonización protestante de la costa este de América del Norte, implante calvinista proveniente de la Europa nórdica, que se extiende en los siglos siguientes por el inmenso territorio del norte de América y que se convertirá más adelante en Estados Unidos.

---

<sup>57</sup> Analizo esa interesante experiencia en mi libro *El Continente Prodigioso. Mitos e imaginario medieval en la Conquista americana*. EBUC. Caracas, 1998, capítulo II, pp. 84-92.

En los siglos XVI y sobre todo XVII piratas y corsarios como Hawkins, Drake y el propio Walter Raleigh, y contrabandistas de diverso pelaje, todos protestantes, ya fuesen anglicanos, luteranos o calvinistas, recorren las costas de esta América y de las Antillas, negocian con los pobladores, traen *Biblias* (que la Iglesia quema junto con ellos si los capturan) y van dejando huella. Los filibusteros se apoderan en La Española de la Tortuga, isla vecina del futuro Haití; los holandeses se apropian de Curaçao, Aruba y Bonaire; los ingleses de Jamaica; los suecos de varias pequeñas islas; todo esto en el siglo XVII. Más tarde, ya terminando el XVIII los ingleses se apoderan de Trinidad, y poco después, ya en el siglo XIX, en el sur se apoderan de las islas Malvinas, y en el norte empiezan a instalarse en la costa de Centroamérica, de las actuales Nicaragua y Honduras, en la llamada Mosquitia, en Belice y varias islas. Y a los *miskitos* se los culturiza como anglicanos.

Esa penetración se incrementa con la independencia y sobre todo a lo largo del siglo XIX, siglo del dominio de Inglaterra sobre nuestro continente. Esa penetración británica se apoya en sus casas comerciales y sus bancos, que proliferan en todos nuestros puertos, y en las cláusulas de libre navegación de ríos que permiten a sus naves, que ya no son corsarias ni piratas, ir penetrando el interior de América Latina. Desde la segunda mitad del siglo e instalan también en nuestros puertos casas comerciales alemanas y aumenta la presencia luterana. En fin, que esa presencia aumenta, pero no lo hace demasiado, por dos razones. La primera porque las repúblicas que salen de la independencia tienen el catolicismo papista como religión de Estado y no permiten el ejercicio de otras religiones. Lo que logran los ingleses es el derecho a practicar sus religiones, disponer de templos en las ciudades en las que habitan súbditos británicos y disponer de sus propios cementerios. La segunda razón que limita esa expansión es que la misma Inglaterra no tiene planes de penetración religiosa, como no los tenían entonces en la India. Y por su parte, Francia era católica, y Alemania, luterana, tampoco tenía proyectos de conquista religiosa. Lo de los ingleses con los *miskitos* es una excepción.

Ahora bien, en el siglo XIX, aunque no es un tema bien estudiado, en la medida en que la Iglesia católica es opuesta a todo progreso modernizador porque afecta su poder y sus intereses (piénsese sólo en su rechazo al liberalismo, en la encíclica *Quanta cura*

y en el *Syllabus* del reaccionario papa Pío IX), no es descartable que en algunos casos, liberales y grupos que apoyan esa modernización y que se sienten vinculados a Inglaterra y a Estados Unidos como modelos de progreso, encuentren coincidencia con los protestantes y hasta busquen apoyo suyo en ciertos casos. O, simplemente que sean éstos los que sin hacer mucho ruido los apoyen. Así, estudios recientes tienden a mostrar que algunos de esos grupos progresistas católicos, sobre todo liberales, enfrentados a la Iglesia y queriendo reducir su poder, se acercan a los protestantes, que proceden de países desarrollados, son modernos, progresistas, y simpatizan con su lucha contra el atraso religioso y el poder absoluto del catolicismo. El caso de México es el más representativo, sobre todo en tiempos de la Reforma juarista y también en los preludios de la Revolución mexicana. Es al menos lo que muestra Jean-Pierre Bastian en sus estudios<sup>58</sup>.

Pero en otros países hermanos la cosa parece menos clara y resulta difícil seguir la huella de esa posible presencia. En todo caso es poca o nula en Venezuela y en Colombia. Y lo que sí es cierto es que desde fines del siglo XIX empieza a notarse la presencia y la penetración de sectas e Iglesias protestantes estadounidenses, que desde un principio se ven más activas y agresivas. De todos modos, sus alcances son por entonces limitados. Al parecer esa presencia se siente en México y Centroamérica. También se la percibe en Perú y en Chile, donde por cierto los pentecostales aparecen desde las primeras décadas del siglo XX.

En realidad, la penetración político-religiosa del protestantismo *yankee* es fenómeno del siglo XX, y aunque se la aprecia desde los años treinta, sólo cobra importancia desde 1945 cuando Estados Unidos se convierte en la primera potencia del mundo, es un exitoso modelo de imitación, penetra con su cultura y sus productos todos nuestros países, goza en ellos de enorme prestigio apoyado en su riqueza y su poder, y las gentes, manejadas por los medios, tienden

---

<sup>58</sup> Bastian es considerado actualmente el principal estudioso del protestantismo en América Latina. He leído varios de sus valiosos libros y artículos, que cito en la Bibliografía. Para la posible relación entre liberalismo y protestantismo en el siglo XIX, puede examinarse su libro *Protestantismo y modernidad latinoamericana*. FCE, México, 1994, en especial el capítulo III: Sociedades protestantes y modernidad liberal.

a tragarse esas grandes mentiras que son su democracia y el desinteresado amor que sienten por la libertad. A partir de entonces esa injerencia muestra dos rasgos claves: la rapidez de su penetración y el peso cada vez más creciente del pentecostalismo.

La rapidez de penetración se aprecia al ver cómo en el último medio siglo las corrientes protestantes, evangélicas, que vienen de Estados Unidos se muestran, se difunden, crecen y van ganando espacios. Aumentan los baptistas, los adventistas, los metodistas, y algo los presbiterianos. Los mormones crecen poco, y los Testigos de Jehová, aunque se exhiben por doquier, tampoco crecen mucho. De todas formas, por el peso de la Iglesia católica y por sus propias características, el crecimiento de esas corrientes evangélicas no rebasa ciertos límites. El tiempo de su progresismo ya ha pasado; y su conservatismo se asemeja al de la Iglesia católica. Ejemplo son las *Nuevas Tribus* y el *Instituto Lingüístico de Verano*. Por eso no logran penetrar demasiado. El crecimiento de las corrientes evangélicas se intensifica es en estas últimas décadas. Y en eso los que van a la cabeza son los pentecostales. Éstos disponen de una enorme capacidad de penetración popular y crecen con verdadera rapidez. Por eso y por sus rasgos propios, los estudiosos del protestantismo latinoamericano tienden a distinguir a los pentecostales de las otras iglesias y corrientes evangélicas, a las que califican de tradicionales y designan como protestantismo histórico.

Estadísticas recientes nos muestran la fuerza creciente de esas Iglesias evangélicas importadas de Estados Unidos y la forma en que vienen alcanzando o superando las cifras de fieles de la indolente y aburguesada Iglesia católica. Es sabido que en cifras religiosas los datos no siempre son seguros porque las Iglesias tienen a aumentar sus cifras o a rebajarlas según sea el clima político reinante y porque mucha gente prefiere, como pasa en Estados Unidos, no entrar en detalles acerca de su religión o sus preferencias religiosas. Pero existen datos bastante confiables como son los del *Pew Research Center*, cuya encuesta más reciente sobre religión en América Latina sigue siendo la de 2014, y los de *Latinobarómetro* en otra encuesta de 2017.

No voy a reproducirlas, son fácilmente accesibles en Internet, y sólo quiero destacar unas pocas cosas. El descenso del catolicismo es grande (de 90% en 1960 a 69% en 2014). En América Central las

Iglesias evangélicas están alcanzando las cifras de fieles católicos. En todos esos países las cifras son cercanas entre ambas, y en Honduras la encuesta de *Latinobarómetro* muestra que los evangélicos (39%) tienen más fieles que los católicos (37%). En Guatemala están muy cerca de lograr lo mismo y ya han tenido dos presidentes evangélicos: Serrano Elías y el asesino y genocida Ríos Montt. En Costa Rica lanzaron un candidato a la Presidencia de la República que estuvo cerca de ganar. En Nicaragua y El Salvador tienen un peso creciente, como en Panamá. Aunque en México la ventaja de la Iglesia católica es bastante grande, las corrientes evangélicas siguen creciendo poco a poco. Su penetración en Cuba ha crecido. En Colombia tienen cierto peso. En Paraguay la ventaja de la Iglesia católica parece ser grande y los evangélicos cuentan poco. Pero es casi la única excepción. No hay cifras recientes que sean claras en el mundo andino, pero también crecen en Ecuador, Perú y Bolivia. Y en Venezuela, donde su presencia se ha masificado, tuvieron también un candidato en la última elección presidencial. De todas formas, el caso más explosivo y peligroso es el de Brasil, donde, aunque esas iglesias sólo tienen poco más del 25% de los creyentes, sus posiciones reaccionarias son las peores y su involucramiento en la política a favor de esas posiciones, todo ello aunado al poder mediático y apoyo militar con que cuentan, los convierte en un peligro para cualquier política que, para ellos, tenga el más mínimo olor a izquierda o que les sugiera un posible enfrentamiento con el imperialismo del que ellas se nutren. Los pentecostales son la clara mayoría. El apoyo de esas poderosas corrientes evangélicas, que tienen un enorme peso en el Congreso, que son dueñas de grandes medios y que cuentan con un apoyo popular grande, ha tenido un papel fundamental en el triunfo electoral del fundamentalista religioso que hoy ejerce la presidencia del país.

Lo que sí vale la pena examinar con más detalle es el caso de los pentecostales. Según la ya citada encuesta del *Pew Research Center*, los pentecostales constituyen el 65% de los protestantes en América latina, de modo que son la corriente principal, la más grande, activa, extendida, y la que tiene mayor influencia sobre la población pobre, que es absolutamente mayoritaria en cualquiera de nuestros países.

Por mi parte quiero señalar que, en cuanto a lo moral, los pentecostales rechazan el aborto, el divorcio, las relaciones sexuales fuera del matrimonio, la homosexualidad, el matrimonio igualitario, la droga, y el alcohol. También el feminismo y de hecho la liberación de la mujer.

El pentecostalismo parte de la celebración de Pentecostés que se relata en los *Hechos de los apóstoles* y la recrea en sus asambleas y fiestas religiosas. Éstas se caracterizan por la presencia de rituales chamánicos, exorcismos, posesiones rituales, de los llamados Dones del Espíritu Santo, es decir sanaciones milagrosas, y en ellas abundan los actos espontáneos de *glosolalia* y *xenoglosia* que remiten al milagro que habría realizado el Espíritu Santo con los apóstoles al darles el don de lenguas necesario para que pudieran ir a predicarle el evangelio a todos los pueblos de la Tierra.

El pentecostalismo es una religión realmente popular, animada, sencilla, festiva, capaz de llegar a los pobres y desheredados, urbanos y rurales, a los que ofrece, como ocurre con todas las religiones evangélicas, una comunicación directa con Dios, en este caso mediante el Espíritu Santo; una lectura y conocimiento de la *Biblia* mantenidos en forma regular, directa y participativa; un modelo de vida conservador y estable; y una constante solidaridad y apoyo por medio de la cual se ayuda a sus fieles a enfrentar y superar sus males y sus problemas cotidianos.

Como religión, el pentecostalismo se distingue de las Iglesias del protestantismo histórico por su enorme sincretismo, ya que toma de las religiones populares, tanto católicas como indígenas y afroamericanas numerosos rituales y creencias. Y hasta cantos, bailes y música. Está constantemente asimilando y proyectando en sus reuniones esas creencias y rituales.

Basándose en eso, algunos estudiosos actuales tratan de separar al pentecostalismo del protestantismo presentándolo no como una religión evangélica sino casi como una versión sincretista y popular del propio catolicismo nacida en América Latina y lejana o desprendida de su origen estadounidense. Pero esto es un error; o quizá no sea más que una interesada manipulación que busca embellecer al pentecostalismo y tratar de hacer de él lo que no es. Porque en esa sospechosa lectura se olvida no sólo la identidad esencial del pente-

costalismo con el protestantismo estadounidense del que procede y del que es una peculiar y enriquecida expresión, sino sus conexiones con el poder estadounidense y con sus planes de dominio. Ciertamente que muchos pastores pentecostales son latinoamericanos, mestizos, mulatos, indios, negros y vienen del pueblo, pero los principales de esos pastores, los más poderosos, todos ellos ricos, ya sean estadounidenses o latinoamericanos, se mueven en otros planos, cercanos al poder. Los pentecostales reciben dólares de Estados Unidos y le sacan regularmente dinero a sus ingenuos seguidores. Así acumulan riquezas, cobran a sus fieles diezmos, primicias y regalos, sin excluir de hacerlo a los más pobres. Siguen en eso el clásico y productivo modelo estadounidense de los televangelistas; llenan los barrios urbanos con sus sedes; construyen iglesias gigantescas como el enorme *Templo de Salomón*, en Sao Paulo, obra de la brasileña *Iglesia Universal del Reino de Dios*; hacen milagros falsos; compran estaciones de radio y fundan grandes televisoras, por las cuales difunden sus mensajes conservadores a las masas que los siguen mientras desarrollan en secreto conexiones ultra derechistas y planes políticos del mismo corte. Aunque a veces hasta se fingen progresistas. Porque su objetivo real no es otro que controlar o ganar el poder político. Un poder político que estiman capturar pronto, apoyados en su enorme y creciente militancia y en el dominio pleno que ejercen sobre ella. Y de hecho ya lo han logrado parcialmente en varios de nuestros ingenuos países.

Y algo que no estaría de más recordar a este respecto es el *Informe Rockefeller*. A fines de los años sesenta del pasado siglo XX, Nelson Rockefeller, entonces gobernador del estado de Nueva York, realizó en 1969 en nombre del gobierno de Estados Unidos una gira especial por América Latina. Eran tiempos conflictivos en nuestro continente. Se vivía el ejemplo de la Revolución cubana, se había producido el mayo francés, estaban encendidos el movimiento *hippy* y la rebelión universitaria, había protestas, guerrillas y manifestaciones. Y no sólo se trataba de los jóvenes o de las izquierdas, sino que, en la propia Iglesia católica, el mejor modelo del conservatismo, se estaba imponiendo la *teología de la liberación*. Rockefeller regresa preocupado a Estados Unidos y entre las muchas cosas que dice en el informe que le presenta al presidente Nixon, le manifiesta su

desconfianza por esa Iglesia católica que hasta entonces había sido un bastión confiable de conservatismo y que ahora le parecía penetrada a fondo por el comunismo. En consecuencia, le señalaba a Nixon que ya esa Iglesia no era confiable para el poder estadounidense; y recomendaba que Estados Unidos aumentara la penetración religiosa protestante en América Latina.

Años después el ultra reaccionario papa Juan Pablo II, en acuerdo con el no menos reaccionario presidente Reagan, se encargó de aplastar la *teología de la liberación* y hoy esa Iglesia católica, decadente y desmoralizada, vale muy poco. Pero justamente por eso sigue sin resultar confiable como bastión conservador de peso para los intereses *yankees*. De modo que la penetración protestante, encarnada ahora sobre todo en los pentecostales, le resulta al Imperio más necesaria y útil que nunca. Y hay más, porque un antecedente de esta visión podría ser lo que habría dicho Theodore Roosevelt en la primera década del siglo XX: que para dominar por completo a América Latina había que volverla protestante.

La gran pregunta que surge de todo esto es cuáles son las razones que han ayudado a que esa presencia haya crecido con tanta fuerza en el último medio siglo. Habría que decir que en un contexto crítico como el actual en que todos vivimos, cargado de graves problemas y temores e inseguridad en los distintos planos (económicos, sociales y políticos), se facilita que la población más afectada, que es también la más pobre y la más desesperada e inerte, tienda a buscar seguridad en la religión, igual que tantas otras veces. Y en la medida en que esas masas populares, que han sido tradicional y mayoritariamente católicas, se alejan cada vez más de la Iglesia católica, porque ésta apenas se ocupa de ellas, se abren entonces a las corrientes evangélicas, que sí están pendientes de atenderlas y de ganárselas. Se abren a ellas por lo que éstas, como ya dije, les prometen y les dan: una nueva fe cristiana, una directa comunicación con Dios, una sistemática visión conservadora, una regular y directa lectura de la *Biblia* (sobre todo del Antiguo Testamento), una presencia muy cercana de sus nuevos pastores, y también un permanente apoyo para ayudarlos en sus problemas cotidianos.

Esas Iglesias buscan poder para imponer su conservatismo. Y en el fondo de todo esto está la penetración imperialista estadouni-



dense porque esas religiones son claras expresiones de esa penetración y ese dominio. Se trata de Iglesias ricas, porque cuentan con el apoyo y financiamiento de sus Iglesias matrices, todas estadounidenses, y también porque una vez que se imponen saben sacar recursos monetarios de sus empobrecidos fieles.

Y cuando digo que el neocolonialismo estadounidense cobra perfiles de colonialismo total comparables a los del viejo colonialismo español es porque su penetración colonialista en lo cultural es múltiple; porque nos domina en la mayor parte de los planos que conforman la cultura y porque para ser total como el español, el que dejó en nosotros la más profunda huella, sólo le falta dominar también a nuestros pueblos en el campo lingüístico y en el religioso. En un caso, deformando nuestro idioma como viene haciendo, y en el otro, imponiéndonos por medio de estas Iglesias y sectas evangélicas que son hoy su más eficaz instrumento de penetración cultural su conservatismo religioso al servicio de la dominación imperial estadounidense.

Pero tampoco debemos olvidar que en este creciente avance del evangelismo estadounidense y el pentecostalismo en nuestros países, sobre todo en los que tienen o hasta hace poco tuvieron gobiernos progresistas, gobiernos de izquierda, no puede cómodamente decirse que la única culpable haya sido la Iglesia católica por su decadencia y corrupción y por su pérdida de apoyo entre los propios católicos. Es que esas fuerzas progresistas o revolucionarias tienen también su innegable cuota de responsabilidad.

Me limito a señalar sólo algunas de esas razones, las que creo más importantes. Por una parte se trata de que el enfrentamiento político con la reaccionaria Iglesia católica acompañado del hecho de que los líderes de estos procesos de cambio sean o hayan sido firmes creyentes católicos ha dado por resultado que esa penetración religiosa o mejor, político-religiosa del evangelismo protestante (con el pentecostalismo a la cabeza) haya encontrado apoyo en esos procesos, los cuales han estimulado su penetración confiando de manera ingenua en que se trataba de movimientos inocuos exclusivamente religiosos y capaces de limitar la influencia derechista de la beligerante Iglesia católica.

Porque a este respecto, la lamentable experiencia de esta última década debería habernos ya demostrado que la mayor parte de esas Iglesias y sectas religiosas, en especial, las pentecostales, ocultando su

condición política y sus estrechos vínculos con el poder imperial estadounidense, han terminado revelando intereses políticos aún más conservadores que los de la Iglesia católica. Y a diferencia de ella, una ambición de poder que es directa, que no requiere intermediarios. En efecto, la Iglesia católica, justamente porque suele ser parte del poder en nuestros países ya que, desde la colonia hispano-portuguesa que la impuso, es la religión principal por su tamaño y todos los gobernantes y presidentes han sido y son católicos salvo esas excepciones recientes, no necesita tomar ella el poder. Lo tiene. Y ocurre además que no se ocupa mucho de sus fieles sino de reunirse con las derechas, por lo que se mete poco en las vidas cotidianas de ellos. Y la verdad es que éstos tampoco le hacen mucho caso y empiezan poco a poco a abandonarla. Los evangélicos, en cambio, que se mantienen junto a sus nuevos fieles y los ayudan, se apropian de esas vidas, y controlan todos sus detalles. Les enseñan a buscar la verdad en la *Biblia*, como dije, sobre todo en el Antiguo Testamento, el más violento y atrasado de los dos, y les ofrecen un modelo de vida totalmente conservador y retrógrado descrito como modelo querido por el dios judeo-cristiano (que en este caso es más judío antiguo que cristiano, porque se trata más del terrible Yahveh que de Jesús).

Lo otro, y *esto es central*, es que en el fondo de esto *lo que se manifiesta es una profunda decadencia de la política*, que en todas partes ha ido perdiendo sustancia y objetivos teóricos claros. Las derechas buscan tan sólo confundir, y a menudo lo logran porque esa confusión, creada por ellas, les conviene. Las izquierdas, por su parte, salen perjudicadas porque no se atreven a llegar más lejos o a proclamar planes de cambio sistemático. A veces no los tienen. O, en los pocos casos en que tienen esos planes de cambio y se atreven a proclamarlo, ocurre que no encuentran cómo conectarlos con la solución de problemas concretos que debería ser su sustento. Así su acción se reduce a tratar de hallar soluciones apresuradas y meramente empíricas de problemas populares concretos, sin que se le aclare a los pueblos a los que van dirigidas, los alcances de esas medidas ni su estrecha relación con planes de transformación social, de lucha por la independencia y la soberanía.

Hay de nuestra parte fallas serias en la formación política del pueblo y en la educación popular. No basta con sacar a un pobre

(o a un millar de pobres) de la pobreza. Para evitar que ese pobre (o ese millar de pobres) se pase a la derecha, porque ahora cree que ha dejado de ser pobre, olvidando que, si de nuevo triunfa la derecha, ésta volverá a sepultarlo en ella otra vez, hay que lograr que a medida que se saca a ese pobre (o a ese millar de pobres) de la pobreza se le haga comprender (*por medio de la educación y de la formación política*) que esa lucha por enfrentar la pobreza y la desigualdad sigue, que no se detiene sólo porque ahora se tenga apartamento propio, regalo del Estado; que en toda lucha hay avances y retrocesos; que lo ganado puede perderse si se detiene la lucha; y que sólo si se logran avances mayores y más firmes que la profundicen, para lo cual él o ella mismos (o al menos la aplastante mayoría del millar), tiene que seguir luchando y luchando, porque sólo así se haría posible, si no eliminar del todo ese peligro, al menos controlarlo y alejarlo.

De modo que lo que ocurre es que no se tienen (o por lo menos no se ofrecen o no se hacen llegar) respuestas políticas concretas y convincentes a la profunda crisis que se vive y a los graves problemas que las masas pobres confrontan. Sólo propuestas vagas y genéricas. Y esto apenas en algunos casos. Cuando se puede, se trata de hacer ajustes a lo más grave de la crisis, lo cual es necesario, pero sin que se lo relacione, como debe ser, con los cambios sociales por los que se lucha. Y la crisis sigue y hasta se profundiza. Las Iglesias evangélicas, en cambio, con los pentecostales a la cabeza, sí ofrecen respuestas. Respuestas que, pese a todo lo fantasiosas que puedan ser, como ocurre con las propuestas religiosas, prometen a sus nuevos fieles seguridad y respaldo firme en lo inmediato, ofreciéndoles una respuesta religiosa para todo, esto es, un nuevo proyecto de vida basado en la pura fe, y con ella, las debidas esperanzas de una felicidad eterna en la otra. Lo mismo que les ofreciera antes (y les sigue ofreciendo) la Iglesia católica, pero que ahora les llega menos porque por diversas razones, cada vez son más los católicos y católicas que se han alejado de ella por haberle perdido la confianza.

Aquí se puede apreciar un doble problema que es necesario explicar y aclarar para poder evitarlo, porque es grande; y si se lo ignora podría volverse grave.

El primer asunto que hay que aclarar es que no se trata de criticar los avances del evangelismo protestante encabezado por los

pentecostales y sus planes de dominio político para ayudar a la Iglesia católica a recuperar los apoyos populares que ha ido perdiendo. Hacer eso sería cometer un grave y absurdo error, además de que eso no es asunto nuestro; y que si la Iglesia católica intenta recuperar espacios perdidos eso es sólo problema suyo. *En fin, que ni se trata de ayudar a cambiar una Iglesia por otra, ni de mirar, sin hacer nada para evitarlo, cómo lo religioso, igual que en siglos medievales, asume el papel de la política, porque ésta, y más concretamente la política revolucionaria, se declara incompetente.*

Y el segundo asunto que se debe aclarar es que, por sobre todo, hay que evitar que esa necesaria crítica, racional, sana y pacífica, al evangelismo pueda ser utilizada para dar origen a un enfrentamiento llevado a planos diferentes; es decir, que hay que evitar por todos los medios, porque los temas religiosos son siempre delicados, que esa crítica racional y pacífica derive hacia la intolerancia religiosa y que esa intolerancia pudiera derivar a su vez en una guerra religiosa como las del pasado.

Me parece que aquí el tema central es el de la *laicidad del Estado*, de su indispensable independencia religiosa, independencia de la que depende la paz del país; de cualquier país moderno en el que convivan varias religiones. En Venezuela, como en tantos otros países, coexisten y conviven en paz diversas religiones. Y todas tienen el mismo derecho a hacerlo, a convivir en paz. La intolerancia de algunas, peligro que debe criticarse y contenerse, no ha desatado hasta ahora violencias, porque, al menos en Venezuela, se ha tenido una vieja y sana tradición de convivencia y libertad religiosa defendidas por el Estado. El Estado, como laico que es, debe permitir la coexistencia de todas las religiones, Iglesias y creencias, pero sin asumir ninguna de ellas como propia, como religión del Estado, como religión oficial, lo que sería la negación de lo anterior. Porque el Estado moderno es laico y debe mantenerse como laico, porque un Estado religioso, y por tanto intolerante, de cualquier signo que sea, en una sociedad multicultural y conflictiva como es también la nuestra, podría no sólo abrir camino a una guerra civil, sino a la más horrible de las guerras civiles: la guerra religiosa, la guerra en la que se cometen en nombre de Dios y sin el menor sentimiento de culpa, los crímenes más crueles, brutales, violentos y espantosos.

Porque el Estado laico, que respeta todas las religiones mientras no se metan en política ni traten de derribar gobiernos usando en su provecho la religión y manipulando para ello las creencias de sus fieles, no tiene religión. Ni tiene por qué tenerla. Porque es un Estado, un Estado moderno, y no una Iglesia. El Estado debe ser laico y tiene que ser laico, no importando si el presidente es católico, protestante, judío, budista, musulmán o ateo (y lo mismo si se trata de una presidenta). Porque el jefe o la jefa de Estado, electo o electa, no es el presidente o la presidenta de una Iglesia sino el presidente o la presidenta de un país, de un país en que conviven diversas religiones. Y ese presidente o esa presidenta debe respetar eso, empezando por él mismo o ella misma, sabiendo que no puede imponer desde el poder su religión. El canal del Estado no tiene por qué transmitir misa los domingos como mensaje católico al país. (Esa costumbre, por cierto, la inició en Venezuela Cisneros en *Venevisión*). Por supuesto que debe respetar como religión al catolicismo, igual que respeta a cualquier otra religión, pero lo que no debe hacer es promocionar a una religión y tampoco hacerse cómplice de los intentos de una Iglesia por usar su religión para buscar fines políticos, para derribar a un gobierno e imponer otro. Se trata sin duda de algo difícil, pero es algo necesario, urgente, porque, entre otras cosas, de ello dependen la paz y la convivencia en el país.

Y no está de más recordar que en el siglo XIX, y hasta en el pasado siglo XX, mientras países hermanos, como Colombia, Ecuador o México, se desangraban en terribles guerras religiosas, Venezuela no tuvo ninguna. Se habían dejado claras las cosas desde Páez y luego lo ratificó Guzmán Blanco. Es verdad también que, en el país, como en el resto de nuestra Latinoamérica, hubo mil revueltas y guerras civiles, pero ninguna de ellas fue religiosa.

Lamentablemente esa valiosa tradición se rompió en estas dos últimas décadas. Es, como dije, una tradición sana; y hay que recuperarla, porque hacerlo es ahora más urgente que nunca. Tenemos demasiados problemas graves y urgentes que resolver para enfrascarnos ahora en una absurda guerra de conflictiva propaganda religiosa que no resolvería nada y sólo beneficiaría a aquéllos que quieren acabar con el país.

En todos nuestros países se ha ganado con luchas anteriores la libertad de conciencia y el derecho a la convivencia pacífica entre las más diversas religiones e Iglesias. De lo que se trata es únicamente de que el pueblo disponga de más educación y formación política en ese campo para que sin conflicto ninguno, sin chocar con nadie, ni agredir a nadie, tan sólo ejerciendo en forma racional su libertad de escoger, sea capaz de decidir libremente y así comprometerse por su libre voluntad con aquello que en verdad cree que le va a garantizar un futuro; un futuro por el que tendrá que luchar siempre sin descanso, porque no le va a caer del cielo, un futuro libre que nunca se lo podría garantizar el someterse a una pasiva dependencia religiosa, cualquiera que ella sea, y todavía menos el someterse a la sujeción neocolonial a los intereses del imperialismo estadounidense; o, si llegase a ser el caso, de cualquier otro imperialismo.

#### 7.4. Problemas con nuestro idioma, el español

A estas alturas ya no importa cómo se impuso el español entre nosotros (o en Brasil el portugués). Hoy en cada país nuestro, el español naturalizado, mestizado y enriquecido por su mezcla con lo indígena y lo africano es nuestra lengua materna, nuestro idioma nacional, parte inseparable de nuestra identidad, de nuestra forma de ser y de hablar, de nuestra forma de pensar, de sentir y de expresarnos.

En los países en los que pueblos indígenas son la mayoría o al menos forman gran parte de la población, tiene perfecto sentido que los países sean bilingües o trilingües, con dos o tres lenguas legales, oficiales, que gocen de los mismos derechos y estén presentes en los documentos, en la vida cotidiana, y en la enseñanza oficial. Sería motivo de orgullo para esos países y poderoso instrumento contra el racismo que han vivido y que sobrevive en ellos todavía. Hasta hace poco, Bolivia se había convertido en este sentido en un ejemplo a seguir y ojalá países como Perú, Ecuador o Guatemala la hubieran seguido en eso. Y seguramente harán algún día algo parecido cuando vayan ido venciendo ese profundo racismo que nos impuso el mundo colonial y en el que ellos y sus clases criollas han vivido. En México la situación parece ser más compleja y los

pueblos indígenas son muchos sin que haya uno mayoritario. En Chile y Argentina, cuyos gobiernos han seguido despreciando, persiguiendo y matando mapuches como hicieron en el siglo XIX con la genocida Conquista del Desierto, resulta difícil pensar en algo parecido a lo intentado en Bolivia antes del reciente golpe derechista. En todo caso, tanto los pueblos indígenas bolivianos como los mapuches de Chile y Argentina han demostrado que son tercos en vivir y siguen luchando por sus derechos.

En países como Venezuela y en menor grado Colombia, la situación en ese sentido parece ser más fácil. En Venezuela los pueblos indígenas son minoritarios y siempre ocupan territorios fronterizos lejanos de las capitales y grandes centros urbanos. Un multilingüismo oficial parecería tener poca base y en general los pueblos indígenas venezolanos, además de mantener vivas sus lenguas, manejan como lengua de comunicación el español venezolano. En Colombia la situación parece semejante, las poblaciones indígenas sobrevivientes se reparten entre la montañosa zona central y las regiones más lejanas del centro, donde está Bogotá la capital, que son la Orinoquia y la Amazonia. Y salvo los que viven en lo profundo de la selva, los indígenas conocen el idioma español, el español colombiano que, igual que sucede en Venezuela, varía un poco de acuerdo a las regiones.

Pero el verdadero problema con el español nuestro es otro. Es la penetración del inglés y la creciente destrucción a la que se ha llamado también *portorriqueñización* de nuestra lengua por la forma en que el inglés norteamericano ha deformado el español que se hablaba y que aún sobrevive en nuestro hermano Puerto Rico, convertido por Estados Unidos desde hace más de un siglo en su colonia.

Creo que hay que precisar las cosas para que no se genere confusión de lo que digo. Las lenguas o idiomas son entidades vivas y como tales están siempre en proceso de cambio, de evolución, de abandonar palabras, frases y expresiones que se convierten en arcaísmos y de dar origen a otras nuevas que las reemplazan y se imponen. Pero todo idioma es al mismo tiempo una totalidad, tiene estructuras, formas de construcción de frases y de ordenar las partes de las mismas en ellas, en sus oraciones, que le son propias y que, si se desorganizan o destruyen por obra de una avalancha de palabras, expresiones y estructuras lingüísticas procedentes de otro idioma, el del poder

extranjero avasallador y dominante, el idioma que recibe esa avalancha sin posibilidad de asimilarla queda destruido o convertido en una suerte de *patois*.

Y cuando se trata de nuestro idioma materno, es por medio de él que desde la niñez se forma y se moldea nuestra manera de construir ideas y de expresar lo que pensamos. Es decir, que ese idioma materno es parte esencial de nuestra identidad. Somos lo que hablamos, cómo lo pensamos, lo construimos y lo expresamos con las palabras con las que llamamos las cosas. Por eso es que es difícil aprender otro idioma, quiero decir, asimilarlo, aprender de verdad a pensar también directamente en él y a expresarnos en él sin traducciones mentales previas que retardan el habla y a veces llevan a decir verdaderos disparates. Por eso algunos brillantes escritores de la Generación de 1898 en España se negaban a aprender otro idioma, sobre todo si era muy diferente del suyo, porque afirmaban que hacerlo amenazaría con desorganizarles sus mentes destruyéndoles su manera de pensar y de expresarse. No creo que en esto tuviesen razón porque, aunque lo que decían es en parte cierto, aprender a hablar, leer, escribir y sobre todo a pensar en otro idioma y expresarnos bien y de corrido en él es algo extraordinario, que no sólo nos enriquece, sino que nos abre la puerta para entrar en otros mundos culturales.

Sólo que una cosa es aprender otro idioma conservando el nuestro y poder manejar bien ambos (o varios, si es ese el caso), y otra muy diferente es que ese idioma nos sea impuesto en forma desordenada, por retazos, mediante palabras y frases sueltas, disparates, fragmentos mal pensados y a pedazos, que no nos enseñan ese otro idioma, sino que lo que hacen es destruir el nuestro. Es lo que en nuestros países latinoamericanos se ha llamado *portorriqueñización* del español, que va siendo una tendencia general en todo el continente, y que se ha mostrado con el ejemplo en que una madre portorriqueña le dice: ¡*Cierra la window que vas a coger cold!*, al joven hijo suyo que está asomado a la ventana corriendo el riesgo de resfriarse porque está soplando un viento frío. O el del traductor de un programa cultural *yankee* que al aparecer en pantalla una libélula, la llama mosca dragón (*dragonfly*); o que al ver en otro programa una muestra de mercurio la llama plata rápida (*quicksilver*).



Así, en un programa de televisión en que al hacer el doblaje del original estadounidense que menciona el cacao en polvo, que en inglés es *cocoa*, la voz que hace el doblaje al español no traduce cacao sino que dice *cocoa*. O el que en otro programa televisivo llama “nueces” a un loco porque en inglés corriente (del cual está haciendo el doblaje al español) se le dice a un loco *nutso nutty*, que significa familiarmente loco o estar loco (*to be nutty*). Y por supuesto es peor aún, cuando se trata de montar una construcción sintáctica propia del inglés sobre una frase española o en reemplazo de la misma. O también lo contrario, de montar una construcción sintáctica propia del español en una frase estructurada en inglés, con lo que en cualquiera de los dos casos el resultado de esto es la construcción parcial e improvisada de un tercer idioma híbrido e incomprensible que no es ninguno de los dos. “Mira para eso”, o “muy mucho” son dos casos bastante corrientes. Pero hay muchos otros ejemplos que se podrían citar<sup>59</sup>.

Es lo que ocurre en nuestros países a diario, porque con la colonización de nuestros medios, sobre todo de la televisión, y con el hecho de que la casi totalidad de los programas que en ella se difunden son estadounidenses, es frecuente escuchar haciendo eso mismo o algo peor a quienes doblan al español esos programas, también a periodistas ignorantes de ambos idiomas, el inglés y el español,

---

<sup>59</sup> Entiendo que un experto lingüista podría objetar lo que critico señalando que así se formaron nuestras lenguas romances, como el mismo español, entre la Antigüedad Tardía y la Edad Media, porque los pueblos de la España tardo romana y visigoda modificaban palabras del latín vulgar que hablaban, para ir dando forma, siglos después, sin que ellos mismos se lo propusieran, al actual español, que tomó además palabras de otros idiomas. El papel de la lengua árabe fue en este caso fundamental. De modo que cualquier español, sin saberlo, al hablar castellano está hablando al mismo tiempo griego, latín y árabe. Y más modernamente algo de francés e inglés. Es cierto, es historia conocida. Pero es justamente eso lo que nosotros, como pueblo de hoy, orgulloso de nuestra nacionalidad y de nuestro idioma, el español que hablamos, rechazamos repetir, porque no queremos que la penetración cultural que nos impone Estados Unidos, y el desorden lingüístico que provoca, destruyan nuestra lengua y nos hagan terminar no sólo hablando una suerte de *span-glish*, sino perdiendo toda idea de lo que somos y todo rasgo de identidad propia, algo que a los imperialistas norteamericanos les contentaría mucho.

que sin ninguna vergüenza los traducen confundiendo todo, o a jóvenes colonizados que disfrutaban con serlo, y que pronto se convierten en ídolos mediáticos de otros más jóvenes que quieren imitarlos.

Por cierto, es también claro que el español no es precisamente el idioma de la ciencia y la tecnología modernas, dominadas en cambio por ingleses, estadounidenses, franceses y alemanes. De allí que la mayor parte de esas palabras las recibamos en su idioma original y debamos adaptarlas. También pasa con palabras corrientes; y hace ya más de medio siglo que en Venezuela, con la explotación petrolera en manos de los norteamericanos, se bautizó a los vigilantes (*watchmen*) de los campos petroleros como *guachimanes*. Así se quedaron y en el país al guardián nocturno se lo llamaba al menos hasta no hace mucho, guachimán. Eso era perfectamente válido, igual que llamar *croche* al *clutch* o seibó al *sideboard*. Sólo que los *sideboards* no existen más. En la actualidad son los términos propios de la computación los que en nuestros países quedan casi siempre sujetos a asimilación y adaptación porque a menudo resulta ridículo traducirlos. Por ejemplo, tenemos los casos de escanear y de brausear, que ni siquiera los traduciría al español un purista del idioma (que también los hay, atados a los conservadores diccionarios de la Academia española de la Lengua, que por cierto han empezado al menos a modernizarse). Y no lo haría, porque sería ridículo traducir *to scan* como escudriñar, lo que haría pensar en otra cosa, o *to browse* como pasar a toda prisa las páginas de un libro, que no sería traducción de la palabra sino una larga frase que lo explica. Pero lo que no tiene sentido es decir *aperturar los ojos*, o que una ciudad queda *cerca a otra*. O confundir *experticia* con experiencia. Nadie tiene experticia, lo que se tiene es experiencia. La experticia se hace y la hace un experto, por lo general un policía técnico, un investigador policial. Y, por supuesto, hay muchos otros casos que también podrían servir de ejemplos. Pero creo que con estos basta.

En fin, que con independencia y ya lejos de su origen colonial, lo cierto es que el español, el español que hablamos, es nuestra lengua, es parte integral de nuestras identidades, está abierto a recibir y asimilar palabras, conceptos e ideas de diversa procedencia, pero debemos también defenderlo contra un proyecto imperial de imponernos una caricatura del inglés, que destruye nuestra lengua,

que nos desorganiza la mente y nos coloniza. No hay duda de que los latinoamericanos de habla española deben aprender inglés y/o francés, aprenderlo bien, sobre todo el inglés, que es actualmente el idioma internacional. Y que va a seguir siéndolo quién sabe hasta cuándo. El inglés es un idioma necesario, pero se trata de aprenderlo, no de chapucarlo o de meterlo de contrabando en el español, sino de hablarlo bien, igual que hablamos nuestro español. Y quizá nos convenga también empezar pronto a estudiar chino o ruso, todo lo cual puede enriquecernos mucho, visto desde el plano cultural. Aunque es bastante más complicado. Pero si algo deberíamos hacer es empezar por algo más fácil, por el portugués, no tanto por Portugal sino porque es el idioma de Brasil y porque es una tonta barrera la que nos separa de ese idioma y del hermano pueblo brasileño que lo habla, mientras, para vergüenza de nuestros ciudadanos, la mayoría de los brasileños habla o entiende el español.

## 7.5. Más sobre nuestros viejos problemas de racismo

Siguen presentes en diverso grado y contra distintos grupos en todos nuestros países. Sobre todo contra indios y negros, en especial si son además pobres. Es una terrible herencia que perdura, una herencia colonial que no muere, que se renueva y se mantiene viva. En tiempos de la propia independencia, por obra de los sectores más blancos y racistas de la oligarquía, ese racismo se manifestó contra los propios Libertadores. Destaco algunos pocos casos. Aunque hijo de padres españoles, San Martín tenía la nariz aguileña, el cabello y los ojos negros y la piel algo bronceada. La rancia aristocracia porteña trató de hallarle orígenes mestizos. A la aristocracia criolla peruana, orgullosa de sus rimbombantes títulos de nobleza recién comprados, de sus medias de seda, sus pelucas y sus imponentes carrozas, le pareció que Sucre y Bolívar eran mulatos; y para algunos, quizá hasta zambos. A los patriotas venezolanos y colombianos llegados a libertar a Ecuador formando un ejército de llaneros, entre los cuales había por supuesto mulatos y negros, la muy exquisita aristocracia criolla de Quito los bautizó con desprecio y refinado racismo como *los etíopes del Norte*. En la blanca Bogotá, al negro Leonardo Infante, problemático y arrogante héroe

llanero, se le imputó falsamente un crimen y se le condenó a muerte, más por negro, alborotador y seductor de mujeres blancas, que por acusado de un asesinato que él no cometió.

En Venezuela el racismo se mantiene, pero suele ser oculto, familiar o de pequeños grupos, y suele sólo expresarse abiertamente en momentos de agudos conflictos sociales que de ordinario son también raciales. La presencia de indígenas no mestizados en las grandes ciudades es escasa. Habitan más bien en pueblos pequeños o medianos. Negros y mulatos, que forman el sector mayoritario de la población, se distribuyen por casi todo el país, aunque escasean en la región andina; y están integrados a las grandes ciudades, en las que siguen ocupando la parte baja de la pirámide social/racial y sus condiciones de vida suelen ser las peores. Un rasgo importante de la supervivencia colonial en Venezuela, que se produce también en otros países hermanos, y que he analizado en otras ocasiones porque tiene mucho que ver con el colonialismo, es que en el país casi toda la actividad comercial y empresarial en pequeña o mediana escala (supermercados, abastos, restaurantes, talleres mecánicos) está en manos de extranjeros europeos, todos ellos blancos: españoles, portugueses, italianos, canarios, y de árabes, judíos y otros, mientras sus trabajadores son venezolanos, por lo general pobres y de piel oscura. El racismo suele estar presente y en especial entre españoles y portugueses reaviva el viejo y añorado racismo que en tiempos de la colonia practicaban sus antepasados contra ellos, lo que genera tratos despectivos y suele alimentar rencores<sup>60</sup>.

En Colombia hay una suerte de reparto racial de territorios entre los tres grupos principales de la población. Los negros y mulatos ocupan las costas, tanto la caribeña y atlántica como la pacífica, y son mayoritarios en ellas. Los indígenas se reparten entre el centro montañoso y las regiones de la Amazonia y la Orinoquia mientras la población blanca y mestiza clara es mayoritaria en las zonas montañosas del área central andina. Y en ella se encuentra Bogotá, la capital. Después de siglos de racismo esclavista y de un siglo XIX en el que la clase

---

<sup>60</sup> He examinado con más detalle ese tema en dos de los programas recogidos en Vladimir Acosta. *Ensayos radiales del programa Temas sobre el tapete*, primer volumen, Monte Ávila. Caracas, 2011. Se trata de los programas “Racismo, clase media e inmigración europea”, I y II, 27 de junio y 4 de julio de 2007, páginas 3-33 y 35-65 de ese texto.

dominante alentó sin mucho éxito la inmigración blanca para “mejorar” la raza, los negros siguen siendo explotados y sometidos a frecuentes patrones de conducta racista. Y aunque en las últimas décadas el cuadro ha mejorado, ese racismo se mantiene. La costa atlántica es pobre y la del Pacífico es olvidada y miserable. Pero la población negra viene luchando contra el racismo, reclamando los derechos que le ha otorgado la última Constitución, y organizándose para defenderlos.

Brasil es un país de minorías blancas o mestizas claras y de aplastante mayoría de población mulata y negra, no en balde fue el último país de nuestro continente en abolir la esclavitud. Es un país particularmente racista, y en casi todo su enorme territorio su racismo se ejerce sobre todo contra la población negra y mulata, que es la aplastante mayoría del país, y que se concentra a lo largo de la costa y en las grandes ciudades, como Salvador de Bahía, Río de Janeiro o Sao Paulo. Brasil pretende ser una democracia no racista y cuando se ve forzado a reconocer que ese racismo existe, lo minimiza calificándolo de *cordial*. Para ello se aprovecha de que en realidad a la población negra y mulata sólo se le acepta protagonismo en el *samba*, el fútbol y el carnaval. Y también desempeña otro protagonismo poco glorioso porque es a la población negra y mulata de las favelas a la que la policía acusa de delitos, sobre todo asociados a droga ya violencia. Cuando la población negra o mulata intenta asumir protagonismo político, o cuando para impedírselo a tiempo, la extrema derecha se decide a poner orden, la violencia racista contra los negros explota a niveles parecidos a los de Estados Unidos. Sin olvidar que, igual que en Estados Unidos, la policía y el ejército brasileños viven metidos en las *favelas* urbanas buscando droga, persiguiendo armas en mano a reales o posibles delincuentes (pues todo negro es de entrada sospechoso de serlo), y por supuesto, masacrando con toda libertad negros y negras.

En Argentina, Uruguay y Chile, la población de piel muy oscura se redujo al punto de casi desaparecer. En el Chile colonial la población negra fue escasa y la norma de la clase criolla fue la blancura o el mestizaje. Lo que abundaba era la población indígena o mestiza y vimos cómo se intentó en el siglo XIX exterminar a los mapuches o araucanos. En Uruguay se exterminó prácticamente en fecha temprana a los charrúas y la población negra, que tenía cierta importancia en Montevideo, desapareció de hecho en el siglo XIX,

algo muy poco estudiado que la historia oficial uruguaya silencia, o lo atribuye a su participación en las luchas entre diversos bandos que caracterizaron ese siglo en el país. Lo mismo ocurre en Argentina, donde la población negra desapareció también prácticamente en la segunda mitad del siglo XIX, donde el tema ha sido poco estudiado y se atribuye también esa desaparición a que los negros participaron como soldados en las guerras civiles que llenaron la historia del país en el siglo XIX. Explicar esa rápida desaparición exige mejores estudios porque para 1810 más de un cuarto de la población de Buenos Aires era negra y porque en tiempos de la dictadura de Rosas los negros eran todavía un componente importante de la población. Algunos estudios recientes han empezado a investigar el tema<sup>61</sup>.

En todo caso, Argentina, Uruguay y Chile son países que se consideran totalmente blancos, aunque las élites y clases medias argentinas (entre las que sobrevive un componente mestizo) están más cerca de serlo que sus equivalentes chilenos, entre las que el componente mestizo es aún mayor. Y lo cierto es que en ambos países el racismo se expresa abiertamente contra el indígena, sobre todo contra la población mapuche, a la que se desprecia y reprime, contra la que se llevó a cabo el declarado genocidio de la Conquista del Desierto y contra la que sigue habiendo desprecio, represión y hasta algunos asesinatos en fechas muy recientes. Existe racismo contra la población mestiza, a la que también en ambos países se desprecia, sobre todo si son pobres. Son los *grasitas*, *cabecitas negras*, o *rotos*. También se desprecia a la población mestiza, mulata o india, procedente de países como Bolivia, Perú o Paraguay. En Argentina hay además racismo contra inmigrantes coreanos.

En Costa Rica, país de franca mayoría blanca o mestiza muy clara, se desprecia a los inmigrantes, siempre pobres y más oscuros, procedentes de países vecinos como Nicaragua y Honduras. En Guatemala

---

<sup>61</sup> Los libros de Andrews y de Carnese citados en la Bibliografía son ejemplo de ello. Las conocidas y aceptadas críticas que hace este último a los conceptos de raza y de mestizaje racial son válidas desde el punto de vista científico de la antropología biológica, que es el suyo. Pero el problema de quedarse en ese plano eliminando las ideas de raza y de mestizaje es que hace imposible criticar y denunciar raza y racismo como nos interesa, e imposibilita hacer entender en términos reales y prácticos el concepto mismo de mestizaje racial.

es abierto el desprecio y racismo contra la población indígena, maya, que es la mayoría del país; y ha dado pie a crímenes racistas muy frecuentes y hasta a verdaderas masacres. Dirigida por el imperialismo norteamericano, la oligarquía ha alentado en décadas recientes esas masacres, aprovechando el enfrentamiento con la lucha guerrillera para que el ejército exterminara numerosas comunidades y pueblos indígenas. Y algo similar sucedió en El Salvador. La espantosa matanza de *El Mozote* provocó un enorme escándalo fuera del país. Y por supuesto no fue la única. En República Dominicana, país de población mestiza y mulata, el racismo contra los haitianos vecinos, que además de ser negros o mulatos muy oscuros son pobres, es en verdad enorme, ha dado origen a matanzas como la de 1937, y se combina con xenofobia, porque ante el haitiano, el dominicano, no importando si es moreno (y la mayoría lo es), se autodefine como europeo, blanco y cristiano, mientras define *a priori* al haitiano como africano, negro y pagano, creador de *zombies* y practicante de *vudú*. De modo que por más que se lo oculte, en nuestros países el racismo heredado de la colonia no sólo no termina, sino que sigue vigente por doquier.

La lucha mundial que se ha librado contra el racismo en este último medio siglo ha contribuido a hacer que al menos en nuestros países el racismo se mantenga más bien oculto y que se manifieste sobre todo a nivel familiar o entre pequeños grupos. Esto es así y así se mantiene mientras los países viven en situaciones poco conflictivas o de conflicto social controlado o atenuado, pero cuando estallan las crisis, que suele ser lo más frecuente entre nosotros, ese racismo también explota, y lo hace con más fuerza cuando hay amenazas de grandes luchas populares en las que las masas de color muy oscuro y sobre todo indias, mulatas y negras pasan a primer plano. Eso ha pasado muchas veces. Y lo hemos sufrido recientemente en la pasada década, sobre todo en Venezuela y en Bolivia al producirse el triunfo de los gobiernos democráticos encabezados por Hugo Chávez y Evo Morales. En Venezuela la derechista oposición venezolana, sobre todo su clase media, que se pretende más blanca de lo que es, sacó abiertamente a la calle todo su hasta entonces oculto racismo, persiguiendo y golpeando, acusados de ser chavistas, a gentes de piel negra o muy morena, y describiendo a Chávez, por su piel oscura, de la cual él se sentía orgulloso, como zambo, mono o

negro, como líder de una miserable chusma de pobres, todos de piel oscura. Y en un país de absoluta mayoría indígena como Bolivia, en la provincia de Santa Cruz de la Sierra, donde se concentran la mayor parte de la población blanca, las clases medias y empresariales, todas ellas racistas, esos grupos se dedicaron, proclamando en forma abierta su racismo, a protestar e incluso a promover la secesión de la provincia, centrando su violenta oposición al gobierno democrático de Morales en lo que para ellos resultaba inaceptable: en su condición de indio. (Y en estos mismos días han logrado dar el golpe militar que preparaban desde hace años, dándole al golpe carácter religioso como triunfo, Biblia en mano, de la extrema derecha cristiana; acusando al pueblo indígena de agente pagano del demonio; sacando a Morales del poder; y dando rienda suelta con persecuciones, encarcelamientos y matanzas al desprecio y al odio profundos que esa supuesta élite blanca o mestiza, ultra católica, racista y entregada al imperialismo estadounidense, manifiesta contra la población indígena.)

Por último, no debemos olvidar que el racismo se genera y alimenta en las familias y en la escuela porque son ellas las que crean en los niños y niñas esos perversos estereotipos de que existen razas, de que unas son superiores a otras y de que las de piel más oscura son inferiores y están condenadas a la pobreza, a la servidumbre y a la esclavitud. Y junto con las familias y la escuela entran en juego los medios, que son la otra fuente de generación del racismo y de sus contravalores. Así que enfrentar esto es tarea primordial de toda la sociedad, porque sin hacerlo no hay forma de erradicar el racismo. Racismo y colonialismo tienen estrechas relaciones, alimentándose el uno del otro. De modo que sin erradicar por completo el racismo nunca podremos ser países verdaderamente soberanos, libres e independientes.

## 7.6. El eterno problema del modelo económico colonial

Lo tenemos porque dos siglos después de clausurado en lo político el régimen colonial español, seguimos sin salir de ese modelo económico que nos impuso la colonia, modelo que era la cara servil que nos tocaba a nosotros como colonias de un mercantilismo proteccionista que junto con la trata de negros que alimentaba el régimen



esclavista de plantaciones que también se nos había impuesto, contribuía en cambio en Europa en esos mismos siglos a la acumulación originaria de capital necesaria para el definitivo triunfo del capitalismo.

Ya desde fines de la colonia cada uno de nuestros países ha cambiado varias veces su principal producto de exportación. Así, de los cueros, el sebo y el tasajo a la lana de oveja y la carne congelada en Argentina, o del tabaco y el añil, al cacao y luego al café en Venezuela, para seguir en el siglo XX con el petróleo y también el hierro. Ahora, en los comienzos del siglo XXI nuestros países exportan etanol o soya, o bien al petróleo y al acero le han añadido oro, coltán y diamantes. Y las tierras raras y el litio. De modo que los productos cambian, pero lo que no cambia es el modelo. El modelo es el mismo de la colonia, que fue reforzado con nuevos productos exportables en el siglo XIX. Y lo mismo pasó en el siglo XX, pese a los procesos de relativa industrialización dependiente que vivimos bajo el imperialismo neocolonial de Estados Unidos. Y lo cierto es que después de diversos intentos fracasados con los que lo combinamos, seguimos en lo mismo: petróleo, hierro, cobre, azúcar, salmónes y bananos. Aunque a veces se intente disfrazarlo, lo cierto es que no hemos salido de ese condenado modelo colonial que de verdad parecería ser nuestro destino (al menos es eso lo que se nos repite a menudo para que nos resignemos a aceptarlo). Y lo peor de todo es que no intentamos salir de ese condenado modelo, y que cada vez que encontramos o añadimos una nueva materia prima o *commodity* a la lista, creemos que esa sí nos va a sacar de abajo, que con ella sí vamos a ser por fin países desarrollados, prósperos y ricos. De modo que más allá de diferencias existentes entre nuestros países, de logros que no duran, de niveles de industrialización dependiente que siempre se estancan, y de las inevitables crisis que nos atrapan cada cierto tiempo y nos devuelven bruscamente a tiempos que creíamos al fin definitivamente superados, lo cierto es que seguimos, unos más y otros menos, atrapados en el modelo económico que nos dejó la colonia española, que se intensificó y diversificó en el siglo XIX bajo la hegemonía británica, y en el XX aún más complejo que ha derivado de nuestra férrea sujeción al implacable y criminal dominio estadounidense.

Y así, de sueños en pesadillas y de ilusiones en fracasos nos van pasando las décadas, décadas que se vuelven siglos. Y mientras

sigamos ese camino ya trillado muchas veces cambiando de producto exportador que es siempre una materia prima, agrícola o minera, aunque ahora reciba un nombre más sofisticado, seguiremos atrapados en la dependencia, en el subdesarrollo, en una inevitable sucesión de crecimientos fáciles, mágicos y efímeros que terminan siempre en crisis y desastres, y en la imposibilidad de que nuestros países por fin puedan llegar a ser países prósperos, libres, soberanos.

Creo que no vale la pena seguir abundando en esto. Lo que creo que está claro es que nuestro camino hacia la independencia, la libertad y la soberanía no puede seguir siendo una repetición infinita de estos ciclos. Y que salir de la colonia, lo que es vital para nuestros países, pasa necesariamente en algún momento por el abandono de esa ruta equivocada como único camino; por la incorporación de esta temática que hemos estado examinando, a nuestros planes cotidianos de lucha revolucionaria; porque nuestros países recuperen economías internas basadas en el permanente esfuerzo colectivo, en el trabajo sistemático y en la producción; en la búsqueda sistemática de nuevos caminos, distintos al exclusivo de exportar materias primas; y por tratar de abrir espacios válidos hacia la superación de ese modelo colonial creador de dependencia en el que llevamos ya sumidos cinco largos siglos.

Por cierto, quizá no estaría de más recordar que en julio de 1810, ante los temores y la pasividad del Congreso venezolano, que dudaba en romper con la colonia declarando de una vez la independencia de Venezuela, el joven Simón Bolívar, en su *Discurso ante la Sociedad Patriótica de Caracas* pronunciado el día 4 de ese mes, estalló preguntándole al indeciso Congreso si era que tres siglos de sujeción colonial a España no resultaban acaso suficientes. Pues ahora son cinco. Y no se trata ya de España. Es que todo lo que se ha hecho, todas las luchas que se han librado desde entonces, incluyendo la lucha heroica que nos permitió conquistar la independencia, no han sido hasta ahora suficientes para hacernos salir de la colonia. Así que lo que intento aquí es sólo recordar a Bolívar a propósito de ello. Y por supuesto no se trata en absoluto de pedir a ninguna Asamblea o Congreso que declare nuestra independencia por enésima vez. Se trataría sólo de empezar a poner en práctica, todos y todas juntos, planes, medidas y políticas firmes y permanentes que vayan más allá

de declaraciones y de proyectos que no se mantienen ni se profundizan; y que contribuyan de verdad a permitirnos ir saliendo al fin de la colonia; en este caso, de la que desde hace ya más de un siglo nos mantiene atados al dominio neocolonial del imperialismo estadounidense.

## 7.7. Tenemos un serio problema cultural

He dejado de último hacer una reflexión final sobre lo principal, lo que lo contiene y resume todo, es decir, sobre lo referente a lo cultural, a la cultura, porque de todo lo que he venido intentando examinar y analizar creo que queda perfectamente claro que a fin de cuentas lo que tenemos en el fondo es un grave problema cultural. Un problema cultural que, salvo excepción y pese a algunos esfuerzos ocasionales, específicos y limitados, nuestros recientes procesos revolucionarios no han sabido o querido abordar en toda su profundidad y en su verdadero significado lo tocante a la cultura en sus alcances y en toda su crucial importancia. Y hasta parece que ni siquiera lo han entendido como totalidad, porque han reducido la cultura, lo cultural, a lo mediático, al mero espectáculo, a la fiesta, y a la defensa no siempre acertada de algunas tradiciones políticas y religiosas.

Así, se olvida o no se percibe que la cultura, aunque también lo abarca, no puede reducirse sólo al espectáculo cultural. Se sabe, pero se olvida, que la cultura es un todo que, si bien incluye libros, música, teatro y danza, es mucho más que eso. La cultura somos nosotros mismos y nosotras mismas. La cultura es lo que hacemos y cómo lo hacemos. Abarca nuestras vidas y cómo las vivimos, nuestros pensamientos, cómo los expresamos y cómo tratamos de difundirlos o imponerlos. Incluye nuestras costumbres, tanto las viejas que conservamos como las nuevas que vamos adquiriendo. Incluye nuestras acciones y cómo, en qué forma y por cuáles medios las llevamos a cabo, con qué fines y a quién o a quiénes benefician o perjudican. E incluye, por supuesto, nuestras formas de organización y nuestra obra material, la de todos y todas, la de los ricos y poderosos que planifican y ordenan construir carreteras y edificios y la de los pobres y obreros que los convierten en obras reales con su sudor y su trabajo y que son sus verdaderos constructores. En fin, que dentro

de la sociedad a la que pertenecemos y en medio de sus contradicciones sociales y sus diferencias, todos y todas, como integrantes de esa sociedad, somos seres culturales. Somos, al vivir en sociedades de clases, una totalidad contradictoria y viva de saberes, de conductas y de formas de vida cotidiana. Y también de costumbres y tradiciones, aunque, repito, de las que no todas son defendibles por una revolución.

Y aquí entra justamente el tema de la revolución o de las revoluciones. Porque las revoluciones y los procesos de cambio que intentan ser revoluciones no llegan al poder para conservarlo todo. Llegan al poder a producir cambios de fondo, a cambiar las cosas, y eso incluye lo cultural, porque una verdadera Revolución es cultural o no es nada. Porque por esenciales que sean los cambios políticos, económicos y sociales que sirven para saber si un proceso de cambio puede calificarse o no de ser una revolución (cambiar las relaciones de producción, las relaciones sociales y las formas de hacer política, para ponerlas al servicio del pueblo, de los explotados, con su apoyo participativo y protagónico), cambios que una Revolución verdadera tiene que emprender, lo esencial de esos cambios, lo más importante y más difícil, es lo cultural. Porque, lo repito, una revolución es cultural o no es revolución, y de no serlo acaba fracasando. Porque por sobre los grandes cambios económicos, sociales y políticos que propone para cambiar la sociedad, el que la revolución sea siempre cultural significa que tiene que cambiar la cultura. Con paciencia y constancia y ganando apoyo popular creciente, tiene que actuar sobre valores y formas de vida tradicionales y arraigados, o incluso muy recientes, que obstaculizan la construcción de esa nueva sociedad más democrática, más libre y más justa por la que se lucha, para poder transformarlos. Tiene que hacerlo, porque de lo contrario como revolución termina fracasando. Pero también tiene que saber o que aprender cómo hacerlo y cómo no hacerlo. Los cambios culturales no pueden imponerse en forma brutal ya que se pierde el apoyo popular, se fortalece el poder de la derecha y se acaba apelando al autoritarismo que aísla del pueblo y que pervierte toda revolución. Pero tampoco, ya sea por ignorancia o por comodidad, limitarse a promover en los medios espectáculos folklóricos neutros que suelen ser atractivos y muy valiosos, pero que por ellos mismos no modifican ni pueden modificar nada, mientras el necesario y urgente cambio cultural sigue estancado, o esperando que esa transformación cultural empiece a cobrar forma y a ganar apoyo.

Los cambios políticos y hasta económicos pueden lograrse a corto plazo a partir de victorias políticas y de respaldo popular, pero los cambios culturales son mucho más difíciles y más lentos porque afectan costumbres arraigadas que no es fácil superar y porque a menudo los propios revolucionarios y revolucionarias que quieren cambiar las cosas se quedan en el cambio político, el más fácil, y no se atreven a impulsar el cambio cultural, sea porque reducen la cultura al mero espectáculo que por sí sólo no transforma nada o es poco lo que cambia; sea porque ellos mismos comparten también en el fondo esos valores, tradicionales y viejos o recientes e importados, y no desean ni se atreven a intentar cambiarlos. De modo que ese temor, esa indiferencia o rechazo a emprender o a impulsar verdaderos cambios culturales, que deben empezar revisando esos líderes sus propias mentes es, junto con los desgastes que producen el uso del poder, las costumbres burocráticas, el autoritarismo y la corrupción, una de las causas principales de que esas revoluciones que no se atreven a ser revolucionarias en lo cultural o a intentar serlo, se estancan y terminen fracasando. Y esto es algo lamentable que debemos tener presente y evitar, antes de que esa amenaza de fracaso cobre suficiente fuerza y forma.

De todos modos, esto es algo que hay siempre que aclarar para que no se entiendan mal las cosas, porque el tema de la cultura es complicado y tiene muchas aristas, igual que el tema de la religión, con el que a menudo está relacionado y con el que fácilmente se lo confunde. Y hay que añadir que cuando hablamos de defender nuestra cultura debemos hacer una pronta y necesaria explicación. La cultura de una sociedad, cualquiera que ella sea, y mucho más en las condiciones creadas por este mundo moderno y conflictivo en el que vivimos, lleno todo de cambios y de influencias, no puede en absoluto ser comparada con una fortaleza sitiada, en defensa implacable contra toda posible influencia procedente del exterior, entendido éste como enemigo que hay que vencer a cualquier costo. Hacer esto no sería más que promover un lamentable, reaccionario y peligroso disparate. Una cultura que se encerrase en sí misma, que no estuviese siempre en movimiento, abierta a recibir influencias y cambios procedentes de sus relaciones, ya sean éstas constructivas o conflictivas con otras culturas, no sería más que una cultura estancada, enferma de ceguera

o de soberbia y en todo caso condenada a la muerte y a la desaparición. Ninguna cultura que se respete, que quiera sobrevivir y fortalecerse, puede encerrarse en sí misma santificando todas sus tradiciones, viejas o nuevas, y negándose a recibir y a asimilar influencias extranjeras que si se las asimila bien deberían contribuir a enriquecerla.

Y a propósito de las tradiciones, que son las más frecuentes, sencillas y arraigadas expresiones de las culturas, convendría decir algo importante. Porque ocurre con frecuencia que las más viejas tradiciones sean en realidad menos antiguas de lo que usualmente se cree o se pretende. Y no es nada raro que las más nuevas, que son por supuesto más modernas, resulten ser por sus implicaciones, más negativas que algunas de las más viejas y atrasadas.

Lo de la menor antigüedad de las tradiciones viejas, porque en realidad ninguna de ellas parece tener más de dos o tres siglos, ha sido puesto en evidencia por varios notables estudios históricos de décadas pasadas. Uno de los más importantes, encabezado por dos reconocidos historiadores británicos como Eric Hobsbawm y Terence Ranger, demuestra que las famosas faldas de los rebeldes escoceses, los *highlanders*, opuestos al dominio inglés, no eran tan antiguas como se había creído o pretendido; y que para colmo tampoco eran escocesas sino inglesas. Se empezaron a difundir entre los escoceses a fines del siglo XVIII y se impusieron en la tercera década del siglo XIX, a propósito de una visita del rey inglés Jorge IV a Escocia. En ese mismo contexto se terminó por aceptar las gaitas, por las que hasta unas décadas antes se mostraba muy poco aprecio<sup>62</sup>.

En los países del África ecuatorial, los líderes y los pueblos suelen usar unas túnicas o unas camisas blancas o multicolores, frescas y llamativas a las que se considera patrimonio cultural nacional. Pero esas hermosas túnicas y camisas no son de origen africano. Son europeas; y cuando se impusieron en África llegaban de Holanda y de Inglaterra y eran parte del comercio triangular (esclavos, armas y ron y telas) que se practicaba entre Europa, África y América y del cual he hablado más arriba. Algo similar ocurre con los sombreros de tipo bombín que usan las mujeres indígenas bolivianas.

---

<sup>62</sup> Cf. Hugh Trevor-Roper, en Eric Hobsbawm y Terence Ranger, editores. *La invención de la tradición*. Crítica. Barcelona, 2002, cap. III, pp. 23-48.

Esos sombreros son de origen inglés, se crearon en Londres a mediados del siglo XIX, y se impusieron en Bolivia desde fines de ese siglo o a comienzos del siglo XX. Hoy son de hecho bolivianos y las indígenas bolivianas los consideran con orgullo como un rasgo de su identidad.

Y en cuanto a ceremonias y rituales festivos, de los que habría muchos ejemplos, cito en España, en Teruel, Aragón, el caso de los Tambores de Calanda, la ciudad del famoso cineasta Luis Buñuel. Esos tambores forman parte de la Semana Santa y aunque la fiesta se considera de origen medieval, en realidad fue creada por un sacerdote aragonés a comienzos del siglo XX, hacia 1911. En Venezuela existe un caso similar, el de las Zaragozas de Sanare, en el estado Lara. Es una suerte de hermosa fiesta carnavalesca asociada con los llamados Santos Inocentes, cuyo origen algunos quieren hacer remontar a los tiempos de la colonia española, pero que fue también creación de comienzos del siglo XX, al parecer obra de un sacerdote español, igualmente aragonés, pero de Zaragoza en este caso.

De modo que la sacralización de esas tradiciones no tiene mucha base histórica porque en el fondo la mayor parte de ellas son relativamente recientes. (O no tan antiguas, salvo en el caso de las religiosas, algunas de las cuales sí suelen ser más viejas). Sucede además que muchas veces su origen es extranjero, procedente de países que dominaban a esos pueblos, que sin embargo las asimilaron y las hicieron propias. En países que fueron colonizados, puede decirse que de hecho la mayor parte de las tradiciones religiosas tuvieron ese origen y les fueron impuestas por los colonizadores. Es el caso del carnaval. Sólo que también los pueblos dominados las hicieron propias y hoy les son propias. No obstante, algunas de ellas, sobre todo de las impuestas por la Iglesia, son muy reaccionarias, porque contribuyen a mantener la opresión de los pueblos que las aceptan; y valdría la pena que pudiesen convertirse en temas de libre y sensata discusión. En cuanto a muchas de las tradiciones más recientes, que sólo han sido imposiciones culturales de fuerzas extranjeras dominantes en estos últimos tiempos y que se están convirtiendo en tradiciones aceptadas, esas que han contribuido a dar más fuerza al colonialismo, con mucha más razón deberían ser convertidas sin prejuicios en temas de libre y de sensata discusión.

Lo que habría que aceptar en este sentido es que el tema central es otra vez el que tiene que ver con la colonia y con la dominación extranjera, porque no debería haber problema en asimilar como propio lo que no afecta o ayuda a la lucha contra la colonia. Y rechazar todo lo que es parte de la colonización o contribuye a mantenernos sometidos a la colonia. Todo indica que sin ir despejando ese necesario camino no habrá independencia ni vida soberana. Pero el asunto no deja de ser delicado y de tener matices. En África, con esas ropas blancas o multicolores procedentes de Europa, los dos valientes patriotas que fueron Sekou Touré y Kwame Nkrumah, encabezando las firmes luchas de sus pueblos, liberaron a fines de la década de los cincuenta y comienzos de la de los sesenta del pasado siglo XX a Guinea y a Ghana, sus países, del dominio colonial francés e inglés. Lo mismo hicieron otros líderes del Tercer Mundo de entonces, vestidos con trajes occidentales, mientras que otros, vestidos con ropas tradicionales, traicionaban a sus pueblos. Los medios, celulares y redes con las que actualmente se nos domestica y embrutece para dominarnos, tendríamos que convertirlos en instrumentos decisivos que contribuyan a liberarnos del Imperio y de la solapada sujeción colonial en que vivimos. En fin, que necesitamos que nuestras culturas sean a un tiempo libres y abiertas, pero siempre en lucha; culturas que estén al servicio de nuestra liberación del dominio imperial y que puedan dejar de ser instrumentos pasivos y aceptados para sostener, sin que nos demos cuenta, nuestra dominación colonial dificultando e impidiendo que podamos liberarnos como pueblos.

Y ya para concluir, debo decir algo sobre un tema, positivo y esencial, que he dejado de último porque está estrechamente relacionado con lo que ha sido el centro de este ensayo y sobre el que me parece indispensable reiterar algunas cosas. Se trata del pensamiento acerca de la colonialidad y la descolonización. He compartido desde hace muchos años esas ideas, en particular las de Aníbal Quijano y Walter Dignolo sobre esos temas. Pero también desde hace años he lamentado que ese pensamiento, tan importante para contribuir a la lucha por enfrentar y superar la herencia colonial que sobrevive entre nosotros, haya permanecido limitado o reducido sólo al ambiente académico, intelectual, universitario, sin alcanzar la trascendencia



debida. Como se ha dicho tantas veces, por justas que sean, las ideas sólo se convierten en fuerza material cuando las asumen los pueblos. De modo que hacer que estas ideas alcancen la trascendencia debida sólo será posible si se integran a los movimientos de masas que luchan por la transformación revolucionaria de nuestra realidad y en los que la necesidad de salir de la colonia parece ser ignorada; o en todo caso no estar nunca presente.

Lo que desearía de este ensayo es que pudiera ser una contribución dirigida a lograr ese objetivo, a hacer que ideas como las de ese pensamiento descolonizador y las que en forma precisa expongo en él, se incorporasen a esos movimientos, alcanzando en ellos, mediante discusiones, críticas y enriquecimientos siempre necesarios, el reconocimiento que merecen. Porque, como he insistido a lo largo de estas páginas, creo que su ausencia ha sido una de las razones que contribuyen a explicar muchos de los errores y de las graves dificultades y amenazas por las que esos procesos atraviesan.

En fin, que como se ve de todo lo que he tratado de mostrar en este ensayo, salir de la colonia es tarea difícil, una tarea realmente titánica, colectiva, que todos los revolucionarios tenemos que enfrentar si queremos de verdad liberarnos de ese dominio colonial tan poderoso como solapado que sigue presente entre nosotros. Para que como producto de esas luchas y del enfrentamiento, colectivo y a nivel latinoamericano con el imperialismo que nos sigue atenazando, podamos lograr con más éxito que el más que moderado que obtuvimos en tiempos de la Independencia; y sin repetir sus errores y limitaciones históricas, que nuestros países, como sigue siendo nuestro sueño, empiecen a ser libres, independientes y soberanos y puedan por fin ser dueños de sus destinos. Y lo único que podía esperarse modestamente de este ensayo, que tiene sus inevitables limitaciones y errores, y que deja abiertos muchos temas, es que pudiese contribuir de alguna forma a abrir (o a reabrir) un debate que, como he dicho al comienzo y repito ahora al final, es tan urgente como necesario.

Y en medio de todo esto, lo cierto es que, pese a haber empezado a entrar en un proceso de lenta pero inevitable decadencia, los Estados Unidos siguen dominando este continente nuestro. En estos tiempos actuales lo hacen apoyados en dos cosas. En primer término, en la crisis profunda o en la lamentable derrota de los gobiernos

y procesos de cambio que en la pasada década intentaron, con cierto éxito y en diverso grado, enfrentar esa hegemonía, apoyando, también en diverso grado, la causa de los pueblos. Y, en segundo término (y esto se asocia de manera estrecha a lo anterior), estimulados por un nuevo y creciente auge político de una derecha latinoamericana entreguista y servil, ligada a sus intereses, cada vez más corrompida y reaccionaria, y cada vez más cercana del fascismo.

Y parece que esos mismos soberbios Estados Unidos, creyendo que su señorío sobre el planeta es eterno, o que por lo menos puede durar varios siglos todavía, pretendieran por medio de su política, de su militarismo, sus medios y sus líderes imperiales, que nuestro continente, que fue el primero en caer bajo su férula, sea también el último en librarse de esa imperial sujeción, pautada según ellos por la Providencia para hacer de nuestros países su patio trasero, según se deriva de su arrogante doctrina del *Destino Manifesto*. ¡Basta ya de su gobierno imperial, de su soberbia, su prepotencia y su racismo! Algún día nos sacudiremos su dominio. Nos costará, sin duda, pero lo lograremos. De nosotros, de nuestra constancia, de nuestra unión continental y nuestra fuerza, y de la esperanza de que seamos capaces de corregir errores y de abrir nuevos caminos, dependerá sin duda que ese objetivo colonial imperialista suyo pueda al fin ser derrotado; y lo lograremos, como se logró, hace ya casi dos siglos, derrotar unidos, en nombre de nuestra soberanía y de la esperanza de forjar una Patria grande y libre, al Imperio español que nos había colonizado.

Vladimir Acosta

Caracas, septiembre de 2019-enero de 2020

## BIBLIOGRAFÍA SUCINTA

Una bibliografía sobre los temas expuestos en este ensayo, lo que cubre siglos de historia y décadas de lecturas, estudios, docencia e investigación de mi parte sobre los mismos, resultaría demasiado larga y podría parecer pedante. Me limito a incluir sólo libros y artículos que han tenido de algún modo relación directa con la preparación y redacción de este trabajo, lo cual se traduce en una bibliografía bastante más reducida. Y el que comience, como ocurre casi siempre, con textos míos es mera culpa del inevitable orden alfabético que hay que seguir.

- Acosta, Vladimir. *Reformas liberales y acumulación originaria en América Latina. Colombia y Venezuela en el siglo XIX*. UCV. Caracas, 1989.
- Acosta, Vladimir. *Independencia, soberanía y justicia social en el pensamiento del Libertador Simón Bolívar*. PDVSA-La Estancia. Caracas, 2007, reedición Monte Ávila Editores. Caracas, 2015.
- Acosta, Vladimir. *Independencia y emancipación. Élite y pueblo en los procesos independentistas latinoamericanos*. Celarg. Caracas 2011.
- Acosta, Vladimir. *Ensayos radiales*. Tomo I. Monte Ávila Editores. Caracas, 2011.
- Acosta, Vladimir. *Ensayos radiales*. Tomo II. Monte Ávila Editores. Caracas, 2013.
- Acosta, Vladimir. *El Monstruo y sus Entrañas. Un estudio crítico de la sociedad estadounidense*. Editorial Galac. Caracas, 2017.
- Acosta Saignes, Miguel. *Vida de los esclavos negros en Venezuela*. Ediciones Hespérides. Caracas, 1967.
- África en América Latina*. Relator Manuel Moreno Fraginals. UNESCO/Siglo XXI. México, 1977.

- Aguirre Beltrán, Gonzalo. *La población negra de México*. FCE. México, 1972.
- Alatorre, Antonio. *Los 1,001 años de la lengua española*. FCE. México, 1989.
- Alberdi, Juan Bautista. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina derivadas de la Ley que preside el desarrollo de la civilización en América del Sur*. En *Obras Completas*. Imprenta de la Tribuna Nacional. Buenos Aires, 1886, tomo III, pp. 371-558. Disponible en internet. Texto incluido en *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1848-1880)*. Selección prólogo y cronología Tulio Halperin Donghi. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1980.
- Altamirano, Ignacio Manuel. *El Zarco*. México, 1901. Disponible en internet.
- América Latina en sus ideas*. Coordinación e introducción de Leopoldo Zea. Siglo XXI Editores. México, 1986.
- Anderson Imbert, Enrique. *Genio y figura de Sarmiento*. Eudeba. Buenos Aires, 1967.
- Andrews, George Reid. *Los afroargentinos de Buenos Aires*. Ediciones de la Flor. Buenos Aires, 1989.
- Araujo, Orlando. *La industrialización en Venezuela*. Dos ensayos. Reedición en Biblioteca del Pensamiento Económico. Revista del Banco Central de Venezuela. Caracas, 2010.
- Arcaya, Pedro Manuel. *Historia de las reclamaciones contra Venezuela*. Pensamiento Vivo. Caracas, 1964.
- Arcila Farías, Eduardo. *Economía colonial de Venezuela*. FCE. México, 1946.
- Arcila Farías, Eduardo. *Historia de la ingeniería en Venezuela*. Dos tomos. Colegio de Ingenieros. Caracas, 1961.
- Austin, Robert, editor. *Imperialismo cultural en América Latina. Historiografía y Praxis*. CECAPT. Santiago de Chile, 2006.
- Bastian, Jean-Pierre. *Protestantismos y modernidad latinoamericana. Historia de unas minorías religiosas activas en América Latina*. FCE. México, 1994.
- Bastian, Jean-Pierre. “El papel político de los protestantes en América Latina”, en Gilles Kepel, director. *Las políticas de Dios*. Anaya & Mario Muchnik. Madrid, 1995, pp. 201-220.

- Bastian, Jean-Pierre. "De los protestantismos históricos a los pentecostalismos latinoamericanos. Análisis de una mutación religiosa", en *Revista de Ciencias Sociales*. Número 16. Universidad Arturo Prat. Tarapacá. Chile, 2006, pp. 38-54.
- Battaglini, Oscar. *El betancourismo, 1945-1948: rentismo petrolero, populismo y golpe de estado*. Monte Ávila. Caracas, 2008.
- Battaglini, Oscar. *Ascenso y caída del puntofijismo*. Editorial Galac. Caracas, 2011.
- Beaumont, J.A.B, Esq. *Travels in Buenos Ayres, and the Adjacent Provinces of The Rio de la Plata with Observations intended for the use of persons who contemplate emigrating to that Country or embarking capital in its affairs*. James Ridgway. Piccadilly. London, 1828. Accesible en Internet.
- Bell. P. L. *Venezuela. A Commercial and Industrial Handbook with a chapter on the Dutch West Indies*. United States Department of Commerce. Washington, 1922.
- Bengoa, José. *Historia del pueblo mapuche*. Ediciones Sur. Santiago, Chile, 1996.
- Bengoa, José. *Mapuche, colonos y el Estado nacional*. Catalonia. Santiago, Chile, 2017.
- Beyhaut, Gustavo y Helène. *América Latina. De la independencia a la segunda guerra mundial*. Historia Universal Siglo XXI, volumen 23. Ciudad de México, 1985.
- Blum, William. *Estado Villano*. Casa Editora Abril. La Habana, 2005.
- Boersner, Demetrio. *Relaciones internacionales de América Latina. Breve historia*. Editorial Nueva Sociedad. Caracas. Reimpresión 2004.
- Bosch, Beatriz. *Urquiza el organizador*. Eudeba. Buenos Aires, 1963.
- Bosch, Juan. *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. Nueva edición. Editorial Porrúa. Ciudad de México, 2002. Disponible en Internet.
- Bosch, Juan. *El Pentagonismo, sustituto del imperialismo*. Nueva edición. Fundación Juan Bosch/Embajada Dominicana en México/Editorial Porrúa. Ciudad de México, 2009.
- Bourdé, Guy. *Urbanisation et immigration en Amérique latine. Buenos Aires*. Aubier-Montaigne. Paris, 1974.

- Bourguin, Miron. *Aspectos económicos del federalismo argentino*. Solar-Hachette. Buenos Aires, 1974.
- Bowser, Frederick P. *El esclavo negro en el Perú colonial, 1524-1650*. Siglo XXI. México, 1977.
- Burns, E. Bradford. *La pobreza del progreso*. Siglo XXI. México, 1990.
- Buy, François. *Histoire de la Colombie*. Tres tomos. Les Éditions Municipales. Paris, 1975, 1976 y 1980.
- Calloni, Stella. *Operación Cóndor, pacto criminal*. Fondo Cultural del ALBA. La Habana, 2006.
- Camacho, Santiago. *Las cloacas del Imperio. Lo que Estados Unidos oculta al mundo*. Editorial El Ateneo. Buenos Aires, 2004.
- Cardoso, Ciro, coordinador. *México en el siglo XIX (1821-1910). Historia económica y de la estructura social*. Editorial Nueva Imagen. México, 1983.
- Carmagnani, Marcello. *Estado y sociedad en América Latina 1850-1930*. Crítica. Barcelona, 1984.
- Carnese, Francisco Raúl. *El mestizaje en la Argentina. Indígenas, europeos y africanos. Una mirada desde la antropología biológica*. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2019.
- Carrero, Manuel. *Cipriano Castro. El imperialismo y la soberanía nacional venezolana, 1895-1908*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. Caracas, 2000.
- Castellanos, Rocío y Boris Caballero. *La lucha por la igualdad. Los pardos en la independencia de Venezuela 1808-1812*. Archivo. Centro Nacional de Historia. Caracas, 2010.
- Castillo, Fabio. *Los Jinetes de la Cocaína*. Documentos Periodísticos. Bogotá, 1987.
- Castor, Suzy. *La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias (1915-1934)*. Siglo XXI. México, 1971.
- Cervantes, Fernando. *El Diablo en el Nuevo Mundo*. Herder. Barcelona. 1996.
- Cervantes Ortiz, Leopoldo, editor. *Juan Calvino, Su vida y su obra a 500 años de su nacimiento*. Editorial CLIE. Barcelona, 2009.
- Césaire, Aimé. *Discours sur le colonialisme*. Éditions Présence Africaine. París, 1955.

- Charles, Gérard Pierre. *El Caribe contemporáneo*. Siglo XXI. México, 1981.
- Chávez Orozco, Luis. *Historia económica y social de México*. Editorial Botas. México, 1938.
- Chiaramonte, José Carlos. *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina 1860-1880*. Solar/Hachette. Buenos Aires, 1971.
- Chiavenatto, Julio José. *Genocidio Americano: A Guerra do Paraguai*. Editora Brasiliense. São Paulo, 1979.
- Chomsky, Noam. *Fabricando el consenso*. Ed. Buenos Aires, 2004. Disponible en Internet.
- Chomsky, Noam. *La quinta libertad*. Crítica. Barcelona, 1988.
- Chomsky, Noam. *El miedo a la democracia*. Crítica. Barcelona, 1992.
- Chomsky, Noam. *Cómo mantener a raya a la chusma*. Entrevistas por David Barsamian. Editorial Siglo XXI. México, 2001.
- Chomsky, Noam y Edward S. Herman. *Los guardianes de la libertad*. Crítica. Barcelona, 1990.
- Chomsky, Noam e Ignacio Ramonet. *Cómo nos venden la moto*. Icaria. Barcelona, 1995.
- Clairmonte, Frederick. *Liberalismo económico y subdesarrollo*. Ediciones Tercer Mundo. Bogotá, 1963.
- Collins, James H. *Straight Business in South America*. Appleton and Company. Londres y Nueva York, 1920.
- Córdoba, Armando. *Inversiones extranjeras y subdesarrollo. El modelo primario exportador imperialista*. Ediciones de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1973.
- Coronil, Fernando. *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Nueva Sociedad y CDCH de la UCV. Caracas, 2002.
- Cortés Conde, Roberto. *Hispanoamérica: la apertura al comercio mundial 1850-1930*. Paidós. Buenos Aires, 1974.
- Cortés Conde, Roberto y Ezequiel Gallo. *La formación de la Argentina moderna*. Paidós. Buenos Aires, 1973.
- Curtis, William Eleroy. *Venezuela país de eterno verano*. Ediciones Congreso de la República. Caracas, 1985.
- Dalton, Leonard V. *Venezuela*. Banco Central de Venezuela. Caracas, 1966.

- D' Épinay, Christian Lalive. *El refugio de las masas. Estudio sociológico del protestantismo chileno*. Editorial del Pacífico. Santiago, Chile, 1968.
- De la Peña, Sergio. *El antidesarrollo de América Latina*. Siglo XXI. México, 1974.
- De la Peña, Sergio. *La formación del capitalismo en México*. Siglo XXI. México, 1979.
- Delumeau, Jean. *La reforma*. Nueva Clío, Editorial Labor. Barcelona, 1967.
- Di Tella, Torcuato S. *Diccionario de ciencias sociales y políticas*. Paz Gajardo, Susana Gamba y Hugo Chumbita. Punto Sur. Buenos Aires, 1989.
- Dingues, John. *Operación Cóndor. Una década de terrorismo internacional en el Cono Sur*. Ediciones B Chile. Santiago de Chile, 2004.
- Dorfman Ariel y Armand Mattelart. *Para leer al Pato Donald. Comunicación de masas y colonialismo*. Editorial Siglo XXI. Buenos Aires, 1972.
- Dornbierer, Manú. *La guerra de las drogas. Historia y testimonios de un negocio político*. Grijalbo. México, 1993.
- Dussel, Enrique. 1492. *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del "mito de la Modernidad"*. Plural Editores/UMSA. La Paz, 1994.
- Echeverría, Esteban. *El matadero*. En *Obras escogidas*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1991, pp. 123-142.
- El caso Nuevas Tribus*. Movimiento Identidad Nacional. Editorial Ateneo de Caracas, s/f. 1981
- El siglo XIX en Colombia visto por historiadores norteamericanos*. Compilación de artículos, prólogo y notas de J.A. Bejarano. Editorial La Carreta. Bogotá, 1977.
- Escalante, Aquiles. *El negro en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 1964.
- Escohotado, Antonio. *Historia de las drogas*. Tres tomos. Alianza Editorial. Madrid, 1989.
- Ewell, Judith. *Venezuela y los Estados Unidos. Del Hemisferio Monroe al Imperio del petróleo*. Universidad Católica Andrés Bello. Caracas, 1999.



- Fanon, Franz. *Los condenados de la Tierra*. FCE. México, 1963.
- Faulkner, Harold Underwood. *Historia económica de los Estados Unidos*. Nova. Buenos Aires, 1956.
- Febres Cordero, Tulio. *Don Quijote en América*. Mérida, Venezuela, 1905. Edición digital de la Universidad de los Andes y el Banco de Venezuela, 2011. Disponible en Internet.
- Ferns H.S. *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*. Solar Hachette. Buenos Aires, 1968.
- Ferrer, Aldo. *La economía argentina*. FCE. México, 1981.
- Flagg Bemis, Samuel. *La diplomacia de Estados Unidos en la América Latina*. FCE. México, 1944.
- Frankel, Benjamin. *Venezuela y los Estados Unidos, 1810-1888*. Ediciones de la Fundación John Boulton. Caracas, 1977.
- Freitas, Décio. *Palmares, a guerra dos escravos*. Graal. Rio de Janeiro, 1978.
- Funk Brentano, F. *Lutero. La revolución religiosa del siglo XVI*. Editorial Diana. México, 1950.
- Galasso, Norberto. *Sarmiento, ¿civilizado o bárbaro?* Centro Cultural Enrique Santos Discépolo. Buenos Aires, 2003.
- Galasso, Norberto. *De la Historia Oficial al Revisionismo Rosista. Corrientes historiográficas en la Argentina*. Centro Cultural Enrique Santos Discépolo. Buenos Aires, 2004.
- Galeano, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. Siglo XXI. México, 1978.
- Galeano, Eduardo. *Memoria del fuego*. Tres Tomos. Siglo XXI. México, 2007.
- Gálvez, Manuel. *Vida de Don Juan Manuel de Rosas*. El Ateneo. Buenos Aires, 1942.
- García Cantú, Gastón. *Las invasiones norteamericanas de México*. Secretaría de Educación Pública. ERA. México, 1986.
- Giberti, Horacio C.E. *El desarrollo agrario argentino*. Eudeba. Buenos Aires, 1964.
- Gil Fortoul, José. *Historia Constitucional de Venezuela*. Tres tomos. Ediciones SALES. Caracas, 1964.
- Gill, Lesley. *Escuela de las Américas*. Cuatro Vientos. Santiago de Chile, 2005.

- González Casanova, Pablo. *Imperialismo y liberación en América Latina*. Siglo XXI. México, 1978.
- González Navarro, Moisés. *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén*. El Colegio de México. México, 1970.
- González Prada, Manuel. *Páginas libres. – Horas de lucha*. Prólogo y notas de Luis Alberto Sánchez. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1985.
- Grube, Nikolai, editor. *Los Mayas. Una civilización milenaria*. Editorial Könnemann, 2006. Editado en la República Popular China.
- Gori, Gastón. *Inmigración y colonización en la Argentina*. Eudeba. Buenos Aires, 1964.
- Guerra, François-Xavier. *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Ediciones Encuentro. S.A. Madrid, 2009.
- Halperin Donghi, Tulio. *Historia contemporánea de América Latina*. Alianza Editorial. Madrid, 1969. Edición revisada y ampliada. Alianza Editorial. Madrid, 1996.
- Halperin Donghi, Tulio. *Hispanoamérica después de la Independencia*. Paidós. Buenos Aires, 1972.
- Halperin Donghi, Tulio. *De la Revolución de Independencia a la Confederación rosista*. Paidós. Buenos Aires, 1972. Tercera edición, 2000.
- Haring, Clarence H. *El Imperio hispánico en América*. Solar/Hachette. Buenos Aires, 1966.
- Heckscher, Eli F. *La época mercantilista*. FCE. México, 1983.
- Hernández, José. *Martín Fierro*. Buenos Aires, 1872. En *Poesía Gauchesca*, prólogo de Ángel Rama. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1977, pp. 189-383.
- Hobsbawm, Eric y Terence Ranger, eds. *La invención de la tradición*. Crítica. Barcelona, 2002.
- Hood, Miriam. *Diplomacia con cañones*. Ediciones de la Presidencia de la República. Caracas, 1975.
- Hudson, Michael. *Súper Imperialismo. Estrategia económica del Imperio Norteamericano*. Dopesa. Barcelona, 1973.
- Ianni, Octavio. *Esclavitud y capitalismo*. Siglo XXI. México, 1976.

- Ibarguren, Carlos. *Juan Manuel de Rosas. Su vida, su drama, su tiempo*. Ediciones Teoría. Buenos Aires, 1972.
- Irazusta, Julio. *Influencia económica británica en el Río de la Plata*. Eudeba. Buenos Aires, 1963.
- Irwin, G.H. *Juan Calvino. Su vida y su obra*. (1909). Casa Unida de Publicaciones, S. A. Segunda edición mexicana, México, 1981.
- Izard, Miguel. *El miedo a la Revolución. La lucha por la libertad en Venezuela (1777-1830)*. Editorial Tecnos. Madrid, 1979.
- Jaimés Quero, Humberto. *Mejorando la raza*. Edición del autor. Caracas, 2012.
- Jauretche, Arturo. *El medio pelo en la sociedad argentina (Apuntes para una sociología nacional)*. A. Peña Lillo editor. Buenos Aires, 1967.
- Jonas, Susanne. *La Batalla por Guatemala*. Editorial Nueva Sociedad. Caracas, 1994.
- Julien, Claude. *El Imperio Norteamericano*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1970.
- Kalmanovitz, Salomón. *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*. Tercera edición. Siglo XXI. Bogotá, 1988.
- Kaufmann, William W. *La política británica y la independencia de la América Latina 1804-1828*. UCV. Caracas, 1963.
- Kepner Jr, Charles D. y H Soothill. *El Imperio del Banano. Las Compañías Bananeras contra la soberanía de las naciones del Caribe*. Triángulo. Buenos Aires, 1957.
- Ker Porter, R. *Sir Robert Ker Porter's Caracas Diary, 1825-1842. A British Diplomat in a newborn Nation*. Editado por Walter Dupouy. Editorial Arte. Caracas, 1966.
- Keremitsis, Dawn. *La industria textil mexicana en el siglo XIX*. Setseptentas. México, 1973.
- Kirkland, Edward C. *Historia económica de Estados Unidos*. FCE. México, 1947.
- Klein, Herbert. *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*. Alianza. Madrid, 1986.
- Konetzke, Richard. *América Latina. La época colonial*. Historia Universal Siglo XXI, Volumen 22. Madrid, 1971.

- Krehm, William. *Democracia y tiranías en el Caribe*. Editorial Parnaso. Buenos Aires, 1957.
- La reindianización de América*. Coordinación de Leticia Reina. Siglo XXI. México, 1997.
- Labrousse, Alain. *La droga, el dinero y las armas*. Siglo XXI. México, 1995.
- Lamore, Jean. *Cuba*. PUF. París, 1970.
- Lander, Edgardo, comp. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO. Buenos Aires, 2000.
- Leal, Ildefonso. *Historia de la UCV 1721-1981*. Ediciones del Rectorado de la UCV. Caracas, 1981.
- Leander, Birgitta, coordinadora. *Europa, Asia y África en América Latina y el Caribe*. UNESCO/Siglo XXI. México, 1989.
- Levine, Michael. *La gran mentira blanca*. Editorial Planeta argentina. Buenos Aires, 1996.
- List, Federico. *Sistema Nacional de Economía Política*. FCE. México, 1979.
- Lockey, Joseph Byrne. *Pan-Americanism. Its Beginnings*. The MacMillan Company. Nueva York, 1920. Hay traducción española: *Orígenes del Panamericanismo*. Publicada por el Gobierno de Venezuela. Caracas, 1976.
- López, Vicente Fidel. *Historia de la República Argentina*. Nueva edición. Diez tomos. Librería La Facultad, de Juan Roldán. Buenos Aires, 1911.
- López Rosado, Diego G. *Curso de historia económica de México*. UNAM. Textos Universitarios. México, 1973.
- Lozier Almazán, Bernardo. *Proyectos monárquicos en el Río de la Plata 1808-1825. Los reyes que no fueron*. Sanmartino Ediciones. Buenos Aires, 2011.
- Lucas de Grummond, J. *Las comadres de Caracas. Historia de John G.A. Williamson, primer diplomático norteamericano en Venezuela*. Editorial Nueva Segovia. Barquisimeto, 1955. (Hay edición más reciente, Academia Nacional de la Historia, Caracas.)
- Lynch, John. *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*. Ariel. Barcelona, 1976.

- Macchi, Manuel. *Urquiza el saladerista*. Editorial Macchi. Buenos Aires, 1971.
- Madariaga, Salvador de. *El auge y el ocaso del Imperio español en América*. Segunda edición. Espasa-Calpe. Madrid, 1979.
- Malavé, José. *Una ilusión de modernidad. Los negocios de Estados Unidos en Venezuela durante la primera mitad del siglo veinte*. Instituto de Estudios Superiores de Administración (IESA). Caracas, 2002. Edición revisada por el autor, Caracas, 2013.
- Mariátegui, José Carlos. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Prólogo de Aníbal Quijano. Tercera edición. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 2007.
- Marichal, Carlos. *Historia de la deuda externa de América Latina. Desde la independencia hasta la gran depresión, 1820-1930*. Alianza Editorial. México, 1988.
- Mariluz Urquijo, José María. *Estado e Industria 1810-1862*. Editorial Macchi. Buenos Aires, 1969.
- Martí, José. *Nuestra América*. Prólogo de Juan Marinello. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1977.
- Matto de Turner, Clorinda. *Aves sin nido*. Lima, 1888. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1977.
- Marx, Carlos. *El Capital. Crítica de la economía política*. Traducción de Wenceslao Roces. Tres tomos, FCE. México, 1959, tomo I, capítulos XXIV, La llamada acumulación originaria, y XXV, la moderna teoría de la colonización, pp. 607-649 y 650-658.
- Maza Zavala, Domingo Felipe. *Hispanoamérica-Angloamérica. Causas y factores de su diferente evolución*. Grijalbo. Caracas, 1994.
- McCullough, David. *The Path between the Seas. The creation of the Panama Canal, 1870-1914*. Francis Parkman Prize Edition. New York, 2002.
- McGreevey, William Paul. *Historia económica de Colombia, 1845-1930*. Ediciones Tercer Mundo. Bogotá, 1979.
- Mendoza, Daniel. *Un llanero en la capital*. Caracas, 1849. Disponible en internet.
- Mignolo, Walter D. *La idea de América Latina*. Gedisa Editorial. Barcelona, 2007.
- Mijares, María Marta. *Racismo y endorracismo en Barlovento*. Fundación Afroamericana. Caracas, 1997.

- Monbeig, Pierre. *Le Brésil*. PUF. París, 1968.
- Montañez, Ligia. *El racismo oculto en una sociedad no racista*. Fondo Editorial Tropykos. Caracas, 1993.
- Moreno Fraginalls, Manuel, relator. *África en América Latina*. UNESCO/Siglo XXI. México, 1977.
- Morley, Sylvanus G. *La civilización maya*. FCE. México, 1956.
- Mörner, Magnus. *Le métissage dans l'histoire de l'Amérique latine*. Fayard. París, 1971.
- Musicant, Ivan. *Banana Wars. A history of United States military intervention in Latin America from the Spanish American War to the Invasion of Panama*. MacMillan Publishing Company. Nueva York, 1990.
- Narcotráfico en Colombia. Dimensiones políticas, económicas, jurídicas e internacionales*. Universidad de los Andes y Tercer Mundo Editores. Bogotá, 1991.
- Neill, Charles Patrick. *Daniel Raymond. An Early Chapter in the History of Economic Theory in the United States*. John Hopkins Press. Baltimore, 1897.
- Nieto, Clara. *Los amos de la guerra. Intervencionismo de EEUU en América Latina. De Eisenhower a G.W. Bush*. Debate. Bogotá, 2005.
- Núñez, Enrique Bernardo. *Tres momentos en la controversia de límites de Guayana*. Ministerio de Relaciones Exteriores. Caracas, 1962.
- Obernarn, Heiko A. *Lutero. Un hombre entre Dios y el Diablo*. Alianza. Madrid, 1992.
- Ocampo, J. A. *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*. Siglo XXI Editores. Bogotá, 1984.
- Ortiz, Ricardo M. *Historia económica de la Argentina*. Dos tomos. Editorial Plus Ultra. Buenos Aires, 1971.
- Ortiz Oderigo, Néstor. *Calunga. Croquis del candombe*. Eudeba. Buenos Aires, 1969.
- Ospina Vázquez, Luis. *Industria y protección en Colombia, 1810-1930*. Editorial Santa Fe. Medellín, 1955.
- Pacheco, Emilio. *De Castro a López Contreras*. Editorial Domingo Fuentes. Caracas, 1984.

- Pensamiento Conservador*. Prólogo de José Luis Romero. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1978.
- Palacio, Ernesto. *Historia de Argentina, 1515-1943*. A. Peña Lillo editor. Buenos Aires, 1979.
- Parkes, Henry Bamford. *Histoire du Mexique*. Payot. París, 1980.
- Peterson, Harold F. *La Argentina y los Estados Unidos 1810-1960*. Eudeba. Buenos Aires, 1970.
- Parra Pérez, Caracciolo. *La monarquía en la Gran Colombia*. Ediciones de Cultura Hispánica. Madrid, 1957.
- Petras, James y Morris Morley. *¿Imperio o República? Poderío mundial y decadencia nacional de Estados Unidos*. Siglo XXI. Madrid, 1998.
- Petras, James y Henry Veltmeyer. *El imperialismo en el siglo XXI*. Editorial Popular. Madrid, 2002.
- Pigna, Felipe. *Los mitos de la historia argentina*. Grupo Editorial Norma. Buenos Aires, tomos 1 y 2, 2005, y tomo 3, 2006. Estos tres tomos y los siguientes: tomo 4 y tomo 5, están disponibles en Internet.
- Política y economía en Venezuela, 1810-1976*. Recopilación de ensayos de diversos autores. Fundación John Boulton. Caracas, 1976.
- Purroy, M. Ignacio. *Estado e industrialización en Venezuela*. Vadell Hnos. Valencia, 1982.
- Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1848-1880)*. Selección prólogo y cronología Tulio Halperin Donghi. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1980.
- Quijano, Aníbal. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", en *Antología del pensamiento crítico peruano contemporáneo*. Coordinador Martín Tanaka. CLACSO. Buenos Aires, 2016, pp. 713-763.
- Quijano, Aníbal. *Cuestiones y horizontes. Antología esencial. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Selección y prólogo de Danilo Assis Clímaco. CLACSO. Buenos Aires, 2014.
- Quintero, Rodolfo. *La cultura del petróleo*. FACES, UCV, Caracas, 1968.

- Quintero, Rodolfo. *Antropología del petróleo*. Nueva edición. Banco Central de Venezuela, 2014.
- Rabe, Stephen G. *The Road to OPEC: United States relations with Venezuela, 1916-1976*. University of Texas Press. Austin, 1982.
- Ramirez Necochea, Hernán. *Historia del imperialismo en Chile*. Empresa Editora Austral. Santiago-Chile, 1960.
- Ramonet, Ignacio. *Un mundo sin rumbo*. Editorial Debate. Madrid, 1997.
- Ramonet, Ignacio. *Tiranía de la comunicación*. Editorial Debate. Madrid, 1999.
- Ramonet, Ignacio. *Geopolítica del caos*. Editorial Debate. Madrid, 1999.
- Ramos, Jorge Abelardo. *Historia de la Nación Latinoamericana*. A Peña Lillo. Buenos Aires, segunda edición, 2011.
- Ramos Guédez, José Marcial. *Contribución a la historia de las culturas negras en Venezuela colonial*. Caracas, 2001.
- Rangel, Domingo Alberto. *Capital y desarrollo. Tomo I. La Venezuela agraria*. Ediciones de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1969.
- Rangel, Domingo Alberto. *Capital y desarrollo. Tomo II. El rey petróleo*. Ediciones de la Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1970.
- Rangel, Domingo Alberto. *La oligarquía del dinero*. Vadell Hermanos. Valencia, 1976.
- Reed, Nelson. *La guerra de castas de Yucatán*. ERA. México, 1964.
- Reifler Bricker, Victoria. *El Cristo indígena, el Rey nativo. El sustrato histórico de la mitología ritual de los mayas*. FCE. México, 1993.
- Reina, Leticia. *Las rebeliones campesinas en México (1819-1906)*. Siglo XXI. México, 1980.
- Reina, Leticia, coordinadora. *La reindianización de América, siglo XIX. Siglo XXI. México, 1997*.
- Rippy, Fred. *The development of manufacturing in Colombia. Estudios de Historia de América*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México, 1948.
- Rippy, Fred. *British Investments in Latin America, 1822-1949*. University of Minnesota Press. Minneapolis, 1959.



- Rippy, Fred. *El capital norteamericano y la penetración imperialista en Colombia*. La Oveja Negra. Medellín, 1970.
- Rock, David. *Argentina, 1516-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*. Alianza Editorial. Madrid, 1988.
- Rodó, José Enrique. *Ariel-Motivos de Proteo*. Prólogo de Carlos Real de Azúa. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1985.
- Rodríguez O, Jaime E. *La independencia de la América española*. FCE. México, 2008.
- Rodríguez, Oscar. *Efectos de la gran depresión en la industria colombiana*. La Oveja Negra. Bogotá, 1981.
- Rojas, Armando. *Los papeles de Alejo Fortique*. UCV. Caracas, 1962.
- Rojas, Armando. *Las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Venezuela, 1810-1899*. Presidencia de la República. Caracas, 1979.
- Rojas, Rafael. *Las Repúblicas de Aire. Utopía y desencanto en la Revolución de Hispanoamérica*. Taurus. México, 2009.
- Rojas Paz, Pablo. *Alberdi, el ciudadano de la soledad*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1952.
- Romero, José Luis. *Las ideas políticas en Argentina*. FCE. Buenos Aires, 1975.
- Romero, Luis Alberto. *Breve historia contemporánea de la Argentina*. FCE. Buenos Aires, 2007.
- Rosa, José María. *El revisionismo responde*. Buenos Aires, 1964. Disponible en internet.
- Rosa, José María. *Rivadavia y el imperialismo financiero*. A. Peña Lillo editor. Buenos Aires, 1969.
- Rosa, José María. *Rosas nuestro contemporáneo*. Buenos Aires, 1970. Disponible en Internet.
- Rosa, José María. *Análisis histórico de la dependencia argentina*. Editorial Guadalupe. Buenos Aires, 1974.
- Rosa, José María. *La Guerra del Paraguay y las montoneras argentinas*. A. Peña Lillo editor. Buenos Aires, 1985. Disponible en Internet.
- Sala de Touron, Lucía, Nelson de la Torre y Julio C. Rodríguez. *Artigas y su revolución agraria 1811-1820*. Siglo XXI. México, 1978.

- Sánchez Noriega, José Luis. *Crítica de la seducción mediática*. Tecnos. Madrid, 1997.
- Sandoval, Alonso de. *Un tratado sobre la esclavitud*. Alianza Editorial, Madrid, 1987.
- Sant Roz, José. *Gustavo Cisneros, una falacia global*. Kariña Editores. Mérida, Venezuela, 2004.
- Santos Molano, Enrique. *1903, Adiós Panamá. Colombia ante el Destino Manifesto*. Villegas editores. Bogotá, 2004.
- Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*. Colección Austral. Espasa Calpe Argentina. Buenos Aires, 1952. Edición más reciente: *Facundo*. Edición de Noé Jitrik. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1977.
- Saunders, Frances Stonor. *La CIA y la Guerra Fría cultural*. Editorial Debate. Madrid, 2001.
- Schnerb, Robert. *Libre-échange et protectionnisme*. PUF. Paris, 1963.
- Scalabrini Ortiz, Raúl. *Política británica en el Río de la Plata*. Editorial Plus Ultra. Barcelona, 2001. (Edición original, Buenos Aires, 1957.)
- Scalabrini Ortiz, Raúl. *Historia del primer empréstito argentino*. Cuadernos de FORJA. Buenos Aires, 1939.
- Scalabrini Ortiz, Raúl. *Historia de los ferrocarriles argentinos*. Editorial Plus Ultra. Buenos Aires. Séptima edición. Disponible en internet.
- Schuyler on Ewell, Venezuela and the United States. From Monroe's Hemisphere to Petroleum's Empire, 1996*. Author: Judith Ewell. Reviewer: George W. Schuyler. University of Central Arkansas, 1997.
- Selser Gregorio. *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina, 1776-1990*. Cuatro tomos, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2010.
- Selser, Gregorio. *Diplomacia, garrote y dólar en América Latina*. Editorial Palestra. Buenos Aires, 1966.
- Selser, Gregorio. *El rapto de Panamá*. Gránica. Buenos Aires, 1975.
- Shoo Lastra, Dionisio. *El indio del Desierto 1535-1879*. Ediciones Meridión. Buenos Aires, 1957.
- Skidmore, Thomas E. y Peter H. Smith. *Historia contemporánea de América Latina. América Latina en el siglo XX*. Crítica. Barcelona, 1996.

- Soler, Ricaurte. *Idea y cuestión nacional latinoamericanas. De la independencia a la emergencia del imperialismo*. Siglo XXI. México, 1980.
- Spykman, Nicholas John. *America' Strategy in World Politics. The United States and the Balance of Power*. Institute of International Studies. Yale University. Harcourt, Brace & Company. Nueva York, 1942.
- Stavenhagen, Gerhard. *Historia de las teorías económicas*. El Ateneo. Buenos Aires, 1960.
- Stein, Stanley J. y Bárbara. *La herencia colonial de América Latina*. Siglo XXI. México, 1975.
- Stone, Oliver and Peter Kuznick. *The Untold History of the United States*. Gallery Books. Simon & Schuster. New York, 2012.  
Hay traducción española reciente: *La historia silenciada de los Estados Unidos*. La Esfera de los Libros. Madrid, 2015.
- Street, John. *Gran Bretaña y la independencia del Río de la Plata*. Paidós. Buenos Aires, 1967.
- Suárez, Luis. *Un siglo de terror en América Latina. Crónica de crímenes de Estados Unidos contra la Humanidad*. Ocean Sur. 2006.
- Taibo II, Paco Ignacio. *El Álamo. Una historia no apta para Hollywood*. Editorial Planeta. Ciudad de México, 2011.
- Taussig, F. W. *The Tariff History of the United States*. A Series of Essays. G. P. Putnam's sons. Londres y Nueva York, 1888.
- The Oxford History of the British Empire*. Cinco volúmenes. Oxford University Press. Oxford, England, 1998-1999.
- Thomas, Gordon. *Las torturas mentales de la CIA*. Ediciones B. Barcelona, 2001.
- Thomas, Hugh. *La trata de esclavos. Historia del tráfico de seres humanos de 1440 a 1870*. Editorial Planeta. Barcelona, 1998.
- Thompson J, Eric S. *Grandeza y decadencia de los mayas*. FCE. México, 1984.
- Thurber, O. E. *Origen del capital norteamericano en Venezuela. La época del asfalto (1884-1907)*. Editorial Nueva Segovia. Barquisimeto, 1955.
- Tinker Salas, Miguel. *Una herencia que perdura. Petróleo, cultura y sociedad en Venezuela*. Editorial Galac. Caracas, 2014.

- Touchard, Jean et Alain Rouquié. *La République argentine*. PUF. París, 1972.
- Trías, Vivian. *Historia del imperialismo norteamericano*. Tres tomos. A. Peña Lillo. Buenos Aires, 1977.
- Valenzuela, Diego y Mercedes Sanguinetti. *Belgrano. La revolución de las ideas*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 2013.
- Van Dijk, Teun A. *Racismo y discurso en América Latina*. Gedisa editorial. Barcelona, 2007.
- Vargas Arenas, Iraida. *Historia, mujer, mujeres*. Ministerio para la Economía Popular. Caracas, 2006.
- Vasconcelos, José. *La raza cósmica*. (México, 1925). La Oveja Negra. Bogotá, 1986. Está también disponible en internet.
- Vásquez M, Luis. *El mercantilismo mexicano versus el liberalismo inglés*. The New Benjamin Franklin Publishing House. EUA, 1986.
- Veloz, Ramón. *Economía y finanzas de Venezuela desde 1830 hasta 1944*. Impresores Unidos. Caracas, 1945.
- Venezuela. A market for U.S. products*. A United States Department of Commerce Publication. Washington, 1964.
- Vetencourt, Lola. *El Imperio británico en la economía de Venezuela 1830-1870*. UCV. Caracas, 1981.
- Villegas, Jorge. *Petróleo colombiano, ganancia gringa*. El Áncora Editores. Bogotá, 1991.
- Vitier, Cintio. *Vida y obra del Apóstol José Martí*. Centro de Estudios Martianos. La Habana, 2006.
- Waddell, D.A.G. *Gran Bretaña y la Independencia de Venezuela y Colombia*. Ministerio de Educación. Caracas, 1983.
- Ward, Henry George. *México en 1827*. Biblioteca Americana. FCE. México, 1981.
- Werz, Nikolaus. *Pensamiento sociopolítico moderno en América Latina*. Editorial Nueva Sociedad. Caracas, 1995.
- Weymuller, François. *Histoire du Mexique*. PUF. París, 1972.
- Wieviorka, Michel. *El espacio del racismo*. Paidós. Barcelona, 1992.
- Williams, Eric. *Capitalismo y esclavitud*. Siglo XX. Buenos Aires, 1973.
- Wills, Guillermo. *Observaciones sobre el comercio de la Nueva Granada. Con un apéndice relativo al de Bogotá*. Bogotá, 1831. (Publicado en forma anónima). Edición Banco de la República. Bogotá. 1952.

*Salir de la colonia*

Se imprimió en el mes de septiembre de 2021  
en los talleres de la Fundación Imprenta de la Cultura  
Guarenas, Edo. Miranda, Venezuela  
Son 5.000 ejemplares

BIBLIOTECA  
**Vladimir Acosta**

**SALIR DE LA COLONIA:**

En Nuestramérica, especialmente en los países del sur del continente, la "persistencia de la colonia" o la "herencia colonial" es una constante amenaza de regresar a un pasado neoliberal de sujeción y dependencia que muchos gobiernos progresistas creen haber superado. En *Salir de la Colonia*, Vladimir Acosta analiza las dimensiones sociohistóricas, políticas y económicas de este peligro y nos revela que son las facetas culturales aquellas que disfrazan el coloniaje como parte de nuestra política, economía, estructura social y vida cotidiana en su conjunto. En ese sentido, Acosta examina con fluidez y sin cortapisas la importancia de integrar las ideas de descolonización a un verdadero proyecto transformador, más allá del discurso político.

**VLADIMIR ACOSTA**

Historiador, EPHE de la Sorbona, París, (1973); licenciado en Filosofía por la UCV (1979); doctor en Ciencias Sociales, EHESS, Sorbona, París (1986); profesor titular de la UCV, donde fue jefe del Departamento de Historia, director de la Escuela de Sociología y Antropología, coordinador académico de FACES, entre otras actividades. Entre los numerosos premios que se le han otorgado podemos mencionar Premio a la Trayectoria como Investigador (Asociación para el Avance de la Investigación Universitaria, 2000); Premio Nacional de Cultura, mención Humanidades (2010); y Premio Nacional de Historia, 2018. Ha sido conductor, guionista y creador de varios programas radiales y de televisión, y ha publicado, entre otros trabajos, los ensayos *El continente prodigioso: mitos e imaginario medieval en la conquista americana* (1993); *Animales e imaginario: la zoología maravillosa medieval* (1997); *El Bolívar de Marx* (2007); *Independencia y emancipación: élites y pueblo en los procesos independentistas hispanoamericanos* (2010). En narrativa son de su autoría *La hija de la bruja o el agua roja del río* (2013) y *Los cadáveres tatuados* (2014), más recientemente retoma el ensayo con *Venezuela Rebelde: rebeliones y conspiraciones venezolanas previas al 19 de abril de 1810* (2016) y *El monstruo y sus entrañas: un estudio crítico de la sociedad estadounidense* (Editorial Galac 2017).

